



MARÍA CORREA LUNA

LOS QUE
CORREN
CONTRA EL VIENTO

UN SECRETO ENTERRADO EN LA PATAGONIA, ESPÍAS,
AGENTES, UN GRUPO DE NOSTÁLGICOS NAZIS Y UNA
GUERRA QUE PARECE NO QUERER TERMINAR.



VESTALES



MARÍA CORREA LUNA

LOS QUE
CORREN
CONTRA EL VIENTO

UN SECRETO ENTERRADO EN LA PATAGONIA, ESPÍAS,
AGENTES, UN GRUPO DE NOSTÁLGICOS NAZIS Y UNA
GUERRA QUE PARECE NO QUERER TERMINAR.



VESTALES

Correa Luna, María

Los que corren contra el viento. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-41-6

1. Novelas Policiales. I. Título.

CDD A863

© Editorial Vestales, 2019.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-41-6

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Rufino, Isabel y Aurora,
en algún momento a mi lado
mientras escribo esta historia.
Mi amor infinito a los tres.
Siempre.*

A mis padres, siempre.

A los que corren contra el viento.

*It seems like yesterday
but it was long ago
Janey was lovely, she was the queen of my nights
there in the darkness with the radio playing low, and
and the secrets that we shared
the mountains that we moved
caught like a wildfire out of control
'til there was nothing left to burn and nothing left to prove
and I remember what she said to me
how she swore that it never would end
I remember how she held me oh-so-tight
wish I didn't know now what I didn't know then
against the wind
we were running against the wind
we were young and strong, we were running against the wind.*

Against the wind , Bob Serger & The Silver Bullet Band.

*Vos sabés que había algo roto,
y por eso entraste aquí.*

Melodía simple, La Mancha de Rolando.

PRÓLOGO

Julia Durée se acomodó en la butaca del avión y observó alrededor. La cabina se encontraba vacía. Miró la hora. Pasaban de las tres de la mañana, y la aeronave de Interpol estaría lista para partir dentro de unos minutos. Su mirada se desvió por la ventanilla. Una leve llovizna cubría la pista de Fiumicino, los operadores nocturnos parecían flotar con lentitud por el lugar, y ella, por su parte, sentía que se hundía en recuerdos que, sabía, no la abandonarían. Un nudo que dolía se le había alojado en medio de la garganta para quedarse. No quería recordar..., pero no debía olvidar, nunca olvidar. Allí, sentada a solas en la nave, a la espera de que el resto del equipo se alistara para despegar, Julia comprendió que se embarcaba en la misión de su vida: la venganza.

CAPÍTULO 1

Tania se miró las manos. Estaban arrugadas, tan avejentadas que casi no las reconocía. Los dedos se habían convertido en una suma de huesos flacos colmados de venas azules que zigzagueaban bajo una capa traslúcida. Ya no parecían suyas, pero, si cerraba los ojos y recorría la piel aún suave, podía recordar aquellas épocas en que la piel no era más que piel, y no un modo de identificación. No pudo evitar mirar con rapidez los números que tenía tatuados cerca de la muñeca. Cerró los ojos con dolor, como si de aquella manera pudiera espantar el pasado. Tragó saliva. Hacía tiempo que había hecho las paces con ese pasado siniestro que llevaba a cuestas, pero eso no quería decir que no la siguiera lastimando.

Abrió los ojos. La luz de la mañana se colaba por la ventana, y la nieve había teñido de blanco el parque tras el vidrio. Una pequeña sonrisa le asomó en la comisura de los labios. Era su momento favorito del día: un café frente a la chimenea, unas tostadas con miel y el calor del hogar. El aroma a pan tostado la trasladaba a otros tiempos, a otras latitudes; a épocas felices, cuando vivía con sus padres en una Polonia anterior a la llegada de los nazis, ajena al terror de la vida en los campos. La añoranza por sus padres y hermanos era tal que le dolía el cuerpo aun setenta y cuatro años después de lo ocurrido. No había día en que no pensara en Icko y en Cyla, o en su madre, que le traía chocolate caliente a la cama las mañanas de invierno. Casi sin esfuerzo, podía recordar cómo se sentía el calor del sol al filtrarse por las rendijas de la ventana de la casa de dos plantas en la que vivían, sol que anunciaba la inminente llegada del día, los sonidos de la vida diaria, los aromas de aquella infancia. Una infancia

que, a los doce años, había dejado de ser tal. La vida como la conocía nunca había vuelto a ser la misma luego de aquel enero de 1943, cuando había llegado a Birkenau. Solo recordar ese nombre hizo que el estómago se le revoliera. Dejó la taza de café que sujetaba en la mesa junto al sofá y se llevó los dedos hacia la palma de la mano izquierda. Respiró de manera profunda. Luego, con las yemas arrugadas por los años, subió hasta los números tatuados en negro a la altura de la muñeca y los recorrió uno a uno con parsimonia. Había demasiado sufrimiento en esos dígitos desprolijos que un soldado alemán le había grabado en el antebrazo, pero no le importó, porque aquel era el día en que se liberaría del pasado. Había llegado el momento de decir la verdad. No tenía nada que perder, era hora de revelar el secreto que había guardado durante tantos años.

* * *

Sanatorio de la Pequeña Compañía, Buenos Aires, julio de 1970.

Aurora Moreno sintió la última contracción en el preciso instante en que el reflejo de un rayo atravesó la sala de parto y tiñó el ambiente de un azul mortecino. Gritó. Gritó como jamás lo había hecho. Sentía que la rompían desde adentro, que el bebé en su interior pujaba por salir y le destruía las entrañas. Apretó los dientes y estrujó otra vez la mano transpirada de Matías. “Ya viene”, decía él como si pudiera calmarla de alguna manera. “Que se termine –suplicaba ella–, que se

termine”. La partera le daba órdenes, no entendía, no la escuchaba; ella quería que todo acabara. “Otra vez –le indicó–. Una vez más, que ya sale”. Y terminó.

El chillido del niño, un varón de más de cuatro kilos, inundó la sala, y la vida como Aurora la conocía cambió para siempre. Como si fuera una escena en cámara lenta, la mujer vio cómo los médicos atendían al recién nacido y su marido se iba con él. Ella, a merced de las enfermeras que la limpiaban y acomodaban, no dejaba de llorar. De repente le tuvo miedo a la muerte, entendió que era un ser finito y que, a partir de entonces, otra persona dependía por completo de ella. En ese instante comprendió que ya nada iba a ser como antes.

Arqueóloga de profesión, Aurora Moreno había dedicado la vida a estudiar, investigar y viajar. Lo había hecho hasta casi el fin del embarazo. Su marido, Matías Aguilar, un ingeniero abocado al negocio del petróleo, había intentado convencerla de que dejara de trabajar, pero al final había desistido. No estaba en la esencia de Aurora dejar la labor, amaba su profesión. En ese momento, sin embargo, mientras Aguilar traía en brazos al pequeño y se lo acercaba al pecho, comprendió que iba a tener que proteger a ese niño. No podía volver a internarse en la investigación en la que había invertido los últimos cinco años de su vida. Sintió que el corazón se le estrujaba. No podía retomar aquella quimera, tenía que cuidar al pequeño. Quizás había llegado el momento de abandonar ese esfuerzo por conocer sus propios orígenes e historia y dejar el pasado en paz.

—Ciro —dijo conmovida al observar al infante—, se va a llamar
Ciro, que significa “gran señor”.

* * *

Ciro Aguilar tamborileó con los dedos sobre la rodilla tres veces antes de que el documento llegara ante sus ojos. Podía sentir toda la ansiedad concentrada en la mano que había dejado de moverse para apretar con violencia la articulación y podía oír cómo la respiración se le aceleraba. No obstante, sin titubear ni mostrar un ápice de aquella adrenalina que lo corroía por dentro, tomó con elegancia la lapicera de acero negro y clavó sus propias iniciales en cada una de las hojas de aquel documento con la certeza de que aquel instante era una bisagra en su vida. Al final, estampó su firma en la última página, se puso de pie y, sin más, se retiró del recinto.

A medida que avanzaba hacia su oficina, sintió que el corazón le latía cada vez más fuerte, pero no se inmutó. Tampoco pestañeó al sentir la mirada del nefasto doctor Winborrow clavada en la espalda luego de irse de la sala. James Winborrow había manejado la compra de Lauthen S.A. en nombre de la empresa Rache Inc., una sociedad que no parecía tener ningún vínculo con Cronos, su propia compañía, pero que, sin embargo, le pertenecía. Haber utilizado los servicios del estudio jurídico Winborrow –cuando había jurado nunca más hacerlo– iba en contra de todos sus principios, pero servía de manera fiel a la estrategia que había planeado: que nadie supiera quién compraba Lauthen en realidad. Y cualquiera que conociera la historia entre ellos dos sabía que Ciro Aguilar no volvería a contratar los servicios de James Winborrow nunca más; Rache Inc., en cambio, sí. Así, había hecho a un lado el odio visceral hacia ese abogado de poca monta y había avanzado con el plan. Sonrió. Había obtenido lo que quería, y eso, por sobre todo, era lo que más le importaba.

Cerró la puerta tras de sí y se desplomó frente a la silla tras el escritorio, se aflojó la corbata y se despatarró sobre el asiento como si las fuerzas lo hubieran abandonado por completo. En ese instante notó que una sonrisa comenzaba a asomársele por la comisura de los labios. Era oficialmente el dueño del cincuenta y uno por ciento del paquete accionario de la farmacéutica Lauthen Sociedad Anónima. O sea que, en esencia, era quien tomaba las decisiones de esa puta compañía. Y pensaba destruirla.

Aguilar era un tipo difícil, introspectivo, arisco y muy reservado en la intimidad. Tenía cuarenta y ocho años, una exmujer y un séquito de vana idolatría que le atendía todas las necesidades. Trece años atrás, a los treinta y cinco, se había convertido en el millonario más importante del país y el más codiciado por las mujeres. Pero una sola parecía haberlo hechizado. “Una ilusión...”, reflexionó cabizbajo Ciro, que, luego de un divorcio escandaloso, había retornado con celeridad al ruedo con la clara decisión de jamás volver a sucumbir ante una fémica y con la resolución de ejecutar el arte del amor como si de un negocio se tratara, un mero intercambio. Así, implacable y certero como era, Aguilar sabía que, aquel día, había hecho el negocio de su vida. Ya no había amor en sus días, pero sí mucho éxito, y aquella compra era el mayor logro de su vida. Sonrió con cierta nostalgia. Los diez años anteriores no habían sido fáciles, no después del día en que había conocido la verdad sobre su propio pasado.

Un manto de tristeza, invisible y pesado, cubrió la oficina. El sol, a la distancia, iba desapareciendo, la penumbra avanzaba, y él, aún recostado sobre la silla, intentó ordenar las ideas. Los pasos a seguir habían sido pensados de manera eficiente y segura. No había quedado nada librado al azar, pues no confiaba en la suerte. Sabía que, para llegar a buen puerto, debía seguir a rajatabla los objetivos del plan que había trazado durante más de una década.

Notó que tenía los puños apretados. Recordar el pasado lo inquietaba. Trató de relajarse y, para eso, además de resoplar, se incorporó y caminó con decisión hacia la ventana; detrás, el Río de la Plata refulgía bajo los últimos rayos de sol. Volvió a inspirar, infló el pecho y mantuvo el aire dentro de la caja torácica más tiempo de lo normal. Luego, sin dejar de mirar la corriente, exhaló y, durante un momento, se permitió olvidar el mundo y enfocar la vista en el plateado infinito del agua. Aquel remanso improvisado le dio, durante un breve instante, algo de paz, aquella que había perdido diez años atrás, en una noche para el olvido.

* * *

Julia se recostó sobre el sillón de la aeronave y cerró los ojos un momento antes de quedarse dormida. Volaba desde Roma a Argentina con destino Bariloche. La misión que la ocupaba implicaba compartir el trabajo con el agente Lao Lencke, un británico que había conocido hacía poco tiempo. No confiaba en él; había algo en la personalidad de ese hombre que no le cerraba. Sabía que Lencke era temido en el mundillo del MI6, donde era conocido como el francotirador más certero y eficaz de la agencia. Ella, en cambio, era la mente brillante. Pero no era la cabeza la que la había llevado a participar de esa misión. Esa vez, el corazón había sido el propulsor que había empujado cada partícula de su cuerpo hacia las tierras del sur. No había momento en la vida de Julia en que la necesidad visceral de venganza no la obligara a seguir adelante para concretar su plan. Sabía que, si lo hacía, no olvidaría, pero sería libre. Haber

logrado participar de aquella quimera no había sido fácil luego de que la agencia hubiera decidido apartarla debido a lo sucedido. Pero ella se había negado. Nada ni nadie iba a impedirle alcanzar la venganza. Franz Lauthen iba a pagar, y ella iba a estar ahí para que lo hiciera. Nadie iba a robarle ese derecho.

Cerró los ojos. Estaba cansada. Se acomodó y estiró los brazos. No lograba conciliar el sueño. ¿Cuántas horas llevaban de viaje ya? Su cabeza se resistía a dormir. Tomó aire, exhaló. “Ya debería estar acostumbrada...”, pensó resignada. Cada noche, cuando dejaba caer los párpados, el desfile de recuerdos se convertía en el peor tormento. Sufría. Volvió a moverse en el asiento, esa vez decidida a descansar, pues el cuerpo se lo pedía a gritos. Tenía sueño, mucho sueño..., pero las imágenes del pasado no le daban respiro. La imagen de Lauthen con una sonrisa sórdida la asaltaba. Apretó los puños fuerte, tan fuerte que los nudillos se le tiñeron de blanco. Luego volvió a respirar y se obligó a aflojar los dedos y la mandíbula. Ansiaba desterrar los recuerdos de esos tiempos tormentosos, pero las imágenes que le atravesaban la cabeza la arrastraban al abismo. Resopló como si estuviera tratando de exorcizar los demonios que la carcomían por dentro y volvió a apretar los ojos con la determinación de pasar aquel vuelo con algunas horas de sueño. Pero Julia no podía descansar, hacía años que el pasado le había robado la posibilidad de dormir en paz.

Lao Lencke se había detenido a observar a su nueva compañera de equipo que, al parecer, luchaba contra el insomnio. Notó como se retorció en la butaca y luchaba por encontrar una posición que le permitiera reposar. No parecía lograrlo. Pasó varios minutos ocupado en analizarla sin que ella lo notase. Esa observación le permitió deducir que aquella lucha no era una simple disputa contra el desvelo, sino mucho más. Julia Durée estaba agotada. Se le notaba en las bolsas bajo los ojos, en las ojeras indisimulables y en el peso de las muchas horas trabajadas que arrastraba en su haber. Y, sin

embargo, había algo que no le permitía abandonarse al mundo onírico. Continuó mirándola allí, al lado, en el avión, y fue en ese instante que notó una mueca de dolor en el preciso segundo en que, dedujo, se quedaba dormida. Vio cómo la agente fruncía los labios y apretaba los puños. ¿Qué la preocuparía tanto? Recordó que la agencia le había facilitado el dossier de su nueva compañera, una abogada de treinta y ocho años especialista en cibercrimen devenida en *hacker* estrella de Interpol luego de haber violado un búnker informático que se suponía infranqueable. Con sigilo y prudencia para no despertarla, ya que no quería que ella viera que estaba leyendo su historial, abrió el iPad y descargó el documento clasificado. Empezó a leer. Las primeras páginas no diferían demasiado de cualquier información de un agente de su rango. Infancia, educación, antecedentes familiares... El asunto se complicaba a medida que avanzaba en el legajo. Tuvo que hacer una pausa antes de continuar. Se acomodó en el asiento y bebió un poco de agua. Regresó al iPad. Progresó un poco más. Luego lo dejó a un lado y regresó la atención a la mujer que intentaba dormir. La observó con detenimiento. ¿Cómo había logrado sobrevivir a aquel pasado? Entonces, sus ojos vieron de otra manera a la fémina a su lado, esa que, en aquel instante, se debatía entre una conciencia que quería descansar y un pasado que la abrumaba sin piedad.

* * *

Ciro dejó que la música se adueñara de sus sentidos a medida que corría. Podía sentir el peso del cuerpo deslizarse sobre el pavimento a medida que avanzaba por la ciudad. Ese momento, aquel en que su propio cuerpo se abandonaba a la cadencia de las piernas y se concentraba tan solo en respirar, era su parte preferida del día. Nada se comparaba con el instante preciso en que podía pensar, despejar la cabeza y decidir.

A medida que avanzaba a paso firme, podía sentir las primeras gotas de sudor alojarse en la frente y el latido del corazón rebotarle en los tímpanos al tiempo que la música marcaba el paso. La ropa que llevaba, oscura, empezó a pegarse a la piel. Hacía calor. Bebió algo de agua y luego se detuvo. A su lado, sobre uno de los bancos de madera que miraban hacia el Río de la Plata, un hombre de unos cuarenta y cinco años lo esperaba sentado. Aguilar se ubicó junto a él y, mientras tomaba un poco más de agua, dijo:

—Cuánto tiempo sin verte, Román.

Román Benegas era un agente de Interpol que, hacía menos de quince días, había sido designado como director general de la agencia.

—Más de tres años, Ciro —respondió el hombre, enfundado en ropa deportiva también—. Me sorprendió tu llamado —agregó.

Aguilar sonrió sin apartar los ojos del río. Volvió a beber.

—Eras la única persona a la que podía recurrir —explicó con cierta súplica en la voz.

—No hay problema —respondió Benegas con seriedad.

—¿Pudiste...?

Román asintió mientras hurgaba en un bolsillo. Luego se puso de pie.

—Lo que vas a ver acá —le advirtió antes de entregarle una memoria USB— es de alta confidencialidad. Estoy violando todas las regulaciones de seguridad que existen para dártelo, lo sabés. —Román hizo una breve pausa—. Pero te lo debo.

Aguilar asintió en silencio. Sabía que, con aquella acción, Román Benegas se jugaba el puesto, pero también era consciente de que, al facilitarle ese material, ya no le debería más nada.

—Gracias —repuso al final Aguilar y, sin más, echó a correr y desapareció entre la gente.

* * *

Ciudad del Vaticano, enero de 1945.

El obispo Alois Hudal apagó el tercer cigarrillo de la noche y se concentró en las pequeñas brasas que se iban extinguiendo con lentitud y en la manera tímida en que el humo zigzagueaba hasta desaparecer. Segundos después, eran cenizas arrumbadas sobre el cristal. Enseguida, una mota minúscula que flotaba en el aire captó su atención y lo distrajo de la espera que lo ocupaba. Resopló y miró el reloj. Las agujas arañaban las once de la noche, y el enviado del director del Servicio Secreto Suizo, Roger Masson, no llegaba. Se incorporó y caminó hacia la ventana; detrás, la plaza de San Pedro estaba apenas iluminada. Algún transeúnte ocasional atravesaba la

plazoleta para perderse luego en la oscuridad de la noche. Un golpe en la puerta capturó su atención. Allí, bajo el dintel, vestido con un traje negro impecable, un joven de unos veinticinco años lo esperaba.

—Lamento la demora, obispo —dijo al tiempo en que se acercaba para saludarlo.

Hudal dejó que el muchacho le besara el anillo y luego le estrechó la mano—. Rodolfo Freude —se presentó el joven al apretar la mano que le ofrecían.

El prelado lo invitó a sentarse. Freude se ubicó frente a él y, sin dar demasiadas vueltas, expresó:

—Recibimos su propuesta. Estamos de acuerdo en las condiciones, salvo por una cosa.

Rodolfo tomó un sobre y se lo entregó a Hudal, que desplegó el documento lacrado con el sello presidencial de la Argentina y lo leyó con premura.

—Está hecho —respondió mientras extendía la mano.

El joven sonrió y estrechó los dedos flacos que el otro había desplegado.

—Tenemos un trato, entonces.

CAPÍTULO 2

Ciro observó los balances contables de la farmacéutica Lauthen S.A. y, sin prestarles la más mínima atención, los hizo a un lado y se concentró en la vieja fotografía que había encontrado entre las pertenencias de su abuela. Allí se veía al joven oficial de la SS frente a lo que parecía ser un campo de exterminio nazi. Llevaba una bata blanca y sonreía orgulloso frente a sus dominios. Ciro se detuvo en la mirada acerada del soldado, que parecía impertérrito ante las aberraciones que ocurrían ante sus propios ojos. Cerró el puño sobre el papel y apartó la mirada de aquel criminal. Si los informantes que había contratado estaban en lo cierto y la testigo con quien se reuniría aquella noche resultaba sólida, los pasados diez años de su vida no habrían sido en vano. Y, lo que era más importante, la humanidad podría condenar a un criminal de guerra prófugo desde hacía más de setenta años.

—Sandra —dijo Aguilar elevando la voz desde el despacho—, necesito a Calavera. Pedile que suba, por favor.

La secretaria, una mujer de más de cincuenta años, vestida de manera impecable, asintió desde el otro lado de la sala y tomó el teléfono. Minutos después, las puertas de la oficina del presidente de Cronos se abrieron, y una figura vestida de negro atravesó el umbral.

—¿Vamos? —preguntó el hombre al observar a su amigo.

—Vamos, Cala —respondió Aguilar mientras se calzaba el saco italiano y tomaba un pequeño maletín—. Ya es hora.

* * *

El avión aterrizó en San Carlos de Bariloche cuando la luz del amanecer arañaba el firmamento. Lencke descendió las escalinatas de la nave con cierta velocidad. Tras él, Julia lo seguía. Sobre la pista, una camioneta Honda CRV de color plateado los esperaba. Durée giró la cabeza y observó al agente especial del MI6 británico calarse los anteojos espejados al tiempo que se acomodaba en la butaca del conductor. Ella lo imitó y se ubicó en el sitio del acompañante. Lencke programó el GPS y encendió el vehículo.

—Ya he avisado a la gente del Centro Wiesenthal de nuestro arribo —anunció Lencke sin dejar de mirar el camino por el que conducía. Las arboledas junto a la carretera eran magníficas, y durante un segundo tuvo ganas de detenerse y recorrer aquellos añosos bosques —. Ruth dijo que tenemos carta blanca para avanzar.

Durée asintió sin decir palabra. En su cabeza, el nombre de Franz Lauthen repicaba una y otra vez. Cada vez estaba más cerca de encerrar a aquel hijo de puta. Otra vez apretaba los puños. Se obligó a aflojarlos. Lencke no lo sabía, pero ella se dejaba la vida en aquella misión, en la que, sabía, iba a matar a Lauthen sin piedad.

Tiempo atrás, cuando el Centro Simón Wiesenthal había contactado a Interpol para que formara parte de una comisión compuesta por varias agencias internacionales, como el Mossad y el MI6, ella se había ofrecido a participar de la delegación. Habían sido meses de arduo trabajo y dedicación. La búsqueda de un criminal de

guerra nazi desaparecido había requerido de una ingeniería en sistemas que le había llevado noches enteras planificar y diseñar, pero, para ella, era mucho más de que una investigación.

—Si lo que estamos por confirmar resulta cierto —dijo Lao con la mirada en la autopista—, habremos cazado al peor de los criminales nazis. Lástima que no haya muchos sobrevivientes para ver este momento.

—Con que haya uno, uno solo —contestó Julia seria— que vea al coronel Von Strauss condenado, alcanza. —Había pasión en la manera en que hablaba. El haber participado en aquella investigación le había mostrado un mundo que habría preferido no conocer.

Lao desvió la mirada del volante un momento y la miró. Un profundo halo de tristeza invadía a esa mujer. Sabía que aquel asunto del coronel Von Strauss era personal para ella, y lo entendía. Aunque temía que el odio de la agente arruinara la misión en la que estaban, luego de haber leído el legajo, iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudarla.

Julia notó que Lao la observaba, lo que la hizo sentir incómoda. Los ojos de él la estudiaban. ¿Qué pensaría? Volvió la cabeza para dejar que su propia mirada escapara tras el vidrio de la ventana. Afuera, el verde era infinito y precioso. Se habría detenido a respirar el aire del bosque, pero no podía. No había tiempo que perder. Volvió a pensar en Lencke. Sabía poco de él, pero era consciente de que, detrás de aquella mirada azul y fría, se escondía un profesional despiadado que era conocido en el mundillo de los agentes como el asesino perfecto. Cuando Lencke tenía un objetivo, no fallaba. La presa jamás se enteraba de que estaba en la mira: el hombre era sigiloso y paciente, una sombra en la oscuridad que atacaba sin misericordia. Como ella, Lao se había sumado a la unidad de agencias interdisciplinarias y, gracias a las habilidades de rastreo que lo destacaban, habían logrado encontrar a Von Strauss. En silencio,

ambos reflexionaban sobre el delirio en que se habían embarcado meses atrás. En su interior, sabían que solo algo tan grande como un caso que había estado dormido durante setenta años podía requerir de los mejores expertos del mundo, y allí estaban: la *hacker* más brillante de Interpol y el asesino a sueldo más tenaz de la inteligencia británica.

* * *

Banco Nacional de Suiza, Berna, enero de 1945.

Hjalmar Schacht atravesó las gigantescas puertas de madera y bronce que antecedian a la entidad bancaria, y no hizo falta que se anunciase. Enseguida, un hombre de mediana edad vestido impecablemente, se le acercó y le indicó que lo siguiera. Schacht no era un desconocido en el banco, ya que había sido el presidente del Reichsbank y, durante los pasados años, había creado varias cuentas que recibían millones de francos suizos, dólares estadounidenses y oro. Además, tenía acceso a una bóveda muy particular, un refugio bajo tierra de cuatrocientos metros cuadrados que albergaba las más magníficas obras de arte y piezas arqueológicas que habían sido robadas a los judíos a lo largo de aquellos años.

Schacht avanzó tras los pasos del guía sin cruzar palabra. En cambio, observó los magníficos pisos de madera reluciente sobre los que caminaba y los cuadros colgados en las paredes a su alrededor. Habría querido poder detenerse a observarlos, pero no le fue posible, dado que pronto llegaron a una oficina cuyas paredes estaban

cubiertas de *boiserie* , coronada por un escritorio de caoba lustrosa en el centro. Allí, el gerente del banco lo esperaba sentado sobre un majestuoso sillón tras la mesa de trabajo y, junto a él, un hombre que conocía bien: el jefe del partido nazi.

—*Herr* Bormann —saludó al acercarse y estrecharle la mano.

Martin Bormann devolvió el saludo con un gesto que Schacht conocía bien: una sonrisa algo distante y los ojos entrecerrados. No le caía bien aquel hombre. Menos desde que, en 1943, se había acercado al Reichsbank para dar inicio al *Aktion Adlerflug* . Así —luego de haber creado una gran cantidad de cuentas fantasma en distintos bancos suizos—, habían comenzado a contrabandear lingotes de oro, gemas y otros objetos de valor desde Alemania hacia refugios seguros, sobre todo en América del Sur. Durante todo ese tiempo, Bormann había estado respirándole en la nuca como un sabueso tras la presa. Llevaba registro de cada convoy que salía hacia los destinos seguros y buscaba, más que nada, que Alemania evitara otro Tratado de Versalles. Cuando el mecanismo de fuga de capitales ya parecía funcionar solo, Bormann había dado vida al *Aktion Feuerland* con el objetivo de garantizar un asilo seguro para la dirigencia nazi. La vía de escape elegida estaba en las profundidades de la Patagonia argentina. Por eso, en aquella reunión había una persona más: el hombre que venía a cobrar un anonimato seguro en el destino elegido.

—Rodolfo Freude —se presentó el joven mientras estrechaba la mano de Schacht.

Tras saludarse, los cuatro participantes de aquel encuentro se sentaron alrededor del escritorio. Bormann encendió un cigarrillo y, antes de hablar, inhaló una dosis de nicotina. La necesitaba.

—Rudi ha arreglado un pedido especial con el obispo Hudal —informó. Schacht escuchaba atento—. Hay cierta pieza que el *Führer* está dispuesto a ceder a cambio de su libertad.

—¿Pieza? —quiso saber el banquero.

—Sí, una muy especial. Por lo tanto, el *Führer* no se separa de ella y aceptará otorgarla solo una vez que llegue a destino. —Bormann arqueó una ceja y luego continuó—. La mitad del oro y de las obras de arte del pago se entregarán ahora. Estimo que tiene sus barcos preparados —corroboró el edecán de Hitler al secretario personal del general Perón, que asintió—. Entonces, si están de acuerdo en que se entregue el objeto en destino y, luego, el resto del pago una vez que nuestro líder esté a salvo, podemos proceder con la transacción y cerrar nuestro trato —concluyó.

—El general Perón les está muy agradecido por el gesto —dijo Freude sonriente.

—Hay un viejo dicho alemán —comentó Schacht— que dice que el dinero no trae la felicidad a menos que lo tengas en un banco suizo.

Los presentes estallaron en carcajadas. Así, el gerente del banco sirvió unas copas de whisky y brindaron. Enseguida, Schacht firmó unos documentos que entregó a Freude y, ese día, las reservas de oro de la República Argentina se incrementaron de 346 toneladas a 1173.

* * *

—¿Qué pensás hacer con Lauthen? —preguntó Calavera mientras se acomodaba en la butaca del Gulfstream que pertenecía a Cronos. Estaban preparándose para despegar.

—¿Con la empresa? —inquirió Aguilar, sorprendido por la interpelación—. Pensé que lo había dejado claro.

—Ciro —pronunció Calavera con un tono más serio del que solía usar—, Lauthen S.A. es una compañía en esencia sana. Con una inyección de capital y una mejor administración...

—No —interrumpió el presidente de Cronos al tiempo que se servía un whisky y volvía a ubicarse en el asiento.

—La industria farmacéutica deja muy buen dinero. Deberías pensarlo.

—No insistas, Cala, no me interesa. Lauthen S.A. va a cerrarse. No hay otra opción. —Había ira en la voz del empresario—. Quiero que Franz Lauthen vea su imperio derrumbarse de a poco, y la compañía va a ser el final perfecto.

Ernesto Ordóñez, también conocido como Calavera, observó con detenimiento a su amigo de la infancia, con quien trabajaba desde hacía más de veinte años, y comprendió que aquella era una batalla perdida. El pasado que acarreaba Ciro no le permitía ver más allá de aquella necesidad de venganza.

Aguilar estaba ensimismado en sus pensamientos. En la mano derecha, sostenía un vaso que bamboleaba al compás del traqueteo del avión, lo que generaba que el líquido ámbar cambiara de color a medida que las luces de la turbina lo atravesaban.

—Sabés que contás conmigo —le aseguró Calavera, que se había quitado los zapatos y estiraba las piernas sobre el cuero blanco de la butaca que tenía en frente. Aguilar seguía en silencio—. Hoy, Cronos es dueño del cincuenta y uno por ciento del paquete accionario de Lauthen...

—Después de la reunión hablamos —lo cortó Ciro mientras se colocaba el cinturón de seguridad y observaba a la pequeña tripulación alistarse para el despegue.

Aguilar ajustó la hebilla de aquella cinta de tela y, en ese preciso instante, notó que estaba a punto de concretar aquello por lo que había trabajado durante los últimos diez años. Un pequeño sinsabor se le alojó en la boca. Habría dado lo que fuera por no haber conocido aquel secreto que su abuela le había revelado en el lecho de muerte. Desde pequeño, Ciro había intuido que había un misterio oscuro en su familia y, diez años atrás, lo había descubierto de la peor manera posible. Aguilar sintió que la rabia se apoderaba de él y apretó el puño como si de esa manera pudiera contener la ira, reprimirla. Cerró los ojos, respiró con profundidad y se recostó sobre la butaca. Ya habían despegado. Al lado de él, se encontraba su mano derecha, su amigo desde que tenía memoria, Ernesto Ordóñez, la cabeza del estudio de abogados Ordóñez y Asociados. Calavera era un hombre singular, con una mente brillante y despiadada a la hora de hacer negocios, además de ser su mayor aliado, sin embargo, lo había mantenido al margen de Cronos para que nadie pudiera vincularlos en los comercios. Por eso había sido Winborrow quien había manejado la fusión, y no Calavera. Ciro no quería que nadie adivinara las intenciones que tenía hasta no cerrar la compra. Dado que la transacción ya se había concretado, que la gente de Rache hubiera designado al mejor estudio de abogados de Argentina especializado en fusiones empresariales para manejar la transición no resultaba sospechoso. Durante un tiempo más, mantendría entre sombras que era él quien había comprado la mitad de Lauthen S.A. Aunque era consciente de que Calavera tenía razón y de que desguazar la empresa era tirar dinero a la basura, no pensaba beneficiar con un solo peso a Franz Lauthen. En cambio, iba a destruirlo. Súbitamente pudo saborear el gusto de la venganza y sonrió. No veía la hora de ver la cara del alemán cuando supiera que Rache Inc., la multinacional que había comprado el cincuenta y uno por ciento del paquete accionario de Lauthen, no era más que otra

empresa del Grupo Cronos, que pertenecía al nieto de Sara Müller. Si Lauthen hubiera sabido que él era quien estaba detrás de la compra, jamás habría accedido. A una empresa alemana, en cambio, le había vendido el paquete sin problema. Ese día, Franz Lauthen había sellado su destino. Ciro sonrió con cierta tristeza. Aquella venganza lo estaba consumiendo, y lo sabía, pero, luego de haber invertido diez años en ese anhelo, con un matrimonio destrozado y un corazón devenido en una roca, sabía que no había vuelta atrás.

—Me llamó Sofía —dijo Calavera, a sabiendas de que, con aquel comentario, sacaría a su amigo del ostracismo en el que se había sumergido.

Ciro dejó escapar una carcajada y no pudo evitar incorporarse en el asiento. Por la ventana, Buenos Aires se hacía cada vez más pequeña y empezaba a esconderse tras la niebla nocturna.

—Dice que no puede vivir sin mí —continuó Ordóñez entre divertido y jocosos.

—¡Es que no puede! —alegó Aguilar descostillado de risa—. Esa mujer es tu calvario, Cala. Debiste dejarla antes...

—No sé... —murmuró el abogado, que llevaba un traje azul marino con raya diplomática que le calzaba a la perfección—. Es una buena mujer...

—Hablemos en serio. —Aguilar cambió el tema de la conversación de manera radical—. Sabés que voy a necesitar que manejes Lauthen durante los próximos meses. Nadie debe saber aún que Cronos está detrás de esto, y menos que soy el nieto de Sara. —Ordóñez asintió en silencio—. Quiero ver su cara cuando le revele mi identidad en la junta de accionistas, pero, para eso, falta todavía. Por eso ahora

necesito que vos te encargues de la empresa. —Calavera volvió a afirmar con un movimiento de cabeza—. Por otro lado, no estoy yendo a Bariloche solo por la reunión de accionistas...

Ernesto Ordóñez arqueó una ceja. ¿Por qué otra cosa podía ir Ciro al sur?

—He estado trabajando con el Centro Simón Wiesenthal.

—La institución dedicada a documentar las víctimas del Holocausto y los criminales de guerra nazis —completó su compañero.

—Exacto. —Aguilar hizo una breve pausa. Sus ojos se concentraron en la madera lustrosa de la pequeña mesa de apoyo frente a la butaca. Luego, tras aclararse la garganta, agregó—: Cuando me enteré de lo de Franz Lauthen, contraté al mejor equipo de investigadores privados para que averiguaran sobre él y su historia. No pasaron muchos meses hasta que me confirmaron que el alemán no es quien dice ser. Entonces comprendí que esta investigación debía involucrar a la gente adecuada.

—Román Benegas —interrumpió Ordóñez, quien tenía una clara enemistad con el agente de Interpol y le había reprochado a Aguilar las reuniones con él.

Ciro asintió.

—Sé que Benegas no es santo de tu devoción, Cala, pero es bueno en lo que hace, y frente al panorama que me dieron las investigaciones privadas que encargué, debía hacerle llegar esto a gente idónea. No podía guardarlo... Benegas me contactó con el Centro Wiesenthal y, cuando vieron esto —explicó mientras sacaba una carpeta del portafolio que llevaba junto a él y se lo entregaba a su

amigo. Ordóñez abrió el documento de inmediato—, me pusieron en contacto con una unidad especial, un grupo de élite que rastrea criminales nazis.

—Entonces, ¿está probado que Franz Lauthen es...? —Calavera observaba espantado el dossier que su amigo le había dado. Su cara no podía disimular el horror de lo que veían sus ojos.

—Sí, y su identidad no es lo único que oculta.

* * *

Rechlin, a unos cien kilómetros de Berlín, 28 de abril de 1945, 1 a. m.

Una precaria hilera de lámparas rojas iluminaban un tramo de alrededor de mil metros en una pista de despegue que había visto mejores días. La aeronave, un Junkers Ju 53/3m, comandada por el piloto —y capitán de la SS— Peter Erich Baumgart, experto en misiones clandestinas, estaba listo para despegar. Cuando los pasajeros estuvieron acomodados en sus asientos, Baumgart pisó el acelerador y carreteó, a los sacudones sobre baches enmendados provisoriamente, la distancia necesaria para levantar la trompa del avión y perderse en la negrura de la noche. Peter sabía que debía llegar a Tønder, un aeropuerto en Dinamarca a setenta kilómetros del río Eider, antes de que amaneciera. La luz del día era un peligro, las naves enemigas lo detectarían con facilidad. Por lo tanto, y con la colaboración de su copiloto, decidió volar tanta distancia como fuera

posible en la oscuridad –siempre que hubiera luz de luna que les permitiera ver– y muy cerca de la copa de los árboles para evadir a los grandes bombarderos aliados que sobrevolaban a gran altura.

El plan de vuelo no era complejo, pero sí peligroso, la ruta incluía sobrevolar Magdeburgo, al oeste de Berlín, y luego seguir al Norte, hacia la costa Báltica. Así, cuando la luz del sol arañaba el firmamento, la aeronave aterrizó en Tønder, una vieja base de zeppelines de la Alemania Imperial, que los recibió en ruinas y con partes de máquinas destrozadas por todos lados. Días atrás, había sido bombardeada. Sin embargo, Baumgart logró aterrizar sobre una pista despejada y, tras apagar los motores y quitarse el cinturón, se acercó a sus pasajeros para despedirse, luego avanzó sobre la longitud del fuselaje y observó cómo la tripulación abría la compuerta y los pasajeros descendían; así pudo ver cómo Hitler, Eva Braun, su hermana Ilse, Hermann Fegelein y dos personas más que no conocía, pero que le habían presentado como el coronel Von Strauss y el teniente coronel Helmut von Hummel, desembarcaron en tierra.

* * *

Verónica Ávalos había sido designada como jefa de la Unidad de Delitos Culturales de Interpol. Sobre su escritorio, reposaban dos expedientes a los que debía abocarse: el primero, una investigación en curso respecto al posible contrabando de objetos nazis; y el segundo, un listado provisto por la Unesco de piezas de arte egipcias robadas que suponían que estaban en el país.

En silencio y con la cabeza concentrada en la lectura del documento que le permitiría realizar un allanamiento en la localidad de Beccar, Ávalos lograba abstraerse de la cacofonía que la circundaba. La oficina de Interpol en la que se encontraba, una base ultrasecreta en el corazón del partido de San Isidro, escondía, además de oficinas administrativas, un inmenso predio de entrenamiento subterráneo y una extensa autopista que permitía conectar el centro de la ciudad con el Río de La Plata en total anonimato. Así, mientras bebía el primer café de la mañana y terminaba el papeleo para iniciar la misión que la ocupaba, recibió un llamado. Sonrió. No podía evitar hacerlo cada vez que él llamaba.

—Nene —dijo desde el otro lado de la línea.

—No te ilusiones, nena —contestó la voz cariñosa del otro lado—. Odio hablarte por trabajo, ojalá fuera para otra cosa, pero sé que estás por allanar la casona de Beccar, y me avisaron desde la central que el que figura como dueño de la propiedad aparece en una causa en la que llevo mucho tiempo trabajando. ¿Me das veinte minutos y vamos juntos?

Verónica asintió. El pedido venía del comisario general de la Policía Federal, Justo Zapiola, hombre al que había conocido durante la anterior misión en la que había participado y con quien había entablado una relación más allá del ámbito profesional.

—Con una condición —accedió ella divertida.

—Por vos, lo que quieras, muñeca —sonrió Zapiola.

En otro momento de la vida, si un hombre la hubiera tratado de “nena” o “muñeca”, lo habría puesto en el lugar que le correspondía en treinta segundos. Con él, en cambio, le ocurría algo por completo

inesperado: le encantaba que le hablara así en la intimidad. Justo Zapiola había comenzado a avanzar sobre su alma, y lo estaba disfrutando.

—El desayuno de mañana lo prepararás vos —respondió ella.

Justo dejó escapar una carcajada. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Verónica Ávalos había aparecido en su vida en el momento justo, y no la iba a dejar escapar.

—¿Das por sobreentendido que vamos a dormir juntos? —dijo él divertido.

—¿Acaso no venís durmiendo en casa la última semana?

Verónica pudo adivinar una sonrisa del otro lado del teléfono.

—Salgo para allá y mañana te hago el café. Beso, nena.

Ávalos dejó el móvil a un lado y no pudo quitarse la mueca de felicidad de la boca durante un rato. Después del divorcio, el encuentro con Justo había sido providencial.

* * *

Búnker del *Führer* , Berlín, 29 de abril de 1945.

Martin Bormann recibió el mensaje encriptado a través de la red de comunicaciones de la agencia de inteligencia Abwehr, ubicada al norte de España, en el preciso instante en que el reloj marcaba las doce del mediodía. Tras la partida de un nuevo avión desde Tønder –y luego de cuarenta y cinco minutos de vuelo–, el *Führer* había llegado a Travemünde. Allí, él y Eva Braun se habían despedido de Ilse y Fegelein, quienes habían decidido quedarse en Alemania, y habían abordado un Junkers Ju 290 de cuatro motores que los trasladaría, junto a una selecta comitiva, a Reus, Cataluña. Una vez ahí, la nave sería desmantelada para no dejar rastros, y los pasajeros serían trasladados en dos vehículos oficiales a un edificio militar próximo al aeropuerto para luego subirse a otra nave que los llevaría hasta la base aérea Morón de la Frontera. Deberían hacer escala en ese lugar para abastecerse de nuevo de combustible y proseguir hasta el siguiente destino: las Islas Canarias españolas, sobre el Atlántico, donde se encontraba la Villa Winter, una base secreta en la isla de Fuerteventura. En ella, dos submarinos –uno de mejor categoría para el *Führer* y su séquito, y otro con un laboratorio a bordo para una misión específica, ambos con suficiente oro y riquezas para encarar la nueva vida– los esperaban para emprender el largo escape al sur.

Bormann, al prever un fatal desenlace para el Tercer Reich, había ideado y puesto en marcha algunos años atrás la Operación Tierra del Fuego, que incluía crear un refugio secreto y autosuficiente para Hitler y una muy selecta comitiva en el centro de una comunidad alemana en Bariloche. Además, el plan disponía la creación de una importante cantidad de compañías fantasma para fugar capitales desde Alemania hacia los refugios designados. Para ello, Bormann había comenzado a comprar acciones y capital en compañías extranjeras, de preferencia empresas en América del Norte, con la complicidad de la corporación I. G. Farben como fachada. Así, Farben, quien cobraba un porcentaje sustancioso por cada operación, había ido adquiriendo acciones y bonos en la Bolsa de Nueva York. Contaba asimismo con la ayuda estratégica del exministro de Economía del

Reich, Hjalmar Schacht, quien, a partir de 1943, se había radicado en Suiza para manejar con mayor libertad los movimientos de fondos desde su propia entidad bancaria, el Banco de Pagos Internacionales. El principal agente que tenía Farben en Buenos Aires, el banquero Ludwig Freude, había logrado crear el esquema perfecto. Se trataba de un triángulo anónimo de evasión y fuga de capitales imposible de detectar y que había logrado concretar lo que Hitler les había pedido: “Enterrar bien el tesoro nazi porque lo necesitarían para comenzar el Cuarto Reich”.

* * *

Justo Zapiola era el comisario general de la Policía Federal y, aunque arañaba los cincuenta años, sentía que estaba en la cresta de la ola, que por primera vez en muchísimo tiempo estaba contento y en paz. Luego de haber enviudado y después de un divorcio con la que había creído que era el amor de su vida, se había sorprendido al conocer a una mujer que le había quitado el sueño y que, en aquel momento, se subía a su camioneta para encarar la misión que los ocupaba.

—¿Tenés la dirección? —preguntó Verónica sin perder el tiempo. Dos vehículos del Grupo de Operaciones Especiales y otro del Instituto de Antropología y Arqueología esperaban la orden para partir.

Él asintió. No conocía a nadie más profesional que Verónica a la hora de trabajar. No permitiría jamás que nadie supiera que estaban juntos. Durante las operaciones, ella se comportaba con total

indiferencia hacia él.

—Vamos —resolvió entonces, e hizo un par de señas para que las camionetas con los agentes a su cargo avanzaran.

Justo, divertido por la situación de extraña formalidad entre él y aquella mujer con la que había compartido la intimidad más profunda, volvió a encender el automóvil y arrancó. Luego, y sin mediar palabra, subió la música. Los primeros acordes sonaron en los parlantes, y la expresión de Verónica fue de tal desconcierto que el comisario no pudo evitar dejar escapar una carcajada.

—¿Qué estás escuchando? —preguntó ella entre asombrada y risueña.

—¿No te gusta? —inquirió él, que no podía dejar de reír.

—¿Vos, que sos el tipo más serio y correcto del mundo, escuchás Las Pastillas del Abuelo? No dejás de sorprenderme, nene.

—Hay mucho de mí que todavía no conocés —respondió él, que adoraba cuando ella le decía “nene”; lo hacía sentir joven, cercano, íntimo—. Escuchá la letra.

Verónica prestó atención a la música entonces y observó cómo Zapiola tarareaba la canción mientras tamborileaba con los dedos sobre el volante. “Princesa de todos mis palacios, si me pudieran dar a elegir cómo y dónde yo quisiera morir, contestaría acostado, feliz de estar a tu lado”. La escena, inesperada e impensada al venir del comisario que había conocido semanas atrás —un tanto taciturno, por momentos antipático, y por lo general triste—, la conmovió. Había mucho Justo por descubrir, y estaba claro que se sentía cómodo con ella. La agente sonrió y no pudo evitar pensar que, en una de las primeras noches que habían estado juntos, le había dicho que no

buscaba amor. Era evidente que el amor llegaba en cualquier momento y que no había manera de impedirlo. Justo Zapiola avanzaba lento y de manera corrosiva en su cabeza, y le encantaba.

* * *

Caleta de los Loros, golfo San Matías, Río Negro, julio de 1945.

La oscuridad era absoluta. El aire se había vuelto irrespirable unos miles de kilómetros atrás, pero ya se habían acostumbrado a ese olor rancio y viciado que parecía acompañarlos desde siempre. El chirrido de las máquinas que daban vida al submarino alemán era lo único que interrumpía ese silencio colmado de cacofonías mecánicas. Los cuatro hombres que compartían ese espacio, una sala de espera infernal –que no era el laboratorio de trabajo de Franz, donde había pasado la mayor parte del viaje; ni el comedor, ni las habitaciones– mantenían silencio. Sabían que estaban próximos a arribar a destino y, por eso, aunque allí dentro hicieran casi cincuenta grados de calor, se habían vestido con ropa de abrigo y botas de goma para salir a la superficie.

Franz pensaba en cuánto quería un cigarrillo en aquel momento. Podía imaginar el sabor del tabaco en la boca, detenerse en el preciso instante en que la nicotina llegaba hasta la última de las terminaciones nerviosas y luego fantasear con exhalar el humo de aquel vicio que no podía dejar. Ansiaba, necesitaba esa dosis que, tantos días atrás, había probado por última vez. Debía esperar, pensar en otra cosa. Se concentró en sus manos, grandes y de tono mortecino

luego de tantas horas sin luz, que reposaban sobre sus rodillas. Luego se dedicó a contar los tornillos que ajustaban la litera frente a la de él. Sesenta y dos. Sesenta y dos tuercas evitaban que los más de setenta kilos de Helmut, su compañero, cayeran al piso. Observó al resto de la comitiva, todos pálidos y ojerosos. Algunos estaban tan flacos que en nada se parecían a los oficiales que habían abordado la nave en España. La vida en ultramar era dura, pero la vida en fuga dentro de un submarino lo era aún más. Llevaban más de noventa días en aquel lobo gris que había atravesado los mares en el más estricto de los anonimatos. Allí, la escasa agua dulce y las mínimas raciones de comida se habían administrado de manera tal que, durante el larguísimo trayecto, no murieran de hambre.

Franz pensó entonces en el *Apfelstrudel* que hacía su madre. Si cerraba los ojos, estaba convencido de poder sentir la masa dulce y tibia con sabor a canela y un lejano dejo a vino blanco al final. Sabía que, apenas se estableciera en aquellas nuevas tierras, lo primero que haría sería darse un festín. Un baño primero, un cigarrillo luego y un banquete después. Los días de hacinamiento y hambre habían terminado, y la gran Alemania también, pensó con cierta nostalgia. Pero Franz sabía que una de las razones de aquel éxodo –además de escapar de la vieja Europa y salvar el propio pellejo– era refundar el nacionalismo alemán y, algún día, fundar el Cuarto Reich. Sonrió. Y al mismo tiempo en que lo hizo, el cuerpo delgado se le bamboleó con el vaivén de la nave, que por fin había llegado a destino. El submarino se preparaba entonces para emerger a la superficie. Ya debería de ser de noche, pues el plan estaba pautado de manera estratégica: emerger en la negrura de las aguas patagónicas, donde un equipo de rescate, que había llegado varios meses antes, estaría fuera, listo para asistirlos. Franz levantó la mirada del suelo, observó la enorme ballena oscura en la que se encontraba inmerso y no pudo evitar cierta tristeza. Aquella sería la última misión de aquel *U-Boot* de setenta y siete metros de eslora que, en breve, dormiría el sueño eterno en el lecho de aquellas aguas heladas.

CAPÍTULO 3

La noche se había instalado en Buenos Aires. El frío había llegado para quedarse, y una leve llovizna, que apenas mojaba, caía y se tornaba molesta luego de un par de minutos. Allí, a la vera de un enorme edificio gris que, aun pasados los años, no había perdido el esplendor de los cincuenta, Alexander esperaba la señal que le indicara que era el momento de actuar. No pasaron más que un par de minutos antes de que viera el juego de luces que le señalaba que estaba todo listo para recibirlo. Se acomodó el sobretodo y salió de las penumbras para apurar el paso cuando las luces de la calle cayeron sobre él. Como una sombra ágil, se perdió de nuevo en la oscuridad. Cuando llegó a destino, la persona que lo esperaba fumaba un cigarrillo con tranquilidad. Al verlo, tiró el cigarro al piso, lo aplastó con la punta del zapato y le hizo un par de señas para que lo siguiera. Segundos después, ingresaron al banco por una puerta lateral. En silencio, los dos hombres irrumpieron en la lobreguez del edificio. A esas horas de la noche, el sitio parecía un páramo colmado de escritorios de metal y sillas vacías. El silencio era ensordecedor. Alexander se concentró en el repiqueteo de sus pasos contra el linóleo gris, el zumbido de las puertas blindadas al abrirse y el frío que sintió cuando llegó a la bóveda subterránea.

—¿Trajo la llave? —preguntó al visitante, que asintió.

Cuando ingresaron, el hombre encendió las luces. Alexander tuvo que cerrar los ojos durante un momento para no encandilarse y, en ese instante, notó que aquella habitación blindada era mucho más

grande de lo que parecía. Las miles de cajas, algunas en extremo pequeñas y otras de absurda amplitud, se amuchaban unas junto a otras en lo que parecían ser unos quinientos metros cuadrados.

—¿El número?

—19334.

—Por acá —dijo el hombre al indicarle el sitio al visitante—. Lo dejaré solo.

El guía desapareció de escena con rapidez. Alexander se quedó a solas, rodeado por los cientos de cajas fuertes que albergaban más de algún secreto que, en aquel momento, era lo que menos le importaba. Tampoco le interesaban los miles de dólares que esas pequeñas fortalezas podían resguardar. Él estaba ahí por una razón específica. Que su secreto mejor guardado siguiera siendo tal dependía, esa noche, por completo de él. Por eso se aproximó a la caja cuyo número coincidía con el de la llave. La introdujo en el cerrojo, y aguardó a escuchar el crujido de la combinación al destrabarse. Luego abrió el pequeño cofre y extrajo el paño que guardaba aquello que debía proteger con su propia vida. Lo develó con premura y observó que era tan bello como había imaginado. Entonces se lo guardó dentro del sobretodo, cerró la caja y, sin despedirse, salió de la bóveda para perderse en la espesura de la noche. No iba a dejar rastros; la orden era simple: desaparecer y devolver aquel objeto a quienes debían custodiarlo, los caballeros de la Orden Sagrada.

* * *

El Gulfstream aterrizó sobre Bariloche cuando el reloj marcaba las diez de la noche. Ciro se había cambiado y llevaba unos vaqueros gastados, zapatillas y un buzo negro que cubrió con una campera de cuero. En la mano derecha, sujetaba el bolso en el que trasladaba el expediente que le había mostrado a Calavera, quien, a su vez, también había abandonado el traje y la corbata y llevaba ropa más informal. La noche era fría, y la nevisca había empezado a cubrir la pista. Los hombres avanzaron a paso firme sobre el asfalto hasta llegar a la camioneta Audi Q7 color plata que estaba estacionada, lista para trasladarlos. Calavera tomó la llave del vehículo y se ubicó en el asiento del conductor preparado para recorrer los cuarenta kilómetros que los separaban del hotel Llao Llao.

—Mañana en la reunión —comentó Ciro al tiempo que se ajustaba el cinturón de seguridad—, te quiero implacable. Sin concesiones. Porque la que dirige la batuta ahí es la Nena Lauthen. —Hizo una pausa—. La nieta del viejo. Te aseguro que es un hueso duro de roer. Así que, Cala, confío en vos. Nada de ceder.

—No te preocupes, la Nena Lauthen no va a poder con Ernesto Calavera Ordóñez.

Ciro sonrió.

—La Nena Lauthen es bellísima, y te conozco. —Aguilar perdió la sonrisa en aquella pausa—. No te distraigas por una falda en esta empresa, es importante.

Ernesto notó la seriedad en las palabras de su amigo, hermano en realidad, al que le debía la vida: a la edad de seis años, lo había acogido en su propia casa para convertirlo en uno más de la familia. Jamás olvidaría aquel día en que el viejo Aguilar había ido a rescatarlos a la casa de su tío para nunca más regresar.

“A partir de ahora, vas a vivir con nosotros”, le había dicho mientras le pasaba la mano por la cabeza y le acomodaba la campera. Si cerraba los ojos, aún podía sentir el frío de aquel invierno que le había congelado hasta el alma. “A esa casa no volvés nunca más”, había continuado el viejo Aguilar. “Mi casa, la casa de Cirito, es tu casa a partir de ahora, Ernesto”. Vos no te preocupes por nada, que nosotros te vamos a cuidar”. Y así había sido. Desde aquella tarde helada de junio, su vida había dado un giro radical. Se había mudado a la casa de los Aguilar, donde lo habían tratado como a un hijo más, y no había vuelto a ver jamás a su tío. Ni siquiera había acudido a su entierro. Esa vida horrible había quedado en el pasado, un pasado que no quería recordar.

—Quedate tranquilo —le aseguró Calavera en un tono de voz más serio que el que acostumbraba—. Sé cuán importante es Lauthen S.A. para vos. Vamos por todo en esa empresa —concluyó, y se pasó el resto del camino en silencio. Callado, agradecía en secreto al viejo Aguilar por haberlo rescatado aquel día y por haberle dado la oportunidad de vivir la vida como un niño normal, en vez de en manos de aquella bestia que le había tocado en suerte como tutor luego de la muerte de sus padres.

* * *

Zapiola estacionó el vehículo frente al domicilio indicado y observó cómo Verónica coordinaba el ingreso a la vieja casona. Así, un equipo de élite entrenado irrumpió en la morada al grito de “Policía”, luego,

el doctor Rafael Schatz se acercó a la jefa para preguntarle algo.

—¿Cuándo pensás que podremos entrar?

La mirada de Ávalos fue lapidaria. Lo atravesó con los ojos y no le respondió. Aquella mujer no tenía pulgas y, ante preguntas que sobraban —recién estaban empezando el operativo—, optaba por no responder. Luego avanzó con paso firme y se adentró en la propiedad. Detrás de ella, Zapiola y Schatz le seguían los pasos, pero ninguno imaginaba lo que estaban a punto de encontrar.

* * *

Caleta de los Loros, golfo San Matías, Río Negro, julio de 1945.

El submarino emergió en medio de la negrura tachonada tan solo por la luz de una luna blanca y perfecta que iluminaba la bóveda celeste. Franz notó cómo sus propias manos se aferraban con fervor a la escalera que lo conducía a las afueras de la nave, y apenas sacó la cabeza del lobo gris, sintió el golpe del viento helado en la cara. Respirar aire fresco luego de casi noventa días fue un placer como el que jamás había imaginado. Inhaló con profundidad y lentitud para que el aire limpio le recorriera hasta el último centímetro cúbico de los pulmones. Repitió el proceso y, durante un segundo, olvidó que aquella era una operación de escape y que la velocidad era clave. Sintió que el oficial que subía las escaleras tras él lo empujaba a salir. Debía apresurarse. Franz reaccionó, apoyó las manos sobre el metal frío de la escotilla y se apeó sobre el lomo de la nave. Desde allí, el

agua parecía refulgir bajo el asteroide lunar, y las posibilidades de futuro se le antojaron infinitas. Una lancha neumática ya había cargado pasajeros y avanzaba en la oscuridad. Franz sintió que el corazón se le aceleraba. La oportunidad de ser libre en un país desconocido era todo lo que necesitaba. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el bote que los esperaba se acercó al submarino. Se cerró el gabán en busca de calor y descendió hasta la pequeña embarcación. Sabía que, una vez en tierra firme, aún le esperaba un largo trayecto hasta llegar a destino.

* * *

Carola Figueroa se observó en el espejo y, conforme con su apariencia, se colocó dos gotas de Opium de Yves Saint Laurent en las muñecas, otras dos tras las orejas y una última en el centro del escote. Luego aspiró con profundidad ese aroma que sentía que la cubría de magia y sonrió. Tomó el pequeño sobre negro que usaba de cartera y salió del cuarto.

Bajo sus pies, enfundados en unos Manolo Blahnik, los pisos de roble de Eslavonia parecían continuar hasta el infinito. A medida que avanzaba por el pasillo de aquel emblemático hotel, aspiró el perfume a flores frescas mezclado con un dejo del olor a la cera con la que era probable que hubieran lustrado aquellos añosos tablones esa mañana. Se detuvo frente al ascensor y aguardó a que llegara. Una vez dentro, presionó el botón que indicaba el piso del bar. Su destino la esperaba allí esa noche, aunque él todavía no lo supiera.

* * *

Ernesto tenía la mirada perdida en el vaso de whisky que había dejado reposar sobre la barra. Pasaban de las once y media de la noche, y la velada se presentaba tranquila. Calculó que, tras una medida o dos más de alcohol, la noche lo encontraría en la cama. Apuró el trago y se dispuso a levantarse cuando la voz más sensual que había escuchado jamás lo invitó a quedarse.

—¿Ya te vas?

Calavera se encontró con dos ojos de un turquesa tan profundo que sintió que era capaz de perderse en ese mar de cobalto sin siquiera pestañear.

—Carola Figueroa —dijo la mujer, que le estrechó la mano sin dudar. Luego se acomodó en el taburete junto al que él ocupaba—. No querría tomar una copa sola —agregó—. ¿Me acompañás?

Ordóñez sonrió e hizo un gesto rápido al barman para que le ofreciera una bebida a la mujer que lo acompañaba. La observó con rapidez. Apenas superaba los treinta y cinco años y llevaba el pelo rubio recogido hacia atrás, lo que le dejaba el cuello al descubierto, y un escote que lo invitaba a desconcentrarse. El vestido negro y hasta la rodilla que usaba le recorría las curvas con elegancia. Calavera no sabía quién era, pero estaba dispuesto a conocerla.

—Ernesto Ordóñez —se presentó al tiempo que bebía un poco de whisky. La mujer sonrió y asintió con la cabeza mientras se llevaba la bebida a los labios—. ¿Qué te trae al Llao Llao? —inquirió para entablar una conversación.

—Una reunión familiar —respondió ella, que se había acomodado de tal manera que la luz tenue de la barra le resaltaba los pómulos y la profundidad del escote—. ¿Vos?

—Trabajo. Nada tan divertido como lo tuyo.

Carola Figueroa dejó escapar una carcajada.

—No hay nada de divertido en las reuniones familiares — argumentó, y se detuvo un momento en las manos del hombre que tenía en frente, cuyos dedos largos jugaban con la copa medio llena. Luego lo miró sin disimulo. No superaba los cuarenta y ocho años, llevaba el pelo de color oscuro corto y tenía unos intrigantes ojos grises. Iba vestido con vaqueros y un buzo gris que dejaba adivinar unos brazos musculosos—. ¿A qué te dedicás? —quiso saber.

—Soy abogado.

—Un cuervo —bromeó la mujer.

Ordóñez rio.

—De lo peor.

—De lo peor —repitió ella.

Tras la risa, ambos guardaron silencio y, durante un momento, parecieron sumergirse en sus respectivas bebidas y pensamientos.

—¿Qué tipo de reunión familiar? ¿Un cumpleaños? —preguntó Calavera mientras la miraba a los ojos.

—Algo así... —respondió evasiva en tanto pedía otra ronda de whisky—. ¿Qué rama de la abogacía ejercés?

—Adquisiciones y fusiones de grandes empresas —respondió con cierto tedio. La conversación no estaba yendo por los caminos que él quería—. ¿Y vos qué haces?

—Soy abogada —respondió Carola en tanto contenía una carcajada—, pero casi no ejerzo.

—Un cuervo... —bromeó.

—De lo peor —agregó ella al tiempo que los dos estallaban en carcajadas. Luego, tras una pausa, y ya más calmada, continuó—: Mi familia es oriunda de Bariloche y, como es el aniversario de la muerte de mi abuela, han decidido reunirse.

—No parecés muy entusiasmada.

—No conocés a mi familia —respondió la joven antes de apurar el trago—. ¿Tu compañía compró una empresa local? —quiso saber.

—Algo así... —respondió Calavera para esquivar el tema—. ¿Qué rama del derecho...?

—Familia.

—¿Y vivís acá o...?

—¿Acá en el Llao Llao? —preguntó divertida.

—En Bariloche —aclaró el empresario, que empezaba a cansarse. Había un solo objetivo en aquella charla sin sentido, y no parecía lograr concretarlo.

—Vivo en Buenos Aires, voy a estar acá tres días nada más. ¿Vos?

—Dos, dos días... —Calavera parecía más taciturno de lo habitual. ¿Estaba perdiendo el estilo?—. ¿Uno más? —le preguntó para ofrecerle otro trago. Ella asintió.

—Gracias —dijo—, no tenía ganas de beber sola, y menos aún de irme a dormir temprano.

—¿Y eso por qué?

—Fue un día difícil —murmuró la mujer mientras bajaba la vista y se concentraba en el color ámbar del líquido que tenía en la mano.

—Te escucho —propuso con fingido interés Ordóñez, aunque la posible perorata le importaba tres rábanos.

Carola Figueroa sonrió. Por dentro, supo que lo tenía donde lo quería.

—Nada que valga la pena mencionar —respondió mientras elevaba la copa para invitar a aquel compañero a brindar—. Brindemos por lo que puede ser —dijo por fin.

—¿Y qué es lo que puede ser? —susurró Calavera con cierta malicia. La mujer estaba entrando en sus redes. No había perdido el toque.

—Hoy —declaró sugestiva—, lo que quieras.

Calavera sonrió, tomó de un trago el whisky y pidió la cuenta. Se incorporó con premura y extendió la mano.

—Vamos —dijo sin más, y la mujer sonrió, se puso de pie y lo siguió hacia el ascensor.

Carola Figueroa sujetó la mano de aquel hombre y sintió una electricidad que no esperaba. Durante un segundo, disfrutó, como en un arrebató, el paso que iba a dar. Había planeado ese encuentro durante semanas. Nadie iba a llevarse lo que era de ella, menos un abogaducho de cuello blanco que lo único que hacía era comprar empresas en ruinas para venderlas luego por fortunas. Esa noche, ella iba a cambiar el destino; y, para eso, necesitaba que Calavera Ordóñez –como se lo conocía en el mundillo empresarial– cayera en sus brazos, por lo menos durante un rato. Transitaron la distancia que había entre el bar y el vestíbulo del hotel en silencio pero agitados por la anticipación del encuentro que iban a tener. No se conocían, y a ninguno de los dos le importaba. De hecho, Calavera estaba acostumbrado a esos convites, y Figueroa tenía un plan mayor cuyo primer paso estaba por dar. Ordóñez caería en su cama primero y en la trampa que tenía preparada después. Se detuvieron frente al ascensor y se ubicaron detrás del grupo de extranjeros que esperaba. En silencio, aguardaron hasta que llegó e ingresaron sin pronunciar palabra. El calor que emanaban esos cuerpos que aún no se tocaban podía sentirse en el aire. La lentitud con la que el elevador se trasladaba resultaba insoportable. Calavera se acercó a la mujer y le rozó la cadera. Carola sintió que se estremecía. Se acercó aún más al hombre que le cubría la espalda y sintió cómo él le recorría con parsimonia el brazo derecho con uno de aquellos varoniles dedos. La piel se le erizó, y tuvo que cerrar los ojos un momento. El ascensor se detuvo. Bajaron con prisa, Calavera la tomó de la cintura y la llevó, sin preguntar, hacia su habitación. Pasó la tarjeta de acceso por el lector digital y no se detuvo a cerrarla, sino que tan solo pateó la abertura al mismo tiempo que capturaba a la mujer en un beso que, sin permiso, lo llevó a un abismo del que, en ese instante lo comprendió, no podría regresar.

* * *

Residencia Inalco, Villa La Angostura, Neuquén, julio de 1945.

A orillas del lago Nahuel Huapi, la mansión de piedra y madera parecía dominar el firmamento. El paisaje que la albergaba era abrumador. Franz von Strauss se detuvo un momento en el muelle para recuperar el aire. El teniente coronel Helmut von Hummel, que caminaba a su lado, lo imitó. Los días en aquel submarino habían afectado el estado físico de ambos. Descansaron un minuto hasta recuperarse, y Franz observó a quien lo había acompañado en ese viaje. Era más alto de lo que recordaba y, aseado, parecía aún más flaco. Von Hummel, quien había sido el edecán del jefe del partido nazi, Martin Bormann, parecía preocupado y había guardado silencio durante el trayecto en lancha que los había llevado hasta esa bahía escondida entre las montañas. Franz sabía que Von Hummel llevaba una carta de parte de Martin Bormann para ser entregada en mano a Adolf Hitler. “No confía en nadie”, le había confesado Von Hummel al referirse a su superior directo. “He logrado huir de Alemania gracias a este mensaje”, había agregado luego al tiempo que le mostraba un sobre con un sello lacrado con las iniciales del jefe del partido nacionalsocialista. Él, por su parte, sabía que sus conocimientos de química habían sido el salvoconducto que lo había llevado a aquellas tierras y que lo que cargaba en el bolsillo era el secreto mejor guardado del *Führer* .

El viento frío los espabiló, y continuaron avanzando. El día se presentaba ventoso y sombrío, pero Franz dudaba de que el clima pudiera opacar la magnificencia de aquella enorme casona sobre la playa de arenisca que parecía haber sido recortada de algún paraíso perdido. Aquel era el escondite perfecto; nadie imaginaría jamás que

los hombres más buscados se ocultaban en aquella mansión austral. Von Strauss notó que seguía agitado y volvió a aminorar el paso, pero Helmut se dio vuelta y le hizo un gesto para que se apurara. Estaba nervioso. Von Hummel se había mostrado como una persona de temple de acero durante el viaje en el *U-Boot* , pero, aquella mañana, exhibía una particular intranquilidad. ¿Qué sería de él después de entregar aquella misiva y cumplir la misión?

—Estamos retrasados —masculló Von Hummel.

—Vamos —respondió Franz, al tiempo que se palpaba el bolsillo derecho de manera instintiva. Envuelto en un paño de terciopelo que lo protegía de las inclemencias del frío y de las distancias que había atravesado, aquello que había jurado proteger reposaba inerte en la tela, a la espera de llegar a destino.

CAPÍTULO 4

Tania levantó la mirada y notó que la tarde empezaba a caer. El sol descendía, y el calor en la casa comenzaba a mermar. Debía agregar algunos leños al fuego, colocar agua a hervir para el té y después esperar a que llegaran las visitas. Sintió un pequeño escalofrío, se pasó las manos por los brazos en busca de generar algo de calidez con la fricción y tomó la pava, que colocó sobre el quemador. Aún sentía frío. Se apretó las manos y se dio cuenta de que estaban heladas. Tomó un par de ramas secas, que sumó al fuego discreto de la cocina económica, y luego llegó el turno de alimentar el hogar de la sala. Allí, en la semipenumbra, el bailoteo de la llamas asemejaba un ritual que solo era interrumpido por el crepitar de la madera. Se detuvo un momento en aquel magnífico espectáculo de rojos, azules y amarillos que estallaban sin permiso o sincronía pero que, sin embargo, era de las cosas más hermosas que había visto. Se sentó un momento en el sillón frente al fuego, con la cabeza enfocada en lo que estaba a punto de hacer. Ya nada la ataba, ya no tenía nada que perder, y la muerte, esa que había evadido en el campo de Birkenau, estaba a la vuelta de la esquina. A su edad y sola en el mundo, solo debía decir la verdad, hacerle pagar al pasado las cuentas que le debía y, por fin, liberarse de aquello que había jurado no revelar jamás por su propia protección. Aunque eso ya no importaba. No había a quién resguardar, ya no.

Miró el reloj. Pasaban de las seis. Dentro de unas horas, las visitas estarían allí, y por fin haría justicia. Se incorporó con lentitud con la intención de regresar a la cocina y preparar un té, pues la helada de aquel invierno parecía inclemente. Las ventanas empezaban a empañarse, y el sol de la tarde había desaparecido por completo.

Encendió la luz. El ambiente le resultaba acogedor, como siempre. La madera le daba cierta calidez a la cocina, con las tazas de colores colgadas bajo la repisa. La radio encendida, el leve olor a jabón de lavar que emanaba del lavadero... La ventisca que irrumpió tras sus espaldas la sorprendió. Se dio vuelta con la sospecha de que la ventana se había abierto de alguna manera. El hombre bajo el dintel de la puerta no era a quien esperaba.

—No van a poder evitarlo —dijo Tania mientras retrocedía unos pasos. Se detuvo cuando la cadera chocó contra algo— aunque me maten —continuó con voz firme—. Ya nada va a callar mi verdad. No tienen con qué amenazarme, ya no.

El hombre no emitió palabra, solo se acercó. La mujer lo desafiaba detrás de esos ojos azul claro que portaba. Los casi noventa años que estimaba que tendría parecían no haberle enseñado a amedrentarse frente a los casi dos metros de amenaza que tenía enfrente.

La mujer sintió que el pulso se le aceleraba, que las ideas se le agolpaban en la cabeza y que no había escape. Había llegado el final. Había sobrevivido a la guerra, al campo de concentración, a la desolación de la posguerra, a la soledad obligada por ser la única sobreviviente de la familia, a la vida y a la muerte y, como una cruel burla del destino, iba a morir en manos de un sicario bien pago que nada sabía de los secretos que ella había guardado durante tantos años... Secretos que nada le importaban. Apretó los puños, cerró los ojos y pensó en su hija, en Lev, en sus padres y en sus hermanos. Pronto se reencontrarían. Y después rezó. Rezó para que los visitantes, aquellos que llegarían demasiado tarde, supieran buscar lo que debían encontrar. Luego el mundo se volvió frío, negro y silencioso; como el pasado.

* * *

Julia se calzó el gorro de lana y los guantes antes de bajar de la camioneta que conducía Lencke. Miró el reloj. Pasaban de las seis, y llegaban a tiempo para la cita con el contacto que les había hecho el Centro Wiesenthal. Si los documentos que decía tener aquel individuo eran verdaderos y los datos que habían terminado de verificar coincidían, estaban a horas de detener a uno de los criminales de guerra más buscados desde fines de los años cuarenta.

—Es aquí —indicó Lencke al quitarse los Ray-Ban espejados que le cubrían los ojos azules como el cielo. El sol se había puesto.

Julia lo siguió en silencio. La casona a la que iban a entrar se encontraba perdida en medio de una montaña de picos nevados que parecía un cuadro. Los techos de madera asomaban apenas bajo la capa de nieve blanca que los cubría. En la puerta, los esperaba un hombre de unos cincuenta años, calculó Julia al verlo. El sujeto era alto; “Muy alto”, pensó Durée, que durante un instante sintió que la mirada del hombre la evaluaba más de la cuenta. Le devolvió el gesto sin pudor al sostenerle los ojos con cierto desparpajo. Estaba acostumbrada a esos envites y, por alguna razón, la situación no la incomodó. Había algo en el empresario que iba a conocer que le resultaba atractivo, pero por sobre todo, detrás de lo que parecía una impronta dura, parecía esconderse un hombre cálido. Descartó de inmediato aquel pensamiento absurdo. No conocía en absoluto a Aguilar; se le acercó con cierta cadencia al tiempo que le extendía la mano con firmeza. Al estrechar la de él, sintió un cosquilleo en el cuerpo que se obligó a desterrar. No era ese el momento de fraternizar con nadie, no en aquel caso.

—Julia Durée —se presentó en tanto disfrutaba el calor de la mano que estrechaba y la inesperada electricidad que le despertó—, Interpol.

—Ciro Aguilar —respondió él mientras le sostenía la mirada profunda. Julia Durée era una mujer muy atractiva, pensó antes de girar para saludar al segundo agente que se le presentaba.

—Lao Lencke —interrumpió el otro, que ofreció la mano a modo de saludo también—, MI6 —aclaró.

—Gracias por venir —dijo luego Aguilar, antes de invitarlos a entrar.

Los agentes ingresaron a la casa. Julia se quitó la campera y el gorro, y el pelo cobrizo se le desparramó sobre la espalda como una cascada de tonalidades terracota. Ciro no pudo dejar de notarlo. Debía saber más sobre aquella mujer. En ese instante, una persona del servicio doméstico de la casa les ofreció café, y los tres lo aceptaron con gusto. Luego Julia se acomodó junto a Lencke a la espera de que Aguilar hablara.

—Cuando contacté al Centro Wiesenthal —empezó el empresario—, no sabía si iban a darle importancia a lo que creo haber encontrado.

—Si el director de Interpol —interrumpió Lao— le facilita el contacto, Wiesenthal responde. Román Benegas es un hombre influyente —concluyó.

Aguilar sonrió.

—Lo sé. De cualquier manera, no sabía si lo que tengo... —Ciro se puso de pie y caminó hasta un escritorio que había a un costado de la sala de estar. Allí tomó un portafolio y de él extrajo una carpeta que le

entregó en mano a la mujer—. Franz Lauthen —dijo en referencia al dossier que les entregaba—. O, mejor dicho, el coronel Franz von Strauss.

Un escalofrío recorrió a las tres personas presentes en aquella casa perdida en la montaña. El coronel Von Strauss había desaparecido más de setenta años atrás junto al criminal de guerra más buscado de todos los tiempos, quien, según la historia oficial, se había suicidado en un búnker en Berlín. Si aquellos documentos eran verdaderos, Von Strauss y Adolf Hitler habían huido en un submarino alemán hacia la Patagonia argentina, y estaban a punto de comprobarlo.

* * *

Residencia Inalco, Villa La Angostura, Neuquén, julio de 1945.

Franz y Helmut ingresaron a la casona y se quitaron el abrigo. El aspecto de los dos hombres había cambiado de manera considerable desde que habían tocado tierra, una semana atrás. Bañados y afeitados, parecían un par de alemanes más. Nada quedaba de los rubios flacos y de barba larga y sucia que habían emergido de la negrura del submarino en Caleta de los Loros. Vestidos con ropas elegantes y bien aseados, eran dos caballeros que resultaban muy atractivos a la población femenina local, que, en aquellos pocos días, los habían estudiado mientras ellos se instalaban en dos casonas a unos cuarenta kilómetros de donde se encontraban en aquel momento. Von Hummel, junto a él, jugaba con el sobre que llevaba entre las manos y que guardó de inmediato cuando ingresó a la sala el

ama de llaves, que se acercó a tomar los sobretodos de ambos. Franz agradeció el gesto con una leve inclinación de cabeza, y la mujer desapareció tras el vano de la puerta desde donde, segundos después, emergió un hombre que recordaba haber visto en Auschwitz junto al director del campo, Rudolf Höss. No recordaba el nombre de aquel exSS que, sin emitir palabra, se acercó a Von Hummel y le susurró algo al oído. Helmut asintió en silencio y se adentró en la mansión tras los pasos de aquel extraño.

Así, Franz quedó a solas en aquella sala de estar, a la espera del hombre que había admirado durante tantos años y quien le había encargado la custodia del objeto aquella noche en la que un emisario había llegado al pabellón veinticuatro del campo y le había entregado la misiva. Corría diciembre de 1944, y la caída alemana era inminente, lo sabían. Pero Hitler había sido lapidario y había redoblado la apuesta contra los Aliados: “No nos rendiremos. Nunca. Podremos ser destruidos, pero nos llevaremos un mundo con nosotros”, había gritado desbocado en uno de los últimos discursos. Franz recordó haber retenido entre las manos el sobre con el sello del Reich unos minutos antes de abrirlo mientras intuía que aquel mensaje cambiaría el curso de sus propios días entre experimentos y análisis de laboratorio. La mirada del científico había vagado un instante por el cuarto en el que se encontraba para luego detenerse en el caer de la nieve tras la ventana. La noche era espesa, y los oficiales estaban nerviosos. Algunos altos mandos ya hablaban de un éxodo inminente. Regresó a la carta. Era corta, concisa: “Reunión en la RSHA. Confirma llegada. Karl”. Su amigo Karl Brandt, uno de los médicos personales de Hitler, le pedía que se reuniera con él en las oficinas centrales de la SS en Berlín. ¿Por qué motivo ese antiguo compañero de la escuadra de defensa pedía verlo? Recordó haber sostenido el telegrama unos segundos y haberlo arrugado hasta destruirlo cuando Ivette ingresó a la habitación. La gitana era la preferida de Franz entre las chicas del burdel. Se había dado vuelta para observar cómo se desvestía. Enseguida sus pechos habían quedado al descubierto, y el trazo

desprolijo de un tatuaje que rezaba “*Feld-Hure* ” se había dejado ver sobre el blanco cetrino de su piel. Esas prisioneras, a diferencia del resto, estaban bien alimentadas y vestidas. Algunas eran el premio de ciertos detenidos, pero Ivette y unas pocas más eran de uso exclusivo de los oficiales. Y de todas, ella era su preferida. Había pensado en quedarse un momento, encender un cigarrillo, disfrutarla un rato y luego organizarse para emprender viaje. Pero, si quería llegar a tomar el tren de las diez de la noche, debía partir enseguida. Era un largo viaje hasta Berlín. “Será la próxima”, recordó haberle dicho antes de darle una palmada en la nalga y salir del precario aposento.

—Coronel. —La voz lo sorprendió de espaldas y lo trajo de vuelta al sitio donde se encontraba, la residencia Inalco.

Von Strauss se dio vuelta y, emocionado, dijo:

—*Heil, mein Führer!* —Al mismo tiempo, elevó el brazo derecho y realizó el saludo militar correspondiente.

Hitler sonrió.

—Es un honor volver a ver al hombre al que Joseph no ha dejado de ponderar. Dice que, de sus discípulos... —Hizo una pausa. Trataba de recordar la palabra exacta con la que habían descripto a su visitante—. Dice que usted es... un mago, un alquimista.

Franz sintió que una oleada de orgullo lo recorría de pies a cabeza y agradeció las palabras del líder con un movimiento de cabeza.

—¿Lo ha traído? —preguntó Adolf en un cambio radical de tema.

Asintió. El hombre frente a él era más bajo de lo que recordaba, pero emanaba poder. Había perdido el bigote y se había afeitado la cabeza. Llevaba además unos anteojos circulares que se le deslizaban por la nariz y lo obligaban a acomodarlos a cada rato. También había ganado varios kilos y, con ropas de fajina, había que esforzarse para

reconocer a aquel hombre que había llevado a Alemania a su máximo esplendor. Un agujazo de dolor le perforó el pecho al recordar su patria. Sabía que pasarían años antes de que pudiera regresar.

—Tal como me lo pidió cuando salimos de Tønder —comenzó Franz al tiempo que le ofrecía el terciopelo que sujetaba entre las manos—. Es original —agregó—, no es una réplica.

Von Strauss notó cómo se iluminaba el rostro de Hitler y cómo la mano le temblaba al tomar la tela que envolvía el objeto que, durante casi noventa días, había analizado en un laboratorio submarino.

—Los estudios son concluyentes —confirmó—. Existe una nueva técnica tan moderna que aún no se ha revelado en el mundo científico, y somos unos pocos los que la conocemos. Es un método por datación radiométrica, y le puedo asegurar que esta lanza tiene más de 1900 años.

El *Führer* guardó silencio un instante. Se acercó a una mesa y apoyó el paño carmesí sobre la madera. La mano izquierda le temblaba mientras abría el estuche. Luego, y casi como si hubiera olvidado que el coronel Von Strauss lo observaba, tomó la punta de la lanza con las manos y sonrió con deleite.

—Se supone que debo entregarla —murmuró—, pero no creo que pueda. —Hitler se dio vuelta y clavó los ojos en Von Strauss—. Tengo otro encargo para usted, uno incluso más importante que el de haber traído esta reliquia a mis manos —agregó decidido.

Franz asintió y aguardó la directiva. Tal como había previsto, ese día su vida cambiaría para siempre.

* * *

Calavera se ubicó en la sala de reuniones y esperó a que el resto de los presentes se acomodaran. El último en ingresar fue el representante legal de Franz Lauthen, quien, le habían informado, no participaría de la reunión.

—Buenos días, señor Ordóñez —dijo el hombre a modo de saludo—. Le pido disculpas por la demora. Ha surgido un inconveniente, y la señorita Lauthen no formará parte de este encuentro.

Calavera levantó una ceja. El objetivo principal de aquel encuentro era conocer a la cabeza de Lauthen Sociedad Anónima. Si la presidenta del grupo no estaba, no había motivo para reunirse.

—La señorita Lauthen confía plenamente en mí —continuó el representante legal— y me solicitó que adelantemos el papeleo de la fusión. Ella ha tenido una urgencia en Buenos Aires, por eso le pide disculpas y le propone, si es posible, que se vean el martes en donde usted disponga.

Ernesto Ordóñez no tuvo tiempo de ocultar el enojo porque, antes de responder, recibió un mensaje de Ciro en el móvil. “Mirá Bloomberg, las acciones del grupo se están desplomando. Nos están boicoteando.” El texto hizo que el corazón se le detuviera. ¿Un ataque?

—Enseguida regreso —se excusó Calavera, que, sin dudar, salió de la habitación y fue directo a la oficina contigua. Allí accedió a la aplicación mediante la cual podía ver el mercado de valores y comprobó con estupor que el precio de las acciones de las distintas compañías que componían Rache Inc. se desplomaba.

Necesitó un momento para serenarse. Tomó el teléfono de línea que encontró sobre un escritorio y marcó con prisa.

—Raúl, ¿lo estás viendo? —preguntó sin saludar apenas contestaron.

—Estoy hablando con el mercado —respondió el hombre desde el otro lado de la línea—. Esto es un *flash crash*, nos quieren aniquilar.

El abogado apretó el teléfono con furia.

—¿Cómo mierda conocen nuestra posición? —gritó Ordóñez, que ya había olvidado la reunión y estaba listo para volar a Buenos Aires a ver qué se podía hacer—. Escuchame, habla con la gente de Londres y de Nueva York y fijate si pueden detener la rueda. Lo que están haciendo, quienes quiera que sean, ¡es un delito!

Calavera dio por terminado el encuentro y salió sin saludar. Deberían posponer la cita para algún otro día. En ese momento le urgía retornar a Buenos Aires para ver si podía resolver aquel embrollo.

—Ciro —dijo Ordóñez al subirse a la camioneta para ir al aeropuerto mientras hablaba por el manos libres—, regreso a Buenos Aires. Alguien filtró el paquete accionario de Rache y nos están desplumando. Estamos hablando con el mercado, quedate tranquilo, Raúl lo va a resolver. Te dejo, me está entrando un llamado de la mesa de operaciones de Nueva York. —Cortó y, casi sin respirar, contestó al bróker neoyorkino—. Sí —dijo sin más.

—Son *spoof orders*. ¡Órdenes falsas! —anunció el hombre desde el otro lado del teléfono—. Han pasado unas dos mil en segundos; las cancelan cuando los precios se desploman.

—Y ahora nos están comprando —afirmó el abogado.

—Exacto.

—¡Hijos de puta! —Ordóñez esquivó un vehículo en la carretera. Iba como loco rumbo al aeropuerto de San Carlos de Bariloche, donde había ordenado que el avión privado de la compañía estuviera listo para partir apenas llegara—. Necesito que averigües quién está detrás de este ataque, Raúl —solicitó el abogado—. Pero, sobre todo, quién nos está comprando. —Hizo una pausa—. ¿Las acciones de Cronos siguen como siempre? —quiso saber.

—No las han tocado —aclaró el bróker desde Nueva York—. Está claro que solo buscan quedarse con el paquete accionario de Rache Inc. No saben que Cronos es el dueño de Rache.

—Por ahora —dijo Calavera preocupado—. Manteneme al tanto —agregó, y luego cortó la comunicación para estacionar el vehículo en el aeropuerto. Solo restaba llegar al avión y regresar a Buenos Aires para ver si podía, desde allí, arreglar algo de aquella inesperada catástrofe.

* * *

Ciro guardó el teléfono y trató de volver a concentrarse en el tema que lo ocupaba, la reunión con la mujer que decía haber visto al coronel Von Strauss en el campo de concentración en Auschwitz Birkenau y que podía confirmar que el criminal de guerra se escondía bajo el alias de Franz Lauthen.

Detuvo el vehículo detrás de la camioneta de los agentes y los observó con mayor detenimiento. Lao Lencke era una torre de músculos que se desplazaba con gracia sobre el suelo nevado. Llevaba el pelo rubio muy corto y tenía ojos muy claros. Julia Durée, por su parte, era una belleza exótica. Llevaba el cabello suelto hasta la cintura, y el color de esa melena, entre cobrizos, rojos y marrones, variaba según la luz del sol que la atravesaba. Iba vestida con vaqueros, botas y una campera para nieve que ocultaba las curvas que le había visto en la casa donde se habían reunido. Aguilar apuró el paso cuando los agentes se detuvieron frente al portal de la pintoresca propiedad andina donde visitarían a la testigo. De súbito, los pensamientos del empresario fueron interrumpidos por la voz alarmada de Durée, que empujaba la puerta de entrada.

—Esto no me gusta nada, Lao —decía mientras intentaba correr la puerta que habían encontrado entreabierta. Lencke la hizo a un lado y empujó el portal casi sin esfuerzo. Ante ellos, se develó un cuarto de estar completamente revuelto.

Ciro entró tras los agentes que habían desenfundado las armas y que comenzaban a recorrer la pequeña vivienda. El lugar estaba dado vuelta: papeles por el piso, almohadones de pluma rotos, cientos de libros desperdigados en el suelo.

—Señora Frydberg —gritó Julia, que empuñaba con firmeza el revólver reglamentario y se adentraba, sigilosa, al interior de la casa.

Lencke y Durée avanzaron con lentitud. Casi de manera coordinada, recorrieron la primera planta antes de separarse. El agente subió las escaleras al tiempo que la mujer ingresaba a la cocina.

—¡Acá! —vociferó Durée, que, al ver el cuerpo de la mujer en el piso, corrió hacia ella para revisar si aún seguía con vida.

Lencke trotó escaleras abajo y se encontró con un panorama abrumador. Tania Frydberg yacía sin vida en el centro de una cocina sacada de un cuento de hadas. El fuego en la cocina económica le daba cierto brillo espectral al rostro de la anciana, de una palidez mortecina. Durante un momento, los tres se quedaron en silencio, y el crepitar de los leños se adueñó del ambiente. Julia, que continuaba arrodillada junto al cuerpo, se incorporó con parsimonia, mientras que Aguilar, desconcertado, se llevaba las manos a la cabeza y Lencke tomaba el teléfono para llamar a las autoridades locales.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ciro desconcertado.

—Revisemos la casa —propuso sin dudar Durée—. Quienes la mataron buscaban algo —explicó. Hacía referencia a que era evidente que la casa había sido revuelta—. No sabemos si lo encontraron, no nos arriesguemos a perderlo a manos de la Policía local.

Lencke asintió y señaló que él revisaría en el piso superior. Aguilar, por su parte, se adentró en la sala y comenzó a revolver sin saber bien qué buscaban, pero con la certeza de que la muerte de esa mujer no sería en vano. Si había guardado silencio tantos años hasta decidir hablar con él, haría lo imposible para atrapar a quien, suponía, la había asesinado porque no quería que confirmara que Franz Lauthen era, en realidad, el joven coronel Franz von Strauss, la mano derecha de Josef Mengele en Auschwitz-Birkenau.

—Aguilar —lo llamó Lencke, que había concluido el relevo en la segunda planta—, ayúdeme a revisar a la mujer.

Ciro asintió y se acercó al cadáver sobre el piso y, con cuidado para no moverlo demasiado, empezó por revisar los bolsillos del saco de la anciana.

—Acá no hay nada —interrumpió Julia, que había explorado la casa sin éxito—. O quien estuvo antes encontró los documentos o acá no hay nada.

—Acá sí —indicó Lencke, que, de uno de los bolsillos del pantalón de la mujer, extrajo una vieja postal con una pequeña anotación.

Julia tomó la tarjeta y la observó con rapidez. A simple vista, le pareció una postal ordinaria.

—No veo...

—Mirá a trasluz, Julia —indicó Lencke.

Ciro y Julia acercaron el cartón a la lámpara que colgaba del cielorraso y observaron el mensaje en detalle. Julia no pudo evitar sonreír. La señora Frydberg había resultado ser una mujer muy astuta.

—Vamos —dijo ella—, tenemos trabajo que hacer.

* * *

Auschwitz-Birkenau, Polonia, enero de 1943. Sábado.

Cyla apretó con fuerza la mano de su hermana y esperó a que respondiera. Tania, que parecía haberse quedado dormida de pie, reaccionó de inmediato a aquel estímulo y abrió los ojos para encontrarse con la mirada asustada de su gemela. El tren se estaba

deteniendo. Con lentitud, disminuía la marcha y, si bien no lograba ver hacia afuera, se escuchaban voces y actividad. No podía moverse, estaba atrapada en una madeja de cuerpos pegoteados: hombres y mujeres hacinados desde hacía kilómetros. Tenía sed. Tragó. La garganta parecía habersele llenado de vidrio molido. Hacía calor. Afuera, el invierno era cruel; adentro, el aire apenas entraba por un minúsculo ventanuco en el techo.

El tren detuvo la marcha por completo. No podía respirar. Durante un momento, sintió que la fuerza en las piernas iba a abandonarla por completo. Pero, aunque lo hiciera, pensó, no había dónde desplomarse. Los cuerpos en aquel vagón eran tantos y estaban tan apretados que, aunque se dejara caer, se mantendría en pie. Las siluetas transpiradas y malolientes se habían amoldado unas a otras en ese espacio de nueve por tres como un rompecabezas humano gigante. No había a dónde ir. Intentó acomodarse; el brazo derecho le hormigueaba, le dolía. ¿Hacía cuánto que estaba allí erguida? No habían pasado más de siete horas desde que habían dejado el gueto en Varsovia, pero parecía una vida. ¿Cuánto más tardarían en abrir las puertas del vagón? El aire se había vuelto irrespirable, necesitaba sentarse, dormir, cerrar los ojos, descansar.

CAPÍTULO 5

—¿Cómo conocían a la señora Frydberg? —preguntó el policía al observar a aquel variopinto grupo de personas compuesto por una oficial de Interpol, un hombre del MI6 y el reconocido empresario argentino Ciro Aguilar, a quienes había encontrado en el lugar de los hechos.

—Hable con su superior, oficial —contestó con seriedad Durée sin intenciones de confesar nada y con la clara voluntad de regresar al hotel. No había más nada que hacer allí.

—¿Por qué vinieron a verla? —insistió el oficial de policía, que no se daba por vencido.

—Tania Frydberg colaboraba con una investigación clasificada —respondió de manera escueta Lencke—. Si quiere más detalles, le sugiero que hable con el comisario Álvarez, oficial. Él está al tanto.

Durante un breve instante, guardaron silencio. El policía sopesó un segundo la posibilidad de continuar con aquel fútil interrogatorio, pero, ante la negativa de los agentes, la respuesta hermética de ambos y el silencio cómplice de Aguilar, desistió. Si el comisario estaba al tanto, el asunto debía de ser más complejo de lo que imaginaba. ¿Qué hacían dos agentes especiales del MI6 e Interpol en la casa de la señora Frydberg? Los pensamientos del hombre se vieron interrumpidos por el móvil de Aguilar, que, al responder, se alejó del grupo. Lo que más le llamaba la atención sobre aquel singular aquelarre era el vínculo con el empresario número uno del país. ¿Qué

conexión podía existir entre dos espías y el ricachón argentino? Con un centenar de preguntas en la cabeza, optó por alejarse también del grupo y tomó el teléfono para comunicarse con el comisario Álvarez. Si él le indicaba que no avanzara con el sondeo a los testigos de la muerte de la señora Frydberg, así lo haría.

* * *

—Ciro, tenemos otro problema —dijo Calavera desde el otro lado de la línea.

—No puedo hablar ahora —respondió Aguilar, que se encontraba frente al cuerpo de la mujer que le habría permitido hacer justicia si alguien no la hubiera matado.

—*Associated Press* acaba de tuitear que estás muerto. Nuestras acciones se fueron al piso —informó Ordóñez sin preámbulos.

—¿Qué? —gritó Aguilar descolocado.

—Hay un tuit que está circulando, un tuit de la cuenta oficial de *Associated Press*, que dice que ha habido una explosión en Cronos, que hay heridos y que vos estás muerto.

Aguilar sintió que la tierra se le movía bajo los pies. Tuvo que retroceder unos pasos, alejarse de la gente a su alrededor, respirar. No podía pensar. Tardó unos segundos en organizar las ideas.

—Nos están atacando. Es otro *flash crash* . ¿Cuánto compraron?

—Poco. Lo frenamos a tiempo. Hablé con Manoj de Tradeworx, e indicó a sus operadores que frenaran las órdenes que estaban enviado al mercado. Estamos a salvo por ahora, pero está claro que nos tienen en la mira.

—¿Qué mierda está ocurriendo, Ernesto? —preguntó eufórico Aguilar luego de alejarse del resto de los presentes en casa de Tania Frydberg.

—Está claro que la cuenta de la AP ha sido hackeada y que quien quiera que esté detrás de todo esto ya sabe que Rache Inc. es parte de Cronos.

—Quieren destruir las dos empresas.

—Sí, el asunto es quién. —El abogado hizo una pausa—. Sabemos que tenés muchos enemigos, pero esto... Esto va más allá de cualquier némesis común. Se necesitan muchos recursos para tramar un ataque tan complejo como este.

Ambos hombres mantuvieron un instante de silencio en la línea.

—Lauthen ya sabe que Cronos es dueño de su empresa —murmuró Aguilar desesperanzado.

—Es lo más probable —respondió Calavera, que sabía que el plan de venganza de Ciro no estaría completo si el anonimato no era total, por lo menos no hasta el momento exacto.

—Tenemos un espía en la empresa —dijo preocupado—, no hay otra explicación.

—Es imposible —respondió seguro Ordóñez—. Solo Raúl y yo sabemos que Cronos es el dueño de Rache, y tanto él como yo te debemos la vida, nunca te traicionaríamos. —Hizo una pausa—. Por otro lado, la fusión la manejé con el estudio de Londres, el que usamos en estos casos, por lo que no hay manera de que nos vinculen, y menos de que se filtre la información. Sabés que Winborrow no pondría en jaque su reputación con nosotros, no después de lo que ocurrió... —Calavera pudo adivinar el gesto de Aguilar del otro lado del teléfono—. Estamos blindados, Ciro.

—Pero alguien sabe...

—Sí —respondió preocupado—, pero voy a descubrir quién está detrás de todo esto, Ciro, y no lo voy a dejar pasar. Ocupate de tu asunto. Esperaste una década para poner en acción en tu plan, y llegó la hora, del resto me encargo yo.

* * *

Las dos camionetas atravesaban el paraje rodeado de árboles a gran velocidad. En la primera, Lao Lencke y Julia Durée lideraban el convoy. Ella tenía la mirada concentrada en la postal vieja que habían recuperado del cuerpo de Tania Frydberg.

—Una mujer astuta —murmuró pensativa.

Lencke quitó los ojos del camino durante un segundo. Ante él, se desplegaba una mujer bellísima pero con una inmensa tristeza, pensó. El contenido del expediente de la agente, que había leído en el avión, le asaltó los pensamientos. ¿Cómo había sobrevivido? Él no habría podido. Durée era una mujer fuerte, no había otra explicación. Lencke volvió a clavar la mirada en la autopista.

—No sabemos si es un mensaje... aún.

—¿Te cabe alguna duda? —preguntó ella mientras estiraba el cuello de lado a lado. Se la notaba cansada.

—Es una pista, un lugar por donde empezar —respondió Lencke al tiempo que observaba cómo la mujer tomaba el móvil y hacía una llamada.

—Román —dijo la mujer a la persona del otro lado—, necesito tu ayuda.

* * *

Auschwitz-Birkenau, Polonia, enero de 1943. Domingo.

Un copo de nieve minúsculo, helado y tan blanco que casi parecía irreal le cayó sobre la frente. “Inmaculado”, pensó Tania. “Un pedazo de cielo que no ha sido tocado por el hombre”, reflexionó. Durante un

breve instante, sintió que iba a llorar. Respiró. Se obligó a contener las lágrimas. Nada ni nadie iba a quebrarla, ella era Tania Frydberg e iba a vivir. No importaba cuán difícil resultara, ella iba a seguir.

—Cyla... —susurró, y notó que su propia voz no era la misma.

Su hermana respondió desde la oscuridad. La voz de ella tampoco sonaba igual. La garganta seca la obligó a carraspear.

—Vamos a salir de aquí, Cyla —murmuró Tania para darle aliento a aquella mujer que dormitaba sostenida por el resto de los cuerpos aprisionados en aquel vagón de muerte.

—Nadie viene a sacarnos..., a abrir... —gimió Cyla.

—Vamos a salir —insistió Tania, decidida a ganar esa batalla de olvido y abandono.

Un segundo copo de nieve cayó por el pequeño ventanuco del techo del tren. Elevó los ojos al cielo. La noche era oscura y fría, y la nieve debía de haber cubierto los campos linderos a las vías del ferrocarril. No lo sabía con seguridad, pues hacía más de dos días que estaba encerrada en un vagón de carga en el que apenas lograba moverse, el calor se había vuelto palpable y los olores eran insoportables. Notó que había dejado de oír llorar al bebé que había visto en brazos de su madre cuando los oficiales los habían subido al tren y que tampoco escuchaba a la anciana a su lado quejarse. Se movió apenas para ver si la mujer respondía. La empujó. Nada. El silencio a su alrededor se había vuelto ensordecedor. La noche se había instalado, las horas pasaban, y nadie abría las puertas. Tenía sed, calor, miedo y estaba bañada en sus propias heces. Aun así, no dejaba de repetir para sus adentros: “Soy Tania Frydberg y voy a vivir”.

* * *

Ciro Aguilar era conocido en su país natal como el soltero más codiciado del *jet set* local. Había estado casado con una modelo estadounidense que había querido desplumarlo con un divorcio feroz, pero él había resuelto el tema en privado. Tras aquella separación, se lo había visto con infinidad de mujeres, pero ninguna había logrado conquistarlo. Lo cierto era que Ciro no tenía intenciones de volver a sentar cabeza y, en cambio, había dedicado los anteriores diez años a planificar la estrategia que lo ayudaría a vengar la memoria de su abuela y a honrar la promesa que le había hecho en su lecho de muerte. En ese momento, mientras conducía a toda velocidad por las afueras de San Carlos de Bariloche, rodeado por bosques centenarios y recuerdos que prefería olvidar, sabía que todas las horas y el dinero que había invertido en aquella quimera estaban a punto de dar fruto. La muerte de Tania Frydberg no sería en vano, y Franz Lauthen pagaría por cada uno de los pecados que había cometido. Apretó las manos con violencia sobre el volante. No pudo evitar recordar a su abuela, los secretos revelados, su pasado, aquel calvario.

Una curva lo obligó a dejar de lado las remembranzas y concentrarse en el camino. El móvil vibró con un mensaje de la agente Durée. “Tenemos acceso al banco, Benegas acaba de gestionarlo”, leyó. Román Benegas era un recurso importante en su vida. Mantener contento al director de Interpol era la manera de conservar cerca un activo importante. Aunque, con el favor que le había hecho, ya estaban en paz; ya nada le debía; nunca olvidaría que Aguilar, en algún momento, le había salvado la vida. Recordó aquellas épocas, tiempos revueltos y extraños. Recién divorciado de Kim, había incurrido en más de un exceso. Noches virulentas, mañanas fatales... Román era asiduo de uno de los muchos clubes nocturnos que Ciro

frecuentaba en esa época y, una noche, las cosas se habían salido de control, y Benegas había terminado con un arma apuntándole a la cabeza. El agresor, un cocainómano sin dominio de sus acciones ni registro de las consecuencias de presionar el gatillo, estaba listo para disparar. Y lo había hecho, pero, por alguna razón, Aguilar –quizás porque en aquella época no le importaba si vivía o no– se había abalanzado sobre el hombre para desviar el tiro. Aquella noche, Ciro había conseguido un aliado para siempre.

El día que le había pedido a Benegas que le entregara el dossier secreto que Interpol guardaba de Franz Lauthen, pedido que violaba todas las reglas internas de la agencia, Román había pagado la deuda, Ciro ya no podría pedirle más nada. Sin embargo, Julia Durée debía de tener otro tipo de arreglo o control sobre el director de Interpol porque había logrado que le gestionara la apertura de la bóveda de un banco pasadas las diez de la noche de un sábado.

* * *

Calavera se recostó sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos un momento. El mundo se le estaba cayendo encima. Alguien sabía que Cronos era el verdadero dueño de Rache Inc., y con eso se caía el plan de venganza de Ciro. Lo cierto era que admiraba el valor de su amigo al embarcarse en una caza de brujas y elogiaba la nobleza que implicaba querer capturar al último criminal nazi prófugo, pero, por sobre todo, lo que le preocupaba era que el plan se viniera abajo por su culpa. Él había manejado la fusión en persona, se había asegurado

de no dejar rastros, de que la compra del cincuenta y uno por ciento del paquete accionario se hiciera en el más estricto anonimato, y si había dejado algún cabo suelto que hacía que el plan de Ciro se desmoronara, no se lo perdonaría nunca. Le debía la vida. Por lo tanto, tenía la obligación moral de resolver esa situación. Tomó el teléfono y deslizó el dedo por la pantalla. Aguardó un momento.

—Raúl —dijo sin más—, ¿qué pudiste averiguar?

—No te va a gustar.

* * *

Auschwitz-Birkenau, Polonia, enero de 1943. Lunes.

Primero fue un golpe, luego unas voces. Tania abrió los ojos. No sabía cuánto había dormido y ya no sentía las piernas, ni calor, ni nada, solo la garganta seca, tan seca que dolía. Quiso tragar, pero no pudo, así que carraspeó.

Luz. La luz invadió el vagón. Alguien abría las puertas. Tuvo que entrecerrar los ojos. El sol irrumpió en esa oscuridad e iluminó cientos de cuerpos apretados, sucios y cansados; mujeres, niños, hombres y ancianos que, casi sin fuerza, gemían de dolor y tristeza por un futuro que les habían robado.

Gritos. Los hacían bajar con premura. Los ancianos tardaban en avanzar porque hacía más de tres días que estaban allí encerrados sin moverse y los músculos entumecidos tardaban en reaccionar. Algunos tan solo se desplomaban cuando el cuerpo vecino, que lo había sostenido durante la travesía, se movía. Tania dio un paso, y sus pies pudieron palpar un cuerpo debajo. Sintió el tirón de las manos de un soldado que la expulsó fuera del vagón, sobre el pavimento. Luz, “demasiada luz –pensó–, pero qué belleza”. Respiró como si fuera la primera y última vez. El soldado vociferaba.

Tania no escuchaba, estaba concentrada en el aroma del invierno en el aire, no quería oír a ese oficial que la obligaba a levantarse y ubicarse en una de las filas de pasajeros de ese tren de muerte. Quería olvidar dónde estaba y solo apreciar el aire fresco de aquella mañana soleada de enero. El soldado la sacudió hasta que Tania volvió en sí y se ubicó donde le indicaban. Luego miró a su alrededor. La dársena junto al ferrocarril estaba repleta de seres humanos que, como ella, estaban a merced de aquellos alemanes. Mujeres y niños por un lado, hombres por otro, ancianos en una tercera fila. Aquellos últimos fueron los primeros en partir luego de que les indicaron que siguieran a un grupo de oficiales. Las familias empezaban a separarse, y el griterío se mezclaba con los llantos.

Tania quería desaparecer, regresar al olor del invierno, a la vida cuando era libre. Cerró los ojos un segundo, no quería ver, no quería estar ahí. El alarido de una madre a la que le arrancaban de los brazos a su bebé de meses la obligó a mirar. Ese sonido se le grabaría en el corazón hasta el último momento de su vida. Ese aullido gutural, desgarrador y ancestral se convertiría en un eco que jamás podría olvidar aunque quisiera. A aquel le siguieron miles: los niños bramaban, llamaban a sus madres, querían escapar. Las mujeres gemían, pateaban y luchaban contra los oficiales hasta que uno disparó en la frente a una de ellas que se resistía a entregar a su recién nacido. La mujer se desplomó sobre el suelo. El golpe del

cráneo al caer contra el pavimento anidó en el cerebro de Tania. El bebé terminó en el piso, y los alemanes gritaban y se reían mientras las mujeres lloraban. Tania no podía respirar. Cyla apareció entre la multitud. Sollozaba. Le apretó la mano.

—Vamos a salir de acá, hermana —murmuró—. Vamos a salir.

Los oficiales seguían separando mujeres de niños, y mujeres de otras mujeres, en dos filas. Las mayores o enfermas a un lado, las jóvenes del otro. Un soldado le preguntó algo, pero Tania no entendió.

—Sí —respondió Cyla con voz temblorosa.

Enseguida el oficial les indicó a las dos hermanas que lo siguieran. Avanzaron hasta llegar a un grupo de niños que, como ellas, eran gemelos.

CAPÍTULO 6

El Banco del Sur estaba cerrado; un hombre de traje los esperaba en la puerta.

—Soy Marcelino Planes —se presentó al extender la mano hacia los agentes de Interpol y el empresario—, soy el gerente del banco. Los estaba esperando.

Román Benegas se movía rápido, pensó Julia al tiempo que se ajustaba la campera y alzaba la mirada. El cielo se había cubierto de plomo, la lluvia era inminente. Se levantó el cuello de la prenda. Tenía frío.

—Queremos acceso a la caja de seguridad A1708.

Planes asintió y les indicó que lo siguieran. El edificio era pequeño, una entidad financiera de pueblo que apenas tenía un cajero automático, dos cajas y una oficina de gerencia. Por eso, cuando Aguilar, Lencke y Durée accedieron a la bóveda, se quedaron boquiabiertos. Descendieron unos veinte metros antes de llegar a un inmenso portón blindado. El gerente posicionó la cara frente a un lector biométrico y, luego de que el aparato lo reconoció, cruzaron el portal.

—No era lo que esperaban, ¿cierto? —inquirió divertido Planes, quien, luego de cruzar la primera puerta, avanzó unos metros y marcó una clave alfanumérica en un teclado empotrado en la pared para luego deslizar los dedos por un lector digital que por fin abrió la

entrada a la bóveda—. Somos un banco pequeño —confesó al tiempo que los invitaba a seguirlo—, pero tenemos clientes muy importantes —aclaró.

Detrás de Planes, se podía ver una inmensa sala cubierta de paneles de caoba. En el centro, una cinta transportadora con una terminal digital les solicitaba el número de la caja de seguridad. El gerente cargó los datos y luego se dio vuelta con la clara intención de dejarlos solos.

—La caja llegará dentro de unos momentos —comentó—. Espero que sepan la clave para abrirla —agregó, y después desapareció tras el vano de la puerta.

Julia sacó del bolsillo la vieja postal y volvió a releer el texto. En ese instante, un cofre de metal gris apareció en la cinta hasta llegar a donde estaban ellos. Sobre la superficie cuadrada, un teclado alfanumérico les pedía un código de acceso.

—“Banco del Sur, A1708, volver a nacer” —dijo Julia, que leía en voz alta el texto.

Los tres se miraron. ¿Qué querría decir Tania Frydberg? Estaba claro que la mujer había dejado las coordenadas del banco en cuestión y la caja de seguridad muy a la vista; sin embargo, la clave de la caja de seguridad no parecía ser tan sencilla.

—Probemos un cifrado por sustitución —propuso Lencke, que tomó la postal y anotó un par de números.

—No serviría —interrumpió Julia—. La clave son seis dígitos, y el cifrado implicaría una contraseña de doce caracteres.

—¿Seis dígitos? —preguntó Ciro pensativo—. Tania Frydberg es una sobreviviente de Auschwitz Birkenau, por lo que podría decirse que, el día que recuperó su libertad, volvió a nacer...

A Julia se le iluminó el rostro.

—27 de enero de 1945, el día que los rusos liberaron el campo — exclamó ansiosa en tanto devolvía la mirada intensa de Aguilar. Durante un segundo se desconcentró. No había notado los ojos turquesa del empresario antes. Se obligó a empujar los pensamientos que súbitamente la habían asaltado y marcó los números correspondientes a aquella fecha. La caja, entonces, crujió, y ella, sin perder un instante, la abrió. Para sorpresa de los tres, en el centro del metal, solo había un pequeño papel con una breve inscripción: “Sacer Ordo”.

—Orden Sagrada... —murmuró Aguilar, y observó la expresión desconcertada de sus acompañantes.

* * *

El terciopelo estaba gastado, raído en una de las puntas y deshilachado en otra, pero aun así conservaba el color original, un rojo violento que refulgía bajo el brillo de la punta de lanza que reposaba sobre él. Alexander pasó los dedos por el metal y luego acarició la tela suave. Sus pupilas brillaron frente a la reliquia y, durante un segundo, olvidó dónde estaba y cuál era la misión que le habían encargado. El corazón le latía fuerte, tanto que le retumbaba en los oídos; las manos habían empezado a transpirarle al notar que estaba frente a aquello de lo que tanto le habían hablado y que al fin reposaba frente a sus ojos: la lanza del destino.

Se acomodó en la silla, cerró el terciopelo y aguardó la llegada del gran maestro. Durante años, había anhelado ese momento, se había preparado para el encargo y, al final, allí estaba, a la espera del instante decisivo. Su padre y su abuelo le habían hablado de aquella reliquia, la habían descrito infinidad de veces, pero ninguno había tenido la oportunidad de verla. Él la había tenido entre las manos. Si quería, podía estirar los dedos y tocarla. Miró el reloj. Pasaban de las tres de la tarde, y aquel era un día de fiesta. La orden se reuniría después de un cuarto de siglo y, esa vez, con la lanza entre ellos. Los miembros empezaban a llegar por la tarde, cuando el sol se pusiera en el horizonte y el búnker que los albergaba comenzara a iluminarse. Primero la sala principal, donde los integrantes más antiguos se congregaban para definir la agenda de la reunión; luego el comedor, donde el gran banquete tendría lugar. Por último, el Círculo, la sala donde todo ocurría.

—Mi querido Alexander. —Los pensamientos del emisario se vieron interrumpidos por el anciano que ingresó en el despacho donde él esperaba.

—Gran maestro —exclamó el joven al incorporarse y bajar la mirada, circunspecto.

—Entiendo que has honrado tu misión —dijo el jefe.

—La he protegido con mi vida, gran maestro.

Alexander mostraba un enorme respeto por aquel líder. Aun en el rostro adusto y sereno del joven se podía adivinar la admiración que sentía por aquel hombre. El gran maestro tomó con delicadeza el estuche de terciopelo que reposaba sobre la mesa de caoba oscura y lo abrió con cierta elegancia. Alexander casi pudo ver la chispa en los ojos del jerarca cuando la punta de lanza se desplegó en todo su esplendor frente a él.

—Has cumplido tu cometido, hermano Alexander —pronunció el líder—. Esta noche, te convertirás en uno de nosotros.

* * *

Ciro se encontraba de nuevo en la camioneta; esa vez, camino al hotel. Había decidido no regresar a su casa, sino permanecer cerca de Lencke y Durée, lo cual podía hacer gracias a que Calavera ya no estaba alojado allí y no corría riesgo de que los vieran juntos. La noche se había apropiado de Bariloche, y la nieve comenzaba a tornarse espesa. Su cabeza no dejaba de dar vueltas sobre el escrito en la caja de seguridad. “La Orden Sagrada”, rezaba el mensaje. “Lo mismo que nada”, pensó Aguilar, que sentía que retrocedía cada vez más. Estaba cansado, tenía hambre y una necesidad imperiosa de un cuerpo caliente en su cama aquella noche. Julia era una buena opción, pensó, y no pudo evitar sonreír. La mujer se le antojaba para algo mucho más entretenido que la caza de un criminal nazi que parecía no arrancar nunca. Ingresó al estacionamiento del Llao Llao y divisó, a unos metros, que el vehículo de Lencke ya estaba allí. Debían de haber subido a las habitaciones. No podía dejar de preguntarse si aquellos dos andaban juntos. Debía averiguarlo. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el llamado de Ernesto.

—Cala —dijo sin más.

—El viejo Lauthen quiere reunirse con vos. Saben que Rache es de Cronos —espetó sin anestesia y, de inmediato, escuchó el resoplido enojado de Aguilar—. No sé cómo se enteraron y, lo que es peor, no sé

quiénes son, pero se enteraron de algo que era confidencial, y la junta directiva exige una asamblea urgente.

—Bueno... —dijo Aguilar preocupado—. Es grave, pero no del todo. Aún no saben quién soy yo. En lo que a ellos concierne, soy *Ciro Aguilar*; *Omi* Sara abandonó el apellido Müller cuando huyó de Bariloche y lo cambió por Neumann hasta que luego tomó el de mi abuelo. No hay manera de que sepan que estamos emparentados. —Ciro hizo una pausa—. Cala, sé que pensás que no es posible, pero tenemos un espía en Cronos y debemos descubrir quién es.

—Lo sé —murmuró el abogado, incrédulo. Debía averiguar quién había filtrado la información del vínculo entre Rache y Cronos y debía hacerlo con premura—. ¿Y qué hacemos con la reunión?

—Organizala —respondió *Ciro* con cierta satisfacción—. Vamos a vernos cara a cara con Lauthen.

* * *

Auschwitz-Birkenau, Polonia, enero de 1943. Lunes.

Tania caminaba como una autómatas. Iba tras los pasos de *Cyla*, y ella, a su vez, seguía a un oficial del campo que las guiaba entre la muchedumbre hacia el interior de una barraca. Miró a su alrededor, donde una decena de gemelos formaban parte de la partida. Ingresaron en una sala inmensa desprovista de carácter. Las paredes de cal viva no auguraban nada bueno. Un guardia les ordenó

desvestirse y dejar sus pertenencias junto a una pila de maletas abandonadas. “¿Desvestirse? –pensó Tania aterrada—. ¿Frente a toda esta gente?”. Ante el asombro del grupo de niños y jóvenes que estaban en aquella habitación, el oficial volvió a repetir la orden, esa vez a los gritos y al mismo tiempo que zarandeaba a un chico para que se sacara la ropa. Asustada, Tania notó que Cyla lloraba mientras comenzaba a quitarse el abrigo viejo y el vestido que llevaba. Otros dos uniformados ingresaron al lugar, y uno fue separando al grupo en tanto les indicaban a algunos de los niños que lo siguieran a una sala contigua. Tania vio entonces cómo se llevaban a Cyla. Quiso gritar, pero la voz parecía habersele extinguido. En cambio, se quedó en silencio mientras observaba cómo su hermana desaparecía tras el vano de una puerta. Como si se hubiera perdido en una nebulosa líquida, Tania notó que un primer mechón de su cabellera rubia caía al piso. Luego otro y otro más. No supo cuánto tiempo había pasado hasta que se encontró en un patio tras la barraca, envuelta en unos harapos viejos y con dos zuecos muy grandes para sus pies pequeños, muerta de frío y a la espera de que le dijeran qué hacer después. Estaba ahí erguida, iluminada por un farol viejo que irrumpía en la incipiente noche, cuando vio regresar al grupo de niños que habían separado en la sala . Le costó reconocerla, ya que Cyla caminaba con ropas viejas y tenía la cabeza rapada. Se miraron con profundidad, los ojos se les llenaron de lágrimas y, sin decir palabra, se tomaron de las manos. En ese momento, un oficial alemán ingresó al patio. Los niños bajaron la cabeza asustados. El hombre, joven, llevaba una bata blanca y tenía una gran estatura que impactaba. El alemán caminó entre los jóvenes y fue señalándolos uno a uno. A medida que lo hacía, dos soldados procedían a llevarse a los escogidos. Cuando llegó el turno de las gemelas Frydberg, Tania apretó con fuerza la mano de su hermana y desafió con la mirada al nazi. El germano sonrió con desdén y, con una leve inclinación de cabeza, eligió a Cyla. Pasarían los años, y Tania jamás podría olvidar el grito desgarrador de su hermana cuando la arrancaron de su lado. Fue la última vez que la vio.

* * *

Julia no podía dormir. Las sábanas se le pegaban al cuerpo, transpiraba, la habitación estaba demasiado calefaccionada, y el pasado la atosigaba más que nunca aquella noche. Saltó del lecho con la clara intención de bajar por una copa al bar del hotel. No tenía caso insistir, no iba a poder conciliar el sueño.

Se vistió con un vaquero y un suéter liviano y abandonó el cuarto sin otra intención que beber uno o dos tragos que la ayudaran a descansar las pocas horas que restaban antes de que debiera encontrarse con Lencke y Aguilar en el desayuno. Miró el reloj. Pasaba de la medianoche, y estaba extenuada, pero el cuerpo se resistía a entregarse al descanso. El ascensor parecía descender más lento que de costumbre. Se observó en el espejo; las ojeras eran indisimulables. ¿Qué había sido de la Julia feliz y radiante de antaño? Esa joven había muerto años atrás, cuando por primera vez había investigado a Lauthen y él había tomado represalias... Hizo a un lado los recuerdos, no quería pensar... Las puertas del ascensor se abrieron. Caminó hacia el bar y, a lo lejos, pudo divisar a Aguilar, que, meditabundo, se perdía en un vaso de alcohol.

—¿Vodka? —preguntó.

—Ginebra —respondió Ciro con una sonrisa que la invitaba a unírsele. Acto seguido, llamó al mozo y le preguntó a ella qué quería.

—*Bourbon* —respondió. Aguilar levantó la ceja sorprendido. Alzó la copa y brindó por ella antes de pedir otro trago.

—¿Problemas para dormir? —inquirió él.

—Hace años que no duermo —confesó Julia.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Aguilar interesado.

—El pasado a veces nos alcanza... —respondió esquiva. Luego guardó silencio—. ¿Vos?

—Yo no tengo problemas para dormir.

Julia sonrió.

—¿Por qué buscás a Lauthen? —preguntó ella sin rodeos.

—Es un nazi.

—Y vos sos un empresario dedicado a tecnología de punta, ¿qué haces a la caza de un criminal de guerra? —insistió la agente mientras bebía.

—El pasado a veces nos alcanza.

Aguilar guardó silencio un instante, bebió de la copa y, con los ojos clavados en los de la mujer, aventuró:

—Este es un caso importante para vos —aseguró decidido. Había algo en el lenguaje corporal de aquella mujer que no lograba descifrar y que le decía que ese no era un trabajo cualquiera, que había algo más, una historia... Se habría animado a afirmar que se trataba de algo personal—. ¿Me equivoco?

—Es el caso más importante de mi vida —respondió ella, que jamás habría reconocido tal cosa ante nadie, menos un desconocido. Sin embargo, había algo en Ciro Aguilar que le daba seguridad, paz; y eso, en un alma atribulada como la de ella, era un bálsamo para el espíritu.

—¿Se puede saber por qué?

—Algún día te lo contaré —contestó con una tristeza tan profunda que Ciro no insistió.

—El pasado nos alcanza a todos, ¿cierto? —dijo cabizbajo, con la mirada perdida en el vaso.

Julia asintió.

—A todos.

Un silencio cómplice se estableció entre ambos. La agente, por su parte, comprendió que Aguilar no era un hueso fácil de roer. Lo observó en detalle. El empresario llevaba el pelo oscuro corto y, si se lo dejaba largo, pensó Julia, de seguro se le formarían rulos en la cabellera apenas entrecana. Algunas arrugas se habían concentrado alrededor de sus dos ojos tan azules como el cielo veraniego, y la nariz recta encajaba a la perfección en un rostro de aspecto anguloso y varonil. No sabía mucho más de él, apenas lo que había leído en el dossier que Interpol tenía sobre él. Recordó que el expediente lo describía como un donjuán argentino de elevada inteligencia y por demás exitoso en el campo de los negocios. También hablaba de un divorcio escandaloso con una modelo.

—¿Cómo conocés a Román? —preguntó de manera directa Julia.

—¿A Benegas? —Ciro sonrió—. Hubo un tiempo en que frecuentábamos los mismos círculos.

“Se iban de putas”, tradujo ella.

—¿Vos y Lencke... están juntos?

La mujer abrió los ojos sorprendida.

—¡Lao! —Durée dejó escapar una carcajada—. ¡Ya querría él!

Los dos regresaron a sus bebidas y, durante un momento, se abstraeron del mundo. Ciro apuró el trago y pidió otro más y otro *bourbon* para la mujer que lo acompañaba. Julia sabía que tres medidas de esa bebida era el límite de lo que podía tolerar. Habíadejado de tomar en exceso hacía algunos años ya.

—Franz Lauthen fue el primer marido de mi abuela, Sara Müller —contó con los ojos clavados en los de Julia. Era la primera vez que revelaba esa historia a otra persona que no fuera Calavera—. En ese momento, ella no sabía que Lauthen era un nazi prófugo, y menos que se trataba del Químico de Birkenau. —Aguilar hizo una pausa—. Casarse fue un gran error. Su calvario comenzó durante la luna de miel, pero el peor suceso se dio cuando descubrió la verdadera identidad de esa bestia y lo enfrentó. Mi abuela tuvo que huir, cambiar de identidad, desaparecer. —Julia notó angustia en la voz del hombre—. No fue hasta que se halló en su lecho de muerte que me reveló su pasado. —Ciro se quedó en silencio un momento. Se lo notaba consternado—. Los secretos que me contó esa noche... —Volvió a callar. Julia notó que le costaba continuar—. En fin —dijo antes de desviarse un poco del tema—, apenas antes de morir, *Omi* me pidió que contactara a Tania Frydberg. Su muerte...

—Está claro que Von Strauss hará lo que sea para que no lo atrapen.

—Pero yo voy a agarrarlo. —El empresario sonrió, y una mueca, mezcla de odio y dolor, se le dibujó en el rostro—. Sí que voy a agarrarlo. Voy a destruirlo; primero a su imperio... y después a él.

Julia levantó la vista del vaso y lo observó con una mirada profunda. Aguilar hablaba con el corazón. Durante un segundo, evaluó la posibilidad de contarle sobre su pasado, pero calló. No estaba preparada para revelar tanto de sí en tan poco tiempo.

—Yo voy a matarlo —aseveró la agente sin prurito alguno.

Aguilar la observó en silencio en tanto la evaluaba. No cabía duda de que había una historia detrás de Julia Durée, una mucho más oscura de la que podía llegar a imaginar. Quizás por esa experiencia que no conocía, pero que hacía que compartieran un fin común, confesó:

—He comprado la mitad de Lauthen S.A. y no sé por qué te estoy contando esto, Julia. —Era la primera vez que la llamaba por el nombre de pila, y ella sintió un estremecimiento—. De hecho, parte de la idea es que nadie sepa que soy el verdadero dueño de la empresa, pero de alguna manera ese dato se ha filtrado, y debo reformular mi proyecto. Sin embargo, pienso atacar a Lauthen por todos los flancos. Voy a destruirlo.

—La muerte de Tania nos ha dejado un tanto fuera de juego —reflexionó Julia al asimilar la idea de que había encontrado un aliado para su causa—. No sé cómo vamos a presentar un caso si la testigo que podía probar que Lauthen es Von Strauss está muerta.

—No lo sé, pero estoy seguro de que la clave está en lo que contenía la caja.

—¿“La Orden Sagrada”?

—Sí. No puedo dejar de darle vueltas al tema.

Julia y Ciro guardaron silencio. Estaban frente a un callejón sin salida. Sin la declaración de Tania Frydberg, habían regresado a foja cero.

—Debería llamar a la gente del Wiesenthal —pensó Aguilar en voz alta, como si le hablara al vaso.

—Esperemos un día más —respondió Julia mientras se ponía de pie—. No hemos llegado hasta acá para darnos por vencidos frente al primer obstáculo.

El empresario asintió al tiempo que se incorporaba también y la escoltaba hasta el ascensor. Ingresaron en silencio. El hotel parecía vacío a esas horas de la noche. El sonido de algún motor se escuchaba a lo lejos, y el rumor del elevador los acompañó hasta el piso en el que se alojaban. El ascensor se detuvo, y Ciro la dejó pasar primero. La acompañó hasta el cuarto y se despidió con un movimiento de cabeza. Julia cruzó el umbral de la puerta y, frente al vacío de la habitación, estuvo tentada de invitar a Aguilar a la cama, pero se abstuvo. Había pasado los últimos diez años sumida en abusos y excesos, había ahogado las penas en noches de alcohol y sexo desenfrenado, se había aturdido para no pensar, para no recordar... Pero, en aquella misión, en ese punto bisagra en el que se encontraba, sabía, necesitaba, le urgía actuar como la Julia de antes de aquel giro siniestro que había dado su vida; la Julia que, alguna vez, había sido feliz. Esa Julia era la que debía retornar para poder llevar a cabo la misión de su vida y, por fin, estar en paz.

* * *

Berlín, diciembre de 1944.

Franz atravesó las calles de una capital devastada y casi a oscuras a aquellas horas de la tarde y no pudo evitar sentir una profunda tristeza. Estaban perdiendo la guerra. El sueño de la gran Alemania parecía escurrirse como agua de alcantarilla. Descartó aquel pensamiento y apuró el paso hasta llegar frente al edificio de la SS que aún se mantenía en pie. Karl le había indicado que lo esperaría en la oficina 101 del primer subsuelo. No recordaba la última vez que había estado allí, pero, a diferencia de aquella ocasión, entonces los oficiales parecían correr de un sitio a otro, y la destrucción y quema de documentos a manos de varias secretarias se hacía sin ningún disimulo. Franz observó durante un momento el escenario y se detuvo un instante en el águila gigante sobre la esvástica de hierro que coronaba el recibidor. “Magnífica”, pensó, y sintió que habría podido quedarse allí y contemplarla sin más, pero lo aguardaban en una reunión que le habían informado que era urgente. Así, enfiló hacia las escaleras principales y bajó con rapidez hasta el primer subsuelo, donde encontró sin dificultad la oficina indicada. Tocó la puerta, y una mujer de no más de cuarenta años lo recibió.

—Coronel Von Strauss —dijo la mujer—, lo están esperando. Sígame, por favor.

La empleada se adelantó unos pasos en lo que parecía un minúsculo despacho y, para sorpresa de Von Strauss, abrió una puerta oculta tras un falso panel. Enseguida notó que la mujer comenzaba a bajar unas escaleras y continuó tras los pasos de ella en silencio. Notó cómo crecía un leve resplandor y que el eco de un murmullo aumentaba a medida que avanzaba en las profundidades de aquel refugio subterráneo. Cuando terminaron de descender, la secretaria se detuvo ante el umbral.

—El *Brigadeführer* Brandt lo espera.

Von Strauss asintió y atravesó el acceso en silencio. Lo que estaba detrás lo dejó sin habla.

CAPÍTULO 7

La campanilla del teléfono lo despertó. Durante un segundo, Ciro no supo dónde estaba. Luego, a medida que se incorporaba en la cama, fue recordando que se encontraba en el hotel Liao Liao y que aquella era la mañana en la que tenía que llamar al Centro Simón Wiesenthal. Debía explicarles que habían llegado a un punto muerto en la investigación que ellos patrocinaban y que, paradójicamente, recién había empezado. Tomó el auricular.

—¿Sí? —dijo sin más.

—Señor Aguilar —lo saludó un hombre desde la recepción—, lamento molestarlo tan temprano, pero hay una señora aquí que dice estar urgida por verlo y que no se irá hasta que la reciba. Dice que tiene un mensaje de Sara Müller.

Ciro se incorporó de inmediato.

—Bajo enseguida —respondió con prisa—. Hágala pasar a una de las salas de reuniones del hotel, por favor, tomaremos el desayuno allí.

El empresario dio por terminada la conversación y buscó algo de ropa. No había tiempo para bañarse, así que lo haría después de desayunar. Vestido con un vaquero, una camiseta y unas zapatillas,

Aguilar surcó con celeridad el pasillo recubierto de listones de madera hasta llegar al ascensor y, una vez en él, presionó el botón que lo llevaba al piso donde había pedido que ubicaran a la visita.

—Buenos días —dijo al tiempo que ingresaba en la salita—, soy Ciro Aguilar.

A la mujer se le iluminó la cara al verlo.

—Es usted igual a su abuela —observó con lucidez al tiempo que se acercaba al empresario y le tomaba las manos.

Ciro sintió que se desarmaba. ¿Quién era esa mujer?

—Soy Greta Werner y conocí a su abuela hace muchos años —explicó la anciana de unos noventa y cinco años que se mostraba enérgica y jovial—. Sara era una gran amiga —murmuró, y luego, con la mirada fija en Aguilar, agregó—: y cuando huyó de aquella bestia... —La mujer hizo una pausa. Los ojos se le habían llenado de lágrimas—. Cuando escapó, sabíamos que no volveríamos a verla, pero ella se las ingenió para mantenerse en contacto.

—No entiendo —dijo Aguilar mientras invitaba a la señora a sentarse. El café ya estaba servido—. ¿Mi abuela mantuvo contacto con usted luego de cambiar de identidad?

La anciana asintió.

—Sara Müller murió hace más de diez años —afirmó Aguilar con seriedad—. ¿Qué mensaje podría tener usted de su parte? —agregó incrédulo.

Greta sonrió.

—Sabíamos que la única manera de llamar su atención para que me recibiera era decirle que teníamos un mensaje de Sara.

—¿Sabíamos? —preguntó confundido Ciro.

—Traigo un mensaje de Tania —reveló sin más Greta. Ciro sintió que un rayo de esperanza asomaba en la distancia. Quizás no todo estaba perdido en aquella investigación.

—¿Un mensaje de Tania Frydberg?

La mujer volvió a asentir.

—En caso de que algo le ocurriese... —inició la anciana, e hizo una breve pausa—, debía contactarlo. No hay tal mensaje de Sara, lo siento. —Había cierta tristeza en la voz de ella—. Solo tengo esto de parte de Tania. —La mujer hurgó en la cartera y extrajo un sobre cerrado que entregó con prisa.

El empresario tomó el sobre con dedos firmes y lo abrió sin titubear. El contenido lo descolocó de inmediato. “¿Qué se suponía...?”

—Tania me pidió que le dijera —intervino Greta con rapidez al notar el desconcierto en el rostro de Ciro— que nada es lo que parece.

—No comprendo... ¿Me puede explicar esto? —Ciro le mostró el sobre.

—Lo siento, Ciro, Tania solo me dio estas instrucciones: si algo le ocurría, debía buscarlo y darle esto. Le he dicho todo lo que sé.

—Pero usted era su amiga. ¿No le habló de su pasado?

—Tania era una mujer muy reservada —respondió Greta taciturna—. Sí, claro que nos contó que era una sobreviviente de Auschwitz, y todos habíamos visto el tatuaje en su muñeca. Cuando nos enteramos de las cosas que ocurrían en los campos... Dios mío... —Había angustia en la voz de la anciana. Se detuvo un momento para beber

un sorbo de café—. Pero Tania no hablaba de su pasado, era como... como... —Buscaba la palabra justa—. Era como si la atormentara día a día, como si un fantasma la atosigara y le prohibiera hablar.

—¿Nunca hizo mención de nada? —insistió Aguilar sorprendido—, ¿nada que pueda explicar esto? —Volvió al mostrarle el contenido del sobre.

—Nunca. Fue solo hace unas semanas, después de que Laura, su hija, murió, que vino a verme y me dijo lo que acabo de comentarle. Y en más de setenta años de conocerla, fue la primera vez que habló de lo que le había ocurrido. —Greta se acomodó en la silla—. La noche que vino a verme, me dijo que ella ya no tenía miedo.

—¿Miedo? —preguntó Ciro intrigado—. ¿Le comentó a qué o a quién le tenía miedo?

—Al pasado —respondió Greta sin dudar—. Tania temía que todo lo sucedido la alcanzara y, después de la muerte de Laura... La pobre chica tuvo un cáncer letal, era bioquímica, ¿sabe? —Greta hablaba de manera desordenada—. Se pasó años en busca de una cura. En una de las investigaciones que realizó, se inyectó una droga experimental que la dejó en estado vegetativo. —Werner hizo una pausa, como si estuviera recordando algo—. Casi dieciocho años en coma... Tania la iba a ver todos los días, le hablaba, le leía..., y un día, el cuerpo tan solo no resistió más, y falleció. Ese fue el momento en que Tania dejó de tener miedo y se sintió dispuesta a declarar que Franz Lauthen era, en realidad, el Químico de Birkenau.

* * *

Calavera había hecho un viaje relámpago a Nueva York para reunirse con Raúl a evaluar las pérdidas y analizar los pasos a seguir. Habían estado rastreando las distintas compañías que habían comprado las acciones de Rache durante toda la noche sin llegar a nada, ya que todas eran sociedades de paraísos fiscales que tardarían meses en ubicar. Alrededor de las siete de la mañana, regresó al hotel, se arrojó sobre la cama y dejó que el cansancio decantara. Estaba agotado. Lo notaba en las bolsas bajo los ojos, en la tensión en el cuello y en la cabeza, que estaba a punto de explotarle. Había pasado las cuarenta y ocho horas anteriores en el avión y en la oficina de Cronos en Manhattan. Al día siguiente, volaría a Londres con más preguntas que respuestas. Tenía los ojos cerrados cuando escuchó la alerta de WhatsApp. Había recibido un mensaje. Despegó los párpados, tomó el teléfono y lo leyó. La gente de Lauthen S.A. había confirmado la entrevista. Debía hablar con Ciro y avisarle. Mientras tanto, seguía sin resolver el asunto de la fuga de información desde Cronos. ¿Tenían un espía? Era imposible, él mismo había estado detrás de la compra de Lauthen S.A., y solo su círculo más íntimo conocía los detalles de aquella operación. Sin embargo, los datos se habían filtrado, y una gran parte del paquete accionario de Rache Inc. había sido adquirida por un inversor desconocido cuya identidad debía averiguar. No dejaba de darle vueltas al asunto. Alguien había hablado, pero ¿quién?

Frustrado, volvió a tomar el teléfono y buscó el contacto de Carola Figueroa. Por lo general las mujeres, después de una noche de sexo, lo llamaban enseguida; de aquella fémina, ni noticias. Tenía ganas de volver a verla. “¿Nos vemos?”, le escribió. El mensaje llegó y al instante recibió respuesta: “Pronto”. Sonrió. Aquella chica era más escurridiza que las que acostumbraba a frecuentar. “Cuando quieras”,

escribió él, y luego se quitó la ropa, abrió la ducha y se internó en el agua. Necesitaba un baño y algunas horas de sueño, le esperaba un día difícil.

* * *

Ciro estaba terminando su tercer café cuando Lencke y Durée aparecieron en el salón del hotel. Aguilar miró el reloj. Eran las nueve de la mañana, y el sol había empezado a ocultarse tras las nubes grises que amenazaban el cielo de Bariloche.

—Buen día —dijo Julia, que llevaba atado el pelo que, bajo los débiles rayos de sol, por momentos parecía rojizo, un suéter, vaqueros y una taza de café en la mano.

—Buenas —respondió con severidad Aguilar mientras la observaba pensativo. Aquella mujer lo intrigaba y, luego de la conversación que habían compartido la noche anterior, sentía que podía llegar a interesarle.

Lencke se sumó a la mesa.

—Esta mañana recibí una visita —anunció Ciro sin preámbulos—. Una mujer, amiga de Tania Frydberg, vino a verme. —Lao y Julia lo observaron ansiosos—. Me trajo esto.

Aguilar volcó el contenido de la carta sobre la mesa. Los agentes abrieron los ojos confundidos al verlo.

—¿Qué se supone...? —preguntó Lencke al tiempo que levantaba la fotografía con la mano. Julia, por su parte, tomó la estampa bíblica.

—Yo tampoco sé qué pensar —murmuró Aguilar taciturno—. En la imagen se ve al general Juan Domingo Perón, que fue presidente de la Argentina entre los años 1945 y...

—Estoy familiarizado con la historia argentina —interrumpió Lencke en el español perfecto que había aprendido de su madre—. El otro sujeto es el coronel Von Strauss, pero ¿el tercero? —inquirió.

—El doctor Richter. Si das vuelta la fotografía...

Lencke volteó la imagen y vio los nombres de los tres hombres del retrato escritos en tinta negra. Se podía leer “General Juan Domingo Perón, coronel Von Strauss y doctor Richter, isla Huemul, 8 de abril de 1950”.

—¿Dijiste “Richter”? —preguntó Julia, cuya cabeza iba más rápido que nunca.

Ciro asintió.

—Ronald Richter fue un científico austríaco que trabajó para los nazis y que convenció a Perón de que podía generar energía mediante la fusión nuclear. —Ciro y Lao se acomodaron en sus respectivas sillas para escucharla con atención—. Richter se instaló en la isla Huemul, en el lago Nahuel Huapi, y allí ubicó su laboratorio e hizo construir una usina de doce metros de alto en la que se suponía que realizaría la fusión nuclear. Fue un gran fraude.

—El proyecto Huemul —pronunció Ciro al recordar haber escuchado al respecto en algún lado.

—¡Exacto! —Confirmó Julia entusiasmada—. El gobierno de Perón es reconocido por haber albergado a varios científicos nazis... Richter fue uno de ellos. Esta fotografía —razonó Julia mientras observaba el documento en blanco y negro. La imagen de Von Strauss le perforó las retinas— confirma que Von Strauss estuvo bajo el ala protectora del gobierno del General.

—¿Y la estampita? —preguntó Lao en referencia a la pequeña pintura de temática bíblica que guardaba el sobre de Tania Frydberg.

Ciro tomó la delicada postal y la observó en detalle. La había visto antes, cientos de veces en realidad. En ella se podía observar a Jesús en la cruz y a un soldado que le atravesaba el costado con una lanza.

—Representa el momento en que Longinos, el soldado romano, hirió a Jesús con su lanza. —Aguilar dio vuelta la estampa—. “Juan 19, 31-34” —leyó—. Es una cita del Evangelio. —Luego sacó un iPad y buscó la referencia. Mientras lo hacía, agregó—: Mi madre fue una reconocida arqueóloga de este país y, durante muchísimos años, estuvo tras la pista de esta lanza.

—La lanza sagrada —murmuró Julia.

Ciro asintió.

—Cuando era pequeño —comentó Aguilar—, mi madre no dejaba de hablar de la lanza. Dedicó su vida a investigar sobre ella y a buscarla. Por eso puedo decirles que hay tres: una en custodia del Vaticano, que se supone que fue encontrada en el santo sepulcro; otra, la lanza Echmiadzin, en Armenia, descubierta en la primera cruzada; y una tercera, y aquí lo llamativo del asunto... —Ciro hizo una pausa, miró a Julia y a Lao a los ojos y dijo—: La lanza de Viena. Los emperadores del Sacro Imperio Romano tenían su propia lanza y, desde tiempos de Otón, es decir, año 900 aproximadamente —aclaró Ciro—, creían que era una lanza sagrada. Documentos oficiales

certifican que estuvo en poder del emperador Segismundo, que la trasladó de Praga a Núremberg y ordenó que se quedara allí. Pero, en la primavera de 1796, cuando el ejército revolucionario francés llegó a Núremberg, los consejeros de la ciudad decidieron trasladarla a Viena para mantenerla a resguardo. Así, junto con otras tantas reliquias, la lanza fue confiada al barón Von Hugel, quien se comprometió a devolverla cuando la paz fuera restaurada. Sin embargo, el sacro Imperio romano se disolvió en 1806, y Von Hugel aprovechó la confusión respecto de quién era el legítimo dueño de la reliquia y la vendió a los Habsburgo. A partir de ese momento, la lanza quedó a resguardo en Viena. Cuando Austria se anexó a Alemania en 1938, Adolf Hitler se apropió de ella. Se cree que mandó hacer una réplica que fue colocada en la catedral de Santa Catalina de Núremberg mientras que él se llevó la original. Mi madre era partidaria de esa teoría, pero murió antes de probarlo.

—Hay algo que se nos está escapando... —ponderó Lao pensativo.

—Sí —respondió Julia segura de sí misma—, la relación que Tania Frydberg nos quiere mostrar entre Franz Lauthen y la lanza sagrada. ¿Será posible que Lauthen la haya traído consigo en su escape?

Ciro se encogió de hombros.

—Si la trajo, resultaría anecdótico en realidad —opinó—. Lo importante es probar que Lauthen es un criminal de guerra prófugo.

—Sí —contestó Lao—, pero, si Tania Frydberg nos dejó este mensaje, la lanza no es irrelevante. Algo nos quiso decir.

Los tres guardaron silencio un momento. Ciro volvió a mirar el iPad.

—Esta es la cita indicada en la estampa —informó, y enseguida leyó —: “Los judíos, como era el día de la preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado —porque aquel sábado era muy solemne—, rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero, al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua”.

Los tres guardaron silencio, desconcertados.

—Tania Frydberg diseñó un entramado muy complejo para guardar sus secretos —afirmó Julia mientras observaba en detalle la fotografía en blanco y negro tomada en la isla Huemul.

—Es un rompecabezas —dijo Ciro, que se puso de pie y caminó hasta el ventanal. El paisaje era despampanante: el bosque apenas dejaba adivinar el verde que podía verse durante el verano; aquella mañana, la nieve lo cubría todo.

—El mensaje de la caja de seguridad, “La Orden Sagrada” —pronunció Lencke reflexivo—, una estampita religiosa y un retrato de Perón con Von Strauss...

—No sé qué pensar —resopló Julia y se recostó apenas sobre la silla. Estaba perdida, no lograba hilar nada coherente entre aquellos datos—. No logro ver lo que Tania quiere decirnos —agregó abatida.

—Vamos —instó Aguilar decidido.

—¿A dónde? —preguntó Lencke en tanto se ponía de pie. Él tampoco sabía por dónde seguir.

—A la isla Huemul.

* * *

Alexander bajó los ciento dos escalones que separaban aquella sala del resto del búnker, abrió la puerta de doble hoja que protegía aquel celoso secreto y entró en silencio. Flotaba en el aire un leve olor a cera quemada, madera y encierro. Hacía frío, así que se frotó las manos y se acomodó el suéter antes de colocar un par de leños en el hogar para calentar el ambiente. Luego se acercó a una de las ventanas que daban a un patio interior subterráneo y comenzó a abrir la primera de las doce cortinas que coronaban el salón. De inmediato, una luz artificial inundó el lugar. Así, Alexander se encontró rodeado por doce columnas de mármol que custodiaban, silenciosas, un mosaico en el suelo con el dibujo de una rueda solar. Se acercó al centro y observó embelesado aquel sol negro que presidía la sala. Sin demora, se aproximó después hasta una vitrina un poco más alejada. La lanza que había custodiado con su vida descansaba a resguardo de un vidrio blindado, bajo el tímido resplandor de tubos fluorescentes.

* * *

Berlín, diciembre de 1944.

Franz ingresó a una sala circular en las profundidades de las oficinas de la SS. Allí, sobre una gran mesa de trabajo, se desplegaron varios papeles y mapas, y cuatro personas parecían haber estado trabajando largo rato. Apenas entró, su compañero de la SS, el médico Karl Brandt, se incorporó para saludarlo y enseguida comunicó al resto de los presentes:

—Les presento al Químico de Birkenau —dijo en referencia al apodo que le habían dado en el campo—. No hay científico más brillante que él —concluyó.

Franz sonrió.

—Wolfgang von Sievers —se presentó, luego de ponerse de pie, el hombre que parecía presidir la reunión—. Usted ha sido muy recomendado.

Von Strauss volvió a sonreír, pero no terminaba de comprender cuál era la función que cumpliría en aquel singular encuentro en el que de inmediato reconoció a Hjalmar Schacht, antiguo presidente del Reichsbank, ministro de economía del Reich y director principal del Banco de Pagos Internacionales en Basilea, Suiza.

Von Sievers lo invitó a unirse al grupo de trabajo. Franz se ubicó entre Karl y un hombre al que le presentaron como el general Walter Schellenberg de la SS, al mando del servicio de seguridad y enviado especial de Himmler para aquella reunión. Luego saludó a Fritz Schmidt, quien participaba en representación de Roger Masson, el director del Servicio Secreto Suizo. Luego de tomar lugar, Von Strauss observó el singular escudo que colgaba sobre la pared. En él se podía leer "*Deutsches Ahnenerbe*".

—Coronel Von Strauss —exclamó Von Sievers, lo que capturó de inmediato su atención—, usted ha sido invitado a participar de este encuentro porque su superior, *Hauptsturmführer* Mengele, nos ha informado sobre su trabajo en el campo y su... —parecía estar buscando la palabra indicada— *excelencia* en el manejo de la química.

Von Strauss escuchaba en silencio.

—Y esa excelencia es lo que requiere nuestro *Führer* para que cumpla una última misión

CAPÍTULO 8

Alexander se deshizo de la túnica blanca que llevaba y, desnudo, ingresó al círculo. A su alrededor, el consejo aguardaba a que realizara el juramento de lealtad. Desprovisto de ropa y con la cabeza rapada, el joven se irguió y, en una solemne posición, mientras alzaba al cielo la mano derecha con la palma extendida y centraba los ojos en la imagen del gran líder, Adolf Hitler, repitió las antiguas palabras. “Juro por Dios que debo obediencia incondicional al gran maestro y al pueblo alemán y que, como un valiente soldado, estaré preparado en cada momento para defender este juramento con mi vida.” Cuando concluyó la promesa, el gran maestro se acercó y lo ungió con los aceites sagrados. Alexander sintió que la emoción lo embargaba y tuvo que contener las lágrimas. Allí, en medio del círculo, donde el resplandor de las antorchas que cargaban sus hermanos iluminaba la penumbra, mientras sus propios pies reposaban sobre el mosaico del sol negro, él se convertía en miembro de la orden. Había esperado aquel instante la vida entera: entrar al círculo, pertenecer a la congregación que su padre y su abuelo habían venerado desde hacía más de setenta años. Cerró los ojos y escuchó los cantos de iniciación. El consejo mayor le daba la bienvenida. La Sacer Ordo lo aceptaba como miembro y lo ungía con la sabiduría de sus ancestros, los sabios germanos.

Julia se sentó en el asiento trasero de la camioneta y dejó que Lencke y Aguilar fueran delante. El último conducía a gran velocidad por la carretera Ezequiel Bustillo para acortar la distancia entre el Llao Llao y la isla, que no era mucha, apenas unos veinte minutos de viaje. Luego, habría que cruzar en lancha hasta llegar a destino. Aguilar aceleró, y Julia se acomodó en la butaca. Por la ventana, notó las pequeñas casas andinas de Villa Campanario, cubiertas de nieve, y cómo el humo de las chimeneas bailaba en aquel cielo encapotado. Habría deseado poder disfrutar aquel trayecto poder dejar de pensar en los motivos que la habían llevado a San Carlos de Bariloche, pero no era posible. El pasado se hacía presente cada día un poco más y no había nada que pudiera hacer contra eso. El coche se detuvo. Aguilar estacionó cerca del viejo espigón de Playa Bonita y enfiló directo al embarcadero.

—¿Qué pensás encontrar? —preguntó Julia al tiempo que se calaba los anteojos de sol y apuraba el paso para estar a la par del empresario. Lencke se había retrasado por un llamado.

—No lo sé —respondió Ciro al subir a la embarcación—. Ni siquiera sé qué buscar —confesó mientras le ofrecía una mano a Julia para ayudarla a subir. Ella la tomó y sonrió para agradecerle el gesto. Era la primera vez que la veía sonreír, pensó Ciro. Había un halo de tristeza en aquella mujer, un aura tormentosa que la envolvía y que lo inspiraba a querer abrazarla y protegerla. Julia Durée era un misterio, una gran incógnita, pero estaba ansioso por revelarla.

Una vez dentro de la lancha, notaron cómo Lencke corría hacia ellos.

—Adelántense —dijo el agente, que se guardaba el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta—, la gente del Wiesenthal quiere vernos. Les daré un breve informe y me reuniré con ustedes en la próxima lancha.

Aguilar y Durée asintieron. De inmediato, la barca comenzó a moverse en un trayecto corto pero abrumador. La belleza del lugar robaba el aliento: el cielo gris, el agua cristalina, la isla a lo lejos cubierta de nieve... Los dos pasajeros se habían quedado en silencio mientras contemplaban el horizonte. Julia notó que Ciro usaba un perfume de madera y especias, aunque no lograba identificar cuál. Fantaseó con hundirle la cara en el cuello mullido del suéter que llevaba bajo esa campera abrigada y aspirar ese olor hasta descifrarlo. Encontraba cierta tranquilidad al lado de Aguilar, una paz que había perdido hacía mucho.

—El dossier con la documentación de Von Strauss —consultó Julia, que había estado pensativa unos minutos mientras avanzaban sobre el agua—, el que nos mostraste en la casona donde nos conocimos hace dos días, ¿cómo lo conseguiste? Es información muy sensible.

—Cuando decidí investigar a Lauthen, me aboqué de lleno, no escatimé recursos, ni humanos, ni financieros, ni tecnológicos. —Hizo una pausa—. Y Román Benegas me ayudó —confesó luego—. Él me dio el informe que Interpol tiene sobre él.

Julia sonrió. Román debía de deberle un favor muy grande a Aguilar para haberle entregado información tan confidencial.

—¿Qué te confesó tu abuela el día que murió? —quiso saber Julia.

Ciro la miró en silencio en tanto evaluaba si debía contarle los secretos que *Omi* le había revelado aquella noche y que lo habían llevado a dedicar los pasados diez años de su vida a perseguir aquel propósito. Se mantuvo así un largo rato mientras la pequeña

embarcación se abría paso sobre el agua y se aproximaba a la isla. No conocía en nada a Julia Durée, podía estar casada, ser una gran mentirosa, la mejor agente de Interpol... Ni siquiera sabía qué le gustaba o qué no le gustaba, así que ¿por qué revelarle su secreto? Por alguna razón que no lograba explicar ni racionalizar, se sentía tentado de hacerlo. Había algo en aquella mujer, algo que lo atraía como nadie lo había hecho antes. Cada vez que la miraba a los ojos, notaba que, detrás de la gran fachada de fémina invencible, había un espíritu triste inmerso en una complicada existencia, pero, por sobre todo, había un alma noble e íntegra que él moría por conocer.

—Me dijo que tenía los mismos ojos que Strauss.

Julia pudo sentir la profunda tristeza anidada en el alma de aquel hombre tras pronunciar aquella frase. Enseguida notó cómo esos ojos, mezcla de azul y turquesa, se sumergían en una batalla entre la angustia y la ira que, sin embargo, escondía una gran cuota de ternura. Quiso acariciarle el rostro, pero se abstuvo. En cambio, se puso de pie y caminó hacia la proa. Allí se quedó en silencio en tanto miraba la isla que se acercaba y sopesaba la implicancia de aquella confesión.

—Hace frío —se quejó él al aproximarse a ella y ajustarle la campera. La quería cerca; algo absurdo dado que apenas la conocía.

Sin pensar, Julia volvió la cabeza y se encontró con los ojos de Ciro. Fue un momento, un instante breve en el que ambas miradas dijeron mucho más que el silencio de sus bocas. Él, por su parte, extendió la mano y le acomodó un mechón de cabello que revoloteaba rebelde, producto del viento, detrás de la oreja. Julia sintió que se sonrojaba y bajó la mirada. Hacía tanto tiempo que no experimentaba algo así...

—Gracias —musitó ella, que había olvidado la helada que los acompañaba desde la mañana y no podía dejar de pensar en la proximidad del cuerpo de Aguilar—. ¿Qué pensás que vamos a

encontrar? —preguntó con la vista sobre el islote cubierto de nieve y con algunos manchones verdes al que ya estaban llegando.

—No tengo idea —resopló Ciro—, pero por algún lado teníamos que empezar.

—Esto se está convirtiendo en una caza de brujas —murmuró desalentada Julia al tiempo que se alistaba para descender de la embarcación. Habían arribado.

* * *

Por primera vez en su vida Lao sintió que el corazón iba a salirse del cuerpo. Sus más de veinte años de experiencia en trabajo de campo, su entrenamiento y su temple de acero parecían haberse esfumado. Le costaba respirar y pensar con coherencia. Lo único que le ocupaba el cerebro eran las imágenes que había recibido en el móvil, que no dejaban de atormentarlo. Miró el reloj. Las dos de la tarde, la hora pactada. Tomó el teléfono y regresó al mensaje que había recibido: “La vida de Cora por su colaboración”. “Mi colaboración”, repitió para sus adentros.

Lencke miró a su alrededor. Estaba en medio de la nada. El cielo se había cubierto de plomo, y empezaba a chispear. Sintió las primeras gotas, minúsculas, en la cara. Hacía frío, y estaba solo a la vera de un gran bosque en tanto esperaba recibir instrucciones de quien fuera que había raptado a Cora. El rostro de la niña apareció de nuevo en su cabeza. Nadie sabía que ella existía. La vida como agente del MI6 lo

había expuesto a situaciones por demás peligrosas, tanto que, al enterarse de la llegada de la inminente pequeña, había acordado con la madre que nunca les faltaría nada, pero jamás nadie debía saber que él era el padre de la criatura. El sacrificio, duro como pocos, le aseguraba la vida de su hija. Lencke sabía que había matado demasiada gente y que alguien iba a saldar esa cuenta con él. Había eludido la muerte cientos de veces y se había asegurado de que Cora no fuera relacionada con él jamás. Sin embargo, alguien había descubierto su secreto. Alguien, además de la madre de la niña y él, conocía el vínculo que existía entre ambos y lo estaba aprovechando para extorsionarlo.

“La vida de Cora por su colaboración”, repitió, y en ese instante en que la lluvia se desataba sobre aquel claro del bosque, no pudo evitar recordar lo que había leído en el expediente de Julia. Aquel asunto había terminado mal, muy mal. El corazón se le hizo un nudo. Las imágenes que había visto en el dossier de Durée desfilaron por su cabeza como una película en cámara lenta. Se obligó a espantar esos recuerdos y volvió a meterse en el automóvil que había alquilado tras recibir aquel mensaje. Estaba empapado. Se acomodó en el asiento y notó que estaba tamborileando con las manos sobre el volante. Estaba nervioso. La lluvia caía con fuerza y se deslizaba por el parabrisas con una violencia inusitada. Volvió a mirar el reloj. Habían pasado treinta minutos de la hora establecida. Nadie aparecía, nadie lo contactaba con las instrucciones prometidas. Se recostó apenas sobre la butaca y se cubrió la cara con las manos. ¿Quién había secuestrado a Cora? No recordaba haberse sentido tan frustrado jamás. La idea de que alguien tuviera en su poder a la niña... Resopló y, en ese preciso instante, divisó los faros de una camioneta que se aproximaba. El vehículo se detuvo frente a él, y las luces parpadearon durante unos segundos. Lencke respiró con profundidad y abrió la puerta del auto. El cielo parecía haber desatado su furia, y las gotas copiosas se habían transformado en lanzas sobre su espalda. Corrió sin mirar atrás y llegó hasta la camioneta que lo esperaba con el

motor y las luces encendidas. Se detuvo frente a la portezuela. Notó que un humo gris escapaba del caño de escape y bamboleaba bajo la lluvia. Respiró. Necesitaba tomar valor para abrir el coche y descubrir quién lo esperaba detrás de aquellos vidrios polarizados. “La vida de Cora por su colaboración.”

Abrió la puerta, y la vida como la conocía cambió de inmediato.

* * *

Auschwitz-Birkenau, Polonia, 27 de enero de 1945.

Lev se detuvo a orillas de la fosa y observó los cuerpos esqueléticos esparcidos unos sobre otros. Sintió que moría un poco, que el aire se le escapaba y le costaba respirar. Cerró los ojos un segundo como si así esa realidad sórdida que lo rodeaba fuera a desaparecer. Los abrió de nuevo, y los cadáveres desnutridos y abandonados le perforaron las pupilas. Se dio vuelta. Las lágrimas se le habían agolpado en los ojos y empezaban a escapársele. Vio cómo muchos camaradas avanzaban sobre lo que quedaba de las barracas destruidas de aquel campo de exterminio y asistían a los prisioneros que apenas podían mantenerse de pie. Siguió caminando, aunque no sabía bien a dónde iba y sentía que el corazón iba a salirse del cuerpo. Durante los años de aquella guerra, había visto lo impensable, pero, lo que registraba su retina en aquella mañana de invierno, no lo olvidaría jamás.

Un quejido le llamó la atención. Provenía de una cabaña de ladrillo y madera que aún se mantenía en pie. Sin dudarlo, surcó los tres escalones que antecedían a la puerta de madera y la abrió. La sala era inmensa, y muchos camastros de metal, algunos sin colchón, ocupaban el lugar. Contó más de diez cuerpos de mujeres que habían encontrado el descanso eterno en aquel infierno; otras yacían agonizantes sobre las camas viejas. Una jovencita, o lo que quedaba de ella detrás de dos ojos inmensos insertos en un rostro famélico, le hizo señas. Apenas podía moverse y gemía. No tenía fuerzas para hablar. Lev se le acercó, y la niña le susurró algo al oído. Él no comprendió, pero no hacía falta entender lo que decía para captar el significado de aquel quejido desesperado. Sintió una profunda tristeza. ¿Qué le habían hecho a esa niña con los ojos más azules y tristes que jamás había visto? Apenas era una niña.

Sus miradas se encontraron, y el soldado se quitó el abrigo que llevaba y la envolvió con cuidado. Luego, aunque la chiquilla no entendía ruso, le dijo que la sacaría de allí, que estaba a salvo. Ella repetía algo sin cesar. Lev no entendía el polaco, pero no importó. La aupó sin dificultad, la arropó con el tapado sucio de tanto andar y la abrazó fuerte mientras dejaba que esos ojos escupieran las lágrimas contenidas y la sacaba de aquel edificio del horror. Ella, por su parte, aunque el soldado del Ejército Rojo no comprendía, repetía sin cesar: “Soy Tania Frydberg y voy a vivir”.

* * *

Ernesto embarcó en el vuelo de British Airways rumbo a Londres en el aeropuerto JFK de Nueva York. Apenas había dormido y se iba de la Gran Manzana aún sin saber quién había filtrado la información sobre Rache. Mientras se acomodaba en la butaca de primera clase, comenzó a leer el informe que la oficina de Cronos en Manhattan le había dado. El cuarenta por ciento del paquete accionario de Rache estaba en ese momento en manos de una sociedad anónima cuyos dueños no se habían presentado todavía. Resopló frustrado. Estaba inmerso en un laberinto del que no parecía poder salir. No dejaba de darle vueltas al asunto cuando la azafata le ofreció una champaña. Sonrió, accedió y se encontró de súbito con la copa en la mano y el insuperable sabor de la bebida en la boca mientras, distraído, miraba por la ventanilla. Ese aeropuerto parecía tener vida propia. Cientos de aviones despegaban desde esas pistas cada día, y aquel era solo uno más. Dentro de unas horas, estaría en Londres, donde se ubicaba el corazón central de las oficinas de Cronos en el exterior. Un equipo de abogados e investigadores informáticos estaba trabajando sin cesar para descubrir quién estaba detrás de los ataques a la empresa. Indagaban acerca de las dos mil órdenes falsas que habían pasado al mercado de valores y que habían derrumbado en segundos el precio de Rache, lo que había permitido que la enigmática sociedad anónima comprara casi la mitad de la compañía por monedas. También realizaban averiguaciones sobre el hackeo de la cuenta de la *Associated Press* que había resultado en el informe sobre la muerte de Ciro. Alguien quería destruir a Aguilar y estaba atacándolo de manera estratégica y muy bien planificada. Había una mente brillante detrás de aquel ataque, y él no lograba descubrirla.

Cansado de darle vueltas al asunto, se recostó sobre la amplia butaca, ansioso por que el avión despegara, alcanzara la velocidad de crucero y para así poder desplegar el asiento y dormir todo el trayecto. Bebió un trago más y regresó al iPad con el informe de la compra de Rache. No había llegado a leer dos líneas cuando escuchó una voz que no esperaba, pero que sabía que jamás habría de olvidar.

—Calavera Ordóñez —dijo la mujer que se acomodaba al lado de él.

Ernesto no pudo contener la sonrisa. La vida, pese a todo, resultaba benévola en aquellas horas desesperadas. Junto a él, se ubicaba Carola Figueroa.

—¿Estábamos en la misma ciudad y no lo sabíamos? —inquirió Figueroa mientras se ajustaba el cinturón.

—Pero parece que vamos hacia el mismo sitio, y eso sí lo sabemos —respondió encantado por el sorpresivo encuentro—. Hola, Carola.

—Hola, Ernesto —contestó ella, que estaba disfrutando el encuentro aunque sabía que no debía hacerlo.

—Te fuiste sin despedirte la otra noche.

Figueroa bajó la mirada un segundo.

—Tenía una reunión temprano —se excusó.

—Podríamos repetir.

—Podríamos... —respondió la mujer en tanto lo miraba a los ojos. Calavera no perdía el tiempo, y ella tampoco. No había nada de casual en aquel encuentro.

* * *

Ciro descendió de la embarcación y ayudó a Julia a bajar al muelle de la isla. El guardaparques y el prefecto que los habían llevado se habían adelantado unos metros y conversaban sobre la inminente llegada de la tormenta mientras verificaban sus teléfonos. Se acercaron hacia ellos con paso rápido. El cielo centelleaba, y las primeras gotas empezaron a caer.

—No podremos estar demasiado tiempo, se aproxima un diluvio —comentó el guardia al tiempo que avanzaba sobre un pasto crecido y abandonado. Hacía años que, a excepción de la Prefectura Naval Argentina, nadie iba a allí. Pero, a un pedido de Ciro Aguilar, con las influencias que tenía, nadie se negaba—. ¿Qué es lo que quiere ver, señor?

Ciro tomó la fotografía en la que aparecían el general Perón, el profesor Richter y el coronel Von Strauss y se la mostró.

—Este lugar —señaló.

—El reactor nuclear —afirmó el hombre y, con un gesto, les indicó que lo siguieran—. No va a ser muy fácil llegar —aclaró—, los pastizales superan el metro de altura, y el sendero casi ha desaparecido.

—No se preocupe por eso —interrumpió Ciro decidido a llegar al lugar donde se había tomado esa fotografía. Tania Frydberg había escondido un mensaje en aquel singular envío, y él pensaba descifrarlo.

—Hace tiempo que no venía por acá —comentó el prefecto—. Cuando era cadete en la Prefectura, usábamos la isla como polígono de tiro.

—Está muy abandonada —observó Julia, que hablaba por primera vez.

—Desde el año 92 —informó el guarda—. Ese año, el municipio otorgó la isla en concesión a una empresa turística, pero no duraron mucho. Lo bueno es que construyeron un restaurante que los guardaparques utilizamos como refugio cuando nos toca la ronda.

—Es una lástima —intervino Ciro—, este es un lugar histórico.

—Mi padre fue uno de los obreros que trabajaron en la construcción de la central nuclear —comentó—. Decía que el profesor Richter estaba completamente loco y que veía espías y saboteadores en todos lados.

—Tiró abajo el primer edificio y lo hizo construir de nuevo—agregó el guardaparques—. Después de que lo terminaron, pidió que lo volvieran a demoler y quería que lo construyeran treinta metros bajo tierra.

—Ahí fue cuando Balseiro intervino —interrumpió de nuevo el otro empleado—. Perón había mandado una comisión a investigar qué ocurría en la isla. Richter afirmaba haber tenido éxito y haber logrado la fusión nuclear. Balseiro, junto a otros científicos, demostraron que era una farsa. Luego de eso...

—Richter se atrincheró en la isla —completó Aguilar, que recordaba la historia.

—Sí —afirmó el prefecto—. Después de un tiempo, se fue a vivir a la provincia de Buenos Aires y no se supo más nada de él.

El grupo se detuvo un momento para decidir por dónde continuar. Los pastizales estaban demasiado crecidos en esa zona. El guardaparques trataba de encontrar el sendero escondido tras tanta maleza mientras las gotas de lluvia se volvían cada vez más

importantes. Al final les indicó cómo seguir, y apuraron el paso cuando un relámpago, precedido por un sonoro trueno, anunció la inminente llegada del diluvio.

—Es allá —informó el encargado al tiempo que señalaba una vieja y altísima construcción que podía verse desde lejos—. Ese era el reactor nuclear... o lo que ha quedado de él.

Caminaron unos setecientos metros antes de llegar frente a uno de los pocos paredones que se mantenían en pie. En uno de los laterales de aquel inmenso cubo de piedra, se abría un gran boquete por el que se podía ingresar a la instalación. Cuando lo hicieron, Ciro comprendió el mensaje de Tania de inmediato y cruzó miradas con Julia sin necesidad de decir nada. Estaban en el lugar correcto.

* * *

San Carlos de Bariloche, Río Negro, agosto de 1945.

La señora Patcher envolvió los pasteles de canela en papel madera y se los entregó. Sara aspiró el aroma de esa delicia recién horneada y suspiró.

—Parece que a alguien le gustan mucho sus creaciones, señora —dijo en un español rudimentario pero seductor una voz masculina a sus espaldas.

Sara se dio vuelta y tuvo que levantar la mirada para ver quién hablaba. Al ver a Franz Lauthen con una sonrisa encantadora y ojos azul cielo, desvió la vista avergonzada y se sonrojó de inmediato. No supo qué decir. El hombre la inhibía.

—Llevaré lo mismo que la señorita...

—Sara... Sara Müller —tartamudeó la adolescente, que no podía creer que El Alemán, como lo llamaban en el pueblo, hubiera reparado en ella.

La señora Patcher asintió y preparó otra tanda. Sara, por su parte, buscó dinero en la cartera y estaba por pagar cuando el extranjero le tomó la mano en la que sostenía las monedas.

—Permítame invitarla, Sara... Por favor.

La joven retiró la palma con rapidez. No estaba acostumbrada a que un desconocido —menos un hombre— la tocara. Con la mirada gacha, solo llegó a murmurar un “gracias” ahogado que hizo que él sonriera divertido.

—Aquí tiene, señora Patcher —pronunció Lauthen mientras entregaba un billete a la mujer de los dulces—. Como siempre, gracias por sus manjares. Su pastelería me recuerda a mi hogar. —La señora sonrió. Franz Lauthen era un encantador de serpientes, Sara no recordaba haber visto sonreír a esa mujer en los dieciséis años desde que la conocía—. Señorita Müller —dijo por último a modo de despedida—, espero volver a verla pronto —concluyó, y luego salió del local para perderse entre los transeúntes.

CAPÍTULO 9

Una melodía sinuosa y acaramelada que parecía emerger de la nada misma envolvía el lugar como el canto de una sirena hasta llenarlo por completo. Lao trató de moverse. No podía. Lo único que recordaba era que había abierto la puerta de la camioneta que lo esperaba en el bosque y, luego, el mundo había virado al negro absoluto. En ese momento, a oscuras y sujeto a una silla en tanto trataba de librarse en vano, escuchaba la composición musical más dulce que jamás había oído. ¿Dónde estaba? Y, lo que era más importante, ¿qué había sucedido? No lograba recordarlo. Imágenes sueltas y de apariencia inconexa desfilaban por su cerebro. Le dolía la cabeza. Lo habían drogado. ¿Cuánto tiempo había pasado? No mucho. Podía escuchar la lluvia afuera. Sintió una leve corriente de aire a un costado y aguzó los sentidos. Los pasos se acercaron con lentitud, y la madera de una silla crujió bajo el peso de quien se ubicó sobre ella. Enseguida, un leve olor a tabaco inundó la habitación. Pipa. Quien quiera que estuviera en el cuarto fumaba una pipa. Podría haber reconocido aquel aroma a Dunhill Early Morning aun con los ojos cerrados, ya que era el tabaco de fumaba su padre. Aguardó en silencio.

—Tenemos algo que le interesa —pronunció una voz carrasposa.

Lencke se mantuvo callado. Sabía que lo más importante en aquellos momentos era estar tranquilo. La vida de Cora estaba en juego.

—Y usted, señor Lencke —agregó el hombre, que arrastraba las palabras con cierta cadencia, casi como si le costara hablar—, tiene algo que a nosotros nos interesa.

—No sé a qué se refiere —dijo el agente con simulada tranquilidad.

—Esta mañana, Ciro Aguilar recibió un sobre. —La voz hizo una pausa—. Usted vio su contenido. Necesito que me diga qué había en él.

Lencke evaluó las posibilidades que se le presentaban. Podía negar la existencia de aquel recado, pero estaba claro que ya sabían que había un mensaje de Tania Frydberg y que Ciro lo había recibido. Podía revelarles el contenido o inventar algo.

—Vamos, Lao —lo instó la voz ronca—, piense en Cora.

—Quiero saber cómo está ella —dijo firme—. No diré nada sin verla antes.

—Como quiera —concedió el hombre, que, al ponerse de pie, hizo que la silla volviera a crujir—. Traíganlas —ordenó. De inmediato, el agente escuchó que una puerta se abría. Y gritos. El llanto de Cora y los alaridos de Mérida, su madre.

Lencke sintió que se desesperaba. No lograba moverse. Estaba atado de pies y manos, sujeto a ese asiento como un condenado a la silla eléctrica, y tampoco veía nada, estaba en total oscuridad, con una capucha que no dejaba pasar ni un haz de luz.

—Suéltelas —vociferó aturdido.

El desconocido rio.

—Sáquenle la máscara —indicó—, que las vea.

Alguien lo arrancó de las sombras. De manera instintiva, cerró los ojos cuando la luz le perforó la retina, pero enseguida se obligó a abrirlos. Ante él, la niña lo miraba aterrado. En los ojos de Mérida, en

cambio, se distinguía una mezcla de miedo y una gran cuota de reproche.

—Había una imagen del general Perón con el coronel Von Strauss y el profesor Richter —confesó Lencke sin dudar—. Déjelas libres, colaboraré con ustedes en lo que necesiten.

—No es tan fácil —objetó el dueño de la voz que había escuchado mientras estaba a oscuras. Se trataba de un sujeto de más de cincuenta años, de cabello casi blanco, aunque se podía adivinar que había sido tan claro como sus ojos. Era alto, flaco y de facciones angulosas. Llevaba un traje negro hecho a medida y, debajo del brazo izquierdo, se podía adivinar la sobaquera donde guardaba un arma—. ¿Dónde se tomó la fotografía?

—En la isla Huemul.

* * *

Heathrow estaba colmado de pasajeros que llegaban desde infinitos destinos; sin embargo, no se veían filas estancadas frente a la zona de migraciones ni aglomeraciones de gente que esperaran para que les sellaran el pasaporte. Aquel aeropuerto era el perfecto reflejo de la corrección inglesa. Calavera le cedió el paso a Carola, y ella se adelantó. El trámite en aduana fue breve, y enseguida ambos estaban caminando hacia el Heathrow Express, el tren que, en tan solo quince

minutos, los dejaría en la estación de Paddington, en el centro de la ciudad. Ernesto llevaba un bolso de mano, pero Carola apenas tenía una cartera.

—No traés equipaje —observó mientras avanzaban hacia donde indicaban las señales que llevaban a la plataforma para subir al tren.

—No lo necesito —respondió sin decir más.

—¿Por? —quiso saber Calavera divertido. Ella sonrió—. ¿Pensás comprar ropa acá? ¿No tenés intenciones de cambiarte? ¿Vas a andar desnuda?

Carola dejó escapar una carcajada.

—Andar desnuda, apuesto que eso te gustaría.

—No voy a decir lo contrario —respondió risueño Ordóñez.

Carola no dejaba de sonreír. Debía reconocer que lo pasaba bien con el abogado.

—No traje equipaje porque no lo necesito, vivo parte del año en Londres, estoy regresando a casa —confesó.

—¡Apa! —exclamó Ernesto sorprendido—. La señorita es una caja de sorpresas. ¿Algún otro secreto que develar?

—Nada importante —contestó ella—. ¿Dónde te vas a quedar?

—En el Dorchester.

—Estamos cerca, entonces. Mi casa está a pocas cuadras de allí.

El tren ingresó a la plataforma puntual. Los pasajeros se ubicaron, y Carola y Ernesto hicieron lo propio. Quedaron uno junto al otro.

—Vos también traés poco equipaje —dijo al observar el bolso de mano—, ¿vas a estar pocos días? —quiso saber ella mientras se acomodaba en la butaca.

—Tres o cuatro. Va a depender de mi cliente. ¿Comemos esta noche?

—No perdés el tiempo, ¿no?

—Si vos vivís acá —argumentó Calavera—, y yo voy a estar pocos días, no hay tiempo que perder. Dale, te busco a la noche y vamos a comer.

—Dale —respondió Carola contenta. Aunque, por dentro, sabía que estaba adentrándose en aguas demasiado profundas para su gusto.

El teléfono de Ordóñez sonó.

—Sí —dijo él al tiempo que se levantaba del asiento y, mientras hablaba, guardaba la maleta en el portaequipajes de arriba—, llegué hace media hora, Raúl. Estoy yendo al hotel. —Hizo una pausa. Algo de lo que le informaron del otro lado de la línea no le gustó, la cara se le tensó y largó un insulto por lo bajo—. Te llamo dentro de un rato.

Carola notó que el ánimo de Ordóñez había virado ciento ochenta grados y que enseguida se sumergió en el teléfono. Vio que miraba Twitter y que el rostro se le transformaba. La sombra de la preocupación parecía haberlo invadido.

—¿Todo bien? —consultó Figueroa.

—Nada, cosas de trabajo —respondió escurridizo Ordóñez, que era en extremo cuidadoso a la hora de brindar datos sobre confidenciales. Luego envió un mensaje de WhatsApp y, por último, miró el reloj. Le urgía llegar a destino.

* * *

Ciro avanzó hacia la única pared de aquella central nuclear que aún permanecía entera y se quedó inmóvil mientras contemplaba el muro.

—Es hermoso, ¿cierto? —dijo el guardaparques al acercarse—. Un día apareció pintado. Uno de nosotros vino a hacer la ronda, y nos encontramos con este mural.

—¿Quién lo hizo? —quiso saber Julia al aproximarse al grupo.

—Uno de los grafiteros del pueblo, por ahí está la firma. La verdad es que no lo reportamos porque nos parece tan bonito, una pintura así, en un lugar tan abandonado...

Julia y Ciro cruzaron miradas. Aquella obra de arte no había aparecido porque sí, sino que Tania Frydberg había entramado un plan para comunicar un mensaje en caso de que algo le ocurriera, y aquel mural era muy claro. En él podía verse una imagen del viacrucis pintada de una manera muy poco ortodoxa. Con colores estridentes y contrastantes, el dibujo mostraba a Jesús en la cruz en el preciso instante en que Longinos lo atravesaba en el costado, al igual que la estampita bíblica que habían recibido en el sobre. Ciro tomó el teléfono y sacó un par de fotografías al mural. Julia hizo lo mismo y se acercó para ver en detalle la firma. Estaba en eso cuando escuchó el primer disparo. Alertado, Ciro se abalanzó sobre ella para protegerla. Los dos cayeron al suelo, y él la cubrió con el cuerpo cuando se desató la balacera. La agente, sorprendida por la reacción

del empresario, se desenvolvió de él y se incorporó con premura al tiempo que desfundaba el arma reglamentaria y comenzaba a disparar.

—Allá —gritó a Ciro para indicarle que corriera con ella hacia una construcción de hormigón donde guarecerse.

El hombre asintió y la cubrió con el cuerpo a medida que trotaban hasta el sitio indicado. Mientras avanzaban, las balas repicaban en el suelo, y el polvo parecía cubrirlo todo. Fueron segundos lo que les tomó llegar al refugio, pero pareció una eternidad. Agazapados detrás del muro, Julia cambió el cargador con rapidez, miró a Aguilar y le ordenó que se tirara al suelo al mismo tiempo que le lanzaba un segundo revólver que llevaba en el tobillo.

—A cualquier cosa que veas que se mueve, le disparás —le ordenó. Ciro asintió y quitó el seguro con cierta elegancia.

Julia observó a su alrededor. Así, vio cómo el prefecto empuñaba una pistola con seguridad y corría a ponerse a resguardo tras una improvisada barricada de escombros desde donde él también abrió fuego. En cuestión de segundos, el intercambio de disparos fue monumental. Aguilar y Durée contrarrestaban el ataque sin pestañear. Las balas picaban cerca. Quien fuera que estuviera descargando el arma lo hacía con una ametralladora. La lluvia, los relámpagos y la inminente llegada de la noche no ayudaban, y Julia sentía que estaba apuntando a la nada, pero el fogonazo que logró distinguir antes de la siguiente balacera le indicó a dónde estaba el francotirador; sin dudar, disparó.

Silencio.

De manera súbita, el bosque blanco de la isla quedó en completo mutismo a excepción de la lluvia. Las detonaciones habían cesado. Julia aguardó unos segundos antes de incorporarse y, en ese instante,

notó que Aguilar la tomaba de la cintura para protegerla.

—Dejame a mí —dijo él, y la obligó a seguir a resguardo mientras él se incorporaba.

—Soy una agente especial de Interpol, Ciro —le recordó ella al ponerse de pie—, estoy entrenada para esto —concluyó.

—No me importa —respondió él seguro de sí mismo—. Si estoy yo acá, vos te quedás a cubierto.

Julia no supo qué decir. Lo miró en silencio y dejó que fuera él quien se adelantara. Era la primera vez en su vida que permitía que alguien decidiera por ella. Él la dejó tras el hormigón y avanzó sigiloso. Estaba empapado, pero no parecía importarle. Ella observó cómo recorría el predio en busca del atacante. El aguacero era torrencial, y la tarde se había transformado en una noche oscura.

—Julia —gritó Ciro desde detrás de un árbol a unos cien metros de donde se encontraba la central. Luego hizo señas para que la mujer fuera con él—. Acá está el francotirador.

Ella se acercó al hombre que tenía un tiro en medio de la frente y comenzó a revolverle los bolsillos. Aquel era un mercenario de élite; las ropas que usaba, el chaleco antibalas y el fusil que traía al lado lo dejaban claro.

—¿Lleva algo? —quiso saber Ciro.

—Nada, pero no hay duda de que es de los servicios. —Ciro enarcó una ceja intrigado—. El arma que lleva es un Heckler & Koch MP5, uno de los subfusiles más comunes entre las fuerzas policiales y militares —aclaró Julia.

—Alguien no quiere que estemos acá —murmuró Aguilar en tanto le ofrecía una mano para que se pusiera de pie. Julia agradeció el gesto y, apenas rozó los dedos del empresario, sintió que una descarga eléctrica le recorría el cuerpo hasta anidársele en las terminaciones nerviosas. Tuvo que desviar la mirada un momento para recomponerse. Él lo notó, pero no dijo nada. La lluvia seguía desplomándose sobre ellos, y necesitaban encontrar refugio pronto, dado que el frío era demoledor.

—Vamos —exclamó Julia mientras volvía a acercarse al cuerpo con la intención de levantarlo.

—¿Qué hacés? —inquirió él desconcertado.

—Necesito que nos lo llevemos al albergue. Quiero mandarlo al laboratorio para que le hagan una autopsia.

—¿Autopsia? Le disparaste un balazo en la frente.

—Ya sé —respondió Durée—, pero necesito saber quién es.

Ciro asintió, aunque le parecía que aquel era un despilfarro de recursos y que averiguar quién era el atacante no sumaría nada. Sin embargo, se acercó y levantó el cuerpo, lo cargó sobre sus propios hombros y se disponía a acarrearlo cuando escucharon el grito de ayuda del prefecto.

—¡Aguilar!

Julia y Ciro notaron entonces que el guardaparques yacía en el piso.

—Le dieron —gritó el prefecto. Se refería al hombre en el suelo—. Ayúdenme a llevarlo hacia la casa —pidió; de inmediato Ciro y Julia corrieron hasta él para asistirlo.

Aguilar cargaba el cuerpo del tirador, que pesaba una tonelada, o por lo menos eso parecía, mientras el oficial y Julia acarreaban al herido por los trescientos metros que separaban la vieja instalación atómica del comedor construido por la última concesión de la isla, devenido en refugio. Una vez allí, el prefecto accedió al sitio al teclear un código numérico en un pequeño tablero empotrado en la pared. Sin dilación, la puerta del lugar se abrió, y las luces se encendieron.

—Acuéstenlo sobre el sofá —indicó Julia mientras acomodaba un par de almohadones para que el guardaparques estuviera más cómodo—. ¿Dónde está el botiquín?

—Debajo de aquel mostrador —indicó expeditivo el oficial.

Entonces Julia corrió hacia el sitio señalado y buscó la caja de primeros auxilios. El prefecto había terminado de acomodar al guarda y comenzó a revisarlo.

—Ha perdido mucha sangre —informó—. Puedo sacarle la bala y coserlo, pero necesita ir a un hospital. Julia, voy a necesitar tu ayuda —dijo por último. Ella asintió y de inmediato se alistó para colaborar con el improvisado médico.

El prefecto se colocó un par de guantes de látex que extrajo del botiquín y procedió a desinfectar el orificio por donde había entrado la bala. El paciente se contorsionó por el malestar; Ciro y Julia lo sujetaron.

—Esto va a doler, Esteban —avisó el oficial, que introdujo una pinza desinfectada en la herida. El hombre gritó y volvió a sacudirse en el sofá hasta perder la conciencia.

El prefecto hurgó con delicadeza la carne hasta encontrar la bala. Tras extraerla, volvió a desinfectar la herida y la cosió con prolijidad.

—Ha perdido demasiada sangre —informó—. Debo regresar a tierra para traer ayuda, las comunicaciones están cortadas por la tormenta. ¿Podrán quedarse con él mientras regreso al continente?

—Andá tranquilo... —Ciro notó entonces que no conocía el nombre del prefecto.

—Suárez, prefecto Suárez —respondió el tipo, que ya se había lavado las manos y se alistaba para partir bajo la lluvia—. Manténganlo caliente, hay ropa limpia en la habitación del fondo. Regresaré lo más rápido posible.

Suárez abandonó el albergue, y Julia corrió a la habitación en busca de ropas secas. Aguilar, por su parte, encendió el fuego en la chimenea y la calefacción. Luego se acercó al convaleciente y lo desvistió. Estaba empapado.

—Julia —dijo al verla entrar con la vestimenta limpia—, ayudame, por favor. Voy a levantarlo y necesito que des vuelta los almohadones porque están todos mojados.

Julia asintió y, cuando Ciro alzó al herido, no tardó más que unos segundos en girar las almohadas y acomodar el sillón para que el hombre estuviera más cómodo. Luego, entre los dos le colocaron un pantalón deportivo azul con el logo de la Prefectura Naval y un par de medias secas y, con extremo cuidado, lo volvieron a acostar. La costura sobre el pecho quedaba al descubierto debajo del buzo con cierre con el que lo habían vestido. Por último, Julia tomó una manta y tapó al maltrecho sujeto que, por momentos, recuperaba la conciencia y balbuceaba.

—Ponete esto —indicó Julia al entregarle a Ciro un equipo deportivo como el que le habían colocado al convaleciente—. Está limpio y seco —agregó al tiempo que se adentraba en la habitación para poder cambiarse también.

En el cuarto contiguo, Julia notó que había una cama de una plaza, una biblioteca con algunos libros, una mesa de noche, un cargador de móvil, pilas y dos pares de botas de lluvia. El armario estaba lleno de ropa de abrigo, sábanas y toallas. Tomó una, se secó el pelo y terminó de vestirse. Tuvo que arremangarse el pantalón y, durante un momento, se sintió un payaso, pero la sensación de la tela limpia y seca sobre el cuerpo resultaba tan agradable que lo demás no importaba.

—¿Se puede pasar? —preguntó antes de salir de la habitación.

—Vení —dijo Ciro, que se encontraba junto al guardaparques para vigilarlo—. Puse a calentar agua —comentó—. Un té caliente nos va a hacer bien.

Julia caminó con elegancia por el centro de la sala. La ropa le quedaba gigante, y Ciro sintió una punzada de ternura al verla con el pelo suelto y mojado y las mangas del buzo de Prefectura arremangadas hasta el antebrazo. Parecía pequeña y vulnerable. La Julia fuerte y de apariencia indestructible parecía haberse escurrido con la lluvia.

—¿Cómo está? —quiso saber ella al sentarse frente al empresario en un banqueta de madera junto al fuego.

—Ha perdido demasiada sangre... Espero que Suárez llegue rápido.

—Llueve mucho —observó Julia mientras se ponía de pie y se acercaba a la pava que pitaba. Tomó dos tazas, colocó los saquitos de té en su interior y vertió el agua caliente—. Lauthen está tras nosotros —concluyó.

—Sabe que estamos cerca —afirmó Ciro.

—Nos están siguiendo, saben que estamos en la isla.

Julia regresó al sofá con las infusiones en la mano. Le entregó una al empresario, que le agradeció con un gesto y se quedó mirándola en silencio.

—El mural de la usina... Vos viste lo mismo que yo.

—Longinos otra vez.

—Tania dejó un sendero de pistas muy singular —reflexionó Ciro al tiempo que deslizaba los dedos sobre el móvil y buscaba las fotografías que había sacado del grafiti—. Mirá —dijo luego, y la invitó a que se sentara junto a él.

Julia se acercó hasta ubicarse al lado del empresario. De inmediato, el calor de ese cuerpo tan próximo hizo que un inexplicable cosquilleo la recorriera sin permiso. No sentía algo así desde Emilio... Ni siquiera Justo, que había sido en algún momento un bálsamo para el alma, le había generado esa súbita adrenalina en las entrañas.

—¿Qué ves? —le preguntó Ciro con la vista fija en los ojos de ella.

Durante un segundo, pensó que no iba a poder mantener esa mirada. Aguilar la perforaba con las pupilas sin piedad. Lo tenía tan cerca que no podía pensar con coherencia. Había algo en ese hombre, algo que no lograba descifrar y que le encantaba. Respiró y tomó el móvil. Ciro estaba a tan solo unos centímetros.

Él notó el olor de ella, un aroma particular, único. Sentada sobre la banqueta que compartían, el cuerpo de Julia estaba pegado al de él. Vio cómo agrandaba la imagen en la pantalla táctil, y fue en ese instante que notó el tatuaje que llevaba en la muñeca. Sin pensarlo, le tomó el brazo y, con la yema del dedo, índice recorrió la tinta.

—“Aroha ” —leyó Ciro en voz alta.

Ella apartó los ojos de la imagen y lo miró.

—“Amor” —explicó Julia—. *Aroha* significa ‘amor’ en la lengua maorí. —Los ojos de la agente se habían llenado de lágrimas.

—Estás triste, Julia... —susurró él al tiempo que estiraba la otra mano y le acunaba el rostro en un gesto de tal ternura que ella sintió que se desarmaba. Tuvo que voltear la cabeza para que él no la viera llorar, pero Ciro la obligó a mirarlo—. Sé que no nos conocemos, pero podés confiar en mí.

Julia no podía contener las lágrimas. Sentía que el corazón le palpitaba a mil por hora y que ese hombre que apenas conocía le estaba dando el espacio para dejar ir su tormentoso pasado. Tenía a una persona buena frente a ella y temía arruinarlo, como siempre, porque, en el fondo, ella sabía que era una fruta podrida, que destruía todo lo que tocaba, que cargaba con tres muertes y que, después de aquel día, ella misma había muerto también. Y había surgido otra Julia, la Julia horrible, mentirosa, escurridiza, manipuladora y prepotente. Había cambiado todo: la música que escuchaba, los perfumes que usaba. Había vendido la casa, había cambiado el auto y se había mudado de país. No quería recordar, pero no podía olvidar... Había modificado la manera en que vestía, hablaba e incluso pensaba, y había dejado de ser ella para no ser nada, para desaparecer. Se había alienado con el trabajo y había dedicado horas extenuantes al diseño de un *software* que le había permitido violar una fortaleza digital que se suponía inquebrantable y que se había convertido, para ella, en un pasaje meteórico en una ascendente carrera en Interpol. Había hecho todo lo que había estado a su alcance para terminar de aniquilar a la Julia que había sido, pero allí, frente a Aguilar, que la miraba con los ojos más dulces del mundo y que le acunaba el rostro y la sostenía como si no fuera a dejarla nunca, sintió, por primera vez en mucho tiempo, que podía hablar. Sintió que en verdad podía sacar el dolor

que llevaba consigo desde hacía más de una década y que había alguien que la escuchaba. Y entonces Julia se quebró como jamás lo había hecho antes.

—Estoy rota, Ciro... —murmuró ella en un hilo de voz que le costó reconocer como propio. Las lágrimas empezaron a brotar sin manera de detenerlas, y ella se las secó de inmediato. ¿Qué efecto demoledor tenía ese hombre sobre ella?

—Dejame que te ayude... —él se arrodilló frente a ella mientras aún le sostenía el rostro. Había una profunda tristeza encerrada en las pupilas de esa mujer. Notó que se hacía chiquita, como si el velo de dolor que la cubría la consumiera, y que no hablaba, sino que estaba concentrada en contener los sollozos. No insistió, tan solo la atrajo hacia sí y la abrazó. Entonces Julia se desmoronó y lloró como jamás lo había hecho en los brazos de un desconocido.

* * *

San Carlos de Bariloche, Río Negro, septiembre de 1945.

Sara se observó en el espejo y sonrió. La misa de las siete del domingo era su momento preferido de la semana. Sabía que Franz estaría allí y que, al verla, él le sonreiría y ella bajaría los ojos sonrojada y devolvería con sutileza el gesto. Aquel juego se había repetido los cuatro domingos anteriores, y durante la semana no dejaba de pensar en ese hombre. Le encantaba El Alemán. No dejaba de articular artimañas para encontrarlo de manera “casual” en la ciudad. Nunca

había comprado tantas confituras de canela ni había caminado sin rumbo por las calles del pueblo como en aquel tiempo. Ningún artilugio parecía ser suficiente para lograr su cometido: encontrarse con el primer hombre del que se había enamorado. Su amiga Greta, compañera inseparable de aventuras y cómplice en todas aquellas locuras, se burlaba del estado permanente de enamoramiento de Sara y de cómo no dejaba de repetir “El Alemán esto” y “El Alemán lo otro”. Estaba embobada.

—¿Y qué pensás hacer cuando lo veas? —preguntó Greta.

—¡No sé! —respondió ella, que no había pensado en eso—. No sé... ¿Qué hago?

Greta estalló en una carcajada sonora. Sara era un caso perdido, ese primer amor iba a matarla.

CAPÍTULO 10

C alavera tomó el móvil y aguardó. Ciro no contestaba. El aparato no parecía tener señal, y Raúl no dejaba de llamarlo. “Que Trump ha tuiteado que Cronos provee tecnología cara y obsoleta y que discontinuará los pedidos. Las acciones se han desmoronado”, le había dicho el español, y el día que auguraba un futuro prometedor luego de haberse encontrado a Carola en el avión había dado un giro radical. Volvió a insistir con las llamadas sin éxito. Revoleó el teléfono y resopló antes de dejarse caer sobre la cama y, aturdido, observar a su alrededor. El cuarto en el que se hospedaba era –a su gusto– demasiado recargado, pero no había nada como los desayunos del Dorchester. Los huevos benedictinos y las tostadas francesas valían cada libra pagada. Miró el reloj. Todavía restaban algunas horas para encontrarse con Figueroa, y antes debía pasar por Cronos y ver de qué manera arreglar el caos en el que estaba cayendo la compañía. Aún sobre la cama, se estiró y tomó el móvil. Abrió la aplicación de Bloomberg que usaba para ver las cotizaciones de la bolsa y vio cómo Cronos se desplomaba en la Bolsa de Nueva York. Buscó un contacto en la pantalla y presionó para llamarlo.

—Estamos a menos de cuarenta dólares, Raúl. Cuando Ciro se entere... —Ernesto se puso de pie y se acercó a la ventana. Afuera, el sol brillaba, y Hyde Park estaba repleto de gente que corría o paseaba perros. Si se esforzaba, incluso podía ver las aguas del Serpentine—. No he logrado comunicarme con él. Cuando lo ubique, te aviso cómo seguimos. —Dio por concluido el diálogo e hizo un intento más por ubicar al dueño de la empresa, pero fue en vano.

Calavera dejó el teléfono sobre la cama y se desvistió. Luego abrió la ducha y dejó que corriera. Le gustaba el sonido del líquido al repicar contra el suelo, la cadencia del agua, el eco del baño, el vapor que inundaba todo y las minúsculas gotas que se pegaban a la pared y resbalaban despacio hasta desaparecer. Sumergirse en ese espacio le daba paz, le permitía pensar y tomar grandes decisiones. Aquel era un ritual que había comenzado cuando el viejo Aguilar lo había llevado a vivir con Ciro. La primera noche en aquella casa había sido la primera de muchas en las que había vuelto a sentirse seguro.

Desde que habían muerto sus padres, la vida no había sido la misma. Había quedado a cargo del hermano menor de su madre, un alcohólico descontrolado que, si no hubiera sido por el ojo atento de Ciro, habría terminado matándolo. Esos pensamientos se vieron interrumpidos por la vibración del celular. De inmediato pensó en Ciro y miró la pantalla. Era Raúl. Rechazó el llamado porque necesitaba ubicar a Aguilar antes de definir cuáles serían los pasos a seguir. Alguien estaba jugando con ellos y estaba decidido a destruir Cronos, a destruir a Ciro. No dejaba de pensar en que Franz Lauthen debía de estar detrás de todo aquello. No sabía cómo, pero Lauthen debía haberse enterado de que Ciro conocía la verdad sobre el pasado del nazi, sobre el secreto de Sara y el vínculo de sangre que los unía.

* * *

Julia podía sentir los brazos de Ciro a su alrededor y, durante un momento, deseó poder quedarse allí acurrucada. Notó que había sumergido la cara en el hueco que se formaba entre el cuello y el hombro del hombre, y que el aroma que respiraba resultaba un bálsamo para su propio espíritu atribulado. Estaba triste. Un nudo se le había instalado en la garganta hacía más de una década, y no lograba pasarlo. No podía hablar aunque lo deseaba, quería contarle aquella historia, revelar el porqué de la frialdad con la que se comportaba y cuál había sido el motivo que la había obligado a vender el alma hasta convertirse en una mentirosa. Anhelaba liberar aquella carroña que llevaba dentro, que la movilizaba, que era el motor de aquella mísera existencia, pero revelar a Ciro que estaba allí para vengarse y arreglar cuentas con el pasado no parecía ser la mejor opción. Aguilar era lo mejor que le había ocurrido en años, así que ¿por qué revelar lo que había sucedido? ¿Por qué espantarlo?

—Necesitás hablar con alguien, Julia —le susurró él en el oído, casi como si adivinara lo que ella pensaba.

La agente movió la cabeza en un gesto de negación y se enterró aún más en los hombros que la cobijaban. Se desconocía, ella no era así, frágil. Ella era fuerte, dura, soberbia..., implacable. Pero aquella noche, Aguilar había quebrado una barrera, había abierto una puerta que Julia creía haber cerrado mucho tiempo atrás; se estaba desmoronando, necesitaba hablar. Respiró con profundidad, se enderezó y miró al empresario a los ojos. Él, expectante, la tomó de la mano y la acompañó junto a la chimenea. Julia lo siguió. Afuera, el silbido del viento se escuchaba cada vez más fuerte, y el temporal azotaba las ventanas. El fuego crispaba, y el guardaparques continuaba inconsciente sobre el sillón mientras Julia decidía cómo revelar a aquel hombre el pasado que había vivido.

—Hace doce años, comencé a investigar a Franz Lauthen —dijo con rostro serio. Ciro la miraba a los ojos—. Hacía poco tiempo que había comenzado a trabajar en Interpol, en ese entonces era una agente

rasa y quería sobresalir. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Hizo una pausa y desvió la mirada. Tras las ventanas, la lluvia desataba su furia. El herido murmuró algo sin sentido y volvió a perder el conocimiento. Julia buscaba las palabras para continuar, y Ciro aguardaba—. Me aboqué día y noche a esa investigación, intervine sus teléfonos, sus computadoras... Creí haber hecho mi trabajo de manera impecable, pero aún era una novata y dejé rastros. Me descubrieron. Lauthen supo que estaba realizando indagaciones sobre él y que estaba muy cerca. Él no pierde el tiempo con amenazas, él ataca... sin piedad... —Julia se puso de pie y se acercó al fuego, arrojó un leño y tomó el atizador para avivar la pequeña hoguera. Una chispa minúscula saltó, cayó sobre el suelo y se extinguió con elegancia. Luego, Durée se dio vuelta para enfrentar a Ciro—. Todo sucedió como en cámara lenta —murmuró. Aguilar notó que tenía la mirada perdida, como si estuviera entrando en un trance—. Emilio subió a la camioneta, los chicos estaban atrás. Fue un segundo... Él arrancó y, de repente, solo había fuego.

* * *

Lao aún podía escuchar la lluvia caer. La tormenta era inclemente y no parecía querer terminar. Estar encerrado estaba volviéndolo loco. No habían pasado demasiadas horas, pero el no poder resolver aquel asunto no lo estaba dejando pensar con claridad. Tenía que salir de allí, pero antes debía rescatar a su hija y a Mérida. El asunto era cómo. No encontraba la manera, y eso estaba comenzando a desesperarlo.

* * *

El sonido del helicóptero invadió el lugar. De súbito, la tormenta pasó a un segundo plano, y las luces de los faros se filtraron por las ventanas de la casa refugio. Julia vio cómo tres hombres se apeaban y corrían hacia la casa bajo la lluvia.

—Es Suárez —dijo Ciro mientras se acercaba y abría la puerta.

—¡Vamos! —gritó el prefecto para indicar que se prepararan para abordar el helicóptero sanitario. Después les indicó a los paramédicos dónde se encontraba el convaleciente.

—Casi no ha recuperado la conciencia —informó Julia, que acomodó las mantas sobre el cuerpo del paciente luego de que lo ubicaron en la camilla.

Ciro, que ya se había colocado la campera, le acercó a Julia la de ella y la ayudó a abrigarse. Ella agradeció el gesto con la mirada y, durante un segundo, se sintió desnuda. Poca gente conocía el pasado que, algunos minutos atrás, le había confesado a Aguilar al haberle permitido quebrar sus defensas e ingresar a esos recuerdos hasta invitarlo a conocer sus vivencias más oscuras. Sin saber por qué, o quizás porque se sentía vulnerable y expuesta, le apretó el brazo y lo aproximó a ella. Ciro se le acercó y hundió la cara en su pelo húmedo. El aroma de ella lo embargó, y habría querido perderse en aquella mujer que, tan solo un momento atrás, había comenzado a relatarle un secreto oscuro. En cambio, se alejó apenas, la miró a los ojos y le

subió el cierre del abrigo. Luego le acomodó un mechón de cabello que le caía sobre los ojos y, con una dulzura que desconocía en él, se volvió a acercarse y le susurró al oído:

—No puedo imaginar lo que has pasado, pero estoy para lo que necesites.

El calor del cuerpo de Ciro se sintió como un bálsamo en aquel momento de caos y interrupción en la vida de Julia. Habría deseado quedarse inmersa en esos brazos, pero la vorágine a su alrededor la devolvió a la realidad. La tormenta empeoraba, el viento se colaba por la puerta que Suárez había dejado abierta, y los camilleros se aprestaban a trasladar al paciente. El juego de luces de un relámpago iluminó el firmamento y, de inmediato, el estruendo de un trueno los ensordeció. Durante un instante, el bosque quedó a oscuras, y los faros de la pequeña aeronave parpadearon para convertirse luego en una improvisada autopista de luz que atravesaba la copiosa lluvia.

—¡Tenemos que irnos! —ordenó Suárez al adelantarse al grupo para que lo siguieran.

Los paramédicos levantaron la camilla y salieron a la inmensidad de la noche y el temporal. Julia terminó de acomodarse el abrigo mientras Ciro la escoltaba dos pasos atrás, y salieron del antiguo comedor. A medida que corrían hacia el helicóptero, Julia notó que Aguilar intentaba protegerla de la lluvia con su propia campera y que, al llegar frente al transporte, la tomó del brazo y la ayudó a subir. Una vez dentro, se acomodaron uno junto al otro y, en silencio, observaron cómo la aeronave se alejaba de la isla Huemul y enseguida sobrevolaba San Carlos de Bariloche. Desde arriba, la ciudad parecía minúscula, y las luces parpadeaban al ritmo de una melodía inexistente, mientras la lluvia y el viento acompañaban el vuelo enmarcado por los relámpagos en el horizonte. Los pasajeros iban callados, los paramédicos asistían al guardaparques, y Julia notó que tenía frío y que le gustaba sentir la calidez del cuerpo de Ciro

junto a ella. Por eso y sin siquiera pensarlo, en lo que consideró luego un acto reflejo, levantó una mano, la colocó sobre la de Aguilar y la apretó fuerte. Porque allí, junto a ella, se encontraba un hombre bueno, y no quería perderlo.

* * *

Carola miró el reloj. Eran las ocho de una noche de inusitada diafanidad en Londres, y Ernesto había estacionado un Bentley negro sobre Saint Audley, la calle en la que se encontraba el edificio donde ella vivía. El inmueble, una típica construcción inglesa, pertenecía al padre de Carola, y ella ocupaba uno de los apartamentos desde hacía varios años, desde que la empresa familiar había aterrizado en aquella ciudad. Observó en silencio cómo Ernesto bajaba del vehículo y se acercaba a la vivienda. Se lo veía absorto, concentrado en algún asunto. Todavía no había notado que ella lo esperaba en el umbral de la casa. Lo miró con atención. Llevaba vaqueros, un cárdigan gris y un saco liviano. Tenía el pelo bien corto, y ya se le podían adivinar algunas canas entre el cabello negro. Carola bajó los cinco escalones que separaban el portal del edificio de la calle y comenzó a caminar hacia él. Cuando Calavera la vio, el rostro se le iluminó, y ella supo que estaba nadando en aguas más profundas de lo que habría querido y que iba a tener que tomar una decisión. Pero, en ese momento en que la sonrisa de Calavera coronaba el encuentro inminente, hizo a un lado las preocupaciones y le devolvió el gesto.

—Resultaste puntual, Ordóñez —dijo ella al acercarse para besarlo en la mejilla.

Él sonrió.

—No iba a llegar tarde a nuestra primera cita —respondió él divertido.

—¿Vos decís que esto es una cita?

—Con todas las de la ley —afirmó encantado, y le ofreció el brazo para escoltarla hacia el automóvil—. Tengo una reserva en The Greenhouse. —Luego le abrió la puerta y esperó a que se acomodara para cerrarla.

Carola sonrió y, antes de abrocharse el cinturón, se estiró para abrir desde dentro la portezuela del conductor. Calavera lo notó y no dijo nada, pero, para sus adentros, sonrió. Había magia en esa mujer, y la quería para él.

Ernesto encendió el motor y comenzó a circular por una Londres tranquila a aquellas horas. Conducir del lado de la derecha no era lo más cómodo, pero aquella máquina, un Bentley Continental GT edición limitada, bien valía el esfuerzo.

Carola notó que iban en silencio y sonrió al darse cuenta de que no le incomodaba en absoluto. Pocas veces había experimentado esa situación. Por lo general, las citas que acostumbraba tener resultaban ser una insufrible perorata de alguna de las partes para tapar esos baches molestos en los que no hablaban. Con Ernesto, en cambio, el mutismo se sentía aliviador.

—No me contaste mucho de tu trabajo —comentó sin preámbulos Carola—. ¿A qué viniste a Londres?

—Es muy aburrido —respondió escurridizo Ordóñez, que estaba acostumbrado a no hablar demasiado de lo que lo ocupaba. A lo largo de los años, había desarrollado una gran habilidad para ocultarle al mundo que él era la mano derecha de Ciro Aguilar—. Mi estudio representa a una firma con intereses acá, en la ciudad.

—¿La misma empresa por la que estabas en el Llao Llao?

Ernesto sonrió.

—No, ese es otro cliente —mintió—. ¿Y vos por qué vivís parte del tiempo en Londres?

—¿Quién no viviría en Londres si pudiera?

Calavera sonrió. Carola se escapaba por la tangente, tampoco quería hablar de lo que hacía. ¿Por qué?

—Mi padre es el dueño de la casa —informó al señalar el edificio que habían dejado atrás—, y desde que yo me hice cargo de algunos de sus asuntos, paso la mitad del año acá y la otra en Buenos Aires.

—¿Y vos a quién te pareces, a tu padre o a tu madre?

—Soy igual a mi padre —respondió Carola sorprendida por la pregunta.

—Así que mitad en Buenos Aires y mitad en Londres... —reflexionó Calavera para retomar el tema de conversación anterior—. Es una bonita ciudad para vivir..., pero... ¿no extrañas?

—A veces —respondió Carola, que lo miraba mientras conducía concentrado en el camino—. Voy y vengo bastante. Extraño más estar en un mismo lugar, ya que, los últimos tiempos, noto que me canso

de viajar tanto, y me gustaría quedarme en un solo sitio. Hoy el trabajo no me lo permite. Hay semanas en que paso dos días en Londres, dos de viaje y tres en Buenos Aires, es una locura...

—Te entiendo —dijo Calavera pensativo—. Somos una generación que ha sucumbido a la vorágine del trabajo.

—¿Somos una generación? —inquirió Figueroa divertida—. ¿Somos? No... —Carola se rio—. Vos y yo no somos de la misma generación, vos debés de tener como un millón de años más que yo.

Ernesto dejó escapar una carcajada y la miró fijo.

—Sos graciosa —observó entusiasmado por lo cómodo que lo hacía sentir—. Soy del setenta, ¿cuántos años más que vos puedo tener?

—¿Del setenta? —repitió burlona—. Definitivamente no somos de la misma generación.

—A ver... ¿La señorita en qué año nació?

—Eso no se pregunta, Ordóñez —contestó la mujer, por demás divertida—. Una dama jamás revela su edad.

Ernesto volvió a reír, y ella se sumó a la carcajada. Lo pasaban bien juntos, aunque Carola sabía que se estaba metiendo en un problema que no iba a poder manejar.

* * *

En el preciso instante en que bajó del helicóptero, Ciro sintió cómo el celular comenzaba a vibrarle. Tomó el aparato al tiempo que avanzaba por el parque del Llao Llao, donde la aeronave había aterrizado, y durante un segundo se distrajo con la figura de Julia, envuelta en una campera que le quedaba enorme y unos pantalones que le bailaban mientras caminaba hacia la entrada del hotel. Sonrió sin motivo y luego miró el teléfono. El mensaje de Calavera lo dejó sin aire, apretó el teléfono con enojo y corrió a colocarse a la par de la mujer que ya había entrado al vestíbulo del alojamiento.

—Julia —le dijo al sostenerle el brazo y atraerla apenas hacia él—, ¿estás bien? —quiso saber.

Ella lo miró un momento. Los ojos de Ciro escondían una ternura infinita. Estuvo tentada de acariciarle el rostro y, con la yema de los dedos, recorrer esa quijada dura que parecía sostener el mundo.

—Estoy cansada —murmuró.

—Vamos —susurró él mientras le pasaba el brazo por los hombros—, te acompaño a tu habitación. Mañana será otro día.

En silencio, caminaron hasta el ascensor, y Aguilar la escoltó hasta la puerta del cuarto. Cuando estaba por irse, ella lo detuvo y, sin pensarlo, lo atrajo hacia sí y lo abrazó. No podía explicar lo que le hacía sentir. Ese hombre había derrumbado los muros más altos de la agente en pocos días. Apenas lo conocía, pero le transmitía una paz que había perdido hacía mucho tiempo. Aún con los brazos alrededor del cuello de él e intoxicada por ese aroma varonil, se estiró apenas, le dio un beso minúsculo justo sobre la yugular y le susurró un “gracias” ahogado en el oído. Él la abrazó más fuerte, no quería dejarla ir, quería prolongar esa electricidad fulminante que lo había recorrido de punta a punta cuando ella le había apoyado los labios sobre la piel. Y Julia lo notó, porque se acercó más, como si quisiera hacerse chiquita

para que él la abrigara con la inmensidad de esos brazos y refugiarse en ese pecho en el que intuía que podía ahogar las penas más profundas.

—No te vayas —susurró con la voz trémula, una voz desconocida, como si la guerrera en la que se había convertido, producto de múltiples vivencias, hubiera desaparecido sin explicación.

Ciro escuchó ese ruego y le quitó la tarjeta de acceso al cuarto. Abrió la puerta y, sin soltarla, ingresó al dormitorio. En la penumbra, pudo mirarla a los ojos un momento antes de capturarle la boca en un beso que lo alteró tanto que no pudo evitar arrinconarla contra la pared y comenzar a desvestirla. Ella no se negó. Él comenzó por quitarle el buzo gigante de la Prefectura y, al sacárselo, notó que no llevaba ropa interior. Sintió que explotaba. Julia no se quedó atrás y, agitada, comenzó a quitarle la ropa. Un tintineo molesto le zumbó en los oídos a Aguilar mientras la lengua de Julia se colaba por la oreja de él. El empresario le mordió el cuello y pasó las manos por los pechos erguidos de la mujer. El tintineo era incesante. Era un sonido que conocía. Julia estaba desnuda, él ya casi... El ruido persistía. Era la línea privada de Ciro, que solo dos personas conocían, y aquel no era el tono de Calavera, sino el de Kim. Que su exesposa estuviera llamándolo era un hecho inesperado, no podía ser otra cosa que una urgencia. Podía decir muchas cosas de aquella mujer con la que había atravesado un divorcio más que escandaloso por las circunstancias en las que se había dado, pero había algo que sabía con seguridad: si Kim llamaba, era porque de verdad necesitaba ayuda. Se alejó apenas de Julia.

—Perdón... —murmuró aturdido—, debo contestar este llamado.

Ella lo miró en silencio y asintió. Ciro notó que tenía los labios rojos e hinchados, que el pecho le subía y bajaba agitado y que no se movió del sitio, sino que se mantuvo de pie, desnuda, y lo miró fijo

mientras él buscaba el teléfono que había caído al suelo en el arrebato. Sin dudar, luego de que él contestó, Julia lo atrajo de nuevo hacia sí y lo obligó a hablar con ella debajo.

—Sí —dijo Aguilar con la voz carrasposa mientras le sostenía la mirada vidriosa a Julia y se moría por retomar el asunto que habían dejado—, ¿qué pasó?

—James ha desaparecido, Ciro —le comunicó Kim desde el otro lado del Atlántico. Hacía referencia a James Winborrow, el abogado que había trabajado para Cronos durante muchos años y que se había convertido en el amante de Kim un tiempo antes del divorcio. Aguilar apretó el teléfono con violencia y cerró los ojos un momento. No podía importarle menos Winborrow—. Hace dos días que lo busco —agregó la mujer—, su oficina está dada vuelta, y hoy recibí un sobre que indicaba que te diera un mensaje.

El rostro de Ciro se transformó. Se alejó de Julia y se dio vuelta. De espaldas a la agente de Interpol, se llevó la mano a la cabeza y preguntó con cierto temor:

—¿Qué mensaje?

—Que dejes a Lauthen en paz.

Ciro sintió ganas de arrojar el teléfono por la ventana. En cambio, buscó el buzo que, segundos antes, le había quitado a Julia y se lo acercó. Ella entendió que algo había ocurrido y que aquel envite iba a quedar para otro momento, así que se vistió y observó cómo él se sentaba en la cama que habría deseado ocupar para otras cuestiones.

—Calavera está en Londres, ahora hablo con él para que vaya a ayudarte —le prometió Ciro en tanto trataba de encontrarle cierta lógica a lo que estaba ocurriendo—. ¿Te pidieron rescate?

—No, nada, solo este mensaje. Perdón, Ciro, no quería...

—Quedate tranquila, hiciste bien. —Ciro le hizo señas a Julia para que se sentara junto a él. Cuando ella lo hizo, él le apoyó la mano en la pierna en un gesto de cariño—. Voy a contactar a Quinn en Scotland Yard y al director de Interpol para que pongan en marcha una búsqueda, son de mi entera confianza. Y mañana, a primera hora, salgo para allá.

—Ciro... —dijo Kim desde la distancia—. Gracias.

Aguilar asintió en silencio y dio por concluida la comunicación. Sin pensarlo, se dejó caer sobre la cama y se llevó las manos a la cabeza. Resopló, guardó silencio unos minutos y luego comenzó a hablar.

—Kim es mi exmujer —explicó, aunque Julia no se lo había preguntado—. Estuvimos casados siete años. Durante los últimos dos, tuvo un amante, un abogado que trabajaba para mí, James Winborrow. —Aguilar hizo una pausa—. Nos divorciamos y se casó con él. —Ciro dejó asomar una sonrisa triste—. Me llamó para decirme que hace dos días que está secuestrado y que no le han pedido rescate, aunque sí, en cambio, que me diera un mensaje. —Se incorporó. Julia lo miraba con atención—. Que dejara en paz a Lauthen.

Ella se puso de pie, alerta, y buscó el móvil. Lauthen sabía que estaban cerca.

—Llamá a tu contacto, yo hablo con Román.

* * *

Residencia Inalco, Villa La Angostura, Neuquén, diciembre de 1945.

Franz aguardó en silencio mientras la mujer se adentraba en la mansión en busca del dueño de casa. Había llegado a la hora pautada, ni un minuto más ni un minuto menos, las dos en punto. Afuera estaba nublado, y la lluvia amenazaba con desatarse en cualquier momento. El inconfundible aroma de un pastel de manzana provenía de la cocina e inundaba la sala de estar en la que esperaba. Inspiró aquel olor con deleite. Le recordaba a su hogar, a su madre, a Alemania. Una punzada de nostalgia lo atravesó sin permiso, y se obligó a descartar aquellos recuerdos. En ese momento debía prestar atención a la misión que lo ocupaba. De manera súbita, la voz de una niña lo distrajo e hizo que se diera vuelta para ver quién hablaba. A la altura de la cintura de Franz, una infante que no tendría más de seis o siete años lo observaba con unas trenzas rubias largas y la sonrisa más pura que jamás había visto.

—Buenas tardes, señorita —dijo el coronel Von Strauss sonriente.

—Buenas tardes —respondió la niña al estrechar la mano que le ofrecía aquella visita que la miraba con cara divertida—. Soy Uschi —agregó.

—¿Uschi? —repitió Von Strauss—. Qué nombre más precioso.

—Mi nombre es Úrsula —corrigió sin tapujos la pequeña—, pero mi madre me llama Uschi, y mi padre, “princesa”.

Franz sonrió deleitado por la simpatía y gracia de aquella criatura.

—Veo que ha conocido a nuestra Uschi. —Eva Braun irrumpió en la sala de estar.

—Madame Schütelmayer —saludó el coronel con una inclinación la cabeza antes de apretar la mano de la mujer del líder, a quien todavía no se acostumbraba a llamar por su nuevo nombre—, su hija es una niña encantadora —agregó por fin el Químico de Birkenau.

—Sí que lo es —afirmó Eva sonriente mientras acariciaba un incipiente vientre que dejaba adivinar la llegada de otro niño a aquel hogar—. ¿Vamos, querida? —dijo la mujer, y pasó la mano por la cabeza rubia de la pequeña—. No demoremos al coronel; papá lo está esperando.

La niña sonrió y saludó con cariño a la visita. Luego desapareció tras el vano de la puerta para dar paso a un hombre de unos sesenta años que Franz no conocía.

—Coronel, lo están esperando en el comedor —anunció.

Franz siguió a aquel sujeto en silencio. Nunca había pasado del recibidor de aquella mansión. Era bellísima. Los tapices bávaros que colgaban de las paredes de piedra eran magníficos, y habría deseado poder detenerse y observarlos en detalle, pero no había tiempo para eso. Lo esperaban. Aceleró el paso y frenó cuando el hombre que iba delante abrió una magnífica puerta que antecedió al comedor. A lo lejos, escuchó la risa de la pequeña Uschi, que jugaba con Eva, y luego atravesó aquel umbral para encontrarse con los héroes más importantes de su querida Alemania; los hombres que el mundo creía muertos, pero que allí, en la seguridad del anonimato de aquellas tierras australes, habían encontrado el mejor refugio. Así, frente a él, en la cabecera de una gran mesa, se encontraba el líder Adolf Hitler, que ya no llevaba aquel característico bigote y que se escondía detrás de un par de anteojos circulares y unos cuantos kilos de más. A la derecha, Martin Bormann, el jefe de la cancillería nazi; del otro lado, el mentor y superior de Franz, Josef Mengele.

CAPÍTULO 11

Lo sintió el agua helada en la cara primero y la patada después. Enseguida quiso ponerse de pie, estaba entrenado para responder a aquellos ataques, él era un arma letal, pero lo mantenían atado y drogado. Le costaba enfocar la vista. ¿Dónde estaban Cora y Mérida? ¿Cuánto tiempo había pasado? Ya no escuchaba la lluvia.

—Esto es lo que vamos a hacer. —La voz del hombre que lo tenía cautivo retumbó en aquel cuarto—: Vamos a dejarlo regresar al hotel y a hacer de cuenta que aquí no ha pasado nada. —El sujeto anónimo hizo una pausa y encendió un cigarrillo. El olor de la nicotina inundó de inmediato el ambiente—. Mientras cuidamos a Cora y a su madre, usted tendrá una misión: regresar a su rutina normal, seguir con la investigación... y, claro, ir reportándome los pasos de Ciro Aguilar y la agente Durée.

Lencke no tuvo demasiado tiempo para pensar o responder. De inmediato le asestaron un golpe en la nuca que hizo que el último recuerdo del agente fuera un negro profundo. Cuando despertó, estaba en la puerta del Llao Llao y no recordaba cómo había llegado hasta allí.

* * *

—¿Por qué te dicen "Calavera"? —quiso saber Carola al tiempo que se ubicaba en la mesa en The Greenhouse, el restaurante en el que se encontraban.

Ordóñez sonrió divertido.

—Muy poca gente conoce esa historia.

—¿Y no me la vas a contar?

—Ah... Vas a tener que hacer mucho para conocer ese secreto.

—Perdón, ¿me vas a extorsionar? —preguntó divertida Figueroa.

—No —Ordóñez se rio—, pero no te lo voy a contar gratis.

—Me vas a extorsionar.

—Digamos que... —Calavera estaba por responder cuando sintió que el móvil le vibraba. Al instante pensó en Ciro y en el llamado que tenían pendiente. Se disculpó un momento, se levantó de la mesa y respondió—. Ciro —dijo.

—Tenemos un problema, Cala —le comunicó su amigo desde el otro lado del mapa.

—Ya sé, te busqué todo el día. Las acciones de Cronos...

—Tenemos un problema más grave —interrumpió Aguilar. Ordóñez guardó silencio de inmediato—. James Winborrow fue secuestrado.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace cuarenta y ocho horas. Recibí el llamado de Kim hace unos minutos. Dice que no le han pedido rescate, pero sí que, a cambio de devolverlo con vida, me diera un mensaje.

—¿Cuál?

—Que deje en paz a Lauthen.

—Hijo de puta...

—Ya sabemos quién filtró el paquete accionario de Cronos: Winborrow nos delató.

—Es imposible, Ciro —objetó Ernesto mientras miraba cómo Carola buscaba algo en el teléfono—: el ataque a Rache empezó antes de que a Winborrow lo secuestraran...

—Es alguien más —completó la frase Aguilar, furioso—. Lauthen tiene a alguien adentro.

—Nadie más que yo sabía que James estaba trabajando para nosotros. Para el mundo, su cliente era Rache. Y que Rache es tuya solo es conocido por Raúl, vos y yo. Y sabés que Raúl y yo jamás te traicionaríamos.

—Necesito que vayas a ver a Kim —pidió para cambiar de tema—. Yo viajo mañana por la mañana. En el ínterin...

—¿Vas a venir a ayudarla después de todo lo que sucedió?

—No tiene a nadie, Cala.

—No te entiendo, juraste...

—Ya sé. Te aseguro que este es el peor momento para ir y verla, la oportunidad no podría ser peor. —Ciro levantó la mirada y vio cómo Julia hablaba con Román Benegas en la sala de la habitación de lujo que ocupaba—. Pero no puedo abandonarla en este momento y, además, quiero estar ahí cuando liberen a Winborrow. Necesito saber quién lo capturó y qué fue lo que dijo sobre la adquisición de Lauthen S.A.

Ernesto resopló mientras trataba de ordenar las ideas. Notó que había salido del restaurante y que se encontraba caminando como un loco por el vestíbulo mientras hablaba con Ciro. Ni en la peor de las pesadillas, habría imaginado que terminaría aquella noche con un abrupto viaje para ver a la exmujer de Aguilar.

—Cala —dijo el empresario, lo cual interrumpió aquellos pensamientos—, ¿en qué quedó la reunión con el viejo Lauthen?

—La confirmaron. Están a la espera de que fijemos la fecha.

—Bueno... Yo no puedo esperar, le envié un mensaje a la Nena Lauthen, ella es la que maneja todo ahí. Quiero verla esta misma noche si es posible.

—No te adelantes, Ciro. Planeaste esto durante años, vas a...

—Las cartas están echadas, Cala. Ya saben quién soy, ya saben que compré más de la mitad de Lauthen y, por eso, ellos han comprado casi la mitad de Rache. Me quieren tener agarrado de las pelotas, y no se lo voy a permitir.

—Avisame qué te dicen de Lauthen —respondió Calavera mientras desandaba sus pasos y regresaba a la mesa—. Terminó un asunto y voy a ver a Kim —concluyó.

Ernesto cortó la conversación y se acercó a Carola, que bebía un vaso de vino. Era una mujer bellísima e inteligente. Podía imaginar pasar más que un par de noches con ella e, incluso, compartir algo más serio. Se sorprendió ante tal reflexión. Algo “serio” no era lo común en la vida del abogado. Todo lo contrario: los últimos años, se había pasado de aventura en aventura, y la idea de pensar en sentar cabeza le resultaba extrañamente atractiva. Encontró la mirada de Carola y sonrió. Habría dado cualquier cosa por pasar aquella noche con ella.

—Surgió un problema —explicó decepcionado—. Voy a tener que cancelar nuestra cita, pero prometo recompensarte.

—¿Trabajo?

—Sí —mintió—, y es ineludible. ¿Vamos?

* * *

Ciro escuchó el tono de su móvil y, de inmediato, reconoció el número. La Nena Lauthen lo contactaba por videollamada.

—Pensé que no te iba a encontrar esta noche —dijo sin saludar. No se andaba con rodeos con aquella mujer.

—Ciro... —pronunció ella—. No puedo decir que sea un placer verte.

Aguilar sonrió.

—Creo que vas a tener que acostumbrarte a verme más seguido.

—La de Rache fue una jugada muy sucia —acusó sin más la mujer.

—Lauthen, la jugada sucia la hicieron ustedes —respondió furioso—. Yo compré una empresa en quiebra; ustedes, en cambio, no han dejado de atacarme, y la adquisición del cuarenta por ciento de Rache es ilegal. Ya hicimos la presentación ante la SEC y vamos a recuperarla.

La empresaria del otro lado de la línea sonrió.

—No exageres, Aguilar... Este no es un plan macabro diseñado para atacarte, es una estrategia para recuperar una empresa que compraste mediante engaños.

—¿Engaños?

—Sabés que mi abuelo jamás le habría vendido Lauthen al nieto de la mujer que le rompió el corazón.

Aguilar sonrió triste.

—No sé qué historia te contaron, pero no es la verdad.

—Ciro, ¿cuál es el objetivo de este llamado? —preguntó ella cansada.

—Quiero que sepas que voy a cerrar Lauthen. Mi mano derecha va a estar manejando el tema. Dentro de treinta días, Lauthen S.A. va a dejar de existir.

—No te lo voy a permitir —retrucó—. Aún controlo el cuarenta y nueve por ciento del paquete accionario y voy a hacer de tu paso por el directorio un infierno.

—Nena —dijo Ciro furioso—, no me amenes, que yo a vos, si quiero, te como cruda.

—No te confundas, Aguilar, yo no soy una de las bobas con las que salís en las revistas, a mí no me hablás así.

—Decile a Franz que voy a destruirlo. Que no importa cuánto me amenace o me siga, o que infiltre espías en mis empresas, va a caer.

—Franz Lauthen es un anciano de noventa y seis años, Ciro. ¿Qué puede haber hecho para que lo odies tanto?

—Tu abuelo no es quien creés. Deberías investigar su pasado.

* * *

Buenos Aires, Compañía General de Obras Públicas (GEOPE), 1943.

Ludwig Freude ingresó al edificio de la GEOPE, ubicado en la avenida Córdoba 741, y no saludó. Jamás lo hacía, no perdía el tiempo en nimiedades. En cambio, se encerró en el despacho desde donde manejaba contratos millonarios para la construcción de caminos y obras públicas con el Estado argentino. Era la pantalla perfecta para su verdadera ocupación: administrar los fondos reservados que recibía de Berlín y que usaba para financiar actividades de inteligencia o proveer de inmunidad y resguardo a sus compañeros exiliados de la Alemania nazi.

El golpe en la puerta lo distrajo.

—Sí —respondió hosco mientras encendía un cigarrillo. Sabía quién era.

La secretaria abrió la puerta en silencio y dejó pasar a una mujer que rozaba los cincuenta, vestida con una elegancia despampanante, y que, sin tapujos, se sentó frente a Freude, se cruzó de piernas e hizo arder un cigarro. Luego de dar la primera pitada y de que la asistente del empresario cerrara la puerta, sonrió.

—Lud...

—Hace mucho que no nos veíamos, Gerda —saludó él sonriente. Extrañaba las tardes en que se encerraban en su hogar con el único objeto de disfrutar sus cuerpos y mantener maratones sexuales hasta el borde del agotamiento.

—La acción es la medida de las ganas, querido —dijo ella suspicaz, ya que sospechaba que su amante la había cambiado por otra mujer; sin embargo, no había reclamo en esas palabras, solo quizás un dejo de tristeza. Añoraba la adrenalina de los encuentros con Freude.

—He estado ocupado.

Gerda von Arenstorff, agregada cultural de la embajada alemana en Buenos Aires, no era nada más y nada menos que una espía. A eso se dedicaba, estaba entrenada para servir a hombres mucho más importantes que Ludwig, pero había algo que extrañaba del empresario: aquella manera que tenía de poseerla. En la vida, ella se había hecho cargo de todo. Con la familia, con su madre e incluso en el trabajo, donde decidía qué mujeres debían ser reclutadas como agentes femeninas al servicio del *Führer* : ella mandaba. Siempre mandaba. En la cama, le gustaba que Ludwig llevara las riendas. “Te cojo yo —decía él—. Vos, quieta”, y ella obedecía. Ese era el único

momento en que se entregaba por completo y el control de las cosas no estaba en las manos de ella. Ese instante supremo y furtivo le daba cierto equilibrio a su vida.

—Tengo un cargamento que necesito mover con discreción — explicó Gerda para ir de manera directa al punto que los ocupaba.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes.

—¿Cuánto?

—Cuarenta y siete millones.

Ludwig sonrió.

—¿Dónde están?

—En el Banco Germánico.

—¿Dónde los querés?

—Una parte va a la caja del Banco Provincia. Otto Meynen, el encargado de los negocios de la embajada, se ocupará luego. —Freude asintió. No tomaba nota de nada, él recordaba todo—. Este otro monto al Banco del Sur, en la sede de Bariloche, y otra parte la necesito acá. —Gerda le entregó un sobre al empresario. Él lo abrió, leyó las instrucciones y asintió.

—Una buena tajada —observó.

—Valgo cada cero de ese monto.

—Y más —afirmó Freude—. Dejalo en mis manos, te confirmo el día en breve.

—Tu parte, como siempre... —agregó por último la mujer en tanto apagaba el cigarrillo en un cenicero de cristal junto a ella. El empresario asintió. Sabía a la perfección cuál era la parte que le tocaba de aquel botín.

—Sargo —llamó Freude tras presionar el intercomunicador.

De inmediato, una puerta disimulada entre los paneles de la biblioteca se abrió, y un hombre que no llegaba a los cuarenta, vestido con traje y con un bigote muy bien cortado, apareció en la oficina.

—Sargo —repitió el jefe al dirigirse a Johannes Siegfried Becker, uno de los hombres fuertes de la Abwehr en Buenos Aires—, necesito que vayas a ver a Harnish a esta dirección —le indicó; el destinatario tomó el papel que le entregaban— y que arregles el traslado de un encargo especial de parte de Gerda. Él va a entender.

Sargo asintió y, con un movimiento de cabeza, se despidió de los presentes. En segundos, había desaparecido de la misma manera en que había entrado, en completo silencio. Freude sabía que aquel hombre era un soldado de honor que no tardaría ni dos minutos en partir rumbo a la casa en la localidad de Martínez del número uno de la Abwehr en Argentina.

El golpe en la puerta los distrajo. Alguien tocaba. Freude le hizo una seña a la figura femenina que se podía distinguir detrás del vidrio biselado para que ingresara. Así, ataviada en un traje sastre color gris que le recorría las curvas con la armonía que brindaba la juventud, ingresó una de las últimas reclutas de aquella organización que Freude había sumado a sus tropas. Él era el líder de los Zurückbleiben o “los que están detrás”, una organización secreta que, desde las sombras del poder, facilitaba asistencia a nazis para que huyeran y cambiaran de identidad. La joven, una actriz de poca monta en ascenso, avanzó segura hasta llegar a Ludwig y besarlo con demasiada familiaridad en la mejilla.

—Te presento a Eva Duarte —dijo Freude con una sonrisa mientras la tomaba de la cintura.

—La conozco, querido —respondió ella con mordacidad, pues sabía con exactitud por quién la había reemplazado su amante—. Yo la recluté.

CAPÍTULO 12

Leo sentía que estaba inmerso en una pesadilla. Cora y Mérida estaban en manos de un grupo de gente que, era evidente, estaba a las órdenes de Lauthen. Ese hombre no iba a permitir que nadie comprobara quién era en realidad. Había huido de la justicia durante más de setenta años y no iba a dejar que lo atraparan. Lencke caminó con firmeza los pasos que lo separaban del cuarto de hotel, y mientras lo hacía, evaluó de qué manera iba a resolver el embrollo en el que se encontraba. Los captores de su hija le habían instalado un micrófono en el reloj pulsera que, si se quitaba en algún momento, comenzaba a pitar. Querían escucharlo todo el tiempo. Asimismo, llevaba en la oreja derecha un pequeño auricular desde donde un hombre le daba instrucciones. A cada rato, el individuo le describía qué estaba viendo o qué había hecho, lo que significaba que lo observaban de cerca. La alternativa de pedirle ayuda a Julia resultaba imposible. Sin embargo, estaba entrenado para esas cosas. Debía encontrar la manera de hacerle saber a su compañera de equipo en aquella misión que la investigación estaba comprometida. Tenía que enterarse de que todo lo que él veía, decía o escuchaba estaba siendo transmitido a la misma gente sobre la que indagaban y de que él no podía hacer nada al respecto, o quizás sí; el asunto era que no sabía cómo todavía.

Miró el reloj. Las agujas arañaban las cuatro de la mañana. Necesitaba dormir un par de horas, pero el solo hecho de pensar que su hija estaba cautiva le impedía hacer otra cosa más que analizar cómo rescatarla. Enfiló hacia la habitación de Julia y, cuando estaba por llegar, escuchó voces en el pasillo. A lo lejos, divisó a Ciro y a

Durée caminar hacia él. El empresario llevaba un bolso de mano, parecía irse de viaje, y ella estaba vestida con un equipo deportivo de las fuerzas de seguridad que le quedaba gigante.

—Lao —dijo Julia al acercarse—, ¿dónde estabas?

—Perdón —se disculpó el agente, que aún no sabía de qué manera pedir ayuda—, me llamaron de la central. ¿Qué está sucediendo? —preguntó.

—Aguilar tiene que viajar afuera por una urgencia... familiar —informó Julia mientras Ciro terminaba una llamada telefónica—. ¿Por qué te llamaron de la central?

La voz en el oído de Lencke susurró una amenaza: “Ojo con lo que decís. Tenemos a Cora”; y de inmediato, a lo lejos, se escuchó el grito de la niña.

—Nada importante —mintió, y de repente supo cómo solicitar ayuda—. Era por un caso viejo, el caso Chester. Parece que ha surgido algo nuevo.

Al escuchar el nombre del caso, Julia, que estaba arremangándose el buzo, levantó la vista con suspicacia y clavó los ojos en el agente del MI6. Entonces vio la mirada de Lao. Había suplica. No tardó un segundo en darse cuenta de lo que ocurría. El caso Chester representaba un asunto emblemático en Interpol. Un agente de alto rango, Ronald Chester, había sido extorsionado por el grupo mafioso al que estaba investigando. La familia de Ronald había sido retenida, y él había debido cumplir una serie de pautas para liberarlos. Los captores le habían colocado un micrófono y una cámara oculta, y el agente había ingresado a las oficinas centrales de Interpol en Lyon. Desde allí, había filtrado más de un *terabyte* de información clasificada, había participado de una reunión confidencial que había transmitido en vivo a los secuestradores para revelar la identidad de

cinco agentes encubiertos y, terminado el encuentro, le había disparado a sus propios compañeros. Había sido un escándalo en la agencia. Siete directivos muertos, toneladas de información filtrada y espías expuestos. Interpol había tapado aquel desastre, pero cada agente sabía que estaba expuestos a una situación como la que había vivido Roland Chester, quien ese mismo día había perdido a su familia a manos de la mafia.

Con ese recuerdo en la cabeza, Julia observó rápido a Lao, que llevaba la ropa desaliñada y profundas ojeras. No parecía el agente imperturbable con el que se había familiarizado. No lo conocía lo suficiente como para saber si estaba casado o tenía familia, pero lo que fuera que tuvieran en su contra era grande, porque estaba nervioso.

—Ciro —llamó Julia al tomarlo del brazo para alejarlo de Lencke de manera sutil—, te acompaño al vestíbulo. —Luego se dio vuelta hacia Lao y dijo—: Tengo que ponerte al día, hemos avanzado bastante. ¿Te tomás una copa conmigo en el bar?

—Te veo abajo —respondió el agente.

Julia avanzó con Aguilar varios metros antes de pronunciar palabra.

—Escuchame con atención —ordenó al tiempo que llamaba el ascensor—. Lencke ha sido comprometido. —Ciro levantó una ceja desconcertado—. No sé qué ocurrió, pero el llamado que recibí no era del Centro Wiesenthal. Alguien lo está extorsionando.

—Pero recién no dijo nada de eso. ¿Cómo...?

—Fue muy astuto, usó una clave que no le llamaría la atención a nadie, salvo a un agente de Interpol.

—Sigo sin entender.

—Está cableado. Lleva un micrófono y una cámara. Y si nos lo dice, quien quiera que tengan retenido muere. —El elevador llegó, e ingresaron en silencio—. Viajá a Londres y arreglá el asunto allá. Yo voy a sacar a Lencke de este lío.

* * *

Mansión Freude, Buenos Aires, 8 de mayo de 1943.

Wilhelm von Faupel todavía se sentía mareado. Había pasado los meses anteriores a bordo de un *U-Boot* que había surcado el océano desde Cádiz hasta Punta Indio, en Buenos Aires, en total anonimato. En el interior de aquel inmenso lobo gris, lo acompañaban Dietrich Niebuhr, un espía de la vieja escuela, y tres mil quinientas onzas de platino, una tonelada de oro, cuatro mil quinientos diamantes, piedras preciosas y millones en dólares estadounidenses, francos suizos y libras. Aquella misión había sido planificada durante un largo período y, en ese instante, mientras se observaba en el espejo del recibidor de la mansión Freude en el porteño barrio de Belgrano y comprobaba que el esmoquin le quedaba mejor que algunos meses atrás debido al peso que había perdido en ultramar, sonrió. Después estrechó la mano que le ofreció el anfitrión al recibirlo, quien de inmediato le presentó a varias figuras claves de la noche.

—*Herr* Von Faupel —dijo Freude—, le presento a Juan Domingo Perón, un militar que hará historia en nuestra querida Argentina. —Todos sonrieron—. La señorita Eva Duarte, una actriz en ascenso. —El gesto se repitió—. Mi hijo Rudi, mi mano derecha. —Von Faupel

correspondió el saludo del primogénito de Freude y luego reparó en Heinrich Dorge, asistente del expresidente del Reichsbank, Hjalmar Schacht.

—Heinrich —interrumpió Von Faupel, contento de ver una cara familiar, un amigo entre tantos extranjeros—, es bueno volver a encontrarte.

Dorge sonrió y apretó la mano del agente con quien se había cruzado varias veces en Berlín. En ese momento, Freude los invitó a alejarse del resto de los invitados, y pasaron a un estudio donde podían hablar en privado.

—¿Cómo fue su llegada, *Herr* Von Faupel? —quiso saber Freude.

—Llámeme Wilhelm, por favor, señor Freude.

—Entonces llámeme Ludwig, ¡por favor! —respondió el empresario, que sabía que Von Freude había viajado con la clara intención de poner a resguardo una fortuna y preparar el terreno por si Alemania perdía la guerra. El mismo Martin Bormann le había avisado sobre el proyecto. La *Aktion Feuerland* se había puesto en marcha apenas aquel submarino había abandonado las costas europeas.

—El viaje fue largo, pero no quiero detenerme en eso. Tengo un mensaje de Bormann para usted —comunicó sin preámbulos mientras observaba a Freude—. Alemania está perdiendo la guerra, debemos estar preparados para activar las rutas de escape y tener listos los destinos y casas seguras para nuestros compatriotas. —Perón asintió en silencio—. No contamos con demasiado tiempo, dado que nuestros agentes informan que los Aliados piensan castigar de modo muy severo a quienes nos hayan ayudado. No podemos

permitir que el Gobierno argentino se una a los Aliados, debemos asegurarnos de que este país siga fiel al Eje. —Von Faupel hizo una pausa—. Urge pasar a la acción.

Esa noche, con la excusa de una cena elegante y unas partidas de póker, se terminó de definir la toma de poder por parte de los hombres del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), bajo el mando del coronel Perón. Un mes después, tuvo lugar el golpe de estado al presidente Ramón Castillo.

* * *

Ernesto estacionó el vehículo frente a la casa de Kim y subió las escaleras que antecedian al pequeño vestíbulo de entrada de aquella típica *terrace house* londinense. El número 54 de Queen's Gate Garden, en Kensington, era un antiguo edificio que había sido reciclado y que, a simple vista, tenía el gusto exquisito de Kim. La exmujer de Ciro siempre había resultado un enigma para Ordóñez. Durante los siete años que había durado el matrimonio, jamás había logrado descifrarla. En ese momento, a la espera de que ella abriera la puerta, no sabía bien cómo iba a manejar aquel asunto. ¿Un secuestro? ¿Qué se suponía que debía hacer? No podía dejar de pensar en Carola y en la decepción en sus ojos cuando él había cancelado la cita. Volvió a tocar el timbre y aguardó. Los pasos a lo lejos anunciaron la llegada de Kim. La puerta se abrió. El tiempo no parecía haber pasado para la exmodelo estadounidense que, apenas vio al hombre en el umbral, se le abalanzó y lo abrazó.

—Gracias por venir, Calavera —expresó con tanto cariño que Ordóñez se sorprendió. No dejó de devolver ese abrazo con ternura para tratar de transmitirle cierta paz en tan oscuras horas.

—Ciro está en viaje —comunicó Ernesto al alejarse apenas para mirarla a los ojos—. Entremos, y me contás qué pasó.

Kim asintió e invitó al visitante a ingresar a su hogar. El sitio era espléndido, con pisos de madera lustrada, bellísimas obras de arte en las paredes y un aroma a flores frescas por doquier. Atravesaron un inmenso vestíbulo para luego adentrarse en una gran sala de estar con hogar en donde se sentaron frente a frente. De inmediato, una empleada les alcanzó té y galletas.

—No llegó a comer —comenzó a decir Kim—. Pasaban de las nueve, y James no aparecía... Él jamás llega tarde —agregó—. Lo llamé infinidad de veces, pero estaba desconectado.

Ernesto le prestaba atención, pero no dejaba de pensar en Carola y en cuánto habría preferido estar con ella.

—Me fui a su estudio. —La modelo se puso de pie y caminó hacia la ventana. Afuera, la noche era fresca y calma—. Estaba dado vuelta, Cala. No han dejado nada en pie.

—¿Y el mensaje? —quiso saber el abogado.

—Escuchalo.

Kim se acercó al teléfono de línea y presionó los botones del contestador automático. La voz emergió del dispositivo sin dilación. “Si quiere que su marido regrese con vida, dígame a Aguilar que deje en paz a Lauthen.”

—¿En qué anda Ciro?

—Está metido en un lío —dijo Calavera preocupado. La gente de Lauthen no iba a cesar hasta destruirlo. Estaban atacando por todos los flancos posibles, incluso el más insospechado: el de la exmujer de Aguilar.

* * *

Lao se ubicó en una de las mesas del bar del hotel y miró su teléfono. Había recibido dos imágenes que reiteraban la amenaza de la gente que tenía a Cora y a Mérida. Lo tenían acorralado, pero confiaba en que Julia hubiera entendido el mensaje. Recordó que, en el preciso instante en que había mencionado el caso Chester, ella había levantado la mirada y lo había observado con detenimiento, pero había sido lo bastante astuta para no decir ni hacer nada que llamara la atención de los extorsionadores. Enseguida se había desentendido de Aguilar, y estimaba que estaba hablando con Interpol acerca de los pasos a seguir. Mientras esperaba, pidió un vodka y trató de ordenar las ideas. Debía de haber una manera de escapar de aquel embrollo y salvar a su hija. No dejaba de darle vueltas al asunto cuando notó que Julia se acercaba por entre las mesas.

—Aguilar ha tenido que viajar a Londres —informó al tiempo que le hacía un gesto al barman para que le sirviera un trago—. Han secuestrado al marido de su exmujer. —Lao levantó una ceja desconcertado—. Y le han dejado un mensaje: que deje en paz a Lauthen.

—Esto se está volviendo extraño... —masculló Lencke, que no entendía si lo que Julia relataba era cierto o si formaba parte de un ardid de la agencia para despistar a la gente de Lauthen, que escuchaba detrás de los micrófonos.

—Lauthen sabe que está acorralado —razonó Julia con vehemencia—. Tiene los días contados y hará cualquier cosa para evitar que lo capturen. —Hizo una pausa y bebió—. El agente Kfir del Mossad llegará mañana; además, la gente del Wiesenthal cree que, con lo que tenemos, ya podríamos extraditarlo.

Lencke sintió que el corazón se le iba a detener. ¿De qué hablaba Julia? Necesitaba encontrar la manera de comunicarse con ella sin que nadie lo notara, pero ¿cómo?

* * *

Ciro se ubicó en el sillón del Gulfstream y se llevó dos dedos al nacimiento de la nariz. Cerró los ojos y se apretó el tabique en un gesto cansado. Le dolía la cabeza; estaba agotado. Aquel había sido un día largo e intenso, que ahora lo sorprendía con un inesperado viaje relámpago a Londres. A medida que la nave se desplazaba sobre la pista, tomó el teléfono y buscó el contacto de Román Benegas, el director de Interpol. Desde que Julia le había revelado aquello que, si bien no había terminado de contárselo, intuía que era su pasado más oscuro, no dejaba de pensar en que debía hablar con el hombre que tenía acceso a su archivo. Necesitaba hablar con alguien acerca de lo

que creía haber entendido de aquella revelación que la mujer le había hecho en la casa refugio en la isla Huemul. Presionó el contacto y aguardó a que el agente respondiera.

—Hace un momento corté con Julia —informó Benegas desde el otro lado de la pantalla.

—De ella es de quien te quiero hablar —interrumpió Ciro mientras acomodaba el teléfono para no tener el rostro en penumbras—. Sé que no puedo pedirte nada más, Román. —Aguilar hizo una breve pausa en tanto buscaba las palabras adecuadas para lo que iba a solicitar—. Pero, al ser director de Interpol, tenés acceso al expediente de Durée, y necesito verlo.

—¿Qué es lo que querés saber, Ciro?

Aguilar guardó silencio un momento. ¿Qué tanto conocía Román a Julia?

—Esta tarde, Julia me ha hecho una revelación a medias, y lo que ha dicho me ha dejado...

—Ciro, la vida de Julia no ha sido fácil —murmuró Benegas.

—Necesito saber...

Román se quedó callado unos segundos. Algunos días atrás, cuando a él lo habían designado director mundial y a Julia cabeza de Europol, ella se había acercado a él para que la apoyase. Durée había decidido rechazar aquel puesto luego de que el Centro Wiesenthal había convocado a varios agentes de distintas organizaciones para la caza del coronel Von Strauss, ya que deseaba sumarse al equipo.

—Román —le había dicho—, yo sé que vos y yo empezamos muy mal y que no debí haberte ocultado quién era, pero vos, más que nadie, sabés que un agente encubierto...

—¿Qué necesitas, Julia? —había querido saber él. Dado que era director de la agencia, el único motivo por el cual ella estaba allí era para sacar provecho de algo.

—No voy a aceptar la oferta de Europol.

Román recordó haberse sorprendido frente a tal comentario. Si había alguien tan o incluso más ambicioso que él, era Julia Durée. Y, si bien sabía que ella quería la dirección general de la agencia, Europol no era un puesto para despreciar.

—No entiendo...

—Quiero formar parte de la unidad de interagencias, necesito sumarme a la misión del Wiesenthal.

—¿Vas a rechazar dirigir Europol por ir a cazar a un nazi escondido hace setenta años?

—Román... —Había suplica en la voz de ella—. Hace quince años, cuando nos conocimos, yo utilizaba el nombre de Victoria Lang, así me conociste. Pero esa no era mi verdadera identidad, ahora lo sabés. —Julia había hecho una pausa para buscar las palabras correctas. No era fácil hablar de aquello—. Además de estar de encubierto, en aquel momento estaba casada.

Benegas recordó haber bajado la cabeza ofuscado y haber colocado los brazos sobre las caderas. Quince años atrás, había creído amar a esa mujer que, de un día para el otro, se había esfumado por completo. La había buscado hasta el cansancio y, algunas semanas atrás, la había reencontrado en otra misión con el nombre de Julia Durée.

—No solo estaba casada, Román... Tenía dos hijos: Simón, de tres años; y Pedro, de uno.

El agente había levantado la mirada desconcertado.

—Cuando te dejé en Londres, fue porque la agencia me envió a otra misión. Y sabes cómo soy, me metí tanto en la investigación que no medí las consecuencias, ni con quién estaba lidiando.

Román seguía en silencio.

—Yo era muy joven, y me faltaba experiencia. Me infiltré en la red de la empresa Lauthen, en sus computadoras, su vida... Dediqué días y noches a probar que Franz Lauthen era el Químico de Birkenau, pero dejé rastros, y me encontraron. —Julia había desviado la mirada un segundo antes de continuar—. Las primeras amenazas no las tomé en serio... Debería haberlo hecho. —Los ojos se le habían llenado de lágrimas—. Una mañana, Emilio, mi marido, salió con los chicos en mi auto. Yo los saludé desde la puerta; no fui con ellos porque tenía que seguir trabajando. —El labio superior le había comenzado a temblar, y una mueca triste se le había dibujado en la cara—. Fue un segundo... El coche estalló en mil pedazos. La bomba era para mí, pero murieron ellos.

Benegas no podía creer lo que escuchaba. Había estado a punto de decir algo, pero Julia lo había detenido con un gesto.

—Se me acabó la vida, Román. En ese instante, todo desapareció. La risa, la alegría, la Julia que solía ser, las ganas de vivir. Un segundo. Se terminó todo como lo conocía. Dejé de trabajar. Me sumergí en una depresión de la que jamás creí que saldría. Es un dolor tan grande, tan... inmenso, profundo. Te destruye por dentro, te come... y no se acaba nunca. —Julia se había quedado en silencio un instante antes de continuar—. No fue hasta que retomé mi trabajo que empecé a salir de esa carrera por el infierno en la que estuve tanto tiempo. Y sí, mi historial autodestructivo de sexo desenfrenado, drogas y alcohol no ayudaron —había admitido mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—, pero fue la única manera que encontré

para olvidar. —Julia había dejado escapar una carcajada triste—. Es imposible olvidar, Román, uno no olvida jamás a sus hijos. —La agente había respirado con profundidad antes de continuar—. Con el tiempo, no sé cómo, logré volver a trabajar, y allí, mientras pasaba horas dedicada a crear el *software* que me ayudó a violar la fortaleza digital de La Legión —Julia hacía referencia al caso en el que habían estado trabajando las semanas anteriores—, volví a juntar valor para retomar el caso Birkenau. No fue fácil... Por eso, cuando supe de la unidad interagencias que estaba formando el Wiesenthal, no dude en venir a verte. Román —le rogaba—, no me saques la posibilidad de vengarme.

La Julia Durée que había conocido aquella noche en la que ella le había revelado ese pasado le había recordado a la Victoria Lang de la que se había enamorado quince años antes. Enseguida había comprendido que era inútil oponerse. Julia tenía un único objetivo en aquel asunto: matar a Franz Lauthen, y él no iba a impedirselo. De inmediato había dado la orden para que la agente se sumara a la Operación Birkenau.

En ese momento, mientras buscaba la manera adecuada de relatarle aquella historia a Aguilar, Román carraspeó antes de hablar.

—Julia parece fuerte e insensible, Ciro. —El interlocutor lo escuchaba con atención—. Pero, hace poco, comprendí que es una coraza, una fortaleza inmensa que ha construido a su alrededor para sobrevivir.

—Es una mujer compleja...

—Es una sobreviviente, y luego de que escuches su historia, quiero pedirte una sola cosa.

—Lo que quieras —respondió Aguilar serio.

—Que la cuides. Julia necesita alguien que la cuide. Y por la manera en que me habló de vos hace unos minutos —agregó, y Ciro sintió que el corazón le daba un vuelco—, creo que encontró en vos alguien a quien, al fin, abrirle su corazón.

* * *

Residencia Inalco, Villa La Angostura, Neuquén, diciembre de 1945.

Franz atravesó aquel umbral y vio a los hombres más importantes de su querida Alemania. Estaban reunidos todos los caballeros que el mundo creía muertos, pero que allí, en la seguridad del anonimato de aquellas tierras australes, habían encontrado el mejor refugio y que discutían sobre una mesa atiborrada de planos y documentos, tazas de té y masas. Así, frente a él, en la cabecera de una gran mesa, se encontraba el líder Adolf Hitler, que se escondía detrás de un par de anteojos circulares y unos cuantos kilos de más. A la derecha estaba Martin Bormann, el jefe de la cancillería nazi, que había escapado de la vieja Europa a través de un salvoconducto del Vaticano y, del otro lado, el mentor y superior de Franz, Josef Mengele, que le sonreía con los brazos abiertos.

—Mi querido alquimista —lo saludó Mengele al levantarse y abrazarlo de manera afectuosa—, sabía que no ibas a decepcionarme. Desde que te vi en el campo, supe que eras un diamante entre tanto carbón.

Todos rieron.

—La copia de la lanza que hiciste es magnífica. Es imposible de distinguir cuál es la original si uno no sabe...

Von Strauss sonrió. Una de las cosas que había aprendido de la química era que los componentes exactos generaban resultados exactos. Solo era cuestión de saber qué elementos utilizar y conseguir un orfebre con oficio y discreción.

—Ahora, la última parte de tu misión, Franz... —dijo Adolf mientras se incorporaba para estirar las piernas—. Rudi Freude te espera en Buenos Aires. Debes llevarle la lanza como pago al general Perón por su protección.

El profesional asintió.

—Confío en tu discreción. Nadie debe saber jamás que entregas una réplica de la lanza de Longinos y que la verdadera queda a resguardo de los caballeros de la Orden Sagrada. Quiero que seas miembro de la orden, Franz —continuó Hitler—. Algún día, yo ya no estaré, y solo quien custodió la lanza con su vida merece ser su protector eterno.

CAPÍTULO 13

Kim se acomodó el saco y aguardó a que Calavera terminara de hablar con Ciro, que acababa de aterrizar en Gatwick y ya estaba en camino. Apenas habían dormido y, de los secuestradores de Winborrow, no sabían nada. Aquellas horas desesperadas se habían convertido en una infinita agonía. James era el gran amor de la exsupermodelo. Al conocerlo, había sabido que su propia vida iba a cambiar de manera dramática. El matrimonio con Ciro había sido un desastre desde el comienzo. Aguilar era un adicto al trabajo, y ella pasaba los días aislada en la mansión del empresario.

En ese momento, en tanto esperaba a que él llegara, no sabía de qué manera iba a agradecerle aquel gesto. Ante el pedido desesperado de ayuda, él había abandonado los asuntos que lo ocupaban y había viajado para estar al lado de ella. Sintió culpa. No había actuado bien con él durante el divorcio. Ciro podía ser cruel cuando lo lastimaban, y al descubrir el amorío de ella con James... El corazón se le contrajo de solo recordar la noche en que Aguilar los había descubierto en aquel hotel. Nunca olvidaría el velo de tristeza que había cubierto los ojos de su exmarido al verla. Él no le había vuelto a dirigir la palabra durante meses.

Por desgracia, alguien en el hotel había avisado a la prensa, y la infidelidad se había hecho pública. A partir de ese momento, la vida se le había vuelto un infierno.

* * *

Ciro tomó un taxi en el aeropuerto Gatwick y le indicó al chofer la dirección de Kim. Todavía algo cansado, no dejaba de pensar en lo que Román le había contado sobre Julia. Entonces entendía esa profunda tristeza que albergaban los ojos de la agente. Si la hubiera tenido junto a él en ese instante, la habría abrazado para no dejarla ir jamás. No sabía por qué, ni intentaba encontrar una explicación, pero Julia lo había embrujado con esa mirada enigmática, ese pelo cobrizo y esa sonrisa esquiva. El cuerpo de Julia parecía pedirle urgente que la sintiera. Ciro comprendió que estaba develando sentimientos desconocidos. Esa mujer, en los pocos días desde que la conocía, le había roto todas las estructuras.

Sin pensarlo, le envió un mensaje: “No me olvido de lo que dejamos pendiente anoche”. La respuesta de Durée no se hizo esperar: “Lástima que tuviste que irte”. Ciro sonrió. Ni siquiera con Kim había sentido ese vértigo que Julia le generaba cada vez que la tenía junto a él.

El vehículo atravesó una Londres cargada de automóviles y turistas. La tarde, diáfana y fresca para aquel verano europeo, le resultaba un paisaje en absoluto alentador frente al asunto que lo había llevado a aquellas latitudes. ¿Qué sentiría al ver a Kim después de tantos años? La imagen de su exmujer en la cama con Winborrow le atravesó la cabeza. Enseguida, el recuerdo de las primeras planas de las revistas amarillistas con las fotografías de los amantes que abandonaban el hotel donde los había encontrado le provocó dolor de estómago. El engaño de Kim había sido tan monstruoso que, durante semanas, había sido motivo de conversación en los programas televisivos del mediodía. Los *paparazzi* lo perseguían más que de

costumbre, los periodistas se habían apostado en la puerta de su casa y en la de Cronos; hasta había tenido que salir del país durante unos meses. Se había instalado en Madrid y había dejado que Calavera manejara el divorcio. En ese momento, como si de una broma macabra se tratara, retornaba al Viejo Continente para ayudar a la persona que lo había colocado en tal situación.

Pero, pese a todo, Kim había sido un gran amor, si bien uno que no había prosperado. Quizás él no había colaborado. Era un adicto al trabajo que pasaba las horas fuera de casa, pero la había querido. El mundo se le había caído encima la noche en que había corroborado lo que sospechaba. Esa imagen de ella desnuda con el abogado de Cronos iba a dolerle siempre. Era una mentira amarga aquella que decía que el tiempo ayudaba. Él había llorado un río, y ella se había mantenido en sus pensamientos mucho tiempo. Después el trabajo había sido de nuevo su salvavidas: se había sumergido en Cronos como jamás antes. Había noches en las que dormía en la oficina, hasta que su abuela lo había llamado en vísperas de su muerte para confesarle un secreto que había guardado durante años.

De manera súbita, Ciro se encontró con los ojos cerrados y, como si las palabras de *Omi* retumbaran en la cabeza del empresario, recordó aquel domingo de invierno en el que ella lo había sentado a su lado y le había dicho:

—Hay secretos que deben llevarse a la tumba, Cirito... —La mujer le había acariciado el rostro con infinita ternura. Él recordó haberle tomado la mano y haberla besado varias veces. Amaba profundamente a su abuela materna—. Pero en este caso... —Sara había tosido—. En este caso no puedo. —Había lágrimas en los ojos de la anciana—. Habría dado mi vida para que jamás conocieras este secreto, pero...

—*Omi*, ¿qué ocurre? Conmigo siempre podés contar. Lo que sea que tengas que decir...

Ella había parecido titubear. Las lágrimas le corrían por el rostro sin permiso. Ciro le había alcanzado un pañuelo, y ella se lo había agradecido con una sonrisa triste.

—Tu abuelo me hizo jurar jamás revelar esta verdad. —La mujer había hecho una breve pausa para incorporarse con lentitud. Se había detenido en el jardín de invierno en el que estaban, había contemplado el sol de la tarde, que moría de a poco, la taza de té humeante y los panecillos tibios. Ni Ciro ni ella habían probado bocado, quizá porque habían anticipado la tristeza que las siguientes palabras desatarían—. Cuando conocí a tu abuelo, yo no era la mujer alegre que has visto toda tu vida, mi querido. —Sara se había dado vuelta y se había acercado a su nieto. Había vuelto a sentarse y, tras tomarle el rostro, le había revelado—: Álvaro, tu abuelo, no fue mi primer marido, yo estuve casada antes. Estuve casada con un monstruo y, para cuando lo descubrí, no solo era demasiado tarde para mí, sino también para tu madre.

Ciro había levantado las cejas desconcertado. Los ojos de su abuela, de un celeste acuoso e intenso, escondían una tristeza que no había notado antes.

—Tu madre es hija de un alemán con el que me casé a los diecisiete años. Y tú heredaste sus ojos.

Aquellas palabras habían anidado en el cerebro de Ciro para quedarse. En ese instante, no había comprendido la magnitud de aquella confesión. Había resultado una gran conmoción enterarse de que su abuelo no compartía su misma sangre, pero el relato que había sucedido a aquella confesión había cambiado la manera en la que vería el mundo para siempre.

Desde aquella noche, había dedicado sus días a cumplir la misión que su abuela le había encargado.

—No puedo irme de este mundo con la consciencia de que dejo al Químico de Birkenau impune. Ha escapado durante décadas, ha hecho mucho daño... —Luego se había puesto de pie y había buscado una caja de madera que le había entregado a su nieto—. Desde la primera noche de casada, supe que algo no estaba bien. Lauthen era un violento y un sádico. —La *Omi* había vuelto a desviar la mirada—. A medida que transcurría el tiempo, descubrí que tenía muchos secretos, algunos tan oscuros que yo misma corría peligro si él se enteraba de que los conocía. Decidí que debía escapar, pero también que necesitaba un seguro de vida. Así, algunas veces, cuando él no estaba, llegué a revisar sus cosas y escondí las pruebas suficientes para huir. Sabía que él no me dejaría vivir si no tenía algo que lo comprometiera. Así se lo hice saber una vez que estuve lejos y a cubierto. Pero, cuando llegué a Buenos Aires, me asaltaron, y perdí las evidencias más importantes. Él nunca se enteró, siempre creyó que tenía los documentos que acreditaban su verdadera identidad. Solo logré conservar estas fotografías de él frente al campo de concentración. —Para finalizar, había dicho—: Hay una mujer, una mujer que conocí en Bariloche... Un día, mientras caminábamos por el centro con Franz, nos encontramos con ella. La chica, porque no tendría más de diecisiete años, se quedó estupefacta cuando lo vio. Franz fingió no notar a aquella muchachita flaca y desgarbada que, pálida como un papel, se quedó inmóvil en medio de la vereda al tiempo que lo observaba con terror. Sin embargo, estoy segura de que la reconoció, porque en sus labios asomó una sonrisa macabra. Disfrutó ver el pánico en la cara de esa niña. Luego de aquel incidente, la busqué. Estaba aterrada, alguien había llegado antes que yo y había matado a su esposo, un ruso del Ejército Rojo. La habían amenazado, y al principio se negó a decirme nada, pero con el tiempo nos hicimos amigas, y su consejo siempre fue el mismo: que huyera lejos. Al final, tras asegurarme de tener la evidencia para resguardar mi vida y la de Tania, me marché. Su nombre es Tania Frydberg, y sigue viviendo en Bariloche. Buscala, ella guarda la mitad de las pruebas que yo robé. Ella puede probar que Franz Lauthen es, en

realidad, el coronel Von Strauss.

Las palabras de su abuela retumbaban en la cabeza de Ciro cuando el taxi se detuvo sobre Queen's Gate Street. Había llegado a la casa de Kim y James Winborrow. Solo pensar en ese nombre le generaba escozor. Sin embargo, allí estaba... Había amado con profundidad a Kim y, pese al engaño, no estaba en su naturaleza abandonarla en una hora tan crítica. No le importaba para nada Winborrow; de hecho, lo detestaba, pero había querido a Kim e iba a hacer lo posible para ayudarla.

Descendió del vehículo y subió las escaleras que antecedian a la entrada. Tocó el timbre y aguardó. La figura minúscula de Kim apareció de inmediato y, sin mediar palabra, la rubia que había conocido tantos años atrás en París se le abalanzó y lo abrazó con fuerza. Enseguida notó que ella lloraba sobre su camisa y que se aferraba a él como a un salvavidas en medio de un naufragio. Ciro la rodeó con los brazos; el aroma del cabello y la piel suave de Kim lo llevaron a otros tiempos, a épocas felices que ya no estaban presentes. El corazón se le hizo un nudo. Sin poder contenerse, le plantó un beso en la cabeza y la consoló como solo él sabía hacerlo.

—Están los de Scotland Yard, pero no me dicen nada —le dijo en voz baja, aún abrazada a él.

—Cala me puso al tanto. Quedate tranquila, lo vamos a encontrar —respondió Aguilar, que, al ingresar en la casa de Winborrow, tuvo la misma sensación que había experimentado al encontrarlos en aquel hotel. La batalla estaba perdida, Kim ya no era su mujer, ya no tenían nada.

Apenas cruzó el umbral, los ojos de Calavera fueron lo primero que notó. Algo había sucedido. La mirada de su hermano del alma decía mucho, y con un solo gesto, se desentendió de Kim, a quien con una

excusa mandó hablar con el director de Scotland Yard, mientras que él se acercó a Ordóñez.

—El mensaje llegó hace unos minutos —dijo Ernesto al mostrarle, en el móvil, un texto proveniente de un número desconocido—. Dicen que sabés qué tenés que hacer para que suelten a Winborrow.

Aguilar gruñó y tomó el teléfono de Calavera. Lo leyó y se llevó las manos a la cabeza. Luego se revolvió el pelo y resopló. Aquel era un gesto que su amigo conocía bien y que él repetía cuando estaba preocupado o desconcertado. Así, Ciro caminó hasta el fondo de la sala, donde perdió la mirada en el jardín que había detrás. La luna iluminaba el verdor del pasto, y una fuente de piedra coronaba el parque. Afuera, la bóveda celeste dominaba el firmamento, había una aparente tranquilidad; adentro, Ciro se debatía entre lo que quería hacer y lo que debía efectuar. Sin darle demasiadas vueltas al tema, tomó su teléfono y realizó un breve llamado. Luego se acercó a Kim y la llevó al estudio junto a la sala, donde le indicó que se sentara al lado de él. La mujer se acomodó y observó cómo su exmarido apoyaba los antebrazos sobre las rodillas y, con la cabeza gacha, buscaba las palabras adecuadas para comenzar a hablar.

—Este secuestro no tiene nada que ver con ustedes —declaró, y el solo hecho de haber pronunciado la palabra “ustedes” para referirse a Kim y a Winborrow le dolió—. Este es un ataque contra mí.

Kim, que se había concentrado en la curvatura de la espalda de Ciro, le buscó los ojos desconcertada.

—No puedo explicarte mucho... —prosiguió el empresario mientras la miraba con fijeza.

—Ciro, ¿por qué alguien se tomaría el trabajo de secuestrar a James para perjudicarte? Si hay alguien por quien no te preocuparías...

Él sonrió con tristeza.

—James es un daño colateral. La persona que me quiere arruinar sabe que me importás y que me preocupo por vos.

—Te conoce bien —murmuró Kim conmovida.

Aguilar volvió a sonreír.

—No me conoce en absoluto. Es muy inteligente, nada más. —Ciro echó el cuerpo hacia atrás y se recostó sobre el sillón. Durante un momento, cerró los ojos y evaluó los pasos a seguir. Luego tomó las manos de Kim, la miró a los ojos y dijo—: Dentro de unos días, James estará de vuelta con vos, y esto solo será un mal sueño. Confiá en mí.

Sin más, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, escuchó la voz de la rubia que, más de una década atrás, le había robado el corazón.

—Perdón por todo, Ciro...

Aguilar se dio vuelta y asintió en silencio.

—Traté de ubicarte...

—Me fui a Madrid. Fui a llorarte bien lejos. —Una mueca triste se le instaló en el rostro.

Kim se incorporó, se acercó con parsimonia y, sin pronunciar palabra alguna, se colocó en puntas de pie, estiró los brazos y rodeó el cuello del hombre que alguna vez había amado. Lo abrazó fuerte y, como lo había hecho durante los años de matrimonio con él, confió en lo que le decía. James regresaría pronto.

CAPÍTULO 14

Lo miró el reloj. Las agujas marcaban las siete de la mañana, pero, afuera, la oscuridad era absoluta. La noche anterior, la sensación térmica había llegado a los veinticinco grados bajo cero, y la nevada había sido histórica. Los aeropuertos habían cerrado, los hoteles estaban desbordados, la ciudad colapsaba, pero a él no le importaba. Él no podía dejar de pensar en Cora. Los captores de su hija le seguían los pasos de cerca.

—Necesito hablar con Mérida —dijo en voz alta, a sabiendas de que lo escuchaban.

—A su debido momento —le murmuró la voz en el oído.

—¿Cuándo? —insistió.

—Cuando yo lo decida.

Por primera vez en la vida, Lencke se sintió atrapado. No se trataba de una misión en la que estaba trabajando, ni de un objetivo escurridizo al que tenía que matar, sino de su única hija. Alguien había descubierto el punto débil del agente, pero ya ni siquiera le importaba quién había sido. Lo único que quería era salvarla, esconderla en algún país remoto y que nadie jamás pudiera asociarla de nuevo con él. La mirada perturbada de Mérida volvió a asaltarlo y, casi como si de una premonición se tratara, escuchó la voz de la mujer en su oído.

—No nos dejes morir, Estanislao.

—Las voy a sacar de ahí, Mérida —masculló con la mandíbula apretada mientras caminaba como un lobo enjaulado en aquella habitación de hotel.

—La agente Durée está yendo a verlo, Lencke. —La voz desconocida había regresado—. Tenga cuidado con lo que dice.

Lao escuchó el golpe en la puerta y no tardó más que unos segundos en abrir. Del otro lado, Julia lo miraba con ojos vacíos. Ningún mensaje, nada, como si no estuviera enterada de la situación en la que él se encontraba.

—Vamos —dijo sin más—, tenemos un dato.

Lencke tomó un abrigo y la siguió por los pasillos del hotel, que, a aquella hora de la mañana, estaban en absoluto silencio. Sin mediar palabra, atravesaron el vestíbulo, y Lao no encontró en los ojos de ella indicio alguno de un mensaje. Notó que las manos le transpiraban, que el corazón se le había acelerado y que todo para lo que se había entrenado se esfumaba. Le temblaron las piernas. Julia no había entendido lo que él había querido comunicarle, no sabía que Cora estaba secuestrada, que lo escuchaban, que lo monitoreaban. El frío del invierno le pegó en la cara apenas salieron, y la ventisca helada lo obligó a acomodarse el gabán y a enfocar los pensamientos. Si Durée no había entendido la señal, debía encontrar la manera de hacerle comprender en qué situación se encontraba.

—Manejá vos —indicó la agente, como si de una orden se tratara, y le arrojó las llaves de la camioneta con rapidez. Él las atajó con certeza, abrió el vehículo y se ubicó en el asiento del conductor.

Julia se sentó junto a él mientras encendía el automóvil y notó que Lencke estaba abrumado, que la sombra de la incertidumbre se había instalado en su rostro. Escuchó el motor ponerse en marcha, y el

panel del control de la camioneta se encendió. Entonces observó al agente del MI6, dispuesto a arrancar, hasta que los ojos de él se desviaron a la pantalla multimedia del vehículo.

Lencke parpadeó un segundo y volvió a leer el texto que brillaba en letras blancas: “Sabemos lo de Cora. Seguime la corriente en todo. Vamos a traerla de vuelta.” Lao sintió que el labio inferior le temblaba y que los ojos se le habían aguado sin poder evitarlo. Desvió la mirada un momento. Debía controlarse, porque los captores de su hija lo escuchaban, y cualquier anormalidad sería evidente.

—¿A dónde? —preguntó al tiempo que el mensaje desaparecía del dispositivo y el GPS se activaba.

—A las oficinas del Wiesenthal —respondió Julia—. Kfir arribó hace un rato. El operativo es inminente.

Lencke la miró un segundo con absoluto desconcierto. No entendía qué había planeado Durée y, aunque apenas la conocía, no le quedaba otra opción que confiar en ella.

* * *

—¿Qué vas a hacer, Ciro? —quiso saber Calavera mientras lo acompañaba hasta la entrada de la casa.

—Lauthen me quiere ver.

—Ya sé, acordamos la reunión para la semana que viene.

—No, Cala. No quiere una reunión por la empresa, quiere encontrarse con su nieto.

Ernesto se quedó en silencio. Estaba claro que Franz Lauthen sabía de qué hilos tirar para obtener lo que quería.

—Vuelvo a Bariloche. Me espera ahí mañana. No dejes a Kim hasta que Winborrow regrese. Y Cala, cuando lo veas, averiguá qué contó.

Ordóñez asintió y observó cómo Ciro subía a un taxi y se perdía en la oscuridad de la noche. Luego tomó el teléfono y escribió un mensaje. “Me esperan dos días de locos, pero no me voy a ir de Londres sin verte.” Tras enviarlo, volvió a ascender por las escaleras del pórtico y entró al hogar de Kim.

* * *

Lao estacionó el automóvil frente a la casona del Centro Simón Wiesenthal en San Carlos de Bariloche. Los captores de su hija continuaban susurrándole palabras al oído, pero ya no se sentía atado de pies y manos, ya que Interpol sabía lo que estaba ocurriendo y, en pocas horas, habían montado un plan para recuperarla. Por primera vez en su larga carrera como agente especial, estaba a ciegas en una operación; paradójicamente, era la misión más importante de su vida. Descendió del vehículo y, cuando la imagen de Cora recién nacida lo asaltó, durante un segundo pensó que iba a quebrarse. Esa noche, la

noche en la que Mérida había entrado en trabajo de parto y él había visto a la niña por primera vez, había sabido que sus propias defensas habían sido vulneradas, que la vida como la conocía había desaparecido. Entonces se había dado cuenta de que, si no ponía a resguardo a aquella pequeña niña, alguno de los muchos enemigos que había hecho a lo largo del tiempo se la cobraría con ella. Y allí, a ciegas, en una misión desconocida, estaba en ese punto que, sin saberlo, había anticipado más de un año atrás.

—Kfir —saludó Julia al acercarse al israelí que salió de la central del Wiesenthal en Bariloche, tras lo cual se fundió en un abrazo cálido con él—. Ha pasado mucho tiempo...

Kfir Hanin era agente del Mossad y había estado en aquel mismo lugar más de quince años atrás. Él había sido el primero en llegar a la casa donde vivía Julia la mañana en que la bomba había explotado. Para aquel entonces, se conocían bastante ya debido a que habían dedicado días y noches enteras a la investigación de Franz Lauthen, pero, aquella mañana fatal, la operación había quedado trunca. Jamás iba a poder olvidar el grito brutal que aquella mujer había dejado escapar desde ese pequeño cuerpo. Julia Durée había muerto entre los brazos de su compañero aquel día. Ya no existía el mismo brillo en los ojos de esa mujer, apenas un resabio de lo que había sido.

—Se te ve bien, Julita —dijo Kfir mientras le acariciaba el rostro, donde aún podía verse la tristeza—. El tiempo ha sido benévolo contigo.

Ella sonrió con desgano. Las manos cálidas de Hanin la trasladaban de manera inmediata a aquella mañana para el olvido.

—El tiempo no cura nada.

—Una gran mentira, ¿cierto?

Durée asintió y, aún con las manos de Kfir entre las suyas, consultó:

—¿Estamos listos?

—Todo preparado —respondió el agente del Mossad—. Entremos, así les cuento los detalles.

Lao observaba la escena sin lograr comprender qué era lo que sucedía, pero no le importaba. Él debía seguir el juego y asegurarse de que los captores de su hija no notaran la trampa a la que los estaban conduciendo. Mientras tanto, en el oído, la voz pausada de un hombre le recordaba que, si daba aviso de la extorsión, la niña moriría. El secuestrador, ajeno al engaño, creía que aquella era una situación real de un operativo inminente. Eso era bueno. Lo que Lencke no entendía era qué era lo que iba a ocurrir. Respiró con profundidad e ingresó a la casa que, desde hacía décadas, se había convertido en las oficinas en la Patagonia de aquella organización que rastreaba nazis prófugos, entre otras cosas. El fuego estaba encendido, y la nieve caía detrás de la ventana como en la escena de una película. Notó cómo el agente del Mossad servía tazas de café y las acercaba al tiempo que los tres se sentaban en el cuarto de estar frente al hogar.

—Franz Lauthen ha logrado escapar de nuestras manos durante demasiados años —comenzó Kfir antes de hacer una pausa, beber un trago de café y, durante un instante, perder la mirada en el crepitar del fuego—. Pero ya no más. Hemos encontrado las pruebas que escondió Tania Frydberg y estamos preparados para extraditarlo.

Julia escuchó las palabras de Kfir sin inmutarse. El plan que habían diseñado con Román Benegas en tan poco tiempo requería de una exactitud napoleónica. Kfir simulaba entusiasmo en la voz y explicaba que la evidencia que Tania Frydberg había escondido era irrefutable. Ella imaginaba que la gente que tenía secuestrada a Cora estaría, por lo menos, inquieta por el asunto. Las palabras del agente

del Mossad eran tan convincentes que Julia, durante un momento, deseó que fueran ciertas. Sin embargo, no pudo escuchar mucho más, ya que sintió cómo vibraba la línea segura. Se apartó un momento del grupo y respondió:

—Durée.

—Julia —dijo el interlocutor desde el otro lado—, soy Ana Beltrán. Tengo los resultados de la autopsia del hombre que abatiste en la isla Huemul.

* * *

Ciro anticipó el momento exacto en que el tren de aterrizaje iba a tocar el suelo y sintió cómo el cuerpo se le elevaba apenas en el instante en que la nave aterrizaba. No habían pasado dos días, y ya estaba de vuelta en Bariloche.

Durante las solitarias horas de vuelo, había llegado a la conclusión de que Lauthen había querido sacarlo de la ciudad por alguna razón. No podía dejar de pensar que el criminal había querido demostrarle que era él quien establecía las reglas en aquel asunto. Estaba claro que había subestimado a su oponente. Desde el principio, el alemán había descifrado que él estaba detrás de la compra de la empresa, asunto sobre el que no dejaba de dar vueltas... ¿Cómo lo había averiguado? Además, el genocida había logrado boicotearlo por varios frentes: órdenes falsas que habían derrumbado el valor de las acciones de Rache, ataques en Twitter... Algo en el fuero íntimo de

Ciro le decía que los ataques no habían terminado, por lo que un sinsabor amargo se le instaló en la boca: no se detuvo a reflexionar al respecto. En cambio, descendió de la aeronave y subió a la camioneta que lo esperaba sobre la pista.

La mansión de aquel hombre que decía llamarse Franz Lauthen, pero que él sabía que no era otro que el coronel Von Strauss, quedaba a unos cuarenta y cinco kilómetros del aeropuerto. A diferencia de otras veces en las que la música acompañaba los viajes del empresario, decidió realizar aquel trayecto en total silencio, ensimismado en sus propios pensamientos en tanto recordaba las palabras de su abuela. “Era un hombre cruel –le había dicho–, y cuando lo confronté sobre su verdadera identidad, se rio y me dijo que nadie que fuera un verdadero SS podía ser una mala persona. Luego me dio la primera paliza, me desfiguró la cara. No salí de la casa durante un mes. Nadie podía verme.”

Ciro notó que le empezaban a doler los dedos debido a la fuerza con la que estaba apretando el volante. Había furia en sus manos, y se obligó a aflojarlas. Resopló y aceleró. Ya estaba cerca. Concentró los ojos en la niebla. La helada no cesaba, y las temperaturas eran cada vez más bajas. A medida que avanzaba, la mandíbula se le tensaba, y las manos le transpiraban. Miró el reloj. La aguja estaba clavada en las siete, y el sol no parecía querer asomarse. Sin embargo, a lo lejos, pudo divisar la mansión Lauthen. La villa, a orillas del lago Moreno, era majestuosa y, rodeada de cientos de cipreses, parecía sacada de un viejo cuento de hadas. Avanzó por el camino principal hasta que dos guardias de seguridad lo detuvieron.

—Soy *Ciro Aguilar*. Lauthen me espera.

Los custodios asintieron y le indicaron que avanzara. *Ciro* recorrió aquel trayecto mientras trataba de analizar cuáles serían los próximos pasos a seguir. ¿Qué objeto tenía aquel encuentro? ¿Por qué Lauthen insistía en verlo si, en cuarenta y ocho años, no lo había hecho nunca? Las palabras de *Omi* volvieron a retumbarle en la cabeza:

“Heredaste sus ojos”. Aquella frase había anidado en su cabeza para quedarse. La vida como la conocía había cambiado aquella tarde de invierno en que su abuela le había revelado que él era nieto del alemán. En ese momento, el encuentro con su abuelo biológico era inminente, y el asunto lo incomodaba tanto que, durante un minuto, sintió que le faltaba el aire. Respiró con profundidad y detuvo la camioneta frente a la casa. Descendió en silencio, presionó el botón de cierre: el sonido de las cerraduras fue lo único que se escuchó además del soplido del viento. Unos quince metros lo separaban de una inmensa puerta de entrada, pero caminaba con lentitud, como si quisiera demorar aquel desagradable encuentro. La temperatura seguía bajando; sin embargo, él no sentía nada, ni siquiera el crujido de la nieve bajo las botas o la ventisca helada que se le colaba bajo la campera. La cabeza de Ciro iba a mil por hora. Durante diez años había planificado el ataque a Franz Lauthen y, en ninguna de aquellas especulaciones, esa cita había sido una posibilidad. No obstante, allí estaba, frente a la morada de un criminal de guerra prófugo que iba a hacer lo posible para destruirlo. La puerta de entrada se abrió. Franz Lauthen lo esperaba bajo el dintel.

* * *

Kim sintió que el teléfono le vibraba. Tomó el aparato y respondió. Ernesto pudo ver entonces que la mujer sonreía y lagrimeaba.

—Lo han liberado —explicó al abrazar a Calavera hasta desplomar su cuerpo sobre los brazos del abogado—. Lo han soltado, me ha dicho que...

—Vamos —la apuró Ernesto, que tomó las llaves del Bentley y le indicó que lo siguiera. Iban a buscar a James al sitio donde los captores lo habían dejado.

* * *

Buenos Aires, Casa Rosada, enero de 1946.

El despacho del secretario privado del presidente se encontraba conectado por una puerta que, a simple vista, no se distinguía. Cuando Franz Lauthen ingresó a la oficina de Rudi Freude, jamás imaginó que fuera a mostrarle el salón privado del general Perón. Pero, luego de los saludos de etiqueta y de una breve visita guiada por los aposentos personales de la pareja presidencial, ya frente a una taza de café y sentados con comodidad en un sofá estilo Tudor que antecedió al escritorio en sí, comenzaron a hablar de lo que en realidad los ocupaba.

—Lo esperaba, Franz.

Von Strauss sonrió.

—Traigo un regalo del señor Schütelmayer para el general Perón.

Freude estiró la mano y tomó el paquete que le entregaba el alemán.

—Lo acordado, supongo —agregó mientras abría la caja envuelta en papel madera.

—Tal como lo prometió *Herr* Schütelmayer.

—Los señores Schütelmayer pueden estar más que tranquilos —le aseguró Rudi, que sostenía entre las manos una pieza única: la lanza que había atravesado a Jesús en el costado luego de la crucifixión. Juan Domingo estaba obsesionado con ese objeto, ya que se creía que quien lo poseyera dominaría el mundo, y ese, estaba claro, era el objetivo de Eva, la mujer del primer mandatario—. El presidente vela por su seguridad y siempre estará protegido en territorio argentino.

El coronel Von Strauss sonrió. El presidente argentino había sido engañado por el mejor alquimista que existía desde Paracelso, y los Schütelmayer, alias del matrimonio entre Adolf Hitler y Eva Braun, disfrutarían del absoluto anonimato que solo el dinero y la codicia pueden comprar.

CAPÍTULO 15

Julia finalizó la comunicación y regresó a la sala de estar. Allí, Kfir continuaba explicándole a Lencke en qué consistía el operativo en el que se suponía que iban a embarcarse. Ella, por su parte, no sabía cómo darles la noticia que había recibido de Beltrán.

—Tenemos un problema —declaró sin preámbulo alguno.

Lencke y Hanin levantaron la mirada.

—Estamos en cuarentena.

—¿Qué? —quiso saber Lencke, a quien le urgía salir de la casa Wiesenthal e ir al rescate de su hija.

—Acabo de hablar con Ana Beltrán. Su laboratorio ha sido sellado luego de haber realizado la autopsia del hombre que maté en la isla Huemul. No pueden salir de ahí hasta que la unidad de ataque bacteriológico lo autorice. Hay un equipo de control de epidemias de Interpol en camino y van a aislar esta casa.

—No entiendo —dijo Kfir desconcertado.

—Estamos hablando de alta tecnología, Kfir —informó Julia—. El atacante que abatí usaba un uniforme inteligente. Al no reconocer sus signos vitales, liberó un veneno de diseño que, pasadas de 48 a 72 horas, mata. Se está investigando si se transmite luego por contacto. —Julia tomó con rapidez el teléfono—. Tengo que avisarle a Ciro.

Lao sintió que el mundo volvía a desmoronarse.

—¿Y el operativo? —Había súplica en la voz del sicario.

—Va a tener que esperar —respondió Julia, que sabía que no tenían manera de escapar de aquella situación. Beltrán había sido contundente, el veneno que había liberado aquel cuerpo era letal, y los posibles infectados debían recibir el antídoto antes de las 72 horas. Ella era la portadora. ¿Y si moría antes de vengarse? Un sabor amargo se le instaló en la boca. Sintió que la garganta se le cerraba. Estaba yendo a beber agua cuando las camionetas de Interpol llegaron y rodearon la mansión. Era oficial, estaban en cuarentena, y Ciro no respondía sus llamados.

* * *

Ernesto observó cómo James Winborrow acompañaba a Kim al piso superior y, tras dejarla en su habitación, bajaba las escaleras para hablar con él. A diferencia del gran abogado que recordaba, aquel parecía un hombre frágil y endeble. Con la barba sin afeitar después de dos días, con los ojos cansados, James ingresó al estudio, se sirvió un whisky y se sentó sobre el sillón, cabizbajo.

—No dije nada —informó sin necesidad de que Calavera le preguntara.

—¿Viste quién te retuvo?

Winborrow negó con la cabeza.

—Me encapucharon, no vi nada. Me tuvieron encerrado dos días. No vi a nadie, alguien me hablaba por un intercomunicador.

—Alguien sabe —dijo Ernesto mientras bebía. Él también se había servido un whisky.

—Manejé la compra de Lauthen con total secretismo, Ernesto. Sé que no aprobás mi accionar en el asunto de Kimberly y Ciro. Estás en lo cierto, no lo encaré bien. Pero en mi trabajo, Calavera, soy implacable, me conocés.

Ordóñez asintió. Las palabras de Winborrow eran ciertas.

—Me estoy volviendo loco, James. De alguna manera, Franz Lauthen descubrió que Ciro estaba detrás de la compra de su empresa, y no logro descubrir cómo.

—Hay un espía.

—Ciro piensa lo mismo, pero es imposible. Solo vos, Raúl y yo sabíamos que Rache Inc. es de Aguilar. —Calavera terminó la bebida de un trago y se dejó caer sobre el sofá—. No sé cómo seguir. Lauthen nos está atacando por todos lados: *spoof orders*, Twitter, Trump...

—¿Trump?

—Anunció que Estados Unidos va a dejar de comprar tecnología de Cronos. Las acciones se desmoronaron.

—Lauthen no tiene tantos recursos como para llegar a Trump, ¿o sí?

—Es evidente que subestimamos a nuestro oponente.

Ernesto terminó de pronunciar aquella frase cuando su teléfono vibró. Tenía un mensaje. Lo leyó y no pudo evitar sonreír.

—Me tengo que ir —anunció sin más.

—Ernesto —lo interrumpió Winborrow—, gracias por ayudarme. Sé que Ciro no puede verme, pero decíle que le estaré agradecido por siempre y que lo que necesite, no necesita más que pedirlo.

Calavera asintió, se despidió y salió de la casa. Lo esperaban en otro sitio, y no veía la hora de llegar.

* * *

Dos camionetas de Interpol se acomodaron frente a la casona del Wiesenthal. Enseguida, un grupo de hombres vestidos con trajes diseñados de manera especial para resistir ataques bioterroristas ingresaron a la mansión.

—Julia Durée —dijo el hombre tras la máscara antigás.

La mujer se aproximó.

—Entiendo que usted fue quien estuvo en contacto con el hombre de la isla.

Ella asintió. Enseguida el enmascarado le indicó que se sentara y comenzó a preparar una jeringa.

—Voy a sacarle sangre —informó—. Debemos saber si ha sido infectada.

—¿Infectada con qué? —quiso saber Julia.

—Creemos que es un virus hecho con una mezcla de viruela y toxina botulínica —especificó mientras le pasaba un algodón con alcohol por el brazo—. La espora de veneno se transmite por contacto directo. Si usted tocó el traje del hombre... —El científico tras la máscara hizo una pausa y la miró. Julia asintió—. Entonces, el veneno entró en contacto con su piel.

—Pero no tengo ningún síntoma de nada —refutó ella.

—El asunto es que no sabemos en qué momento el traje inteligente que llevaba el muerto esparció la toxina. Puede haber sido tres minutos después de que su corazón dejó de latir o dos horas más tarde. De cualquier manera, usted pudo haber estado en contacto con la espora o no y, tras analizar la toxina, hemos descubierto que actúa luego de entre 48 y 72 horas. Ese plazo no se ha cumplido aún.

Julia asintió. El hombre terminó de sacarle sangre. Luego de guardar la muestra, procedió a preparar una inyección.

—Voy a administrarle un antídoto. —La agente volvió a asentir.

—Había más gente conmigo en la isla —reveló—, el empresario Ciro Aguilar y el prefecto Suárez de Prefectura Naval.

El agente de Interpol hizo señas a otro de sus compañeros para que se acercara.

—¿Tuvieron contacto con el cuerpo?

—No recuerdo —respondió Julia—, pero sí conmigo —agregó al tiempo que el recuerdo de Ciro semidesnudo sobre el de ella desfilaba por su cabeza.

—No creemos que se contagie de persona a persona —contestó el agente detrás del traje—, pero no estamos del todo seguros, por eso tanta precaución —aclaró al señalar la vestimenta que llevaba y también en referencia a la cuarentena que habían establecido en aquella casa hasta que analizaran la sangre de todos los presentes—. Necesito que me diga cómo contactar a Aguilar y a Suárez.

* * *

Calavera tocó la puerta y esperó una respuesta. Escuchó el crujir de la llave al girar antes de que Carola le abriera. Llevaba un pantalón de pijama gastado que le cubría parte de los pies descalzos, una camiseta blanca, el pelo rubio suelto y la sonrisa que le había robado el sueño al abogado desde el momento que ella había entrado en la habitación del Llao Llao.

—No son horas, Calavera —se quejó ella con fingida seriedad.

—Vos me invitaste —respondió él al ingresar a la morada mientras se quitaba el saco y los zapatos.

—No perdés el tiempo —comentó la mujer, que retrocedió divertida.

—Te dije que no me iba de Londres sin verte.

—Te invité a tomar un café —insistió risueña Figueroa.

—Después —respondió él mientras avanzaba hacia ella.

—¿Después?

—Después.

Calavera pronunció ese “después” con cierta cadencia y bajó la mirada para recorrer el cuerpo de la mujer que recordaba bajo sus sábanas apenas una semana atrás. Estaban grandes, ya no andaban con vueltas. Desde que se habían vuelto a cruzar en ese avión a Londres, habían sabido que iban a volver a estar juntos.

Carola no dejaba de sonreír. Ese juego del gato y el ratón que se estaba dando entre los dos la divertía más de lo que debía. Lo sabía, pero no podía evitarlo. Había algo en Ernesto Ordóñez que la atrapaba, y no quería dejarlo ir. Sabía que aquello no tenía futuro, dado que Calavera era un pirata viejo que no iba a cambiar de mañas. Ella pasaría a ser una conquista más después de algunas noches, conocía la lógica y mecánica de aquellos envites, pero elegía quedarse. El magnetismo de ese hombre se había impregnado en ella en el preciso instante en que sus manos habían coincidido en el ascensor del Llao Llao. Iba a ser difícil olvidar a Calavera, pensó, pero, a fin de cuentas, las cosas eran como eran, y nada había sido casual. Él no lo sabía, pero esa sería su última noche juntos. Después, ya nada sería igual.

* * *

Franz Lauthen parecía más alto de lo que en verdad era. Su porte, elegante y distinguido, además de un andar recto y ágil aún a los noventa y siete años, sorprendieron a Aguilar, pero los ojos azul cobalto le despertaron el recuerdo de su propia madre. Aurora se había parecido a ese hombre, no al abuelo que él había conocido, sino a su padre biológico, Franz Lauthen. No había esperado encontrar en esa persona alguna reminiscencia afectiva del pasado. Le costó mantener la mirada que se asemejaba tanto a la de la persona que él más había amado aunque hubiera sido heredada de un alma oscura y malvada.

—Tu madre tenía mis ojos —dijo sin vueltas. Lauthen sabía lo que Ciro, quien también había heredado ese rasgo, estaba pensando. Aguilar desvió la vista un momento—. Tu abuela nunca le dijo quién era yo.

—Aurora fue más feliz así.

—¿Ignorante?

—Hija del padre que creyó propio.

—Tu madre sabía... —espetó Lauthen al tiempo que se sentaba en un sillón frente a un hogar encendido.

Ciro lo imitó y se ubicó frente a él. Enseguida una empleada doméstica les acercó café a ambos. El de Aguilar tenía más leche que café y dos cucharadas de azúcar, tal como lo tomaba. Estaba claro que Franz Lauthen lo había estado investigando durante años.

—Aurora vino a verme unos meses antes del accidente —relató Lauthen mientras se acercaba la taza de café a los labios. Ciro lo observaba en silencio. Todavía no sabía qué pensar respecto a aquel encuentro—. Había encontrado el certificado de matrimonio de tu abuela, y las fechas no le cuadraban. Empezó a escarbar en el pasado y descubrió que tu abuela había vivido acá, en Bariloche, hasta los dieciocho. Cuando se fue, estaba embarazada de tres meses. A su segundo marido, lo conoció a los veinte...

—Mi abuela no se fue —interrumpió Ciro con la mandíbula tensa—, escapó para que usted no la matara.

Lauthen sonrió sin darle la menor importancia al comentario.

—Tu abuela estaba convencida de algo que no es.

—Ella descubrió su pasado. No podía probar que usted era el Químico de Birkenau —acusó. Lauthen no se inmutó—, pero Tania Frydberg sí era capaz de hacerlo, y voy a encontrar esas pruebas.

—No vas a hallar pruebas de algo que no es.

Ciro guardó silencio. El café se enfriaba, el fuego crispaba, y él se sentía cada vez más alerta. ¿Qué traía entre manos Lauthen?

—Hacía muchos años que quería conocerte.

Aguilar no respondió.

—Pero respeté la voluntad de tu abuela y no me acerqué hasta que descubrí el plan que diseñaste para adquirir Lauthen S.A.

Ciro mantuvo el silencio.

—Cuando recibí la oferta de compra por el paquete accionario de mi empresa y vi que la compañía que ofertaba se llamaba Rache, ‘venganza’ en alemán —aclaró—, y que quien la manejaba era James Winborrow, sumé dos más dos.

—Mi enemistad con Winborrow es de público conocimiento. ¿Por qué lo contrataría? Usted sabe que...

—¿Fue el amante de tu mujer? —Ciro asintió—. Justo por eso. Solo alguien muy preocupado por ocultar su identidad tejería tal red de intrigas.

Aguilar se incorporó y se dirigió hacia la ventana. Detrás del vidrio, la nieve caía con pereza, y el viento hacía danzar los arboles alrededor de la casona. No creía aquella explicación, en su interior sabía que había un espía en Cronos, pero ¿quién?

—Quiero que liberen a Winborrow —exigió sin rodeos.

—Ya está en su casa.

—¿Para qué quiso verme? —Ciro se dio vuelta y enfrentó los ojos de su abuelo biológico.

—Para que me escuches.

* * *

Lao estaba nervioso. Julia podía notarlo. Encerrados hacía horas en la casa del Wiesenthal, el agente del MI6 caminaba sin pausa por la sala. En algún lugar de aquella ciudad, lejos de él y de su protección, su hija estaba a merced de un grupo de delincuentes con infinidad de recursos e impunidad. En el oído del sicario, la voz continuaba murmurando instrucciones al tiempo que le recordaba que el silencio era el único seguro de vida para la niña.

Desesperado por un lugar tranquilo donde comunicarse con los captores de Cora, Lencke se encerró en el baño.

—No puedo salir de acá —dijo en tanto se miraba al espejo. El reflejo que le devolvió aquel ornamento lo desconcertó. Parecía diez años más viejo, las bolsas bajo los ojos se habían instalado, y la piel, por lo general bronceada, se le había tornado pálida y con algún tinte verdoso—. Estoy atrapado.

—No nos importa que no pueda salir —comunicó la voz del extorsionador—, nos interesa que averigüe más sobre el procedimiento del que han estado hablando.

—Voy a tratar.

—Hágalo. Queremos saber cuándo va a ser y dónde.

—Quiero hablar con Mérida y ver a Cora.

—A su debido momento —respondió la voz—. Y no haga nada de lo que luego pueda arrepentirse, Lencke. Lo tenemos vigilado, aun allí. Tenemos ojos en todos lados.

Lao sintió que transpiraba. Debía salir de aquel lugar; debía salvar a Cora. Estaba perdiendo el tiempo. Sintió que le faltaba el aire, abrió la canilla y dejó que el agua fría le corriera por encima de las manos.

Luego acercó el rostro y se lo lavó. Necesitaba despabilarse, pensar y actuar. Salió del baño y buscó los ojos de Julia. Debía comunicarse con ella, seguir con la jugada que habían empezado hacía un rato.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—La gente de bioterrorismo nos pide paciencia —respondió ella, atenta a los gestos sigilosos de Lencke—, pero podríamos ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo? —inquirió Kfir, que se incorporó del sillón donde se había recostado.

—Planifiquemos el ataque —propuso segura Julia—. El escuadrón llega mañana a primera hora.

—¿Y si seguimos en cuarentena?

—Esperemos no tener que retrasar el operativo —contestó, y se levantó del alféizar de la ventana sobre el que se había sentado mientras leía el informe del análisis forense que le había enviado la doctora Beltrán.

* * *

Ciro volvió a tomar asiento frente a Lauthen y observó cómo el alemán bebía el café que le habían servido. Luego, con un movimiento elegante, tomó un sobre que reposaba en una mesa

cercana y se lo entregó a Aguilar.

—¿Qué es esto?

—Esto es tuyo —indicó el anciano sin demasiadas vueltas—. O puede volver a serlo... —agregó suspicaz.

Aguilar tomó el archivo con membrete de Lauthen S.A. y lo abrió. En su interior, había un documento legal. Ciro lo leyó con rapidez. A medida que avanzaba, sentía que la sangre se le calentaba. Lo estaban extorsionando.

—¿Cómo consiguió esto?

—Aurora me lo cedió.

—Es imposible —respondió Ciro, que tensaba cada vez más la mandíbula mientras hablaba—; mi madre jamás habría cedido su porcentaje del paquete accionario de Cronos.

—Lo hizo —interrumpió el alemán—. Ese documento es legal y está certificado ante un escribano público que eligió tu madre. Si hasta el momento no he hecho ejercicio de mi derecho a sentarme en la asamblea de accionistas, es porque no lo he necesitado. Hoy, Ciro, las cosas han cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

Aguilar se acomodó en el sillón en tanto trataba de no perder la calma.

—Pensás destruir mi compañía.

—No va a quedar un ladrillo en pie.

—Hay ciento siete familias que dependen de Lauthen.

—Los relocalizaré en mis empresas, nadie quedará en la calle.

—Entonces, no tengo más opción. —El alemán se incorporó—. A partir de ahora, participaré de las reuniones del comité ejecutivo de Cronos.

Ciro sintió que iba a explotar, que la ira que experimentaba en ese instante lo excedía. Respiró hondo y apretó los puños.

—¿Cuánto quieres por ese veinte por ciento? —masculló.

Franz Lauthen sonrió.

—Nada.

—Algo quieres.

—Quiero que reflotes Lauthen S.A. —exigió con seriedad—. Si, para fin del año que viene, la empresa ha salido a flote, el veinte por ciento que me cedió tu madre regresará a tus manos y, en el ínterin, prometo no interferir en las reuniones de accionistas.

—Antes quiero saber por qué mamá te regaló su parte.

—No me la regaló. Ella quería algo y lo pagó con su participación en la empresa.

Ciro sintió como si le hubiesen dado una cachetada. ¿Qué le urgía tanto a Aurora como para entregar la empresa de su hijo? Había un entramado de mentiras y enigmas muy antiguo en aquel asunto, un sinfín de incógnitas que provenía de tiempos anteriores a la noche en la que él había descubierto la verdad sobre el pasado familiar. ¿Qué había querido Aurora de Lauthen? Notó que seguía con los puños cerrados y que los nudillos se le habían tornado blancos.

—¿Qué quería?

—Quería ser dueña de su destino.

* * *

El jefe del equipo de bioterrorismo de Interpol ingresó a la casona del Centro Wiesenthal y se quitó la máscara protectora y los guantes.

—Están limpios —informó—. La cepa de veneno que se utilizó en el francotirador de la isla tiene una vida útil de cuatro horas. Pasado ese plazo, el virus muere. El contagio es por contacto directo —agregó el hombre mientras observaba con severidad a Julia— y no se produce de persona a persona.

—¿Se levanta la cuarentena? —quiso saber ansioso Lencke, que parecía tener los ojos inyectados de sangre, cansancio y desesperación.

El agente de Interpol asintió.

—Vamos —indicó Julia al tiempo que se colocaba el abrigo y enfilaba hacia la puerta. Estaba decidida a salvar a Cora Lencke a como diera lugar.

Kfir imitó a la agente y corrió tras ella. Enseguida se le adelantó apenas y se ubicó en el asiento de conductor de una de las camionetas.

—Lao —dijo Julia seria—, seguinos —le indicó para obligarlo a que condujera otro de los vehículos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lencke. La voz había vuelto a susurrarle interrogantes al oído.

—A buscar a un testigo que va a cambiar el rumbo de este caso —respondió Kfir, que de inmediato se subió a la camioneta y la puso en marcha.

Lao, de pie detrás de la puerta del coche, y Julia, a punto de subir al automóvil que iba a conducir el agente del Mossad, cruzaron miradas un segundo. Lencke asintió, y ella vio en aquel gesto una mezcla de agradecimiento, esperanza y pánico. Aquel hombre se estaba ahogando en la impotencia.

* * *

Ernesto atravesó el umbral de su casa y se desplomó, agotado, sobre el sofá. Había pasado la mayor parte de la semana anterior en aeropuertos y aviones en vez de en su propio hogar. Cerró los ojos un instante y dejó que el cuerpo se aflojase. Necesitaba dormir al menos unas horas antes de retomar sus actividades y estaba a punto de hacerlo cuando le sonó el teléfono.

—Ciro —dijo mientras volvía a cerrar los ojos.

—Tenemos un problema que jamás esperé.

Calavera se incorporó.

—¿Qué ocurrió?

—Mamá le cedió sus acciones de Cronos a Lauthen.

Ordóñez se puso de pie.

—¿Qué?

—No sé, Cala, no sé qué decirte... Me reuní con el viejo, y tiene un documento legal que...

—¿Por qué mamá iba a hacer algo así?

Desde que la familia Aguilar lo había adoptado, Ernesto llamaba “mamá” a Aurora; para él, que había perdido a sus padres de pequeño, esa mujer, esa familia, y sobre todo Ciro, habían sido una salvación.

—Vení a Bariloche, Cala. Necesito que veas los documentos que me dio y te necesito para lo que viene: la reunión con Lauthen S.A.

CAPÍTULO 16

Ciro regresó al hotel y se encerró en su habitación. Apagó el teléfono, cerró las ventanas y arrojó el documento legal que le había dado Lauthen sobre la cama. Luego, se ubicó frente al lecho con las piernas apenas separadas y los brazos apoyados en las caderas como si pudiera decidir, desde la distancia, qué hacer con ese pasado que lo atacaba por todos los flancos. Ni en los peores sueños habría imaginado que su madre había tenido contacto con Franz Lauthen, menos aún que le había cedido el porcentaje accionario que él le había otorgado por cuestiones legales cuando Cronos había comenzado a cotizar en Wall Street.

¿Qué iba a hacer con Lauthen en el directorio? No podía permitirlo. Iba a tener que hacer reflotar Lauthen S.A., lo que significaba tener que ponerse a trabajar para la persona que más odiaba en el mundo y hacer triunfar una compañía que solo había comprado para cerrar. Se sentó sobre la cama y tomó el sobre con el logotipo de Lauthen S.A. Sacó el documento y comenzó a leer. “A los diez días del mes de abril de...”. Su madre había muerto un mes después. El corazón le dio un vuelco. “Comparecen ante mí los señores Aurora Lucila Moreno de Aguilar y...”. Tuvo que dejar de leer un momento debido a que los ojos se le habían aguado y necesitó un instante para recomponerse. “En este acto, la señora Moreno de Aguilar cede el total de su paquete accionario (que asciende al veinte por ciento del total del capital social de la compañía Cronos S.A.) al señor...”. Ciro apretó el documento con furia. ¿Qué había llevado a su madre a realizar tal locura? ¿Qué tenía Lauthen que Aurora había deseado y le iba a costar a él la empresa?

Resopló con cierta tristeza y se incorporó. Caminó hasta donde estaba su portafolio y, de entre los papeles, extrajo el sobre que le había entregado Greta Werner. Allí pudo ver otra vez la imagen de la isla Huemul y la estampa de Longinos. Recordó lo que Lao había sugerido días atrás: ¿y si Lauthen había huido de Europa con la lanza sagrada? “Aurora quería la lanza”, pensó Ciro. No había otra explicación. Un vacío que no había experimentado jamás le inundó el alma. De súbito, la imagen de su madre encerrada durante horas en el estudio lo asaltó. Aurora pasaba días recluida en la lectura y la investigación. La historia de la lanza sagrada y la búsqueda incansable de aquella quimera habían formado parte de la vida cotidiana de Ciro durante años. De alguna manera, Lauthen la había engañado y le había hecho creer que la tenía; por eso Aurora había regalado su parte de la empresa.

Ciro sintió que no le quedaban fuerzas en las piernas. Miró la hora. La tarde empezaba a caer, y él estaba cansado. Necesitaba dormir, necesitaba pensar, decidir cuáles serían los próximos pasos. Diez años de su vida se habían perdido gracias a la maniobra de Aurora. Lo que había planeado no era factible ahora, no podía destruir Lauthen porque iba a tener que salvarla para recuperar el control sobre Cronos. No permitiría jamás que un criminal estuviera en el directorio de su propia compañía. Sintió que le costaba respirar. ¿Y si nunca lograba probar que Franz Lauthen era en realidad el Químico de Birkenau? La misión en la que se había embarcado se iba desmoronando de a poco. Todos los planes se habían desvirtuado y, mientras tanto, las acciones de Cronos seguían en caída libre. Tenía que detener ese asunto, tenía que encontrar la manera de retomar el camino y salvar la empresa. Pero, en aquel momento en que los problemas lo apremiaban y la cabeza le corría a mil por hora, no podía pensar. Quería dormir; bañarse, meterse en la cama y dormir. Dentro de unas horas, quizás, encontraría alguna respuesta.

* * *

Ernesto ingresó a la habitación que había reservado en el Llao Llao y, luego de dejar el bolso de mano, enfiló hasta la de Ciro. Miró el reloj. Eran casi las diez de la noche, y Aguilar le había enviado un mensaje para pedirle que lo fuera a ver apenas llegase. Tocó la puerta y aguardó. Minutos después, se encontraba con un Ciro Aguilar con el pelo revuelto, cara de dormido y a medio vestir.

—Perdón que te hice venir así —dijo Ciro al dejar entrar a su hermano.

—Mostrame los papeles que te dio Lauthen —pidió sin más Calavera, que no necesitaba ninguna disculpa.

El empresario le entregó los documentos, tras lo cual Ordóñez se sentó en la cama revuelta y comenzó a leerlos.

—Todo parece estar en orden, Ciro —dijo preocupado—. Mañana hablaré con el estudio para que lo revisen, pero no veo nada que...

—No sé qué voy a hacer —gruñó Aguilar, y se sentó en un sillón próximo a la cama—. Con esta jugarreta, Lauthen está en nuestro directorio, ¿te das cuenta? —Volvió a incorporarse—. Trabajé diez años para meterme en Lauthen S.A., comprarla y cerrarla. Ahora resulta que el que está en Cronos es él y, a cambio de recuperar mis acciones, me pide que reflote su maldita empresa.

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a perder Cronos; no tengo alternativa. Mañana, en la reunión con la gente de la farmacéutica, vamos a pautar un plan de salvataje. No sé cómo, Cala, pero voy a tener que salvar Lauthen S.A. para recobrar el control de Cronos. Te pido por favor que me armes un documento en el que Von Strauss deba restituirme las acciones y que no tenga escape ni vericuetos legales alguno.

Calavera asintió y notó que Ciro miraba la nieve caer tras la ventana. Estaba dándole vueltas a algo, lo conocía lo suficiente como para saber cuándo su cabeza buscaba respuestas.

—Cala, ¿vos te acordás qué hicimos con las cosas del escritorio de mamá después del accidente?

—Algunas están en la baulera; otras, papá no quiso que las tocásemos. ¿Por?

—Mañana, después del encuentro con la gente de Lauthen, voy a retornar a Buenos Aires durante unas horas. Necesito encontrar los cuadernos de trabajo de mamá y sus diarios.

—¿Qué estás buscando, Ciro?

—¿Te acordás de la obsesión que tenía ella con la lanza sagrada?

Calavera sonrió. La historia de la lanza se había convertido, en el hogar de los Aguilar, en un relato de aventuras que se repetía durante cada comida que compartían.

—Puedo contarte esa historia de memoria.

Ciro sonrió. Su madre había sido la mejor narradora de cuentos.

—Creo que Lauthen engatusó a mamá. De alguna manera, le hizo creer que tenía la lanza y, a cambio, le pidió la cesión de las acciones de Cronos.

—¿Por qué mamá iba a creer semejante estupidez?

—Porque creo que era cierto.

* * *

—El falso testigo está preparado —informó Kfir al tiempo que detenía la marcha del automóvil.

—¿Y el equipo de rescate?

—Listo. Están ubicados en el centro de Bariloche y de encubierto. Apenas la gente que tiene a Cora comience a hablarle al oído a Lencke, empezará el rastreo. Cuando ubiquen dónde la tienen, van a ir a buscarla mientras nosotros seguimos simulando el interrogatorio al testigo.

—¿Cómo los van a encontrar?

—Tomá. —Kfir le entregó un auricular diminuto—. Este dispositivo localiza la frecuencia y replica lo que le dicen a Lencke.

Julia se colocó el auricular en la oreja derecha y observó a Kfir realizar el mismo procedimiento.

—No se va a dar cuenta —le aseguró él.

—Está muy nervioso —respondió ella.

—Es su hija, Julia... No estamos entrenados para perder a nuestros hijos.

Las palabras del enviado del Mossad avanzaron corrosivas y demoledoras por la cabeza de Durée hasta despertar esa tristeza profunda y latente que albergaba. Las caras de Pedro y Simón desfilaron ante los ojos de la agente. Tragó saliva y se obligó a guardar esos recuerdos en algún compartimento oscuro de la memoria para concentrarse en la misión que la ocupaba de manera inmediata: rescatar a Cora Lencke.

—Apenas nos acerquemos a Lao —dijo Kfir—, el auricular sintonizará, sin ser detectado, la frecuencia en la que quien quiera que le habla a Lao transmita, y vamos a poder escuchar lo que le dicen sin que él se dé cuenta.

Julia asintió al tiempo que descendía de la camioneta en la que se habían trasladado. Enseguida vio cómo Lao bajaba del vehículo detrás de ellos.

—Julia —agregó Kfir—, vayamos con cuidado, esta gente es capaz de cualquier cosa.

Durée volvió a asentir. Ella sabía a la perfección que la gente de Lauthen, que sin duda estaba detrás de aquel asunto, era capaz de todo.

—Vamos —indicó Julia a los dos hombres para que ingresaran en una casa de estilo alpino perdida en la montaña y en la que, se suponía, estaba el testigo que iban a interrogar—: nos están esperando.

—¿Quién? —preguntó la voz al oído del agente del MI6. Kfir y Julia pudieron escucharlo también, pero no se inmutaron, sino que esperaron a que el agente les consultara.

—¿A quién vamos a ver? —quiso saber Lencke.

—A un sobrino segundo de Tania Frydberg —contestó Julia—. Esa mujer resultó muy astuta. Sabía que algo podía ocurrirle, así que le dejó una copia de todo lo que tenía y la precisa instrucción de contactarnos. Vamos a ver qué tiene para decir.

—Por lo que nos adelantó Ruth —dijo Kfir, que hacía referencia a un contacto del Centro Wiesenthal—, las pruebas que tiene confirmarían de manera contundente que Franz Lauthen es en realidad el coronel Von Strauss.

* * *

Román Benegas era el flamante director general de Interpol. Apenas había asumido al cargo unas semanas atrás y estimaba que aquella sería su última misión de campo. Encerrado hacía un par de horas con uno de sus mejores hombres en una vivienda que se había convertido en una improvisada base de inteligencia, buscaban rastrear la comunicación que los captores de la hija Lencke tenían con él. A medida que la pantomima del interrogatorio avanzaba a manos de Julia y Kfir, los secuestradores incrementaban la cantidad de preguntas y, mientras más hablaban, más cerca estaban los agentes de ubicarlos. Así, concentrados en la pantalla que manejaba un operador, veían cómo triangulaban las comunicaciones hasta detenerse en el punto exacto desde donde estaban trabajando.

—Cero —llamó Benegas. Era el nombre de guerra del agente Agustín Riglos, quien también, a modo de despedida de la vida como oficial activo, había aceptado sumarse con tal prisa a aquel inesperado operativo—. Mira dónde están.

Riglos, que había estado ajustando el arma reglamentaria, levantó la vista y arqueó la ceja cuando vio el lugar señalado.

—Julia dijo que estuvieron allí y que no había nada.

—Algo hay. Están en la isla Huemul. Vamos.

Benegas tomó el revólver y se lo colocó en la espalda a la altura de la cintura. Luego se calzó la campera y observó cómo Cero realizaba el mismo procedimiento.

—Voy a necesitar una lancha en el muelle ahora mismo. Tenemos que cruzar a la isla con total discreción —ordenó, y uno de los subalternos asintió y se encargó del asunto.

Enseguida, ambos agentes bajaron al garaje, donde estaba la camioneta, y se alistaron para salir. En silencio, se ubicaron en sus sitios y emprendieron el camino rumbo al embarcadero.

—Nadie puede saber de esta operación, Cero —advirtió Román—. Lencke estaría fuera de la agencia si se supiera que su hija fue secuestrada y que está comprometido en una misión tan importante como esta.

—Lo imaginé cuando me llamaste. Sabés que estoy retirado.

—Pero extrañas.

Cero sonrió. Benegas lo conocía bien. Le hacía falta el trabajo de campo.

—La unidad blanca me arruinó —dijo a modo de broma en referencia a la última unidad de operaciones especiales en la que había estado y que realizaba maniobras de alto riesgo.

—¿No hay manera de convencerte para que regreses? —preguntó Benegas con la vista clavada en la autopista.

—Ahora manejo Centauro —dijo—. La editorial me gusta, y Ana...

—Ana te mata.

—No. —Riglos volvió a reír—. No me mata, pero, después de lo que pasamos con La Legión y los dos últimos años de amenazas y muerte, creo que irme fue una buena decisión. Quiero una vida más tranquila.

Los veteranos guardaron silencio un momento. Durante los pasados dos años, habían atravesado situaciones duras e inesperadas, pero que, a fin de cuenta, los habían convertido en lo que eran, nada más y nada menos que espías.

Román detuvo el vehículo frente al muelle y avistó a dos de sus hombres aprestados en una lancha neumática. Sin perder tiempo, abordaron la embarcación y emprendieron viaje rumbo a la isla. Allí esperaban encontrar a la pequeña Cora Lencke y atrapar a quienes la habían raptado.

* * *

Un chillido agudo e intenso perforó los tímpanos de Lao. De manera instintiva, el agente del MI6 Británico se arrancó el auricular y lo arrojó al suelo, pero de inmediato tomó conciencia de lo que había hecho y volvió a colocárselo en el oído.

Nada.

La voz detrás de aquel aparato siniestro había dejado de hablar.

—Ocurrió algo —afirmó Lencke al tiempo que volvía a quitarse el dispositivo y miraba a Julia, Kfir y el falso testigo—. Necesito hablar con Benegas —ordenó.

—Román sabe lo que hace, Lao —le aseguró Julia, que intentaba calmarlo—. Él se contactara con nosotros. Si dejaron de transmitir, es porque la encontraron. Tenés que tener un poco de paciencia.

—¡No puedo tener paciencia, Julia! —gritó Lencke con el último dejo de cordura que le quedaba—. ¡Es mi hija de un año la que está en manos de estos desquiciados! ¡Vos, más que nadie, sabés que no les importa matar niños!

Julia asintió sin pronunciar palabra. No, la gente de Lauthen no tenía ninguna reserva a la hora de matar, ella lo sabía bien. Por eso tomó las llaves de la camioneta, se puso la campera y les indicó a sus compañeros que la siguieran. Estaban por salir de la sala cuando el intercomunicador de Julia sonó.

—Tenemos a Cora —se escuchó desde el otro lado de la línea—, está bien.

Y al escuchar esas palabras, Lao Lencke se desmoronó. Habría un antes y un después en su vida a partir de ese momento. Lo habían quebrado.

* * *

Lao atravesó la maleza de aquel tramo de la isla a grandes zancadas. Le urgía reunirse con su hija y su exmujer. Así, cuando divisó a la niña abrazada a Román Benegas, que la cobijaba con una manta que probablemente había sacado del refugio, sintió que podía volver a respirar. Corrió hacia donde estaba la nena y, al verla, los ojos se le llenaron de lágrimas. Cora, por su parte, se aferró a los brazos de su padre con la avidez de quien cree que está a punto de hundirse y estalló en un llanto desconsolado. Entonces Lao notó que no había señales de Mérida y, sin dejar de abrazar a la pequeña, miró a Román, quien, con un simple movimiento de cabeza, le dio a entender que la madre de la chiquita no había sobrevivido. Julia, que comprendió el mensaje de inmediato, se adelantó con Kfir hacia el interior de la vivienda donde había estado pocos días atrás. Dentro, el panorama resultó desolador. Una mujer de unos treinta y cinco años yacía sin vida sobre el sofá. En la boca entreabierta, se podía distinguir una lengua negra e inflamada.

—Cianuro —murmuró Julia. Kfir asintió.

—Cuando llegamos, estaban así —interrumpió el agente Cero—: la niña, al lado del cuerpo de su madre; y los dos hombres, en el suelo.

—Sabían que era una trampa —razonó Julia mientras se arrodillaba para examinar de cerca a uno de los sujetos al mismo tiempo que, con el teléfono, fotografiaba sus rostros en primer plano y les tomaba las huellas dactilares.

En la cabeza de la agente, circulaban las imágenes de la autopsia que le había enviado, horas atrás, Ana Beltrán. El cuerpo del hombre que había matado en aquella isla, además de llevar un traje inteligente que expulsaba veneno luego de que su huésped muriera, tenía un tatuaje en el brazo derecho. Podía o no significar algo, pero intuía que sí. Por lo tanto, se aproximó hacia el brazo derecho del sujeto y recorrió la manga. Allí, sobre una piel de extrema blancura y con la tinta más oscura que había visto, el dibujo era idéntico: dos círculos concéntricos; el redondel interior poseía la forma de un sol del que partían doce rayos. Lo fotografió sin decir nada, se incorporó y se acercó al segundo cuerpo. La figura se repetía.

—Es peor, Julia —dijo Kfir—. Saben que no tenemos nada contra Lauthen, que son meras especulaciones, pero querían saber hasta dónde íbamos a llegar. El Alemán no se inmutó.

Julia se acomodó el abrigo en tanto las palabras del agente del Mossad le resonaban en la cabeza. Aquella operación estaba perdiendo el rumbo, y ella no lograba desentrañar el camino de pistas que Tania Frydberg había dejado para que encontraran los documentos que probaban que Franz Lauthen era en realidad el Químico de Birkenau. En su haber, la agente contaba con unos retratos viejos, una estampita bíblica y un mural acompañado entonces por un denominador común: tres cuerpos con el mismo tatuaje. Pero, a ciencia cierta, no tenía nada.

* * *

El doctor Rafael Schatz era el director del Instituto de Antropología y Arqueología de la República Argentina y no salía de su asombro frente a lo que estaba contemplando. En una casona de la localidad de Beccar, partido de San Isidro, habían encontrado un museo privado compuesto por invaluable obras de arte robadas, piezas arqueológicas de miles de años y, además, un centenar de objetos nazis, en apariencia originales, nunca antes vistos. Entre las manos, sostenía un estuche grabado que rezaba “Al coronel Von Strauss, el gran alquimista” y que estaba firmado con las iniciales “A. H.”. “Adolf Hitler”, pensó sin dudar Schatz y, al abrir la funda, se encontró con una magnífica lupa con mango de plata y una gran cruz esvástica grabada que brilló ante el primer reflejo de luminosidad. Tomó el objeto con delicadeza y lo acercó a la ventana para observarlo con mayor atención, pero, en un descuido, la caja de madera aterciopelada que la albergaba cayó al piso. Enseguida, Schatz se agachó a recogerla y, al hacerlo, notó que un pequeño papel asomaba de lo que parecía ser un doble fondo. Sin dudar, el antropólogo tomó el estuche, lo llevó hacia una mesa y lo ubicó bajo una lámpara. Así, con la ayuda de la luz eléctrica, notó una hendidura casi imperceptible si no fuera por el trozo de papel que asomaba por ella. Con lentitud, fue palpando la madera suave hasta encontrar el punto en el cual el doble fondo se abría. Un chasquido apenas audible hizo un crujido, el falso panel se accionó. Dentro, Schatz distinguió varios papeles y documentos, pero uno de ellos capturó de inmediato su atención. Tuvo que acercarlo más al farol para estudiarlo en detalle. Bajo el candil, lo que creía haber visto se aclaró, y el corazón le dio un vuelco. Si aquello que veía era real, la historia como el mundo la conocía estaba a punto de cambiar.

* * *

Ernesto se observó en el espejo y se acomodó la corbata. El celeste de los rombos en la tela le pareció, durante un momento, anticuado, pero no había pasado un mes desde que Sofía se la había llevado de regalo de una tienda Ferragamo en París. Era evidente que lo retro estaba de moda. El saco oscuro de raya diplomática y la camisa celeste lisa le daban cierto toque de distinción. Ajustó los gemelos de plata con sus iniciales, que no dejaba de usar jamás cuando llevaba traje, y se acomodó el cabello antes de mirar el reloj y comprobar que iba retrasado. La aguja apenas había pasado las nueve de la mañana, por lo que tenía una hora para llegar a las oficinas de Lauthen. Allí, Ciro y él se harían cargo de la farmacéutica. Si todo salía como esperaban, dentro de un año, recuperarían el veinte por ciento del paquete accionario de Cronos, que Aurora había cedido.

Tomó el maletín y allí guardó el documento legal que establecía las condiciones para la devolución de las acciones y los blindaba ante cualquier jugarreta o maniobra legal que Lauthen pudiera tramar. No aceptarían hacerse cargo de la empresa si el Alemán no firmaba el documento, y por lo que había conversado con Ciro, deducía que iba a hacerlo. Si no planeaba aceptar, ¿por qué no había usado el poder que le había dado Aurora? Aquel era un as bajo la manga al que no había recurrido porque no le interesaba. Lo que Lauthen quería, estaba claro, era que su nieto se hiciera cargo de la compañía que había fundado.

Ordóñez salió de la habitación y, en el pasillo, se encontró con Ciro, que también llevaba traje: un ambo azul marino y una camisa blanca con una corbata gris que le había visto cientos de veces. Era su corbata de la suerte. Aguilar no se lo iba a reconocer nunca, pero estaba nervioso. Pocas veces lo había visto inquieto y, en aquella

oportunidad, detectaba además cierto hastío e incomodidad. Ciro había querido destruir a Franz Lauthen, pero, en cambio, el alemán lo tenía agarrado por donde más le dolía: Cronos.

—¿Tenés todo? —preguntó Aguilar en tanto caminaba hacia el ascensor. Calavera asintió—. Vamos —dijo luego, y en silencio subió al habitáculo. A medida que descendían con parsimonia, se concentró en la belleza del lago Moreno, frente a él, y lamentó no poder quedarse a desayunar ni buscar a Julia: tendría que esperar.

—Quedate tranquilo, Ciro —lo calmó Ernesto, que notaba la inquietud concentrada en las manos de su hermano—, vamos a sacar adelante la farmacéutica y vamos a recuperar el control de Cronos.

Aguilar asintió. Tenía la mandíbula apretada y los ojos inflamados. La cabeza no dejaba de darle vueltas a las burlas del destino. Aquello que había sido planeado de manera estratégica para destruir a Franz Lauthen estaba destruyéndolo a él, y Ciro Aguilar no estaba acostumbrado a perder, menos en los negocios.

—El documento que redactaste...

—Nos blindo —interrumpió Calavera—. Estamos cubiertos, no hay argucia legal que puedan usar.

Ciro volvió a asentir. Escuchar aquellas palabras de boca de Calavera le daba tranquilidad. No había persona en la que confiara más que en él. De manera súbita, recordó cuando, a los seis años, él mismo había hecho lo impensado y, a los gritos, había llamado por teléfono a su padre, que había acudido a ayudarlo de inmediato y había solucionado aquel asunto que quedaría enterrado en el olvido. Entonces recordó cómo, aquella noche de terror, Matías le había dicho: “Ernesto es ahora parte de nuestra familia, querelo como a un hermano, porque es lo que es”. Con el tiempo, había comprendido que tanto él como su padre habían salvado a Calavera de una vida de

abusos en manos del tío, tutor legal designado luego de que los Ordóñez habían muerto en un accidente de avión. Por eso, la seguridad que su hermano le transmitió en esa afirmación hizo que el temor por perder el control de Cronos se alivianara. Ernesto siempre decía que debía agradecerles a los Aguilar el haberlo adoptado; lo que él no entendía era que, en realidad, el agradecido era Ciro. Calavera era el mejor hermano que podía haberle tocado.

* * *

Lao Lencke se encontró en una situación que desconocía y que le resultaba tan ajena que no sabía de qué manera procesarla. Levantó la mirada. A su alrededor, el metal y las paredes descascaradas conquistaban el ambiente. Sobre una camilla de un plateado violento, el cuerpo de Mérida reposaba desnudo. La palidez mortecina de esa piel que había amado le perforó las retinas. Sentado a unos pocos centímetros de distancia, sin animarse a tocar a la mujer que adivinaba gélida, rogaba por que ella abriera los ojos y todo fuera un mal sueño. Pero Mérida ya no estaba ahí. Ese cuerpo era un recipiente vacío que había perdido la iridiscencia y el espíritu. Aún sin poder moverse, cerró los ojos y recordó la tarde en que la había conocido. En aquel entonces, él no era Estanislao Lencke, sino un ser totalmente distinto, un joven lleno de ilusiones y planes, y Mérida, que no llegaba a los quince años, acababa de mudarse al barrio. El suyo había sido un romance tormentoso, pero el único que había valido la pena. Cora era el resultado perfecto de ambos, el amor más puro que había conocido. Entre tantas idas y vueltas con Mérida, la

vida del agente había cambiado de modo radical: había abandonado su propia identidad para adoptar la de Lencke. Su historia había quedado a resguardo del pasado, la memoria y Mérida. Ella, solo ella, lo conocía y sabía quién era en realidad. En ese instante, ya nadie compartía ese secreto con él.

Sintió que el corazón se le estrujaba y, por instinto o quizás desesperación, estiró la mano y tomó la de ella. Helada. Las lágrimas se le escapaban sin permiso mientras apretaba esos dedos flacos y duros como el mármol. Se incorporó hasta acercarse lo suficiente a la boca de ella para besarla por última vez. Un beso suave, minúsculo, infinitesimal, que lo destruyó por dentro, pero que no le impidió subir a la frente de la mujer y volver a posar los labios sobre ella para luego susurrarle unas últimas palabras al oído. Volvió a incorporarse, la observó por última vez con lágrimas en los ojos y salió de aquella austera morgue judicial.

Del otro lado de la puerta, Román Benegas lo esperaba sentado en una silla mientras acunaba a Cora, que dormía acurrucada sobre su hombro, cobijada por la manta del refugio. La niña soñaba, ajena al drama que la circundaba. La vida como la conocía había cambiado para siempre, aunque, con apenas un año, no fuera consciente de ello.

—Estos son tus nuevos documentos y los de Cora —dijo el jefe de Interpol mientras se incorporaba. Lencke asintió—. No vas a tener ningún problema, nadie más que yo conoce tu destino final. Un avión te espera en el aeropuerto. Será el primero de cuatro vuelos que te llevarán hacia tu nueva vida.

—No voy a regresar, Román. Necesito que me pases a retiro.

—Dalo por hecho —respondió el jefe al tiempo que estrechaba la mano que le tendían.

Sin más que decir, Lao Lencke se acercó a su hija, la alzó, la arropó y se estremeció cuando ella le pasó los brazos alrededor del cuello en busca de calor. Luego atravesó la puerta y salió hacia ese nuevo destino. Allí, afuera, pese a todo, lo esperaba el futuro.

CAPÍTULO 17

Ernesto atravesó el umbral de Lauthen S.A. y, tras él, lo hizo Ciro, que estaba concentrado en la pantalla del teléfono. Se anunciaron en la recepción, y una secretaria los escoltó hasta el ascensor para acompañarlos, luego, a la sala de reuniones del último piso. Entraron en silencio. No hacía falta decir nada. El recinto, vidriado por completo, era elegante y austero. Había una mesa de vidrio, y sillas de cuero negro y cromo la circundaban. Sobre las paredes figuraban algunos cuadros con recortes de periódicos antiguos. A simple vista, Ciro notó que eran del noticiero local. Se acercó a las fotografías. La primera correspondía a la inauguración de la farmacéutica. Allí, en el centro de un gran grupo de personas frente al mismo edificio donde se encontraban en ese momento, se ubicaba Franz Lauthen; sonriente, displicente, impune al pasado. Junto a él estaban el presidente Perón y su esposa Eva Duarte. Ciro resopló y avanzó hacia la siguiente imagen: un grupo de bioquímicos –cuatro hombres y una mujer en el medio– en el laboratorio y el anuncio de un gran hallazgo sobre el cáncer. Había otro artículo respecto a cómo la empresa incorporaba más personal y ampliaba la planta, y luego una publicidad de la época que anunciaba el producto estrella de la farmacéutica.

Aguilar se dio vuelta y avanzó hacia el ventanal que dejaba ver los picos nevados, mientras que Ernesto se acomodó en una de las sillas y dispuso la documentación con el acuerdo pertinente para aquella reunión.

—Tardan demasiado —se quejó Ciro en tanto regresaba sobre sus pasos hasta ubicarse al lado de Calavera—. Nos quieren hacer sentir nerviosos.

—Dejá que yo maneje esto.

Aguilar asintió y, en ese preciso instante, divisó al viejo Lauthen, que se acercaba por el pasillo. Detrás, lo seguían su mano derecha y un séquito de abogados preparados para todo.

—Ahí están.

Ernesto levantó los ojos de los papeles que había estado leyendo y, durante un instante, pensó que sus propios ojos lo traicionaban. Pero no. Junto a Franz Lauthen, caminaba Carola Figueroa. Los iris celestes que lo habían cautivado se clavaron en los de él y, sin gesto alguno, la mujer avanzó hacia la sala. Calavera sintió que el corazón se le escapaba del cuerpo. Tragó saliva.

—La Nena Lauthen —murmuró Ciro al ponerse de pie.

Ernesto lo imitó sin dejar de observar a la dama que avanzaba sin un ápice de duda o señal alguna de conocerlo. Tan solo le clavó la mirada y no se inmutó. Ordóñez no creía lo que veía.

Franz Lauthen abrió la puerta y dio paso a su nieta y a los abogados. Luego, con una inaudita agilidad para sus noventa y siete años, ingresó él.

—Buenos días —saludó sin más y se acomodó en la cabecera de la mesa—. Ya no suelo participar de estas reuniones, no tengo edad. —Sonrió—. Pero he venido a firmar lo que el señor Aguilar considere adecuado para cerrar nuestro trato.

—Antes de firmar nada —se adelantó la única mujer en la sala—, me gustaría verlo.

—La doctora Carolina Lauthen —intervino el alemán—, además de ser mi nieta y gran consejera —aclaró—, es la presidenta de la farmacéutica.

—¿Cómo estás, Carolina? —interrumpió Ciro, y le extendió la mano. Ella devolvió el apretón con una sonrisa tensa.

—Ernesto Ordóñez —dijo Calavera serio, en tanto fingía no conocerla, al tiempo que imitaba el gesto de saludo. No entendía ese juego, pero, si Ciro llegaba a enterarse de que había estado “fraternizando” con la Nena Lauthen, lo mataría. Ya encontraría la manera de decírselo; aquel no era el lugar ni el momento.

—Encantada —respondió Carola, que, al estrechar la mano de Ernesto, sintió una descarga eléctrica que le sacudió el alma. Enseguida desvió la mirada.

—Este es el acuerdo que detalla que, si el señor Aguilar logra remontar Lauthen S.A., recuperará, de manera inmediata y sin condiciones, el veinte por ciento del paquete accionario de Cronos.

Al escuchar esas palabras, Carola pareció descolocarse, pero no realizó comentario alguno y tomó los documentos que le ofrecían.

—“Remontar” implica que la empresa genere un diez por ciento, como mínimo, de rentabilidad para el año que viene —aclaró el viejo Lauthen.

—No pactaré rentabilidad —contestó molesto Ciro.

—Si no hay rentabilidad, no hay acuerdo —intervino Carolina—. Y debe sostenerse por lo menos durante un semestre.

—Es imposible sostener tal rentabilidad un semestre con tan solo un año de trabajo. Esta farmacéutica está en quiebra. Si quieren salir a flote, antes de hablar de rentabilidad, tenemos que discutir sobre

reestructuración y eficiencia de procesos.

—No estás en posición de negociar, Ciro —le advirtió Carolina mientras se recostaba sobre la silla que ocupaba—. Si querés volver a tener el control de tu compañía...

—No se trata de negociar, Carolina —retrucó el interlocutor con rostro severo—, se trata de sacar la cabeza de debajo del agua. Están ahogándose en deudas, han perdido plaza en el mercado, ya no son los líderes de hace cuarenta años. —Aguilar señaló las noticias del periódico colgadas de la pared—. Puedo estabilizar la compañía en doce meses, pero no puedo asegurar rentabilidad.

Los presentes en aquella reunión hicieron silencio un momento. Franz Lauthen observó a su nieta, y no hizo falta que dijera una sola palabra para que ella lo interpretara.

—La devolución de las acciones de Cronos se hará en dos etapas —informó con la mirada fija en Aguilar primero y en Ordóñez después—. El primer diez por ciento se restituirá dentro de doce meses, siempre y cuando Lauthen S.A. haya recuperado el equilibrio y la producción esté en marcha. No se tomará en cuenta el tema de la rentabilidad. —Carolina hizo una pausa—. En cuanto al diez por ciento restante, se devolverá cuando la empresa haya alcanzado una rentabilidad sostenida del diez por ciento a lo largo de un semestre en un plazo de trabajo de hasta cinco años.

—Tres años —retrucó Calavera—. Vencido ese plazo, las acciones se restituirán, haya o no rentabilidad.

—No voy a firmar eso —contestó la abogada.

—Yo tampoco voy a invertir cinco años de mi vida en una farmacéutica —respondió Calavera tan ofuscado que Ciro se sorprendió.

—Tres años de plazo y siete por ciento de rentabilidad sostenida durante un trimestre —ofreció Ciro, que notó una extraña tensión entre los leguleyos.

—Solo si, llegado ese punto, Rache Inc. cede las acciones que compró a Lauthen S.A.

Ciro sonrió.

—O sea que, básicamente, hago caridad. Compró una compañía quebrada, la remonto, le hago ganar dinero y, después, les regalo las acciones que compré.

—Es eso o me levanto y hago uso de mi poder de voto en la asamblea de Cronos —contestó Carola sin pestañear. Parecía moverse como pez en el agua en ese mundo de negocios y empresarios. Calavera la desconoció.

—Acepto solo si me decís quién es tu espía en Cronos —respondió Ciro.

Carolina sonrió. Durante un segundo, evaluó la posibilidad de callarse, pero luego recordó las horas de angustia al saber que estaba perdiendo la empresa que amaba y dentro de la cual se había criado. Desde que tenía memoria, recordaba pasar horas en compañía de su abuelo en el laboratorio, donde aprendía sobre medicamentos y fórmulas magistrales. Nadie iba a sacarle lo que era suyo, costara lo que costara, hiciera falta lo que hiciera falta. Lauthen S.A. iba a salir a flote e iba a volver a ser suya.

Por la cabeza de la abogada, desfilaron los recuerdos del día en que su abuelo le había comentado que iban a vender la mitad de la compañía, junto con la negativa rotunda de ella, las peleas y, lo peor, las reuniones con el estudio Winborrow. Cómo había odiado a los abogados de Winborrow durante la negociación. Pero había sido en

esos mismos encuentros donde había hallado la solución. Primero había instalado un micrófono en la solapa del abrigo de Winborrow, además de clonarle el teléfono móvil sin que lo notase. Así, había escuchado las conversaciones del dueño del bufete con Ernesto Ordóñez. Descubrir luego quién estaba detrás de Rache Inc. había sido fácil. A partir de allí, el plan para recuperar Lauthen había empezado a tomar forma. A sabiendas del pasado entre Winborrow y Aguilar, había aprovechado aquel escándalo para convencer al abogado de que la ayudara. Winborrow jamás olvidaría la humillación a la que Aguilar lo había sometido y la cantidad de clientes que había perdido, por lo que no había dudado en sumarse al plan de Carola. Luego, acceder a Ernesto había sido muy simple, ya que Ordóñez no se resistía a los encantos de una mujer. Durante la noche en el Llao Llao, mientras él dormía, ella le había copiado el disco rígido de la computadora portátil y le había instalado un troyano. A partir de ahí, había logrado acceder a todos los secretos de Rache y Cronos. Lo demás era historia.

—Tenemos un acuerdo, entonces —respondió Carolina mientras se ponía de pie—. Mañana te hago llegar los papeles firmados.

—¿Y el espía? —insistió Ciro.

—Deberías preguntarle a Calavera —concluyó la mujer, y salió de la sala sin más.

* * *

Julia miró el reloj. Se había quedado dormida. Aquel, como desde hacía tantos años, no sería un día fácil. Se levantó de la cama y, durante un momento, se quedó allí, quieta, con los puños apretados y los ojos cerrados. Trató de recordar los sonidos de aquella distante mañana.

Simón se reía. No pudo evitar sonreír. Pedro imitaba a un mono, y Simón no podía contener las carcajadas. Emilio se estaba bañando. El ruido del agua al caer era una melodía cotidiana todas las mañanas. Ella prefería bañarse de noche. Recordó haberse quedado en la cama un poco más porque estaba cansada. La noche anterior, había trabajado hasta casi las cuatro con Kfir. Entonces había mirado el reloj. Las siete. Había dormido apenas. La cabeza no dejaba de darle vueltas al código que estaba tratando de descifrar, y los chicos seguían riéndose. Se había levantado y había caminado hasta la habitación de los niños. Las camas estaban revueltas, los juguetes ya estaban en el piso, y Pedro y Simón, al verla, habían corrido a los brazos de su madre. Rememoró el aroma a champú en el pelo, las manitos calientes y suaves que, al abrazarla, la llenaban de una felicidad que, con el tiempo, había olvidado. El calor de esos dos cuerpos que había gestado durante nueve meses y que acunaba sin cansancio cada vez que podía se había convertido en un delicioso torbellino de sensaciones que jamás habría imaginado. Los había abrazado con fuerza. Habría deseado haberlo hecho más fuerte, habría preferido no haberlos dejado ir esa mañana.

Abrió los ojos. La habitación le resultó más desoladora que nunca, y el silencio, abrumador. Ya no había niños en la vida de la agente, no había risa. Todo se había teñido de tristeza luego de aquella mañana, y la vida como la conocía había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Durée se incorporó con lentitud y, casi sin vigor, se obligó a correr las cortinas. No había sol. El día estaba tan nublado como su alma. Durante un momento, deseó regresar a la cama, hacerse un bollito

bajo las sábanas y desaparecer. Pero ya había atravesado esa etapa, los días en los que no lograba despegarse de la almohada y pasaba las horas sin comer, bañarse o hablar con alguien, solo dormir. Sus aliados en aquel entonces habían sido el Alplax y el clonazepam. Había agujeros en su memoria, días y semanas perdidas en una nebulosa de pastillas. Después había llegado el tiempo del alcohol, pero tampoco había podido olvidar. No había manera. De repente, se había encontrado mezclando los psicofármacos con el alcohol y, luego, había comenzado a consumir cocaína. Sin embargo, una mañana, el guardia de seguridad del edificio donde vivía la había encontrado desmayada en el coche, semidesnuda y vomitada, y la había llevado a su casa. Enseguida había llamado a su contacto para emergencias, que tenían registrado en la administración del consorcio. Al abrir los ojos y no recordar nada, ella había reconocido que había tocado fondo y que debía, de alguna forma, recomponer su vida.

Entonces había cambiado el alcohol y las drogas por el sexo. Sin ningún tipo de reserva o amor propio, Julia se había acostando con cuanto hombre conocía. No buscaba amor, sino seguir castigándose por vivir. Ella debía haberse subido a la camioneta, era el automóvil de ella. Pero estaba cansada, y Emilio había decidido llevar a los chicos a la guardería en el coche de su mujer en vez de en el propio. Julia siempre se iba temprano por la mañana y llegaba última por las noches, por lo que su vehículo quedaba siempre primero para salir en el garaje. Julia se iba y, media hora después, partía Emilio con los chicos. Aquel día, él había utilizado la camioneta de Julia. Había encendido el vehículo y había salido del garaje. Ella, mientras bebía café desde la cocina y los saludaba por la ventana, había escuchado primero el vacío del estruendo; después, las llamaradas implacables. Había sido solo un segundo. Y se le había acabado la vida.

Entonces se había transformado en otra persona, ajena al mundo, alejada de todo; encerrada en sí misma. Durante un largo período de tiempo, se había dedicado a convertirse en un ser huraño y furioso con el mundo que vagaba por bares en busca de encuentros casuales que le hicieran sentir que estaba viva. Pero no sentía nada. Más tarde, había decidido retomar las riendas de esa existencia luego de coincidir con su gran amigo –quien primero había sido su profesor en la Facultad de Derecho– en un evento en el que el único objetivo de Durée era elegir una presa nocturna. Esa velada, había decidido llevarse a la cama a un músico que estaba de moda en aquel momento y que se pavoneaba por la fiesta con un séquito de vana idolatría detrás. Allí, sin ninguna elegancia, ella se le había acercado y había hecho su jugada hasta que alguien la había tomado del brazo, la había alejado del sujeto en cuestión y, aun frente a las quejas de la mujer, había insistido en sacarla de ese antro.

—Nos vamos, Julia —había declarado el hombre sin vueltas.

—Dejame, Justo —había respondido ella mientras se desembarazaba de los dedos fuertes de ese gran amigo de la facultad.

—Estás haciendo un papel lamentable —la había acusado él, que la miraba con fijeza. Al ver el semblante adusto del abogado, ella había hecho silencio—. Escuchame Julia, no hay modo de entender ni reparar lo que te sucedió, vas a tener que vivir con eso, pero esta no es la manera.

Julia recordó haberse detenido ante la mirada penetrante de su antiguo profesor y haber reconocido esa profunda tristeza que él guardaba en el alma luego de la muerte de Elena, su mujer. Sin más, había agachado la cabeza, se había colocado el saco y lo había seguido hasta el coche. Sin mediar palabra, había dejado que la llevara a casa, que la acompañara arriba y que la obligara a meterse a la cama.

—Dormí —le había ordenado—. Te hace falta. Yo me quedo en el otro cuarto por si necesitás algo, y mañana, Julia, empezás a vivir otra vida. No va a ser la misma, no va a ser igual porque Emilio y los chicos no están. —Los labios de la agente habían empezado a temblar. Aunque se había resistido, no había podido evitar romper a llorar ni quebrarse tanto que el cuerpo había cedido ante la falta de fuerzas de esas piernas flacas y se había desmoronado sobre la alfombra. Justo se había acercado para abrazarla; al oído, le había prometido—: Vas a estar bien, todo va a estar bien. Tenés que dejar de autocastigarte. Lo que ocurrió es algo que no podés modificar, pero emborracharte hasta perder la conciencia o acostarte con cuanto tipo se te cruce no te va a ayudar en nada. Date una tregua, Julia. Estuve donde estás ahora. La muerte es irreversible, taxativa. Vas a tener que aprender a vivir con eso. No es fácil..., pero vas a estar bien, Julia. Confiá en mí.

Así, el doctor Justo Zapiola, quien entonces era la cabeza de la Policía Federal, la había sacado del pozo. Quizá la razón por la cual dos almas tan disímiles habían congeniado fuera la desgracia que compartían. Ambos habían perdido a sus seres más amados y, de alguna manera, se habían convertido en el salvavidas del otro. Quizá, de cierta manera, se habían enamorado, o no; no lo sabía con seguridad. Lo cierto era que Justo se había convertido en su segundo marido y, durante un tiempo, algo de paz y tranquilidad había reinado en la vida de Julia. Pero Zapiola era un hombre noble al que le debía mucho y a quien tampoco había logrado hacer feliz. Al contrario, lo había hecho sufrir. Ella sabía que padecía el síndrome del rey Midas, pero a la inversa: lo que ella tocaba jamás se convertía en oro, sino que se destruía por completo. Había aniquilado al abogado. El corazón de la agente era una piedra, ella estaba rota. No había tenido la intención de lastimarlo, tan solo no había podido evitarlo. Y, pese a todo, Zapiola, al tanto de las infidelidades y desplantes, la había dejado sin recriminarle jamás lo perversa que había sido. Se había tratado de un caballero que había protegido el honor de su pareja aun pese a los rumores que corrían. Jamás la había difamado, sino que

había aceptado la situación, había firmado el divorcio con un dolor en la mirada que no había podido disimular y había hecho de tripas corazón.

Durée recordó el breve encuentro que habían compartido en el hotel en Roma, cuando ella le había planteado que quería dar por terminado todo. El corazón de Zapiola se había hecho añicos, pero se había mantenido estoico al comprender que Julia no era la mujer para él. Nunca se iba a perdonar haberlo hecho sufrir. De todos los amantes que había tenido, Justo había sido el más íntegro y noble. La vida le debía una revancha. Casi como si el comisario le estuviera leyendo la mente, el teléfono de la agente vibro.

—Negro —dijo ella con cariño—, gracias por llamar.

—Hoy no es un día fácil, Julita —le respondió él con tono amoroso. Había comenzado a hacer las paces con aquella ruptura que había creído que lo destruiría. Meses atrás, no habría podido realizar ese llamado; en ese momento, la realidad de Zapiola había cambiado. Haber conocido a la agente Verónica Ávalos había resultado un giro radical en la vida del exprofesor y le había permitido ver las cosas desde otra óptica—. Sabés cuánto te quiero. Si me lo pedís, me tomo un vuelo y estoy ahí esta tarde. ¿Querés que te acompañe?

—Gracias, Negro —respondió Julia mientras, de manera inconsciente, recorría con la yema del dedo índice la palabra que tenía tatuada en la muñeca—, pero esta vez necesito ir sola.

* * *

Ciro no pronunció palabra desde que salieron de Lauthen. Se subió a la camioneta y arrancó enfurecido.

—¡Una sola cosa te pedí! —gritó mientras pasaba los cambios—: ¡que no te metieras con la nieta de Lauthen! ¡Y vas y te acostás con ella! —Desvió la mirada del camino para clavarle los ojos a su hermano—. Porque te conozco, Ernesto, te lo vi en la cara. A la Nena Lauthen no la dejaste pasar. ¿Qué pensabas?

—No tenía idea de que era Lauthen, Ciro —vociferó Calavera, más furioso consigo mismo por el engaño que por haber puesto en jaque un plan de años de dedicación y trabajo—. Me di cuenta de que era la nieta de Lauthen cuando la vi entrar recién. Hasta ayer, era Carola Figueroa para mí.

—¿Hasta ayer? —preguntó Ciro desconcertado—. ¿Desde cuándo se ven?

—Nada... Unos días. Es solo una chica con la que estuve un par de veces —mintió Ernesto, que, por dentro, sentía que la ira, la tristeza y la decepción se debatían por conquistarlo—. No sé cómo consiguió la información. Nunca le dije qué hacía, ni cuáles eran mis clientes, nada.

—¿Cómo la conociste?

—La noche que llegamos, se me acercó en el bar del hotel.

Aguilar le lanzó una mirada de reproche.

—Es hermosa, Ciro... —se excusó Ordóñez.

—¿Tuviste siempre con vos el móvil?

—No tocó mi teléfono, te lo aseguro.

—¿Tu computadora o tu iPad?

—No estaban a mano, es imposible.

—¿Se quedó a dormir?

Ernesto asintió.

—Vamos —dijo entonces Aguilar al tiempo que estacionaba el vehículo frente al Llao Llao—. Ya sé quién nos puede ayudar.

Calavera descendió del automóvil y siguió los pasos de Ciro en tanto trataba de repasar la semana anterior. ¿En qué momento Carola había accedido a sus dispositivos? ¿Lo había hecho? ¿Cómo? No podía dejar de darle vueltas al asunto, pero, por sobre todo, no podía dejar de pensar que, por primera vez, una mujer había despertado en él algo más que un deseo fugaz y, sin embargo, no había sido otra cosa que un mero espejismo.

—No fue una calentura —reveló mientras entraban al hotel. Ciro se detuvo y miró a su hermano—. Por primera vez pensé que había algo... —Calavera buscaba la palabra exacta— genuino.

Aguilar no dijo nada porque, al escuchar a Ernesto pronunciar aquellas palabras, comprendió que no solo estaba mortificado por lo sucedido, sino que, en esa ocasión, el embustero había sido engañado.

* * *

Julia estacionó el coche frente al cementerio local y tuvo que respirar hondo para tomar valor y bajar. Durante un segundo, sintió que no iba a poder hacerlo. Ahí, a unos trescientos metros, se encontraba su pasado, convertido en tierra y piedra fría. Abrir la puerta del automóvil y salir era un desafío a la voluntad de la agente. Lo cierto era que no quería, no podía tolerar la idea de ver lo innegable, esa soledad obligada, su familia robada. Volvió a respirar. Abrió la puerta y descendió. El alma se le volvió pesada y, durante un segundo, pensó que las piernas no iban a ser capaces de sostenerla. Pero aguantó. Primero dio un paso. Después otro. Se concentró tan solo en el sonido de la nieve bajo sus botas, en el olor a madera quemada que flotaba en el aire y en el viento helado que le pegaba en la cara. En el resto no quería detenerse, no quería ver los nichos a lo lejos, ni el pasto que devoraba viejas lápidas.

Ella avanzó sin mirar atrás. Conocía a la perfección el lugar a donde debía ir y, cuando llegó, se detuvo en seco. Cada vez que se enfrentaba a ese mármol grabado, moría de nuevo. Desvió la mirada un momento y se concentró en un pájaro que volaba libre, ajeno a la desolación que la embargaba. Contuvo unas lágrimas y volvió a mirar la tierra. Sobre ella, una pequeña placa recordaba a Emilio y a sus hijos, Simón y Pedro.

* * *

Ciro golpeó a la puerta de la habitación de Julia y aguardó. Al no recibir respuesta, insistió y le envió un mensaje a través de WhatsApp. Tampoco obtuvo contestación alguna. Entonces recordó el dossier de Interpol que le había dado Benegas.

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó.

—Veintidós —respondió Calavera.

—Haceme un favor, Cala —pidió Aguilar mientras regresaba sobre sus pasos hacia el ascensor—. Tengo que ir a un sitio, no voy a tardar. Cuando regrese, voy a tener que volar a Buenos Aires y volver enseguida para ir a casa a buscar los diarios de mamá. ¿Te ocupás de que esté listo el avión?

Ernesto asintió. Sin agregar nada, observó cómo Ciro desaparecía tras el vano del ascensor. ¿Iba a buscar a Julia? ¿A dónde? Sin embargo, se distrajo de inmediato cuando leyó el mensaje de Carola que le llegó al teléfono. “En los negocios vale todo, Cala. Espero que lo entiendas.” Ernesto apretó el aparato con fuerza y estuvo tentado de arrojarlo contra el gran ventanal detrás del cual podía observarse el lago Moreno. En cambio, decidió ir a la habitación de Ciro, buscar lo que necesitaba y resolver aquel asunto con Carola Figueroa o como fuera que se llamara en realidad.

* * *

Aguilar frenó la camioneta frente al cementerio municipal y enseguida divisó el coche de Julia. Aquel día, se cumplían años de la muerte del marido y los hijos de la agente, y él había recordado haber leído en el legajo que estaban enterrados allí, en Bariloche.

En silencio, envuelto en una campera oscura, con anteojos negros y las manos en los bolsillos, Ciro avanzó por la nieve que cubría aquel santuario de descanso eterno. Al caminar, se concentró en lo abrumador que resultaba, ante aquel silencio desolador, el crujir de la suela de sus propios zapatos contra la nieve que se resquebrajaba sobre las rocas. Observó las tumbas a su alrededor. Algunas eran tan antiguas que las inscripciones habían desaparecido, mientras que otras estaban cubiertas por completo de maleza y apenas se las distinguía. El paso del tiempo era implacable, no pudo evitar pensar, y continuó avanzando hasta divisar, a lo lejos, a la mujer que había conocido hacía muy poco, pero que, sin explicación lógica alguna, había logrado captar su atención como nadie. Ni siquiera Kim –sobre quien hasta hacía poco él habría asegurado que había sido su gran amor– había logrado tanto en tan poco tiempo. Allí, sentada sobre un banco de piedra frente a una placa discreta pero mantenida con pulcritud y con el pasto bien cortado, se encontraba la agente Durée, que observaba el infinito como si estuviera en trance. Sin pronunciar palabra, se acercó y se sentó al lado de ella.

Julia notó con sorpresa la presencia de él, pero no dijo nada, sino que se quedó en silencio y continuó con los ojos clavados en el horizonte gris que amenazaba con dejar caer otra tormenta. Hacía frío, el cuerpo se le había entumecido hacía rato y, sin embargo, no quería moverse. Aquel era un sitio que odiaba, que volvía tangible una realidad que evitaba recordar a toda costa, pero, cada año, se obligaba a sentarse allí y honrar la memoria de esos dos niños. Simón y Pedro le habían dado vuelta la vida y le habían hipotecado el alma para siempre. En algunas ocasiones, había ido tan drogada al cementerio que apenas podía recordarlo. De alguna manera,

anestesiaba el espíritu para sobrevivir a aquel panorama aberrante. Luego, cuando había logrado recomponerse un poco, tras dejar las pastillas y el alcohol, había acudido en compañía de Justo, y él había sido una gran contención. Pero aquella vez, en vísperas de dar caza a quien era responsable de esas muertes, había decidido ir sola. Durante un segundo, creyó que no iba a lograrlo, pero lo hizo. Y los demonios del pasado desfilaron ante los ojos de aquella mujer con la impunidad del dolor que jamás ha de curarse. Pero aguantó y los enfrentó con lágrimas de soledad e impotencia.

No obstante, en ese instante, junto a ella, como un bálsamo inesperado, un hombre que apenas conocía guardaba silencio y la acompañaba sin pedir nada a cambio.

—Iba a dejarlo —dijo sin dejar de mirar el infinito—. La noche anterior a la bomba, había decidido divorciarme. —Julia hizo una pausa—. Hice todo lo que estuvo a mi alcance para salvar ese matrimonio, pero Emilio no me veía. Para él todo era el trabajo, y cuando yo arranqué en la división especial de informática en Interpol, la convivencia se volvió cada vez más difícil. Yo no podía con los dos chicos, el trabajo y la casa; él venía cada vez más tarde. Entonces empecé a trabajar cada vez más, y él tuvo que hacerse cargo, lo cual me echaba en cara todo el tiempo. Estaba de mal humor de manera constante. Había ocasiones en que sentía que debía andar con cuidado en mi propia casa para no molestarlo porque todo lo irritaba. Después descubrí que tenía una amante. No lo vi venir. No lo esperaba de él. —Julia se rio con sorna. Había mucha tristeza en aquella carcajada forzada—. Algo se rompió en mi interior. Quería que sufriera, lo odié. En ese momento, me asignaron una misión en Londres. No podía haber sido en una ocasión más oportuna. Necesitaba alejarme, pensar, no ocuparme de nada más que de mí y el trabajo. Me sumé a la operación y conocí a Román Benegas... Razoné que, si Emilio tenía una amante, entonces yo iba a tener uno también. Fue una venganza dulce y dolorosa a la vez.

Julia volvió a guardar silencio. Un minúsculo rayo de sol pareció asomar detrás de las nubes, pero, un instante después, desapareció entre la niebla.

—Román no es trigo limpio... —comentó Ciro.

—No. —Julia sonrió—. Y no podía haber sido mejor. Benegas era un arrogante que no dejaba títere con cabeza. Fue una enorme satisfacción desaparecer de un día para el otro y que ni siquiera supiera mi verdadero nombre. Fue como darle de probar una dosis de su propia medicina. Pero después regresé a Bariloche, y la realidad me golpeó como un chorro de agua fría. Mi matrimonio se caía a pedazos, Emilio se había vuelto un desconocido. Éramos dos extraños que a veces coincidíamos a la hora del desayuno. Ya no hablábamos, no dormíamos juntos, él no estaba nunca o estaba absorto en su teléfono. Tratar de recomponer nuestro vínculo era como correr contra el viento: era imposible ganar. —Julia volvió a guardar silencio y se alisó una arruga invisible del pantalón. Había cierta elegancia en sus gestos y una tristeza manifiesta en su mirada—. Cuando nos casamos, éramos muy jóvenes, podíamos con todo... Incluso creímos que seríamos capaces de ganarle al viento. —La agente rio con pesadumbre—. Juntos, éramos uno, imbatibles... Pero en algún momento nos perdimos y, al final, éramos dos perfectos desconocidos. No aguantaba más, y la noche anterior al atentado, decidí dar fin al asunto. El último recuerdo que tengo de él es que estaba sacando el vehículo con los chicos atrás y ni siquiera me miró. Nunca me miraba. Yo había dejado de existir hacía tiempo. No creo que logre superar la muerte de Pedro y Simón —dijo con la voz resquebrajada—, pero la de Emilio fue un alivio, y eso no deja de atormentarme. Soy una mala persona, Ciro, una persona cruel y sin sentimientos.

—Lo que vos viviste, Julia —expresó él al tomar la mano de la mujer a su lado, que se resistía a dejar de mirar el infinito—, no puedo imaginarlo... Cuestionarte lo que sentiste o sentís ahora no te hace

mejor ni peor; te hace un ser humano como cualquier otro. Ninguna persona es santa, ni vos ni yo lo somos, así que no te fuerces a ser algo que no sos.

—Siempre digo que no puedo explicar lo que siento —murmuró ella—, pero es mentira. Siento un gran agujero en el medio del cuerpo, como si, desde aquella mañana, hubiera dejado de existir y transitara la vida en estado de ausencia permanente, vacía por completo.

—Lo que te voy a contar no se compara con lo que vos pasaste —adelantó Ciro—, pero, hace muchos años, mi compañero de colegio, Ernesto Ordóñez, perdió a sus padres en un accidente de avión. Los padres de Ernesto eran los dueños de la naviera Skull —explicó, y Julia hizo un gesto de sorpresa, ya que se trataba de la naviera más importante de Latinoamérica—. Como único descendiente, Ernesto heredó un imperio a los cinco años. Santiago, el tío de Ernesto, pidió su custodia y se convirtió en albacea de esa fortuna hasta que él cumpliera la mayoría de edad. —Aguilar hizo una pausa y se acomodó el abrigo. El viento soplaba cada vez más fuerte, y el frío empezaba a llegarle a los huesos—. Durante un año, Ernesto sufrió los peores maltratos de parte de su tío. En el colegio, parecían hacer la vista gorda cada vez que llegaba con un ojo negro o un brazo roto porque Santiago se ocupaba de donar cuantiosas sumas de dinero para que dejaran pasar el estado del niño. Ernesto pesaba lo que un chico de cuatro años a los seis. Su tío solía encerrarlo en un cuarto durante días cuando se iba de fiesta, hasta que, un día, mi padre fue a buscarme al colegio y lo vio; flaco, sucio, ojeroso. Aquel no era el mismo nene de hacía un año. A partir de ese momento, mandó seguir a Santiago y lo investigó como a nadie. Lo que averiguó lo preocupó aún más. —Ciro se incorporó y continuó el relato con las manos en los bolsillos—. Por eso, no demoró un minuto en sacar a Ernesto de la antigua casa de sus padres. Lo que vio, no lo olvidará jamás. —El empresario desvió la mirada un segundo. Nunca había contado aquella historia a nadie, y Calavera jamás había tocado el tema—.

Santiago filmaba videos pornográficos con Ernesto como protagonista. —Julia sintió que le faltaba el aire—. Mi padre lo mató a golpes esa misma tarde, sacó a mi amigo de esa casa y le dijo que no regresaría nunca más. Hoy es mi hermano. Mis padres se convirtieron en los suyos. Nunca voy a olvidar la montaña rusa legal que vino después de ese día. Mi padre —mencionó Aguilar en tanto corroboraba si era necesario aclarar de quién se trataba. Julia asintió, pues sabía a la perfección quién era Matías Aguilar, un empresario petrolero devenido en filántropo— se entregó a la justicia esa misma tarde. Sus abogados presentaron los videos de Ernesto y las amenazas que el tutor del chico le había hecho. Alegaron defensa propia y del menor, y no pasó un solo día en prisión. También se aseguró que aquel asunto quedara sepultado para siempre. —Ciro volvió a sentarse en el banco frente a ella y le tomó las manos—. Uno no supera la muerte de un hijo, Julia. —Aguilar la obligó a mirarlo a los ojos—. Tampoco el haber matado a un hombre, ni siquiera a uno que merecía la peor de las muertes. Uno aprende a convivir con eso.

Julia soltó la mano de Ciro y se incorporó con lentitud. Le pesaban las piernas, pero no le importó. Caminó unos pasos, se acercó despacio a la lápida de su familia y se arrodilló en silencio. Con los ojos cerrados, recorrió el mármol frío y murmuró unas palabras que Aguilar no llegó a comprender. Luego se llevó los dedos hasta los labios y, enseguida, depositó un beso imaginario sobre la piedra. De inmediato se levantó, y él distinguió un par de lágrimas que le caían por las mejillas. Ella se las secó y volvió a convertirse en la Julia Durée recia e implacable que siempre aparentaba ser. Pero él ya había visto el verdadero ser de esa mujer, no podía engañarlo. La agente emprendió el regreso.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —preguntó mientras se ajustaba los anteojos de sol y la campera.

—En Cronos tengo una política: investigo siempre a la gente con la que trabajo.

—Esto no es Cronos.

—Cierto, pero yo no trabajo con gente de la que no sé nada.

—Mi legajo es confidencial.

—No para mí —respondió Ciro, y dejó asomar una minúscula sonrisa.

—Román te dio mi expediente.

Él sonrió, pero no respondió.

—¿Por qué viniste a buscarme?

—Sabía que era un día difícil.

Julia bajó la mirada un segundo.

—Pero, además, necesitás algo —afirmó.

Él asintió.

—Creo que alguien hackeó Cronos a través de la computadora de Calavera —reveló—. Sé que tenés ciertas habilidades en este rubro y...

Julia sonrió. Durante un segundo, olvidó dónde estaba.

—Vamos —respondió—, revisemos los dispositivos de tu hermano.

En silencio, la *hacker* experta emprendió la retirada. Junto a ella, Ciro Aguilar la acompañaba sin pronunciar palabra. Los secretos que se habían confesado en aquel inesperado lugar ameritaban el silencio en el que se habían sumergido. Durée se acercó al automóvil y dejó que él le abriera la puerta. Ante el gesto, no pudo evitar darse vuelta,

elevarse en puntas de pie y abrazarlo sin otra intención que acurrucarse en la curvatura de su cuello, aspirar el aroma a madera y hombre, cerrar los ojos un momento en busca de paz.

—Gracias —le susurró al oído, y dejó que Aguilar la abrazara fuerte, como si jamás la fuera a dejar ir—. Gracias por no juzgarme.

—Julia, yo no soy ningún santo. Mi pasado es oscuro y está repleto de secretos.

Ella sonrió al escuchar aquellas palabras. Sabía que Ciro Aguilar era un hombre complejo y con sus matices; no la habría atraído si hubiera sido de otra manera. Se alejó apenas de él, lo miró un minuto a los ojos y vio la angustia contenida en lo más profundo de ese ser, pero no mencionó nada. Estiró la mano, le recorrió la cuadratura de la quijada con cariño y sonrió. Estaba todo dicho. Ciro Aguilar había llegado para quedarse en la vida de la agente.

* * *

Román Benegas aterrizó en Buenos Aires en el preciso instante en que su teléfono vibraba. A su lado, el agente especial Agustín Riglos se había adelantado unos pasos y conversaba por el móvil.

—Benegas —dijo sin mucho preámbulo. Aquella era una línea privada, y apenas tres personas la conocían: el agente Cero, junto a él en aquel momento; Verónica Ávalos, su exmujer, que, por cómo

habían quedado las cosas entre los dos, no creía que lo llamara; y, por último, su asistente.

El director de Interpol escuchó con atención las palabras que la secretaria pronunció del otro lado de la línea. Durante un segundo, pensó que le estaba jugando una broma, pero conocía a Roberta desde que había ingresado a la agencia y sabía que aquella mujer era la persona más seria que había visto jamás. No hacía chistes. En veinte años de trabajar juntos, no lo había tuteado ni una sola vez, era reservada y apenas se refería a su vida personal, si es que la tenía. Cuando él llegaba a la oficina, ella ya estaba allí. Cuando se iba, ella seguía estoica en el puesto de trabajo. Manejaba el despacho presidencial con diligencia napoleónica. No sabía qué haría sin ella el día que decidiera retirarse. Sobre todo luego de que, con el cambio de puesto, la mujer no había ni pestañeado ante el desafío titánico de administrar el tiempo del director de una agencia de servicios de inteligencia tan compleja como aquella.

—Roberta... —dijo desconcertado—, ¿estás segura? —insistió.

Benegas se llevó la mano a la cabeza y se revolvió el pelo al tiempo que escuchaba las palabras de la asistente. ¿Qué iba a hacer? Estaba entrenado para cualquier misión, pero aquella que se le presentaba de manera tan inesperada lo descolocaba por completo. No tenía la menor idea de cómo proceder.

—Roberta... —repitió—. ¿Nadie? ¿Estás segura? ¿No podemos...?

Román volvió a guardar silencio. La mujer hablaba.

—Voy para allá. No comentes esto con nadie, por favor.

El agente guardó el teléfono, se acercó a Agustín, que continuaba conversando en el auricular, y se despidió de él en la pista sobre la cual habían aterrizado minutos atrás. Sin más, salió del aeropuerto de

San Fernando y subió al automóvil que lo esperaba para llevarlo rumbo a la base secreta de operaciones de Interpol en San Isidro.

* * *

Calavera estacionó el coche frente a la dirección que le había pasado la secretaria y observó la casona con detenimiento antes de aflojar las manos del volante y decidirse a afrontar lo que tenía pensado realizar. Miró durante un segundo el sobre apoyado sobre el asiento del acompañante, respiró con profundidad y tocó el timbre. De inmediato, en el visor de la cámara de seguridad, un empleado preguntó quién era y a quién buscaba.

—Ernesto Ordóñez —contestó sin titubear—. Vengo a ver a la señorita Lauthen. —Tras pronunciar ese nombre, Calavera sintió que la boca se le había tornado pastosa. Notó que estaba apretando las manos sobre el volante y que los nudillos se le habían vuelto blancos.

El interruptor de la puerta vibró. Las rejas detrás de las cuales se encontraba se abrieron con cierta parsimonia, casi como si anticiparan la distancia que había instalado entre ellos la dueña de casa. Avanzó con tranquilidad. El sonido del motor apenas podía percibirse entre el rugido del viento y la nieve que empezaba a caer. La tarde estaba llegando a su fin. Ya se había ocupado de que el avión de Cronos estuviera listo para Ciro, y habían acordado reunirse el día siguiente a primera hora. Mientras, había dejado todos los dispositivos que llevaba siempre en la habitación de Aguilar en el Llao Llao y allí mismo había sido donde había encontrado el archivo que

Ciro le había mostrado días atrás. Sin dudarlo, había tomado el documento, había conseguido la dirección de Carola en Bariloche y allí estaba, sin saber bien qué iba a hacer o qué buscaba.

Detuvo la camioneta frente a la inmensa entrada, destrabó la puerta y bajó. Enseguida, una mujer abrió la puerta de doble hoja que coronaba aquella residencia de fin del siglo diecinueve y lo invitó a pasar. En silencio, Ordóñez observó el lujo austero que decoraba aquel vestíbulo, donde la mano de Carola se descifraba en cada detalle. Apenas una mesa en el centro con algunos portarretratos de familia, un antiguo figurín de un soldado de porcelana que refulgía bajo la luz de la araña que iluminaba el ambiente y, en la pared central, un magnífico Pollock que robaba el aliento.

—No te esperaba —dijo una voz que conocía a sus espaldas.

Ernesto se dio vuelta. Los ojos aguamarina de Carola Figueroa lo atravesaron como dos lanzas. Durante un segundo, olvidó cuál era el objeto de aquel encuentro.

—*Alquimia* —pronunció en referencia al nombre por el que se conocía la pintura que coronaba el recinto.

—Cerca —retrucó ella—. Es el boceto anterior. Pollock iba a tirarlo. Peggy Guggenheim lo rescató antes de que lo quemara y se lo regaló a mi abuelo. —Ordóñez arqueó una ceja—. Pero es original, está certificado por la Fundación Pollock Krasner.

Un silencio tenso se apoderó del ambiente. El abogado avanzó un paso. Carola no se movió.

—¿A qué viniste, Ernesto?

—Me engañaste.

La mujer sonrió.

—Nada que vos no hayas hecho antes. Es como te dije: en los negocios, vale todo.

Calavera sonrió con sorna. Él era el primer defensor del “vale todo” en los negocios, pero no había visto venir la estocada final de parte de aquella mujer que se erguía frente a él con la certeza de quien ha ganado la última gran batalla.

—Tengo algo que quiero que veas —dijo resuelto.

—Mañana vamos a firmar los papeles con Ciro —interrumpió ella—. No voy a ceder en nada de lo que acordamos. El trato está hecho.

—No vine a discutir el acuerdo de esta mañana —replicó—. Vine a mostrarte algo que creo que sabés y no querés aceptar.

Carola volvió a sonreír, bajó un momento la cabeza y se mordió el labio.

—Calavera...

Ordóñez no la dejó terminar. La tomó por la cintura y, sin más, le capturó la boca en un beso furioso que, durante un segundo, arrancó todo pensamiento de la mente de ella. De inmediato, la levantó del suelo y la llevó hacia lo que adivinó que era un escritorio. Sin alejarla un milímetro de su cuerpo, atravesó la puerta, la cerró de una patada y la apretó rabioso contra la pared. No la dejó hablar, ni respirar, ni razonar. Añoraba ese cuerpo desde que la había abandonado en Londres. El aroma de ella, mezcla de jabón y perfume, lo había perseguido desde que la había conocido. La estrujó más contra su propio cuerpo y, mientras ella le quitaba el saco de vestir que había usado para la reunión de aquella mañana, él comenzó a desabrocharle la camisa. Enseguida se impacientó por la dificultad de desenganchar los botones y arrancó un par en el apuro. Ella no se quejó y dejó que el hombre terminara de desvestirla mientras lo ayudaba a

desentenderse de la corbata y del resto de lo que llevaba puesto. Segundos después, Calavera se apartó apenas de ella, apoyó las manos sobre el contorno del rostro femenino, le despejó el cabello en un gesto amoroso y la miró fijo.

Guardaron silencio un momento. Las respiraciones agitadas de los dos eran lo único que se podía escuchar. Ella le devolvió la mirada desafiante con más envite. No perdía partidas, menos con alguien como Ordóñez. Sostuvo esos ojos sin claudicar, y entonces él volvió a apoderarse de la boca de ella para luego darla vuelta y aprisionarla, de espaldas, contra la pared fría. Ella gimió. Él volvió a tomarle el cabello y lo tiró con suavidad hacia atrás hasta obligarla a arquearse. La mujer volvió a gemir mientras los labios del abogado se perdían en su cuello y los dedos varoniles le recorrían el cuerpo sin permiso. Ella susurró algo que él no llegó a escuchar, pero que entendió como una súplica. Le mordió la piel bajo el mentón, volvió a atraerla hacia sí y se abrió paso hasta que la sintió lista. Enseguida, los cuerpos que ya se conocían se acoplaron en un ritmo lento primero y frenético después. Afuera, la nieve cubría de blanco el horizonte, y la noche se había instalado; adentro, el calor de la piel transpirada intoxicaba el ambiente, y las almas se aunaban en una cadencia única. Carola se estremeció e hizo presión con las manos, una contra la pared y la otra sobre la pierna de Ernesto. El cerró los ojos un instante y, después, sobrevino el silencio. No se escuchaba más que el viento en la distancia y los corazones que galopaban en el interior de ambos. Sin pronunciar palabra, Calavera plantó un beso tierno en la nuca de la mujer, se detuvo un momento a oler la fragancia femenina y después se alejó y comenzó a vestirse.

Ella se dio vuelta con desconcierto frente a la frialdad de ese cuerpo que le había levantado la temperatura de manera inusitada segundos atrás y lo observó perpleja. Pero no dijo nada. Aquella había sido la despedida, lo sabía bien. “En los negocios vale todo, hija, le había dicho una vez su padre, pero el precio que se paga es caro.”

“Uno puede hacer lo que quiera, agregaba su madre; lo que no puede es evitar las consecuencias.” Sintió que se le estrujaba el alma. Había recuperado la empresa, ¿pero era posible que hubiera perdido su propio futuro, la posibilidad de ser feliz? Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero las contuvo. No dejó de observar a Ordóñez, que se cambiaba con prisa, como si quisiera huir de aquel lugar, olvidarse de ella. Así, se detuvo en la manera en que el hombre se acomodaba el traje y, por último, le dedicaba una mirada que no logró descifrar. Luego de ajustarse la corbata y alistarse para partir, tomó el sobre que había arrojado al piso durante el fulgor del encuentro y se lo alcanzó.

—Cuando estés lista para aceptar la verdad sobre tu familia, llamame.

Sin más, Calavera se dio vuelta, atravesó el umbral y desapareció. Carolina Figueroa Lauthen, por su parte, se quedó sola, quieta, custodiada por las obras de arte que había heredado de su abuelo, junto con el buen gusto de su madre, el dinero de su padre y un sobre que no sabía si estaba dispuesta a abrir.

* * *

Mansión Lauthen, Bariloche, 8 de julio de 1997.

Carola escuchó los gritos y, de inmediato, se sobresaltó. Venían del estudio de su abuelo. Una mujer hablaba en alemán, y él respondía a viva voz. Jamás lo había visto perder la paciencia, nunca lo había

escuchado vociferar de esa manera. No lograba entender qué decían, ya que su madre jamás quiso que aprendiera el idioma de su abuelo. En cambio, hablaba italiano, inglés y francés a la perfección. Se levantó de la cama y avanzó sigilosa por el corredor. La inmensa mansión en la que vivía con su abuelo desde que había muerto su madre aún le resultaba ajena. Habían pasado cinco años ya y, sin embargo, todavía podía escuchar la risa de su progenitora flotar en el aire. Su padre, el gran jurista Figueroa, apenas la visitaba. El suicidio de la mujer casi lo había destruido y había encontrado la salvación en trabajar hasta el cansancio.

Uno de los escalones de madera crujió bajo el peso del cuerpo de la joven, que se detuvo un momento. La discusión continuaba. No habían notado su presencia. Continuó avanzando hasta llegar a la puerta del despacho. La luz de la habitación se filtraba por la rendija entre el marco de la puerta y la abertura. Apenas se asomó para distinguir a la mujer. La conocía, la había visto por el pueblo un par de veces. Era una señora tranquila que vivía en una de las casitas de la ladera, una de esas que parecían de cuento, según solía decir su mamá. No recordaba el nombre de aquella vecina que siempre estaba con su hija, una joven adulta con los ojos más tristes que jamás había visto. Aguzó el oído. Algunas de las palabras que pronunciaban le resultaban familiares porque su abuelo estaba decidido a heredarle la empresa familiar y, cuando le hablaba de la farmacéutica, usaba algunas expresiones en alemán. Hablaban de una droga, una medicina específica, una investigación que debía hacerse. No entendía demasiado a excepción de algún dato aislado. Se acercó un poco más a la puerta en tanto cuidaba que el paño de madera la ocultara por completo.

—Deberías dejar ir el pasado, Tania —aconsejó Franz Lauthen mientras se acercaba al escritorio, tomaba una tarjeta, escribía algo sobre ella y se la entregaba a la mujer.

Ella, que aparentaba más años de los que era probable que tuviera, tomó el documento con decisión, leyó con rapidez el texto y volvió a mirar al alemán. Había odio en los ojos de ella.

—Ya no tengo nada que perder —dijo en una voz más áspera y profunda de lo que imaginaba que podía tener aquella pequeña mujer—, ya no está Cyla, ni Lev... —Hizo una pausa—. Con la muerte de Lev, supe que no podía con usted —pronunció mientras los ojos se le nublaban—. Acepté sus condiciones, callé para que nos dejara en paz a mí y a mi hija. —Volvió a hacer una pausa. Lauthen la miraba con desdén—. Pero, desde que sé que Laura está enferma y que no hay nada que hacer..., ya no me importa qué suceda conmigo.

—Lauthen proveerá todas las drogas para su tratamiento —respondió Franz—. El laboratorio está a su disposición para la investigación que está realizando para encontrar una cura. No hace falta que siga trabajando en la sucursal de Buenos Aires. Puede continuar su labor aquí, en Bariloche, en nuestra central de experimentación. Para algo pagué sus estudios de Bioquímica. No ha sido tan mal negocio el suyo, Tania.

La mujer no respondió.

—Piénselo así: ¿de qué otra manera habría conseguido vivir con holgura en donde vive, sin preocupaciones, mandar a su hija a los mejores institutos y a una prestigiosísima universidad si no fuera por... —Lauthen se demoró mientras buscaba el término exacto— el seguro de vida que tiene? A fin de cuentas, este acuerdo que nosotros mantenemos es una mera transacción comercial. Usted hace algo por mí, y yo hago algo por usted.

—Ha sido el peor negocio de mi vida —respondió ella tajante.

—Pero ha tenido una vida bastante lujosa y relajada, a mi entender.

Franz Lauthen se acercó, pero Tania no se inmutó. Le había perdido el miedo al fantasma del pasado la noche en que había nacido Laura. Ese día, después de casi veinticuatro horas de trabajo de parto, sin la compañía de su marido Lev porque lo habían matado, sin familia y con la escolta de sus amigas Greta y Sara, había comprendido que, si no se defendía ella misma, nadie lo haría. Así, había aceptado la idea de Sara de fabricar un “seguro de vida”, como lo llamaba El Alemán, y, de esa manera, se había asegurado un hogar donde vivir, dinero y la tranquilidad de que ni ella ni su hija fueran a sufrir un extraño accidente como el de Lev. “Si algo me pasa, recordó haberle dicho con la niña recién nacida en brazos, todos los documentos que su mujer sacó de su casa llegarán a manos de Simón Wiesenthal, el cazador de nazis. Usted sabe lo que Sara se llevó de su hogar... Ocúpese de que mi vida y la de mi hija sean tan buenas que jamás deba utilizar ese recurso. Y no se moleste en buscar las pruebas, jamás llegará a ellas. Su esposa fue muy hábil. No podrá tocarnos, ni a ella, ni a esta niña, ni a mí, nunca.” Tania jamás olvidaría ese día, el momento exacto en que había terminado de pronunciar aquel discurso que había ensayado con Greta y Sara una y otra vez antes de que esa última le dejara un manojito de evidencias, se llevara otras y huyera de Bariloche,

—Todos los primeros de mes, Greta recibirá una postal de mi parte y te la hará llegar. Si no reciben noticias mías durante dos meses seguidos, vayan a ver a este abogado —le había dicho Sara al entregarle un sobre cerrado—. Voy a decirte a dónde responder en cada carta. Si yo no recibo respuesta, sabré que algo ha pasado. Será el único contacto que tendremos, pero vamos a ser libres y, algún día, Tania, cuando la vida nos dé la oportunidad, volveremos a vernos, y el Químico de Birkenau pagará por sus pecados.

Tania, Greta y Sara se habían abrazado fuerte aquella noche, la última vez que se habían visto. En ese momento, frente al que era el hombre que había torturado a su hermana Cyla en Auschwitz para ver

si había, o no, una reacción en la gemela idéntica, no pudo sentir nada más que furia. Ese monstruo había creído ser Dios. La mano derecha de Mengele había hecho con aquel puñado de niños inocentes lo que se le había antojado, y la vida no le había exigido saldar cuentas; en cambio, parecía seguir sonriéndole. Vivía en una mansión en el paraíso; en nada lamentaba la manera en la que se había comportado en el pasado. Era una bestia que, vestida con la piel de cordero del negocio farmacéutico, había devenido en filántropo local y se dedicaba a “diseñar medicamentos que salven vidas”, como lo pregonaba a quien quisiera oírlo. Lo único que no decía era cómo había experimentado con niños, como ratas de laboratorio, en una barraca infernal de un campo de concentración. Tania nunca iba a olvidar cómo el científico llamaba Alpha y Omega a dos gemelos sobre los que había prestado especial atención. Omega había muerto primero, pues su cuerpo no había soportado los experimentos salvajes de aquel maníaco; Alpha había sobrevivido, pero ese niño no era el mismo al salir de aquel laboratorio del terror.

Carola, que continuaba tras la puerta, observó con atención la mirada de acero que aquella mujer le lanzaba a su abuelo. ¿Qué seguro de vida tenía Tania Frydberg? ¿A qué se refería su abuelo cuando hablaba de ver “aquello” como una “mera transacción comercial”? Durante un segundo, olvidó que no debían percatarse de que estaba allí y, cuando notó que ambos se dirigían hacia la puerta, corrió al comedor y se ocultó tras el reloj de péndulo que había pertenecido a su abuela. Desde la oscuridad de aquel escondite, escuchó los pasos de Tania y Franz alejarse. Solo se animó a asomarse cuando estuvo segura de que no la verían. Así pudo observar el momento exacto en que la mujer pronunciaba aquellas últimas palabras que, durante algún tiempo, resonarían en los oídos de la niña como una incógnita sin resolver que, luego, sepultaría en algún compartimento estanco de la memoria.

—No juegue conmigo, coronel. —La mujer se detuvo frente al umbral y levantó la mirada para desafiarlo—. Aurora Moreno vino a verme. —Carola distinguió un destello de sorpresa en los ojos de su abuelo—. Le he dicho que su teoría es un disparate, que Sara Müller era una delirante —reveló, y Franz Lauthen retrocedió un paso: ¿por qué no estaba al tanto de tal encuentro?—, pero puedo llamarla y cambiar mi versión en un santiamén. Usted sabe que Aurora descubrió la verdad, y no va a detenerse hasta comprobarla.

Tras pronunciar aquellas palabras, Tania Frydberg se dio vuelta y salió de la mansión Lauthen, donde un Franz que parecía de súbito diez años más viejo arrastró los pasos hasta la escalera para regresar a su habitación. Carola no volvería a recordar jamás esa noche, no hasta el momento en que Ernesto Ordóñez le entregara un sobre con el sello de la organización Wiesenthal y le dijera que había ido a mostrarle pruebas sobre algo que, intuía, ella sabía pero no quería aceptar.

CAPÍTULO 18

Sobre la calle 25 de Mayo, casi esquina Belgrano, el antiguo club de bridge de la clase alta sanisidrense no parecía ser otra cosa más que eso, un centro donde las damas de la sociedad local acostumbraban jugar a las cartas y tomar *gin tonic* a la caída del sol. Pero no era tal cosa, sino la base secreta de Interpol en Buenos Aires.

El puesto de control, ubicado de manera estratégica en el corazón del partido, disimulaba una central de monitoreo y ejercicios para grupos de élite de primera línea. Sin detenerse a observar la fachada magnífica de aquella casona de principios de siglo veinte, Román Benegas acercó el vehículo que conducía hasta el lector biométrico de acceso y apoyó el dedo pulgar izquierdo. Una vez que el portón de entrada se abrió, la camioneta avanzó unos metros antes de que un nuevo control requiriera el iris de Benegas para garantizar su identidad. Román acercó el ojo al escáner y aguardó unos pocos segundos antes de que la compuerta sobre la que había ubicado el vehículo empezara a descender.

Así, mientras se quitaba el cinturón de seguridad y se acomodaba el traje, esperó para bajar a las entrañas de la tierra, a una ciudad subterránea que atravesaba San Isidro desde la Catedral hasta la costa del Río de la Plata. No había ocasión en que no se sintiera maravillado por aquel desarrollo de ingeniería. La base era la más avanzada de Latinoamérica. Con tecnología de punta que registraba el ir y venir de cada uno de los ciudadanos del lugar, ajenos al hecho de que eran espionados de manera permanente, y espacios dedicados de modo

exclusivo al entrenamiento de los grupos de élite, aquella agencia no tenía nada que envidiarle a cualquier sucursal en sitios aún más sofisticados. Así, cuando el vehículo se detuvo, Román descendió y avanzó con cierta cadencia hacia su despacho. Sin titubear, abrió la puerta y allí vio la escena más dantesca que jamás habría imaginado presenciar en aquel sitio. Roberta, su sexagenaria secretaria, enemiga acérrima de las sonrisas y la alegría, seria y recta como jamás nunca nadie lo había sido, estricta a niveles militares y antipática como ninguna otra mujer que había conocido, cargaba en brazos una bebé cercana al año. La niña lloraba, y Roberta no sabía qué hacer. No había una gota de instinto materno en la sangre de esa mujer que prefería combatir en la guerra antes que cuidar un infante. De hecho, esa había sido una de las primeras cosas que le había comentado en la entrevista que le había hecho más de veinte años atrás, cuando la agencia la había propuesto como asistente. Por primera vez en más de dos décadas, vio a la secretaria desconcertada y sin saber cómo proceder.

—Román, hacé algo —pidió. Lo había tuteado por primera vez en la vida—. Esta criatura no deja de llorar.

Benegas sonrió nervioso sin saber tampoco cómo proceder frente a tal inusitado evento, pero, ante la desesperación de su mano derecha de los últimos años, se acercó, levantó a la niña y la abrazó.

—Cora... —susurró él en tono amoroso al oído de la niña al mismo tiempo que comenzaba a acunarla—. Shh... Tranquila, Cora...

La pequeña pareció tranquilizarse al escuchar la voz conocida. Benegas había cuidado de ella unas horas mientras el padre de la bebé, Lao Lencke, se despedía del cuerpo de su mujer en Bariloche. Román sintió que la menor le apoyaba la cabeza sobre el hombro y lo abrazaba con desesperación.

—Explicame qué ocurrió, Roberta.

—La dejaron en la puerta con una nota para vos.

—En las cámaras, ¿no vieron nada?

—No fue Lencke, no había coincidencias biométricas en las imágenes. El hombre que la dejó desapareció.

—Lao no dejaría sola a su hija, estaba observando de cerca. Que releven las cámaras cercanas al lugar donde dejaron a la bebita. — Roberta asintió—. La nota que dejó, ¿dónde está?

La asistente le entregó un sobre cerrado con el nombre de Benegas escrito en él. Lo abrió sin dificultad, aún con la niña en brazos, que todavía llorisqueaba, pero más tranquila. Desplegó la carta y la leyó. El contenido de la misiva lo desconcertó. ¿Qué se suponía que debía hacer con eso? Guardó silencio un momento, dobló el papel y se lo metió en el bolsillo interior del saco. Lidiaría con ese tema más adelante. En ese momento, la prioridad era la niña, además de ubicar a Lencke antes de que fuera demasiado tarde.

* * *

Julia se ubicó frente a la computadora portátil de Ernesto Ordóñez y, luego de encenderla, comenzó a revisarla. En menos de un minuto, quitó la vista de la pantalla y, con los ojos clavados en los de Ciro, declaró:

—Tiene un troyano. Alguien instaló un *malware* y copió todo tu disco duro. Además, monitorea cada correo y archivo creado.

—¿Podés averiguar quién fue?

—Me va a llevar algo de tiempo, pero...

—¿Y si te digo quién creo que fue? ¿Eso ayudaría?

—¿Sabés quién te hackeó?

—Tengo una sospecha.

—¿Quién?

—Carolina Lauthen.

—¿La nieta de Franz?

Aguilar asintió.

—Lo que te conté cuando íbamos a la isla Huemul —dijo él—, que había comprado la mitad del paquete accionario de Lauthen S.A. como una sociedad anónima, una sociedad que no se conectaba en absoluto conmigo, ellos lo sabían. —El empresario, que hasta ese entonces había estado de pie junto a Julia, se ubicó al lado de ella—. Creo que Carolina aprovechó un encuentro íntimo con Ernesto para instalar el troyano en la máquina cuando él se durmió y ha seguido todos nuestros movimientos desde entonces.

—Voy a limpiar la máquina y ver qué más puedo averiguar, pero es bastante difícil que pueda rastrear más que cuándo se hizo si Lauthen accedió desde la misma computadora y no de manera remota.

Aguilar asintió y de inmediato miró la hora. Debía ir al aeropuerto.

—Tengo que viajar a Buenos Aires, hay ciertos documentos de mi madre que creo que nos van a ayudar en esta investigación.

—¿Tu madre?

—Mañana a primera hora estoy de vuelta —aclaró mientras se incorporaba y la tomaba de la cintura para acercarla hacia él— y te explico. Pero no me quiero ir sin antes decirte que es probable que este sea el peor momento para que los dos tengamos algo. —Aguilar hizo una pausa. Ella le devolvía la mirada sin pestañear—. Pero no te voy a dejar escapar, Julia. Aunque me lleve una vida, voy a lograr que aprendas a querer.

* * *

Román sintió que entraba en la dimensión desconocida. De manera súbita, su realidad había cambiado de modo radical. En sus brazos, una niña de apenas un año lloraba sin consuelo, y él estaba a punto de agotar su último recurso. Con un bolso al hombro, mientras intentaba calmar a Cora con tres tipos de chupetes diferentes que había comprado en la farmacia, respiró profundo y tomó valor. Luego tocó a la puerta. La espera le pareció interminable. Durante un segundo pensó en qué iba a hacer si no encontraba la ayuda que buscaba. ¿Qué iba a hacer con una bebé que no dejaba de llorar? Pero el alma le retornó al cuerpo cuando la puerta se abrió.

—Necesito tu ayuda —dijo el español en un tono de voz que sonó desesperado—. No sé cómo calmarla —agregó.

Verónica Ávalos, que llevaba un pantalón de pijama y una musculosa blanca, tardó un segundo en asimilar la imagen que tenía enfrente. ¿Qué hacía su exmarido, Román Benegas, el director mundial de Interpol, de pie en la puerta de su casa con una niña –a los gritos– en brazos y la desesperación instalada en el rostro?

—¿Tenés algo que decirme, Román? —preguntó ella entre sorprendida y divertida por la insólita situación mientras tomaba a la bebé en brazos y le indicaba que entrara a la vivienda.

—No es mía —aclaró de inmediato el agente, que cerró la puerta tras ingresar al hogar—, es la hija de Lencke.

—¿Lao Lencke?

Benegas asintió.

—Estaba en una misión. La gente que Lencke investigaba secuestró a Cora y a su madre. A la madre la mataron. —Verónica no pudo evitar hacer una mueca de dolor—. Lencke la dejó en la base de San Isidro y ha ido a buscar a los captores para vengarse. —Se abstuvo de mencionar lo que el agente había escrito en el sobre que había dejado a nombre de él. Aquel asunto no había dejado de rondarle la cabeza desde que había salido de San Isidro. Si lo que Lao decía era verdad, estaba ante la mayor crisis que un director de Interpol podía enfrentar.

Verónica escuchó aquellas palabras y no pudo evitar sentir una profunda pena por la bebita que lloraba sin consuelo en sus brazos. Sin perder un segundo, mientras sostenía a Cora, revolvió el bolso que Román había llevado y sacó un cartón de leche para bebés.

—Calentá la leche cuarenta segundos en el microondas. Esta nena tiene hambre.

Benegas, sin mediar palabra, se dirigió hasta la cocina. No necesitó indicaciones, conocía aquella casa a la perfección.

Enseguida, Verónica tomó un pañal, toallitas húmedas y ropa limpia y, sin perder un momento, procedió a cambiarla. Una vez que la niña estuvo aseada y cómoda con el pañal nuevo, el llanto cesó, y cuando Benegas le alcanzó la leche y ella se acomodó en el sofá para dárselo, la calma retornó a aquel hogar.

Román no pudo evitar conmoverse al ver a la mujer que más había amado mientras alimentaba a Cora. La niña no le quitaba los ojos de encima a Verónica, y su pequeña mano se aferraba con fuerza a la de ella. Con lentitud, a medida que la leche iba desapareciendo en la botella, los ojos de la bebé caían con pesadez. Así, la niña se quedó profundamente dormida en brazos de la mujer que la acunaba. Sin percatarse de los ojos amorosos de Benegas, Verónica besó la frente de la chiquita y sonrió. Román sintió que el corazón iba a salirse del cuerpo. Quería a esa mujer que había echado de su vida por ambición. En ese instante la necesitaba, le urgía recuperarla, y estaba decidido a hacer lo que fuera para conseguirlo.

—Vamos a acostarla —propuso Verónica, y se incorporó mientras le indicaba a Román que la siguiera—. La voy a llevar a mi cama, vos colocá los almohadones alrededor, así no se cae, y después vemos cómo seguimos. Esta nena necesita alguien que la cuide.

El director de Interpol acomodó las almohadas tal y como le señaló su exmujer y observó cómo ella recostaba a la niña con inmensa ternura. Luego, ambos se quedaron observándola dormir con placidez. Parecían extasiados frente a la imagen de la criatura acurrucada sobre el lecho. Verónica tomó una manta del ropero y la tapó, volvió a besarla en la frente y no pudo evitar acariciar uno de esos diminutos cachetes. Después apagó la luz de la habitación y, al salir, entornó la puerta y dejó encendida la lámpara del pasillo.

—¿Qué pensás hacer con Cora, Román? —inquirió la agente al tiempo que regresaba al cuarto de estar de la casa.

—No puedo blanquear la operación en la que está Lao —respondió Benegas, que recién en ese momento notó que no se había quitado el saco y que estaba agotado—; es muy peligroso para el equipo y para la niña. Pensaba...

Verónica lo miró fijo. Sabía lo que pensaba, lo conocía bien.

—No, Román —contestó taxativa.

—No puedo confiar en nadie más —suplicó él.

—¡Román, yo no puedo hacerme cargo de una chiquita, trabajo todo el día!

—Vero —dijo él al tiempo que se acercaba a ella—, esto es una misión.

—¡No, Román! Es una locura lo que me pedís. Acabo de entrar a liderar la Unidad de Delitos Culturales, estoy hasta el cuello con lo de los objetos nazis que encontramos en Beccar y lo tengo atrás a Schatz como un sabueso que me está volviendo loca con la catalogación de cada cosa y su conservación. Además, estoy empezando una investigación nueva y...

—¿El asunto de El Cairo? —interrumpió Benegas, que continuaba con un avance lento, cual cazador tras su presa. Verónica se sorprendió. Durante un segundo, había olvidado que él era el director de la agencia para la que trabajaba.

—No quiero dejar esta investigación —murmuró en tanto lo miraba a los ojos al tiempo que tomaba conciencia de que aquella conversación no iba a terminar bien. Benegas estaba cada vez más

cerca, y ella no había dejado de extrañarlo ni un segundo—. Me interesa la Operación Cairo, Román —suplicó en un hilo de voz.

—No te voy a sacar de la misión —respondió él. La había arrinconado contra la puerta que antecedió al comedor de la casa—. Solo te reasignaré unos días a un trabajo especial. —Benegas levantó los dedos y, con una dulzura que había olvidado que ocultaba en algún oscuro recoveco del alma, le acomodó un mechón de pelo tras la oreja y le recorrió el contorno de la cara con suavidad. Una descarga eléctrica los sobresaltó a los dos. Verónica tragó saliva sin moverse. La cabeza le corría a mil por hora y, sin embargo, no podía pensar.

—No podés hacer eso —refutó ella.

—Claro que puedo —dijo él sonriente—; soy tu jefe.

—Es abuso de poder.

—Tendrás que denunciarme —contestó él con una sonrisa en los labios antes de capturar la boca de la mujer en un beso que la dejó sin aire en segundos.

Verónica no quería pensar. En ese momento, lo último que quería era analizar lo que estaba haciendo, pero, como si una fuerza de voluntad que no controlaba la poseyera, se obligó a apartarse y clavó los ojos en su exmarido. Allí, frente a ella, la persona que más la había hecho sufrir volvía a desarmarla con la mirada. Román podía con ella, derribaba todas barreras que ella erigía, destruía su fuerza de voluntad sin esfuerzo alguno. Mantuvo la mirada sobre la de él unos segundos más. Respiraban agitados, confusos; ella ya no quería pensar, tampoco resistirse.

—Te extraño, Vero —susurró él en un gemido.

—Vos te fuiste —le reprochó ella con la voz agitada.

—El peor error de mi vida —respondió él mientras comenzaba a besarle el cuello con lentitud.

—Estoy empezando algo con Justo —confesó Verónica, aunque Benegas ya lo sabía.

—Pueden venir mil Zapiolas —dijo el director de Interpol mientras le quitaba la camiseta de tirantes—, pero no van a significar nada, Verónica. Siempre serás mía.

Ella sintió que el último bastión de entereza se desmoronaba cuando Benegas le mordió con suavidad el cuello. Ya sin resistencia, cerró los ojos y se entregó al juego que le planteaba el agente. No quería pensar. El cuerpo le pedía a gritos el contacto con Román, lo extrañaba, lo anhelaba... y, sin embargo, en algún compartimento remoto de la conciencia, el recuerdo de Justo Zapiola en su cama afloraba sin permiso. Estaba frente a una encrucijada e iba a tener que decidir, pero no aquella noche, aquel no era el momento para pensar. En ese instante, lo único que quería era sucumbir a los encantos de Román Benegas.

* * *

Laboratorio Lauthen, Bariloche, diciembre de 1999.

Laura ingresó a su puesto de trabajo más temprano aquella mañana. No era que necesitara recuperar horas ni que tuviera un jefe que la persiguiera; lo cierto era que no tenía jefe. Ella tenía total libertad

dentro de Lauthen, pero también tenía claro que no podía comportarse como cualquier empleada. Ella era la protegida de Franz Lauthen y sabía a la perfección que aquel no se trataba de un vínculo de amor, sino de silencio. Ella no diría quién era él, ni mostraría las pruebas que tenía sobre la verdadera identidad de ese hombre; él, a cambio, les procuraba a ella y a su madre un buen pasar y le había garantizado a ella, en especial, una educación de excelencia. Entonces, con el título de bioquímica y un cáncer que le corría por las venas, no hacía más que dedicar días y noches a la investigación. No sabía si alguna vez encontraría cura para aquel mal que la aquejaba, pero sí que haría lo posible para evitar el sufrimiento de otros y, sobre todo, para que el criminal que había convertido en un calvario la infancia de su madre pagara por cada uno de esos pecados. Por eso, aprovechó que se encontraba a solas en el laboratorio y que la luz del sol de verano arañaba la ventana para tomar los documentos que necesitaba y guardarlos en su bolso. Luego regresó a la pantalla de la computadora y al microscopio donde la placa de Petri la esperaba para continuar con el análisis que había empezado hacía tanto tiempo atrás y que no lograba terminar.

Releyó las anotaciones de la noche anterior. Nada de lo que había escrito parecía tener sentido. Resopló, echó la silla para atrás, y el sonido de las ruedas de metal sobre el piso de cemento retumbó en la profundidad de la sala de investigación. Estaba sola, tan sola como siempre. Las lágrimas se le agolparon en el rabillo de los ojos y tuvo que esforzarse para no dejarlas escapar. La vida, desde que tenía uso de razón, había sido una existencia solitaria y sombría. Su madre se había ocupado de mantenerla a resguardo del resto del mundo, siempre habían sido solo ellas dos, recluidas en una casita de cuento en el medio de las montañas, seguras y a salvo. En ese momento, cuando el avance de la enfermedad que padecía era apremiante y las horas del reloj parecían no alcanzar, cuando la vida se le escapaba sin permiso y el cerebro comenzaba a fallarle, tenía que aprovechar el

tiempo de lucidez que le quedaba para tratar de encontrar una cura. Aunque fuera consciente de que aquel deseo quedaría trunco, no pensaba desperdiciar un segundo de lo que le restaba de vida.

Volvió a empujar la silla. Las ruedas sobre el suelo giraron y, otra vez, el sonido inundó el inmenso habitáculo. Laura acercó el dedo índice hasta el rabillo del ojo y contuvo una lágrima. Respiró hondo, como si de aquella manera pudiera aletargar esa corriente demoledora que avanzaba por sus venas en tanto la carcomía de manera corrosiva, lenta y caprichosa. Ese padecimiento había ocupado su vida de manera absoluta, hasta abarcarlo todo, sin posibilidad de escape o liberación. Se estaba muriendo. No le quedaba mucho tiempo, un par de años como máximo, y aquel día, lo sabía, iba a cambiar el curso de su historia.

CAPÍTULO 19

Ciro atravesó el umbral de la casa de sus padres y no pudo evitar recordar su infancia. Enseguida percibió el aroma a las glicinas, que podía sentirse aún sin siquiera haberlas visto –se encontraban en el jardín de atrás–, y el tintineo incesante de los llamadores de ángeles que su madre había colgado tantos veranos atrás y que disfrutaba escuchar desde el escritorio. Sonrió. Aquel era un lugar de recuerdos felices. Incluso luego de la muerte de Aurora, Matías Aguilar se había ocupado de hacer de aquel sitio un refugio dichoso.

La casona se ubicaba en el centro del terreno, en una de las pocas manzanas del barrio que no se habían vendido para lotear y construir varias casas. La de los Aguilar estaba pintada de un blanco impoluto y, además de casa de huéspedes, pileta y cancha de tenis, tenía un garaje separado de la construcción principal, donde Matías Aguilar, el dueño de casa, guardaba varios automóviles de colección. Ciro notó que el BMWNYSE plateado estaba estacionado frente al porche de entrada. Sonrió. Su padre estaba en casa. Al escuchar movimiento, los perros del hogar se acercaron a saludar, y el barullo de los animales hizo que Matías se asomara desde el estudio a ver qué sucedía. Cuando vio a su hijo, el rostro se le iluminó.

El presidente de Cronos no pudo evitar sentirse orgulloso de su padre, un hombre que, con setenta y cinco años, se mantenía activo y lúcido como siempre. Jugaba al golf todos los sábados, nadaba todos los días de la semana y seguía al mando de las empresas familiares con el mismo espíritu que hacía cincuenta años. Cuando lo vio salir al

jardín con una sonrisa de oreja a oreja y los anteojos puestos, fue como regresar el tiempo atrás, cuando volvía del colegio y lo encontraba ocupado en la oficina, y él salía a recibirlo. También rememoró las ocasiones en que regresaba del exterior –donde había hecho sus estudios de grado y posgrado–, y su padre estallaba de orgullo y felicidad al verlo atravesar la puerta de entrada.

—No te esperaba, Cirito —dijo Aguilar padre mientras estrechaba en un abrazo amoroso a su hijo.

—Hola, papá —respondió a quien no dejaba de causarle gracia que siguiera llamándolo “Cirito” aunque ya tuviera cuarenta y ocho años—. Vengo a buscar unas cosas.

—¿De casa? —se sorprendió.

—De mamá.

El anciano arqueó una ceja.

—Mamá llevaba unos diarios, siempre los guardaba en su escritorio. ¿Te parece que podré verlos?

—Claro, hijo, todo lo de tu madre es tuyo. Pero no entiendo...

—Estoy trabajando en algo —confesó Ciro.

El viejo Aguilar comprendió entonces en qué andaba su hijo, quien pudo ver cómo un manto de tristeza cubría los ojos del mayor.

—Sabés... —dijo Matías.

Ciro asintió.

—¿Cómo te enteraste?

—*Omi Sara* me lo contó.

Matías desvió la mirada un minuto y respiró profundo. Siempre había temido ese momento.

—Sara prometió guardar el secreto.

—Hizo bien en decírmelo.

—No —respondió enojado—. Ese secreto le costó la vida a tu madre.

—Papá...

—Sara debería haberse callado. Debería haberle negado a tu madre la verdad sobre su padre, nada bueno iba a salir de ahí.

—Lauthen es el Químico de Birkenau, papá. Quiero que pague por sus pecados, por lo que le hizo a *Omi* ...

—Sé a la perfección quién es el coronel Von Strauss —refutó Matías con furia contenida—. Conocer la verdad sobre su progenitor marcó la vida de tu madre y también la nuestra; no voy a permitir que ahora te la arruine a vos.

—Papá —dijo Ciro para tranquilizarlo—, estoy trabajando con una unidad especial de interagencias de inteligencia y con el Centro Simón Wiesenthal para probar que Lauthen es el último criminal de guerra nazi prófugo y capturarlo. Es una gran misión, un plan en el que no he dejado nada librado al azar y que ha demandado diez años de mi tiempo. Es una promesa que le hice a *Omi* Sara...

Matías observó a su hijo durante un momento. ¿Cuándo, ese niño de rulos simpático y observador, se había convertido en un hombre tan centrado y admirable? Ciro había atravesado varias fases en la vida, algunas bastante críticas; sin embargo, siempre había logrado sacar algo positivo de cualquier situación. Aurora habría estado orgullosa de verlo convertido en el hombre que era. No obstante, más allá de la nobleza de aquella quimera, lo que más le preocupaba era la

caja de Pandora que Ciro estaba a punto de destapar. Había cosas del pasado que era mejor no conocer. Así lo habría preferido él, por lo menos. Quizás Aurora seguiría viva si él no se hubiera enterado de los secretos de su esposa. Un sinsabor amargo se le instaló en la boca. Tragó saliva y desvió apenas la mirada para que su hijo no notara las lágrimas contenidas en los ojos. Luego dijo:

—Te escucho, y es como ver a tu madre.

Ciro sonrió.

—Entremos —prosiguió Matías mientras disimulaba el nudo en la garganta y pasaba un brazo por sobre los hombros de su hijo—. Yo sé dónde están los diarios de mamá. ¿Qué buscas con exactitud?

—No sé —respondió Ciro—, pero necesito ver todo lo relacionado a su investigación sobre la lanza sagrada.

—¿La lanza alemana?

El más joven asintió.

—¿Vos sabías que mamá le cedió a Lauthen el veinte por ciento del paquete accionario de Cronos?

Matías Aguilar se detuvo en seco. La cara de sorpresa de aquel hombre delató la falta de conocimiento respecto a aquella transacción.

—Un mes antes de morir, mamá le cedió su parte de Cronos a Lauthen.

—No entiendo... —mintió Aguilar padre, que intuía por qué lo había hecho. Apretó los puños con la misma furia de aquella noche fatal, pero su hijo no lo notó.

—Yo tampoco, papá —dijo Ciro, y se llevó los dedos a la nuca. Estaba cansado—, pero creo que tiene que ver con la lanza. ¿Entramos?

En silencio, padre e hijo ingresaron a la casa para adentrarse, unos metros después, en el despacho de Aurora Moreno. Matías apretó el interruptor de las luces, que se fueron encendiendo con cierta tardanza, casi como si estuvieran despertando de un largo sueño. Hacía años que no entraban ahí porque cruzar ese umbral, para Matías, era extrañar aún más a su mujer. Durante un segundo, le pareció oler el aroma a jazmín del perfume que ella usaba. Luego divisó una flor del jardín erguida en un pequeño jarrón bajo la ventana. Sonrió. Blanca, el ama de llaves de toda la vida, extrañaba tanto a Aurora como ellos y seguía colocando las flores favoritas de la señora Aguilar en el escritorio que ella amaba, donde había pasado tantas horas dedicada al estudio y al trabajo.

—Hay olor a mamá —comentó Ciro con los ojos húmedos.

—Blanca sigue acomodando los jazmines y se ocupa ella en persona de limpiar el despacho. No deja que nadie más lo haga.

—La extraña...

—Tanto como nosotros.

Ciro asintió al tiempo que recordaba cómo Blanca, una mujer ahora entrada en años que era parte de la familia desde que tenía memoria, se había ocupado de él y de Calavera con devoción y amor infinito.

Casi como si se tratara de una íntima ceremonia, Matías se acercó a las ventanas y abrió las cortinas. La luz de la tarde se filtró por los tres inmensos ventanales y, durante un segundo, sintió que todo

volvía a ser como antes y que estaba en presencia de su mujer. No pudo evitar sonreír. Aurora estaba allí, entre ellos, podía sentirla.

Los rayos de sol iluminaron las bibliotecas inmensas, el escritorio de madera lavada de Thompson Brothers y el sillón de pana donde Ciro recordaba haber visto leer a su madre a lo largo de tardes enteras. Vio entonces cómo su padre se acercaba al mueble inglés y lo abría con cierta elegancia.

—El escritorio está tal cual lo dejó la última vez que estuvo acá. No tuve el valor para desarmarlo —confesó el viejo Aguilar.

—No recuerdo haber entrado muchas veces más acá después del accidente. El estudio de mamá, sin ella, es un cuarto amoblado, nada más.

—Y, sin embargo, tu madre está en cada una de estas cosas... —reflexionó Aguilar padre mientras se sentaba en la silla tras la gaveta.

Matías sintió una opresión en el pecho en el preciso instante en que acomodó el cuerpo al asiento, que crujió bajo su peso. Allí estaban las fotografías de Ciro y Ernesto cuando tenían ocho años y otra de unas vacaciones en Punta del Este, además de la de los cuatro en la Puerta del Sol. Sonrió. Habían tenido una buena vida. Habría querido que fuera más larga, pero el pasado de Aurora había intercedido de manera macabra y había recortado el futuro.

—Guardaba sus diarios y sus cuadernos de trabajo en el primer cajón —recordó Matías mientras lo abría—; por lo menos el que estaba usando en ese momento. El resto está en los estantes de allá. —El hombre señaló una de las bibliotecas, en cuyos estantes superiores, protegidos por unas puertas de vidrio, podían verse infinidad de cuadernos de cuero negro, que Aurora Moreno usaba como diarios personales y anotaciones sobre sus investigaciones.

Ciro se acercó a los anaqueles y sobrevoló con la mirada la cantidad de libretas. Cada una llevaba un año grabado en el lomo, y estaban ordenados desde 1970 en adelante. El último era el de un año antes de la muerte de Aurora.

—Su investigación sobre la lanza sagrada está separada del resto, esa era una investigación especial, su El Dorado. —Matías sonrió al recordar cómo se apasionaba su mujer por aquel mítico objeto—. Está todo guardado en el último cajón —indicó al señalar el escritorio al tiempo que metía la mano en un compartimento oculto del mueble y sacaba una llave—. Con esta llave, lo abrís. —Ciro tomó el objeto, y luego su padre abrió otro cajón—. Este era su cuaderno de notas y diario al momento de su muerte. —Le entregó el ejemplar—. No he leído ninguno, no he podido... —comentó luego—. Te dejo a solas para que...

—Papá —interrumpió Ciro. Matías se dio vuelta—, ¿vos pensás que el pasado nos define?

El viejo Aguilar regresó sobre sus pasos y se sentó en el sillón de pana verde oscuro.

—No. Creo que uno puede verse condicionado por el pasado, pero que también puede elegir si lo define o no. Tu madre luchó contra su historia hasta que decidió enfrentarla. Ella estaba decidida, como vos, a probar que Lauthen era Von Strauss... El destino coartó su camino.

—Pero su pasado arruinó su futuro.

—La fatalidad arruinó su futuro, Ciro. Tu madre tuvo un accidente.

—Pero, si ella no hubiera ido a verlo a Von Strauss...

—Pero fue, y el accidente ocurrió. No podemos cambiar lo que ya sucedió, pero sí podemos trabajar para tener un mejor futuro. Vos lo sabés mejor que nadie.

Ciro asintió.

—Vos no dejaste que el pasado te determinara, siquiera que condicionara tu futuro. Ni vos ni Ernesto lo permitieron.

—Hicimos un pacto... —recordó él.

—Sobrevivieron, Cirito —dijo Aguilar, a quien aún le temblaba el cuerpo cada vez que recordaba aquella noche fatal—. Lo que ustedes dos vivieron...

—Gracias por habernos salvado —interrumpió Ciro, que no quería rememorarlo.

—Vos salvaste a Calavera, hijo. Vos fuiste el héroe, yo solo me ocupé de los aspectos legales. —Aguilar hizo una pausa—. El pasado no hace quienes somos. La suma de nuestras acciones diarias y su coherencia marcan el camino; el resto lo construimos y determinamos nosotros. Nada está dicho.

Aguilar terminó de pronunciar aquellas palabras y salió del que había sido el despacho de su mujer. Ciro necesitaba resolver el rompecabezas de esa historia a solas, aquel era un viaje en el que no lo podía acompañar.

* * *

Calavera atravesó el ala Moreno del hotel Llao Llao sin siquiera contemplar el paisaje que lo circundaba. Seguía repasando el encuentro que acababa de tener con Carolina Lauthen. Confiaba en que ella ya hubiera abierto el dossier que le había entregado y esperaba recibir noticias de su parte en breve. Pero algo en el interior del abogado le decía que no iba a ser tan fácil. Sin dejar de darle vueltas al asunto, se encontró de pronto frente a la habitación. Abrió la puerta y, para su sorpresa, una mujer estaba sentada frente a su computadora en el escritorio del cuarto.

—Julia Durée, me imagino —dijo Calavera al acercarse.

Ella asintió de inmediato y sonrió. Algo en Ernesto Ordóñez le cayó bien desde ese primer momento.

—Ciro me pidió que revisara tu notebook.

—Me dijo —contestó él en tanto estrechaba la mano que le ofrecían. Julia Durée era una belleza exótica, de esas que a Ciro le quitaban el aliento. Se jugaba la vida a que le había echado el ojo, entre otras cosas—. Parece que soy un imbécil y me hackearon —confesó derrotado.

—No te preocupes, ya eliminé los archivos espías y te puedo decir qué información específica te robaron.

—A que adivino... —propuso Calavera—. La composición societaria de Rache Inc., el estado de cuenta de la sociedad en el Credit Suisse y los estatutos de la compañía.

—Sabían lo que buscaban —afirmó Durée.

—Y sabían cómo encontrarlo —respondió Ernesto mientras se señalaba a sí mismo—. Me engañaron tan fácil...

—Carolina Lauthen.

—Carola Figueroa para mí —aclaró Calavera—. Fui un estúpido.

—Las mujeres sabemos cómo obtener lo que queremos, no te aflijas.

Ernesto sonrió resignado.

Julia estaba por decir algo cuando el teléfono le vibró. Miró la pantalla y vio el mensaje de WhatsApp de Ciro. “Dejamos algo pendiente.” Julia no pudo evitar sonreír. “Llego mañana a primera hora y lo terminamos.”

—¿Ya no tiene manera de ver mis archivos? —interrumpió Ernesto, lo que la obligó a alejarse de la pantalla.

—No puede ver nada más. Tu máquina está limpia. Ahora estoy revisando tu teléfono —contestó ella sin dejar de pensar en el mensaje de Aguilar y en el remolino de sensaciones que unas palabras tan simples podían despertarle.

* * *

Ciro no dejaba de pensar en Julia, en la conversación que habían tenido en el cementerio y en todo lo que no le había dicho. También notó que la extrañaba, que le urgía hablar con ella, olerla, sentirla. Estacionó la camioneta en el hotel y, antes de bajar, observó la caja con los diarios, cuadernos y documentos de su madre que había llevado. La tomó y descendió del vehículo. Las palabras que le había

dicho a Julia antes de irse le resonaban en la cabeza: “No te voy a dejar escapar, Julia. Aunque me lleve una vida, voy a lograr que aprendas a querer”. Lo cierto era que, en el fondo, quería que ella aprendiese a quererlo a él. Con esa idea en la cabeza, atravesó el vestíbulo del hotel y distinguió que los primeros rayos del sol arañaban el firmamento. La mañana se adivinaba fría, igual a las últimas que había pasado allí.

Sin dar demasiadas vueltas, tomó el pequeño dispositivo que había ido a buscar especialmente a Cronos y lo acercó a la cerradura digital del cuarto de Julia. En menos de un segundo, la luz verde parpadeante indicó que el cerrojo se había abierto, y entró a la habitación sin permiso. En la penumbra, pudo divisar el cuerpo de la mujer bajo las sábanas. En silencio y sin dejar de mirarla dormir, se quitó la ropa y se metió bajo el cobertor con ella. El contacto con el otro cuerpo desnudo lo estremeció, y ella, de manera instintiva, se aferró a él con anhelo.

—Te estaba esperando —susurró ella al oído de Ciro.

—Antes de que sigamos —murmuró él mientras la abrazaba y sentía la desnudez contra la de él. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en lo que quería decir—: tenés que saber que no soy ningún santo. Te lo dije en el cementerio..., mi pasado es muy oscuro.

—Pero a mi vida estás trayendo mucha luz, Ciro —murmuró ella, y sin poder contener el impulso, se apretó a él y le mordió el cuello.

No hizo falta más para desatar a la bestia en Ciro Aguilar, y así Julia entendió que había otro modo de querer, uno en el cual la cuidaban.

* * *

—Yo también corría contra el viento —dijo Ciro con la vista en el techo mientras acariciaba la espalda de la mujer que reposaba junto a él—. Cuando la conocí a Kim, mi exmujer —aclaró—, pensé que sería para toda la vida. Ella es una chica inteligente, graciosa... Al principio, éramos invencibles; juntos, éramos todo, podíamos con todo. Lo que me contaste sobre Emilio y vos me hizo recordar a mi vida con Kimberly. En algún momento nos perdimos, no sé qué sucedió... ni cómo se rompe un vínculo que uno siente tan fuerte. Ella tuvo un amante, y eso me destruyó el ego, sentí que tocaba fondo.

Julia lo escuchaba en silencio.

—Pero, en realidad, toda mi vida ha sido una carrera contra el viento, Julia. —Ciro se incorporó en la cama y la obligó a mirarlo a los ojos—. Y aunque corra como nadie, nunca compensaré lo que hice. —Aguilar volvió a callarse y tragó saliva—. Cuando te conté sobre mi padre, que él salvó a Calavera... —Hizo una nueva pausa y, durante un momento, pensó en buscar una manera sutil de revelarle el más oscuro de sus secretos, pero decidió que lo mejor era ser directo, hablar con la verdad—. Fui yo, yo maté a Santiago Basile, el tío de Ernesto. Mi padre me cubrió, pero yo lo maté.

Ciro sintió una extraña sensación de liberación tras pronunciar aquellas palabras. Casi cuarenta y dos años atrás, había hecho un pacto con Calavera según el cual jamás revelarían lo que habían

vivido en esa casa del terror. Aquella mañana, mientras le ponía palabras a esa angustia y Julia lo escuchaba y le tomaba la mano, sintió que el aire le regresaba al cuerpo.

—Una tarde —prosiguió Ciro—, Santiago fue a buscar a Ernesto al colegio. Yo sabía que algo sucedía en esa casa porque Calavera no era el Cala de siempre, era un ente, pero no me quería contar qué estaba ocurriendo. Así que le dije a su tío que me iba con ellos, que mis padres estaban al tanto. El hombre se encogió de hombros, como si no le importara si era verdad o no, y nos llevó a su casa. Teníamos seis años.

Ciro respiró con profundidad antes de continuar el relato. Julia le besó el pecho en un gesto que desconocía en ella y lo alentó a seguir sin pronunciar palabra. Él necesitaba hablar.

—Cuando llegamos a su hogar, la casa que yo había visitado cientos de veces porque Cala y yo éramos inseparables, me encontré con una zona liberada. —Aguilar volvió a pausar la narración mientras buscaba las palabras adecuadas—. En ese momento, solo la vi sucia y desordenada, mi cabeza no entendía lo que ocurría. Santiago no estaba solo, había otro hombre con él. Ese tipo agarró a Ernesto y se lo llevó a un cuarto. Santiago aspiró unas líneas de cocaína delante de mí, aunque en ese momento no entendí qué era lo que estaba haciendo, y empezó a divagar. Gritaba, se reía, lloraba... Estaba pasado... Entonces escuché a Calavera gritar. Y corrí, corrí como si pudiera ganarle al viento, entré en ese cuarto y, con una fuerza que todavía no puedo explicar, me abalancé sobre el extraño que estaba encima de Ernesto. Lo mordí, y el tipo me empujó con tal violencia que volé hasta la otra punta de la habitación. Entonces lo vi: sobre una mesa, había un revolver. No pensé; corrí, lo agarré y, en el preciso instante en que Santiago atravesó el umbral para sacarme de en medio y dejar a su amigo con Ernesto, le disparé. Cinco veces. El recuerdo del cuerpo que se sacudía como una gelatina luego de cada impacto de bala me ha atormentado durante años. Basile cayó al piso

en un charco de sangre. El otro desgraciado corrió y se escapó. Entonces lo vi a Ernesto, con la sangre de su tío sobre la cara y el torso desnudo, los ojos rojos, el pecho que le subía y bajaba agitado, blanco del miedo. “Llamá a tu papá, Ciro”, me dijo en un hilo de voz. Y lo llamé. Para cuando llegó papá, nos encontró abrazados mientras llorábamos al pie de la escalera. En el piso de arriba, lo esperaba un cuerpo con cinco agujeros de bala.

—Le salvaste la vida a Ernesto —razonó Julia.

Ciro asintió.

—Lo único que lamento es no haber descubierto qué sucedía antes.

—Tenías seis años, Ciro. Nadie puede imaginar, a esa edad, algo así.

—Esa misma noche, mi padre trajo a Calavera a vivir con nosotros. Después se encargó de tapar el asunto y, para la ley y el resto de los mortales, él mató a Santiago Basile en defensa propia. Cuando el tema quedó arreglado, Ernesto y yo hicimos un pacto: no volveríamos a hablar de lo ocurrido allí. Tampoco íbamos a contárselo a nadie. —Ciro sonrió con melancolía—. Sos la primera persona a la que le cuento esto... —Volvió a hacer una pausa—. Nunca más mencionamos el tema, pero, cada año, en vísperas de la fecha en que nuestra vida cambió, Cala me llama. Hablamos del pasado, de la vida, de todo, pero nunca de lo que ocurrió. Sin embargo, antes de terminar, siempre dice “Gracias, Cirito”, y los dos sabemos a qué se refiere.

Otra vez en silencio, Aguilar atrajo a Julia hacia sí y volvió a recostarse en la cama. Aquel era un capítulo de su propia vida que nunca había compartido con nadie. Confesarle aquel terrible secreto a Julia le había dado cierta paz, una que hacía mucho no sentía.

* * *

La carpeta que le había entregado Calavera reposaba en la mesa del escritorio donde, horas atrás, habían estado juntos. Con los dedos sobre las solapas aún cerradas, se resistía a abrirla. En su cabeza, resonaba una conversación que había enterrado en algún recoveco recóndito de la memoria.

—¿Quién era ese hombre? —recordó haber preguntado Carolina al ver a una persona con la que su abuelo había estado hablando en alemán en aquel mismo escritorio tantos años atrás.

—Nadie importante —había respondido Franz Lauthen mientras encendía un cigarrillo.

—Te llamó “coronel” —recordó haber insistido ella.

—Te habrá parecido —había negado el anciano que ya arañaba los setenta y cinco años y que, aun con una gran fortuna amasada, continuaba trabajando con ahínco y dedicación.

—¿A quién estás investigando, abuelo?

Franz Lauthen había levantado la cabeza del documento que estaba leyendo.

—¿Por qué me preguntas eso, Carolina?

—No sé mucho alemán, pero entiendo bastante después de tantos años con vos. Ese hombre hablaba de una mujer desaparecida y del robo de una documentación importante.

En ese momento, Franz Lauthen había lamentado haber insistido en que su nieta aprendiera a hablar aquel idioma. Debería haber cumplido la voluntad de la madre de Carolina, que nada había querido saber con aquella lengua.

—No te metas en cosas que...

—El hombre dijo que esa mujer tiene pruebas que te incriminan. ¿Tengo que preocuparme, abuelo?

Franz había sentido que la mandíbula tensa se le aflojaba. Esa muchacha que estaba abandonando la adolescencia y empezaba a convertirse en mujer en verdad lo quería. Nadie en el mundo lo había mirado con una devoción tan pura y noble como su nieta Carolina. Ella, su heredera, era la única persona en la que confiaba y por quien habría dado la vida si hubiera hecho falta.

—Algún día, querida nieta —había dicho Franz Lauthen—, van a contarte historias sobre mí, sobre mi pasado. —Se había aclarado la garganta, había dado una pitada al cigarrillo que giraba entre sus dedos y había continuado—. No creas nada de lo que dicen. Tan solo sobreviví. Hay épocas de nuestra historia que demandan decisiones que no tomaríamos en situaciones normales.

—No entiendo, abuelo. ¿Qué me querés decir?

Carolina recordó que Lauthen había cerrado los ojos un momento, casi como si estuviera buscando las palabras justas, mientras el humo del cigarro se contoneaba con libertad sobre el escritorio hasta formar una pequeña nebulosa de nicotina que había inundado el ambiente con un singular aroma.

—Algún día vas a entender, Carolita —había respondido Lauthen mientras le acariciaba el contorno del rostro con gran cariño—. Vos sabés quién soy yo, no creas nada de lo que te digan. Tu abuelo fue un

maestro de Química en un mundo revuelto. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir y he debido convivir con mi consciencia todos estos años, pero no olvides nunca, Carolita, quién es tu abuelo: un hombre bueno, amante de la ciencia, que sobrevivió al horror.

Carolina, que había olvidado por completo aquella conversación, la repasó en su memoria antes de abrir el archivo que tenía frente a ella. Con cierto recelo al anticipar que lo que vería no iba a gustarle, levantó la solapa de la carpeta y miró la primera página. Lo que encontró le heló la sangre.

CAPÍTULO 20

Ciro se levantó de la cama con la intención de que Julia no notara su ausencia. Cerró la puerta de la habitación y encendió la luz general de la sala. Allí, sobre la mesa baja, frente al sofá de la *suite* que ocupaba, descansaba la caja con los cuadernos de trabajo de Aurora Moreno, su madre. Se sirvió un café y miró la hora. Eran casi las nueve de la mañana. Corrió las cortinas para que entrara la luz natural. Afuera, nevaba cada vez más fuerte. Sin perder tiempo, se sentó en el sillón y abrió la caja. Separó los diarios personales por un lado, que eran todos cuadernos de cuero de tapa violeta. Solo había llevado algunos, los que a simple vista parecían tocar el tema de la lanza y el que ella había estado escribiendo en vísperas de su muerte. Por otro lado, hizo una pila con las anotaciones de trabajo, que eran cuadernos más ordinarios, algunos manchados con café y sucios por el trajín del día. Ciro evocó entonces una imagen en la que su madre revolvía la cartera en busca de algo y sacaba muchas cosas, entre ellas aquel cuaderno de tapa dura que entonces tenía él entre las manos. Por último, apartó los de la investigación de la lanza alemana que había registrado durante años. Aquellas eran libretas de tapa azul marino y, a diferencia de los demás, tenían hojas lisas. Allí, su madre había registrado observaciones, frases, dibujos y planos.

De todos los documentos que había traído, la bitácora de investigación de la lanza le resultaba la más interesante, así que decidió empezar por ahí. Abrió el primer libro. La frase que iniciaba el

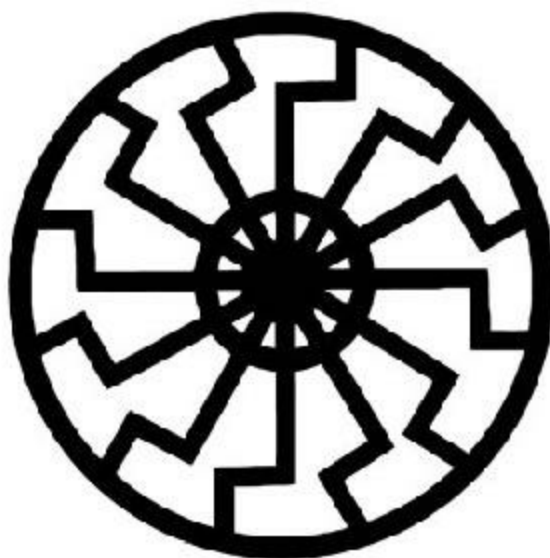
escrito estaba resaltada: “Quien posea la lanza tendrá el destino del mundo en las manos”. A continuación se podía ver el siguiente dibujo:



Ciro recorrió las líneas de la imagen con la yema de los dedos y no pudo evitar sentir cierta nostalgia al ver el trazo definido de Aurora. Aquel se trataba del emblema de la Ahnenerbe, lo había visto cientos de veces en el despacho de su madre. Cada vez que le preguntaba, ella le daba la misma explicación: “*Deutsches Ahnenerbe* era la forma abreviada de la ‘Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana’, *Ciro*. Estaba integrada por miembros de la SS y era una suerte de entidad científica, que de científica no tenía nada en realidad –aclaraba–, que buscaba realizar y divulgar experimentos con fines educativos en apoyo de la ideología nazi. En particular, buscaban respaldar las teorías relacionadas con la raza aria en paralelo con las pesquisas sobre la raza germana”. “No entiendo, mamá”, recordaba haberle preguntado *Ciro*, y *Aurora*, con el humor sin eufemismos y la claridad científica que la caracterizaban, le

respondía: “Eran un grupo de locos que creían que iban a encontrar el Santo Grial y que los alemanes eran una raza superior, por eso buscaban una comprobación científica de esa hipótesis”.

Aguilar casi podía escuchar las palabras de su madre al recordar esa conversación. El tono de voz de ella, la risa luego de las preguntas inquisitivas, la manera que tenía de explicar con facilidad lo difícil y de convertir el mundo en un campo de investigación. Con ese recuerdo en la mente, continuó leyendo. Su madre hablaba de la posibilidad de que, además de las tres lanzas que existían –una en custodia del Vaticano, luego la lanza Echmiadzin en Armenia, y una tercera, la lanza de Viena, apropiada por Hitler durante la ocupación de Austria–, el *Führer* hubiera mandado a hacer dos réplicas. Según esa teoría, la original siempre había quedado a resguardo del líder alemán. Pero lo que más llamó la atención del empresario fue la nota resaltada a continuación: “Heinrich Himmler, fanático del ocultismo y jefe de la Ahnenerbe, formó un círculo de caballeros dedicados a la protección y veneración de la lanza santa y le encargó a un químico nazi, especialista en materiales antiguos, dos réplicas exactas.” La mención del científico nazi se trataba, sin duda, de una referencia al Químico de Birkenau, el coronel Von Strauss, pero no sería válida como prueba. Sin embargo, el diagrama que observó dibujado en la página siguiente le aceleró el pulso. Había visto ese símbolo antes y sabía dónde. Allí, en tinta oscura, su madre había dibujado un sol negro.



Al margen de la ilustración, Aurora había escrito: “La lanza era codiciada por muchos. Quien la tuviera controlaría el mundo. Hitler se negaba a entregarla. TF tiene pruebas de que la pieza fue parte del pago que Hitler le hizo al presidente Juan Domingo Perón a cambio de protección y anonimato”. Ciro levantó la mirada del escrito. El corazón se le había acelerado. ¿Era posible? ¿Acaso era factible que Hitler no hubiera muerto en el búnker, sino que hubiera negociado un escape con el Gobierno de Perón?

Ciro se incorporó. Las rutas de ratas mediante las cuales criminales de guerra como Eichmann y Mengele habían escapado eran ya de público conocimiento. Pero Hitler había muerto en Berlín, según la historia oficial. ¿Su madre había estado a punto de cambiar el relato de los hechos como se los conocía? Aguilar volvió a sentarse, quería leer más. Dio vuelta la hoja y sobrevoló con la vista la lista de nombres que Aurora había garabateado en otro de los márgenes del borrador. Pero sus ojos se detuvieron en una última anotación: “La lanza que se le entregó a Perón es una réplica. La original se encuentra oculta, en posesión y custodia de los caballeros de la Sacer Ordo”.

* * *

Rafael Schatz ingresó a su oficina y revisó los llamados que Nora, su asistente, le había dejado anotados con perfecta caligrafía sobre una página reciclada de una agenda del año 83. Sonrió. Nora era metódica y perfeccionista, reutilizaba cuanto podía. La conciencia ecológica de la secretaria había llegado a niveles preocupantes. Por momentos, la oficina parecía un basurero municipal, pero él hacía la vista gorda porque la empleada, además de eficiente, era una de las personas en las que más confiaba. Tomó la página vieja de la agenda y la guardó en el cajón. Luego encendió la luz sobre el escritorio y dejó que su mirada se perdiera tras la ventana. La tarde moría de manera inexorable, y la noche asomaba sus garras, sigilosa y seductora. Habría deseado estar en otro sitio y no en la oficina, pero había algo que le urgía terminar. Había dedicado el día entero a catalogar el hallazgo que el equipo de Delitos Culturales de Interpol había hecho en la zona norte de Buenos Aires. En una habitación secreta de una casona de Beccar, habían hallado setenta y cinco objetos nazis, entre los que se encontraban varias piezas usadas por Hitler. Una de ellas, por ejemplo, era la lupa de plata con la esvástica grabada en cuya caja alguien había ocultado un conjunto de fotografías que, a simple vista, parecían reales –por demás perturbadoras– y un largo escrito que le aceleró el pulso sobremanera. Volvió a mirar la hora. Si bien era tarde, no quería demorar más aquel llamado.

—Ruth —dijo sin presentarse. Conocía demasiado a la representante del Centro Wiesenthal en Argentina como para perder tiempo en nimiedades—, necesito que vengas a mi oficina, ahora. Entre las cosas que encontramos, hay algo que debés ver.

* * *

Ciro volvió a levantarse del sofá y fue a buscar el maletín. Allí, entre otras tantas cosas, estaba el sobre que Greta Werner le había entregado con la imagen del general Perón, el doctor Richter y el coronel Von Strauss en la isla Huemul. También estaba la estampa bíblica en la que Longinos atravesaba el costado de Jesús. “Tania me pidió que le dijera que nada es lo que parece”, le había dicho Greta.

Mientras volvía a echarse sobre el sofá, colocó, uno junto a otro, el retrato, la estampa y el papel que había encontrado en la caja de seguridad del Banco del Sur, donde se podía leer “Sacer Ordo”. Así, con un elemento seguido del otro, no veía nada. Recordó que en el teléfono tenía las fotografías del mural en la isla. Las buscó, colocó el aparato junto al resto de los objetos y se detuvo en los detalles del grafiti. “¿Qué es lo que ves?”, le había preguntado a Julia en la casa refugio antes de que ella se quebrara en llanto y comenzara a contarle sobre el terrible pasado que la acechaba. Luego, los sucesos los habían obligado a dejar atrás ese asunto, y no había vuelto a pensar en aquella pintura de la crucifixión en la que Longinos hería a Jesús. En ese instante, con la pantalla frente a él, se detuvo en los detalles. Agrandó la imagen y volvió a observar lo que había visto en la isla.

Tania Frydberg había sido una mujer muy astuta, el camino de pistas que había trazado era tan perfecto que no dejaba de sorprenderlo. El asunto entonces era descubrir qué significaba aquello que estaba viendo.

* * *

Verónica pensó que soñaba. A lo lejos podía escuchar el llanto de un bebé. No había ningún niño en el sueño, estaba con Justo. Se reían. El lloriqueo continuaba. Justo la abrazaba. Los chillidos eran cada vez más fuertes. Abrió los ojos, y la realidad la despabiló en segundos. La habitación parecía más oscura que de costumbre, y entonces recordó a Román y a Cora. Se dio vuelta, pero la cama estaba vacía. Benegas se había ido, y la niña estaba en el cuarto contiguo. Saltó del lecho y corrió al dormitorio donde la beba se había sentado en la cama y lloraba desconsolada. Al verla, la pequeña estiró las manos. Cuando Ávalos la alzó, la abrazó con fuerza.

—Tenés hambre —adivinó Verónica sin esperar respuesta. La niña asintió, y la agente sonrió sorprendida. La criatura era más inteligente de lo que parecía.

Enseguida fue hasta la cocina y le ofreció una galletita de vainilla mientras comenzaba a preparar la leche. La niña se concentró en comer el bizcocho, y Verónica aprovechó para sentarla en el sillón de la sala de estar y tomó el teléfono al tiempo que la leche se calentaba en el microondas.

“¿Dónde estás?”, escribió.

“Fui a buscar a Lencke, respondió Benegas desde algún lugar. Cora ya perdió a su madre, no voy a permitir que pierda a su padre también.”

Verónica apretó el teléfono con fuerza. Odiaba a Román Benegas. Lo odiaba y lo amaba al mismo tiempo. ¿Por qué sucumbía cada vez que lo veía?

“¿Qué hago con esta nena, Román? Tengo un operativo hoy.”

“Ya lo arreglé, respondió él por WhatsApp. No la dejes sola, no confío en nadie”.

Ávalos sintió que volvía a perder el control de su propia vida, y eso la descolocó. Se ocuparía de la niña, pero, después de eso, iba a poner punto final a la relación con Román. Nada bueno salía de aquellos encuentros y, de nuevo, él quería disponer del tiempo de ella, de su vida, de ella misma. El pitido del microondas la distrajo. Tomó la leche y se la alcanzó a la niña mientras encendía el televisor y buscaba un canal infantil. Así, pasó los canales hasta que la pequeña empezó a gritar de alegría al ver cierto dibujito animado, por lo que Verónica dejó el televisor en esa frecuencia y estaba por prepararse un café cuando el timbre sonó. Se acercó a la puerta y miró la pantalla de la cámara de seguridad para ver quién era. No esperaba visitas tan temprano. Justo Zapiola estaba detrás de la puerta. El corazón le dio un vuelco. Abrió sin pensar demasiado y sonrió.

—No estás cambiada —observó él desconcertado.

Ella lo invitó a pasar y le señaló a la niña sobre el sillón. El rostro de Zapiola dejó entrever cierta sorpresa.

—¿Y esto?

—Cora Lencke —respondió Verónica en tanto observaba a la infante que engullía con fruición la leche.

—¿Por qué...?

—Acaban de matar a su madre. Lencke la ha dejado en las oficinas de San Isidro, fue a buscar venganza.

—¿Y por qué vos...?

Justo no había terminado de formular la pregunta cuando la puerta principal se abrió y Román Benegas atravesó el umbral. Verónica había olvidado que él aún tenía llaves y no llegó a decir nada antes de que Benegas la atrajera hacía él y le plantara un beso, sin haber notado a Zapiola.

—Me olvidé el rastreador de GPS —dijo—. Sin eso, no...

Entonces Román vio al comisario y se detuvo en seco. La cara se le transformó. Zapiola, por su parte, tras contemplar esa escena, comprendió lo que estaba ocurriendo y sintió que un calor engeguecedor le recorría el cuerpo. De inmediato, los ojos del policía se clavaron en Ávalos y, sin pronunciar palabra, hizo una mueca triste, sonrió y avanzó hacia la puerta.

—Justo —lo llamó ella para intentar detenerlo.

—No me digas nada, Verónica: está todo muy claro.

—Justo, esperá —insistió ella—. Dejá que te explique.

—Mentime despacio, muñeca —respondió él con los ojos teñidos de furia y tristeza—. Se ve que soy bastante lento para entender.

Zapiola salió de aquel edificio sin siquiera echar una última mirada hacia atrás. Verónica, desconcertada, se quedó quieta, en silencio. Román, que no había esperado encontrar a Zapiola allí –en especial después de la noche que habían compartido–, no pronunció palabra, sino que se limitó a buscar el aparato que había olvidado, besar en la frente a la pequeña Cora y caminar hasta la puerta. Estaba demasiado furioso como para decir algo.

—Román, vos sabías que yo estaba con Justo.

Benegas se dio vuelta y la enfrentó. Los ojos del hombre se habían convertido en hielo.

—Si estás con Justo, ¿por qué te acostaste conmigo? —respondió en un tono que Verónica jamás le había escuchado. Había decepción en esas palabras.

—Román... —murmuró ella en un hilo de voz.

El director de Interpol regresó sobre sus pasos y se detuvo frente a su exmujer.

—Yo no voy a ser tu amante, Verónica. No tengo la edad, ni me interesa entrar en ese juego. Vas a tener que decidir, o Justo o yo. —Hizo una pausa y luego agregó—: Apenas resuelva el tema de Lencke, mandaré a buscar a Cora y podrás retomar tu trabajo como siempre, con el tema de Egipto o lo que quieras. No voy a interferir en tus asuntos. Creo que lo mejor va a ser que no estemos en contacto durante un tiempo.

Luego dio media vuelta y dejó la casa de la oficial. Ella, por su parte, se quedó en silencio, sin poder pensar ni sacarse de la cabeza los ojos tristes que acaban de despedirse de ella mientras, detrás, se escuchaba la cortina musical de una caricatura animada.

* * *

Justo ingresó al departamento de la Policía Federal Argentina y, sin saludar a nadie, se encerró en la oficina. Allí, en la soledad del despacho, pateó el tacho de basura, y los papeles que había dentro parecieron volar en cámara lenta. El comisario observó la escena y le resultó tan absurda y ajena a la vez que se dejó caer sobre el sillón y, durante un segundo, no supo cómo seguir. La vibración del teléfono lo distrajo. Verónica estaba llamando. Rechazó la comunicación y silenció el aparato. Había llegado la hora de volver a dedicarse al trabajo y arrancar a la oficial Ávalos de su vida.

* * *

La representante del Centro Simón Wiesenthal en Buenos Aires atravesó el portal del Instituto de Antropología y Arqueología de la República Argentina y saludó al guardia nocturno con un movimiento de cabeza al mismo tiempo que rechazaba la escolta que le ofrecía hasta las oficinas de Schatz. Conocía el camino. Apuró el paso y subió al ascensor que estaba detenido en la planta baja. Iba hasta el último piso. Allí la esperaba un hallazgo sorprendente y perturbador según Rafael. Dentro del habitáculo, a medida que ascendía, se fue

arreglando el pelo y se observó en el espejo. El reflejo que halló le agradó. Acababa de cumplir cuarenta y no los aparentaba. Llevaba el pelo oscuro recogido, apenas una gota de maquillaje y un vestido negro corto que le sentaba de maravilla. Descendió del elevador cuando se detuvo y avanzó con cierta cadencia hacia el despacho del antropólogo. Tocó y, desde dentro, una voz le indicó que ingresara.

—Ruth —dijo Rafael, tras lo cual se incorporó y se acercó a besar en la mejilla a la mujer que conocía desde hacía tantos años—. Perdoná la hora, sé que es tarde, pero tenés que ver esto.

El antropólogo, un hombre de estatura mediana y ojos claros, con el pelo ya entrecano, que rozaba los cuarenta y cinco años y que contaba en su haber con dos exmujeres y dos hijas del primer matrimonio, invitó a Ruth a acercarse al escritorio. Allí, ella solo pudo distinguir objetos con simbología nazi, nada que no hubiera visto antes: un águila de hierro, propaganda de la SS, una lupa de plata con la esvástica grabada y algunas fotografías. También había una caja con muchos retratos y documentos.

—Hay algo que no estoy viendo... —supuso ella mientras trataba de dilucidar el acertijo.

—Esto es solo una parte de lo que encontramos hoy en Beccar. Recién estoy empezando con el proceso de identificación, catalogación y demás, pero, cuando estaba trabajando con esta lupa —explicó Schatz mientras tomaba una antigua caja de madera oscura con el símbolo nazi grabado—, se me cayó la caja que la contenía. Adentro, en un compartimento oculto, encontré esto.

Rafael le entregó un sobre. Ruth lo abrió con premura y comenzó a leer la carta manuscrita que databa de 1947. Casi sin respirar, revisó el documento al tiempo que el corazón le latía cada vez más rápido a medida que avanzaba. Cuando terminó de leer, nerviosa, hurgó el sobre en busca de todo aquello que se mencionaba en el escrito. Al

observar las fotografías, el alma le dio un vuelco. En ese momento, Ruth Benzar supo que ya nada sería igual porque el mundo como lo conocía acababa de cambiar de manera radical.

* * *

Bariloche, 1947.

Sara observó su rostro en el espejo. Un dejo azul violáceo, apenas perceptible, se disimulaba detrás del corrector y el tapa ojeras. Había que observarla muy en detalle para siquiera notarlo, Franz se había asegurado de ello antes de confirmar la reunión que tendría lugar aquella noche en la casa del matrimonio Lauthen. Cada vez que alguien se refería a ella como “la señora de Lauthen”, sufría. Hacía casi un año y medio que se habían casado, pero la vida marital en nada se parecía a lo que había imaginado. A diferencia del hombre romántico y caballeroso que la había cortejado durante seis meses, la persona que había conocido luego de la boda había sido un extraño que, cuando quería, se convertía en el peor de los monstruos. Los últimos dieciocho meses, la vida de Sara se había ido transformando en un calvario, aunque las últimas semanas habían sido más calmas. Aquella noche, tenían invitados, y la mujer de El Alemán, como le decían en el pueblo, no podía aparecer en público con la evidencia de una golpiza en la cara.

El timbre la sobresaltó y dejó de mirar el reflejo. Enseguida, se alisó una arruga imaginaria en el vestido negro que llevaba y se acomodó el cabello. Caminó hacia la puerta y abrió. Del otro lado, un

hombre al que ya había visto un par de veces en la casa le sonreía.

—Rudi —saludó ella con fingida alegría de verlo. La verdad era que el secretario privado de Perón, con ese tono de voz forzado y esa falsa seguridad que la fama y el dinero le habían dado, no le caía bien en absoluto. El hombre se acercó y la besó en la mejilla. Sara lo invitó a entrar.

Franz apareció detrás de ella con los brazos abiertos para recibir al invitado que ya conocía bien.

—¡Qué alegría verte! —expresó el anfitrión al estrechar la mano del invitado—. Sarita, dos whiskys —ordenó. Ella compuso una sonrisa que, para cualquiera que en realidad la conociera, se habría evidenciado forzada y lejana. Sin embargo, se apresuró a llegar al bar y sirvió las bebidas—. Pensé que el matrimonio Schütelmayer iba a venir contigo —agregó intrigado Lauthen.

—Llegarán en breve —respondió Freude—. Hay algo que me gustaría comentarte antes de que arriben.

Lauthen asintió y se acercó para escuchar mejor.

—Esta mañana, ha llegado desde Córdoba un científico austriaco que le ha propuesto al presidente Perón un proyecto innovador que ubicará a nuestro país como potencia mundial.

Lauthen escuchaba con atención.

—El investigador está trabajando en la fusión nuclear, que nos permitiría contar con una fuente casi inagotable de energía. Este proyecto es primordial para el presidente, y nuestros amigos Schütelmayer están viniendo con él. Queremos que el profesor Richter se sienta cómodo, por eso pensamos en que no hay nada mejor que otro científico para darle la bienvenida e insistimos en organizar este encuentro.

—Todo colega de bien es recibido en mi casa —aceptó Lauthen mientras bebía el whisky que su esposa le había alcanzado.

—También queremos pedirle un favor. —Lauthen asintió para invitar a Freude a que continuara hablando—. Richter necesita un lugar discreto y seguro para trabajar mientras se construye el laboratorio en la isla Huemul. Allí instalará una usina nuclear.

—El profesor Richter puede usar la nueva ala de mi laboratorio todo el tiempo que lo necesite. Nadie lo molestará allí. Contará con la seguridad y discreción que una investigación de este calibre requiere.

Rudi Freude sonrió. No se había equivocado al sugerirle al presidente Perón que solicitaran la ayuda del farmacéutico.

—¿Ha disfrutado el General el obsequio que le entregué en nombre del señor Schütelmayer? —preguntó Lauthen, con lo cual dio un giro radical a la conversación.

Freude asintió.

—Nunca lo he visto tan feliz por un objeto —respondió.

El químico volvió a sonreír mientras se llevaba el vaso con el líquido ámbar a los labios. Por dentro, no podía dejar de regocijarse. Había logrado fabricar una réplica exacta de la lanza. No había una gota de sacralidad en aquel objeto que el general Perón veneraba con devoción.

—Brindemos por la lanza sagrada, entonces —propuso Lauthen en tono festivo.

—Por la lanza —respondió Rudi, e hizo chocar su copa con la del anfitrión en el preciso instante en que el sonido del timbre irrumpió en el cuarto de estar de aquel hogar.

—Los Schütelmayer y el profesor Richter ya están acá —informó Sara para anunciar la llegada del resto de los concurrentes. Iba a tener que agregar un puesto en la mesa, dado que Franz le había informado que serían tres, y no cuatro, los agasajados.

Lauthen se puso de pie exultante. Ante él se encontraba el matrimonio Schütelmayer, que no eran otros que Eva Braun y Adolf Hitler.

CAPÍTULO 21

Julia dejó que el sabor del café se alojara en su boca unos segundos antes de tragarlo. Durante aquel proceso, mantuvo los ojos cerrados, como si quisiera detener el tiempo y guardar ese momento en la memoria. Hacía mucho tiempo que no sentía que tenía algo en verdad bueno en la vida y, más allá de la madrugada que había compartido con Aguilar, los secretos que se habían revelado le había dado un tinte especial a aquel comienzo. Era evidente que había una inesperada y profunda conexión entre ellos. Lo observó en detalle. Estaba sentado en el sillón de la sala de la *suite*, concentrado en una pila de cuadernos y anotaciones que había ido a buscar a Buenos Aires. Aún no la había notado. Tan enfocado estaba que no la había escuchado levantarse y preparar un café en la Nespresso que había junto al minibar. Volvió a beber. Se detuvo en la curvatura de la espalda del empresario mientras leía un documento sobre la mesa y en la prolijidad de esas manos cuando pasaban las páginas de un diario viejo. ¿Dónde había estado Ciro cuando no había estado con ella? ¿Por qué no lo había conocido antes? Sonrió ante la futilidad de aquellas preguntas y dio otro sorbo al café. Quizás aquel había sido el momento de encontrarse y no antes, quizá la vida los había preparado todos esos años para conocerse en el instante preciso. Recordó el momento exacto en que lo había visto. Él los estaba esperando a Lao y a ella en la puerta de una mansión de cuento y, sin ningún tapujo, la había recorrido con la mirada. Después, al estrecharle la mano, Julia había sentido una descarga eléctrica que la había tomado por sorpresa.

—¿Vas a mirarme mucho tiempo más? —preguntó Aguilar sin darse vuelta en un tono de voz divertido.

La agente sonrió.

—Pensé que no te habías dado cuenta. —Avanzó y se sentó al lado de él.

—Yo me doy cuenta de todo —respondió él serio, y le dio un beso tierno. La mujer con el pelo revuelto y los labios hinchados que estaba frente a él no era la misma de la noche anterior. Quizá los demonios siguieran intactos en el interior de aquella mujer, pero una pequeña luz de esperanza brillaba en la profundidad de esos ojos tristes—. Me gustaría abocarme a otras cuestiones —dijo él antes de besarle el cuello con suavidad. Ella rio—, pero necesito mostrarte algo. —Aguilar tomó el celular y le mostró la fotografía del mural que habían encontrado en la isla—. ¿Qué ves?

Julia apoyó la taza de café sobre la mesa, se acomodó en el sofá y observó la imagen. La agrandó en el centro, volvió a mirarla y levantó la vista de la pantalla.

—Es un texto.

—Exacto. ¿Significa algo para vos?

—¿Para vos sí? —quiso saber ella desconcertada.

—No, nada. Tania Frydberg no deja de sorprenderme.

* * *

Carola sintió que le faltaba el aire. Volvió a leer el párrafo que estaba resaltado en el expediente.

Nos separaron apenas llegamos. A mi hermano lo mandaron con otro grupo de gemelos, no lo volví a ver. Yo quedé en manos del coronel Von Strauss. Ese día me inyectaron un químico en los ojos. Von Strauss quería probar si lograba cambiar la pigmentación de mi iris. Después de una semana de inoculaciones, perdí la vista. Con el tiempo, llegué a recuperar el setenta por ciento del campo visual de mi ojo izquierdo.

Lo leyó una tercera vez. Necesitaba respirar. Se estaba ahogando.

Se levantó del escritorio y caminó abombada hasta la ventana. La abrió. El frío de la noche le golpeó el rostro con la misma violencia que lo que acababa de descubrir. Tenía el corazón desbocado cuando apoyó las manos sobre el alféizar e intentó serenarse. De todo lo que había examinado en aquel archivo siniestro, podía dudar, pero el testimonio de aquel sobreviviente de Auschwitz la alteró por completo. Había un dejo de familiaridad en el procedimiento que describía aquella víctima del Holocausto. Cerró los ojos y, durante un instante, sintió como si estuviera en el laboratorio de Lauthen, muchísimos años atrás. Incluso era capaz de percibir el aroma a

formol y escuchar el sonido de los zapatos de su abuelo contra el linóleo del piso. El farmacéutico había tomado a una de las ratas de la jaula y, mientras sujetaba al animal para aplicarle una inyección en el ojo, le había explicado: “Hace muchos años que investigo una mutación en la pigmentación del iris”. En ese momento, había pausado la aclaración para aplicar la fórmula en uno de los ojos del animal y había agregado: “Mi madre tenía una enfermedad llamada albinismo oculocutáneo. Ese mal se caracteriza, entre otras cosas, por una falta de pigmentación en la piel, el pelo y los ojos. Su vida habría sido otra si hubiera existido una cura”. Las palabras de Franz no dejaban de retumbarle en la cabeza.

Retornó al escritorio, se acomodó frente a la computadora portátil y accedió a los archivos confidenciales de la farmacéutica. Navegó con destreza por la biblioteca virtual en tanto filtraba documentos mediante palabras clave. Enseguida el algoritmo del sitio arrojó los resultados que buscaba. Allí, frente a ella, se encontraba el dossier de la investigación que su abuelo había llevado a cabo. “Nada de lo que te digan es cierto, yo solo era un profesor de Química que hizo lo que tuvo que hacer para sobrevivir”, recordó que le había dicho. Y ella, que lo amaba profundamente, que había crecido y aprendido de las manos de ese hombre, que era la única familia que en verdad le quedaba después del suicidio de su madre y el alejamiento de su padre... Ella, que habría dado la vida por su abuelo, sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos.

* * *

Ruth se dejó caer sobre un sillón que había en el despacho del antropólogo y necesitó un momento para procesar todo aquello que había visto y leído.

—Esto es...

—Increíble —interrumpió Schatz.

—Cambia la historia, Rafa. ¿Te das cuenta? —Ruth volvió a mirar las fotografías.

—Todavía tenemos que probar que no sean montajes.

—¿Quién más sabe de esto? —quiso saber Benzar.

—Solo vos. Esto lo tenemos que manejar con mucho cuidado.

Ella asintió.

—¿Cómo seguimos? No lo podemos ocultar.

—Mandemos a analizar las imágenes, corroboremos que no sean falsas. Mientras, busquemos a los herederos de Sara Müller. Esto les pertenece a ellos también.

* * *

Ciro observó el perfil de Julia y no pudo evitar sonreír. No sabía casi nada de ella y, sin embargo, sentía que eran dos almas que se conocían desde siempre. Nada iba a ser fácil con esa mujer, lo intuía. Una muralla inquebrantable la rodeaba como un custodio invisible y silencioso que velaba por la seguridad de aquel corazón malherido y torturado. Aquella profunda tristeza que había adivinado en los ojos de la agente el día que la había conocido se había vuelto carne en ella. Julia debía perdonarse primero para luego volver a querer. Ciro deseaba más que nada que ella solo lo quisiera a él. Observó cómo la mujer se levantaba del sillón con el teléfono aún entre las manos. Contemplaba en detenimiento la imagen del mural en la isla.

—Deberíamos ir a ver al grafitero —resolvió segura de sí misma—. Tania tiene que haberlo contactado para esto.

—El prefecto dijo que era uno de los chicos del pueblo.

—Vamos —respondió Julia, apurada por salir de la habitación—. Bajemos a la recepción, ahí tienen que saber quién es este tal Clio que firma el mural.

Ciro y Julia tomaron sus abrigos y las llaves de la camioneta y bajaron al vestíbulo del hotel en busca de las respuestas que necesitaban. Caminaron en silencio, con cierta cadencia, hasta el ascensor. Una vez allí, luego de que las puertas del habitáculo se cerraron y ellos parecieron haberse aislado del mundo, Ciro la atrajo hacia sí hasta darle un beso que la descolocó. Ella dejó que él la abrazara fuerte, como hacía tiempo no lo hacían, y devolvió el beso con avidez.

—Pensaba que, cuando todo esto termine —le murmuró él al oído—, me gustaría tomarme unos días de vacaciones y llevarte a mi lugar en el mundo.

Ella sonrió.

—¿Cuál es tu lugar en el mundo?

El empresario se alejó apenas para poder mirarla a los ojos.

—Vas a tener que venir conmigo para averiguarlo.

Durée le besó con suavidad los labios y se alejó en el preciso instante en que las puertas del ascensor volvían a abrirse.

—Lo voy a pensar —respondió entusiasmada por primera vez en mucho tiempo.

Ciro asintió esperanzado mientras le apoyaba la mano en la espalda y salían del ascensor con dirección a la recepción. Cuando se aproximaron, el teléfono de él vibró, por lo que tuvo que disculparse con Julia, que hablaba con el empleado tras el mostrador, y alejarse para responder el llamado.

—Sí —dijo sin preámbulos.

—Ciro, abrí Twitter —ordenó Calavera desde el otro lado de la línea.

—¿Qué sucedió?

—Gotham City Research acaba de publicar un informe demoledor sobre Cronos. Nuestras acciones acaban de bajar un treinta y cinco por ciento, y la rueda recién arranca...

—¿Nos están comprando?

—Sin cesar.

Ciro sintió que le faltaba el aire. Durante un segundo, perdió noción de dónde estaba y de qué debía hacer.

—Es lo mismo que le hicieron a Quindell y Gowex en 2014 —señaló en tanto trataba de recuperar la compostura—. Franz Lauthen no me va a dar tregua.

—Hicimos un pacto con Lauthen, no creo que sea él.

—¿Y quién si no? —preguntó Aguilar enfurecido—. Voy a llamar a la Nena.

—A la Nena dejá que yo la maneje —intervino Calavera, que sabía que Ciro no estaba en condiciones de resolver una situación como aquella. No podía considerar siquiera la posibilidad de perder Cronos, así que debía actuar con cuidado—. Yo me encargo, Ciro.

—Vos no podés manejar a la Nena Lauthen, Cala, te da vuelta con un pestañeo.

—Ciro —intervino Ernesto serio—, tranquilizate, habla con Raúl en Nueva York. Yo me ocupo de Lauthen.

Aguilar cortó la comunicación absolutamente enfurecido y sin poder decidir qué hacer. Julia, que se aproximaba en ese preciso instante, notó que ocurría algo.

—¿Qué te dijeron en la recepción? —quiso saber el empresario mientras trataba de serenarse.

—¿Qué sucedió, Ciro?

—Lauthen está detrás de Cronos. Quiere destruirme y sigue atacando.

—No durante mucho más tiempo. Vamos, ya sé a dónde tenemos que ir.

* * *

Verónica estaba acostada en la cama, con una niña dormida sobre ella. De alguna manera, la vida de la agente había dado un giro radical en veinticuatro horas. Su historia con Justo parecía estar escapándosele, y Román... Román siempre la colocaba entre las cuerdas y después desaparecía.

La niña dijo algo entre sueños. Verónica le apoyó la mano sobre la espalda y la acarició en un gesto amoroso. ¿Qué se suponía que iba a hacer con una beba en casa todo el día? En la agencia la habían entrenado para todo. Recordó que, muchas veces, durante las largas jornadas de adiestramiento, se había preguntado si aquel hipotético escenario que le planteaban los profesores sería posible, porque le resultaba demasiado rebuscado o, incluso, cercano a la ciencia ficción. Pero aquel evento en el que ella terminaba como una de las coprotagonistas había superado cualquier ficción. Jamás la habían preparado para cuidar a una criatura, y ella carecía de instinto maternal. Sin embargo, el cuerpo caliente de la pequeña sobre su pecho y la manito apoyada sobre su mejilla le generaban una sensación única e indescriptible. Se trataba de un sentimiento que nunca había experimentado, como si algo primitivo y arcano empezara a aflorarle de algún compartimento secreto y sellado en su interior.

Estaba incómoda, así que se acomodó despacio para no despertar a Cora y se estiró apenas para tomar el control remoto de la mesa de luz y encender el televisor. Desactivó el sonido y buscó el canal de noticias. Miraba sin ver. La cabeza de Verónica repasaba los

acontecimientos de aquella mañana. Justo y Román. Los dos en su casa. Román y Justo. ¿Había tentado al destino al haberse acostado con Benegas? ¿Por qué había arriesgado lo que apenas estaba arrancando con Justo si ya conocía a Román? “Porque Benegas te puede, Verónica”, se reprochó, furiosa por haber sucumbido a los encantos de aquella serpiente traicionera. Román lograba que se le desestabilizara el mundo, pero, cuando estaba con Justo, apenas él la miraba, el corazón le daba un vuelco. ¿Se podía amar a dos personas al mismo tiempo? Resopló frustrada. Iba a tener que decidir. Román había sido claro, él no iba a convertirse en un amante, y ella tampoco quería eso. Ya había atravesado esa experiencia y no la recomendaba. Durante un par de años, había sido la amante de un comisario casado con el que no mantenía más que una relación de sexo brutal y primario y, por más satisfactorio que fuera aquel vínculo carnal, a fin de cuentas, no era más que una gran nada. Ya no quería amantes en su vida, ni exmaridos que sabían cómo desarmarla con las palabras exactas; tampoco novios melancólicos con alma de rebelde frustrado. Ella quería tranquilidad. Así, sin meditar demasiado el tema, mientras palmeaba la espalda de la beba que dormía tranquila sobre su pecho, tomó la decisión que le iba a cambiar la vida para siempre.

* * *

—Es acá —indicó Julia mientras estacionaba la camioneta y descendía con premura del vehículo.

Aguilar la imitó y bajó del coche sin titubear.

—Qué lugar más singular para que viva un grafitero —comentó el empresario, sorprendido por el esplendor de aquella antigua casona del siglo diecinueve en perfectas condiciones que dominaba el paisaje.

—Es una grafitera —corrigió Julia mientras se anunciaba en un intercomunicador—. Parece que Clio es una artista plástica local que, además, es hija de un reconocido filántropo.

—Werner... —murmuró Ciro atónito, como si hubiera tenido una epifanía.

—Exacto.

—¿Clio es nieta de Greta Werner?

Julia asintió. De manera súbita, Aguilar comprendió que aquel entramado trazado por Tania Frydberg era mucho más sofisticado de lo que había imaginado.

* * *

Carola terminó de leer el expediente que había descargado de los archivos de Lauthen y cerró la sesión con el corazón desbocado. Se recostó un segundo en la silla tras el escritorio e intentó ordenar las ideas. Le costaba respirar. Inhaló hondo, con la esperanza de que aquel ejercicio pudiera tranquilizarla. Sentía una presión muy grande

en el corazón, como si el músculo se le fuera a escapar del pecho tras romperle cada una de las costillas. Exhaló. ¿Qué iba a hacer con lo que acababa de leer?

Notó que tamborileaba con los dedos sobre la notebook que acababa de cerrar. En su cabeza, desfilaban las imágenes del Franz Lauthen que conocía, el hombre amoroso y protector que la había acogido luego de la muerte de su madre, el abuelo cariñoso que la había incentivado a seguir sus propias pasiones y a ser libre. ¿Quién era Franz Lauthen en realidad? Ella solo podía pensar en los desayunos que, cada día, compartían. No dejaba de rememorar cómo le preparaba las tostadas con mermelada –sin dejar de esparcirla de manera uniforme sobre el pan– y las colocaba, una junto a la otra, sobre el plato de ella. Recordaba el café que él le hacía, con más leche que café porque decía que tanto no era bueno; la fragancia de la colonia masculina después de bañarse; el hecho de que, desde que ella había cumplido los nueve años, su abuelo la había llevado al colegio cada mañana hasta que había terminado el último año. Las vacaciones que habían compartido, las noches en las que había tenido fiebre y él la había cuidado, o incluso cuando la habían operado de apendicitis y él había velado por ella sin pegar un ojo en el sanatorio. Su abuelo había sido como un padre para ella, nadie podía pedirle que creyera que aquel ser incondicional y dedicado que la había criado como a su propia hija fuera el monstruo que relataban aquellos informes que acababa de examinar. Sintió que le bajaba la presión. No podía pensar, no sabía qué hacer. Se puso de pie y comenzó a caminar por el despacho, luego atravesó la puerta y se encontró con el magnífico Pollock en el centro. “Peggy Guggenheim lo rescató de las llamas en el momento justo”, le había contado Franz años atrás, al regalárselo, cuando ella había cumplido treinta años. “Es mi pieza favorita, había agregado, un boceto del famoso *Alquimia*. Lo creas o no, querida Carola, me siento muy identificado con esta obra”. Ella recordó haber enarcado una ceja desconcertada. Él había sonreído. “Este caos es como mi vida: matices de colores y manchas oscuras,

todas mezcladas. La vida, a veces, no se da como uno quisiera, niña mía. La vida es lo que es y lo que nosotros hacemos de eso. Yo he sido un sobreviviente, por eso hoy agradezco estar vivo y, también por eso, nuestro laboratorio trabaja para salvar a la mayor cantidad de gente posible.” Las palabras de Lauthen aún le retumbaban en la cabeza, pero algo en su interior la obligaba a resistirse a la evidencia.

“Las pruebas no mienten, doctora”. Las palabras de algún profesor de la facultad le resonaron, también, en la memoria. Las pruebas no mienten. ¿Y si esos documentos hablaban de otra persona en vez de su abuelo? ¿Y si el experimento de los ojos era una mera casualidad? Él no podía ser el único científico en busca de una cura para aquella patología. Aquel testimonio, sin la declaración de ella, no valía nada. ¿Iba a tener que borrar los registros de investigación de Lauthen? No podía pensar. Los habituales caminos lógicos a la hora de resolver conflictos parecían haberse esfumado. Su capacidad de resolución brillaba por su ausencia, y ella se resistía a creer lo que veía. “Las pruebas no mienten, doctora”, repetía su conciencia, y en un acto desesperado, con la certeza de que aquello era un engaño, regresó sobre sus pasos, accedió de nuevo a la biblioteca virtual del laboratorio, que llevaba registro de todos los protocolos de experimentación, y volvió a leer el documento que había cerrado minutos atrás. Deseaba profundamente encontrarle una explicación lógica a aquel escrito, pero cada letra, cada palabra, cada afirmación de esa investigación no era más que una condena segura, junto con la certeza de que había vivido engañada toda la vida.

* * *

Julia observó el rostro preocupado de Ciro y notó que pequeñas arrugas se le concentraban alrededor de los ojos. Había consternación en esa mirada. Cronos era todo para ese hombre. Por algún motivo, le resultaba transparente como el agua cuando él estaba pensando en la empresa. La mirada le cambiaba, había un brillo oscuro en el fondo del alma que le ocupaba la conciencia hasta invadirlo todo como si el resto del mundo dejara de existir. Ciro Aguilar era Cronos, y Cronos era Ciro Aguilar. No había uno sin el otro, eran dos partes perfectas de un todo que encajaba como un engranaje inmenso y articulado. Uno necesitaba del otro para existir. Aquella empresa se había vuelto un ente con alma, la síntesis perfecta de una mente brillante y recursos infinitos.

—Tarda mucho —murmuró Aguilar, que no estaba acostumbrado a esperar.

—Es una artista, Ciro —respondió Julia mientras se quitaba la campera y el gorro de lana en la sala de estar de aquella magnífica mansión.

—Igual.

—Nadie te hace esperar, ¿no? —Ella sonrió divertida.

—Nunca.

—A lo mejor, te viene bien —respondió ella para provocarlo.

Aguilar le devolvió la sonrisa y estaba a punto de hacer un comentario mordaz cuando, tras el vano de la puerta, apareció una mujer joven de no más de veinticinco años. Llevaba el pelo corto, muy corto, de un lado casi rapado, y un mechón largo y rubio le caía sobre el otro costado. El rostro, angelical, en nada se condecía con la ropa oscura y harapienta que llevaba. Tenía los brazos por completo

tatuados con los colores más vivos y brillantes que había visto, una combinación perfecta que hacía de esa piel una obra de arte moderno. En una ceja, traía tres *piercings* , y en la oreja llevaba uno de esos aros que cubrían desde el lóbulo hasta la parte superior del cartílago, como una tenaza con forma de herraje que a Ciro le resultó algo perturbadora.

—Supongo que encontraron el mural —aventuró la joven, sin dar demasiadas vueltas.

Julia asintió.

—Tania dijo que alguien, eventualmente, llegaría hasta mí.

—¿Qué significa la frase que se puede ver debajo de Jesucristo?

—No lo sé —respondió la artista al tiempo que encendía un cigarrillo—, Tania me pidió que la incluyera.

—¿No le preguntaste qué significaba? —insistió Julia.

—Los pocos que hemos conocido en verdad a Tania Frydberg sabemos que hay preguntas que es mejor no hacer.

Julia y Ciro cruzaron miradas.

—¿Te dio algún mensaje? ¿Algo? —quiso saber Aguilar, extrañado por el singular vínculo que había existido entre una mujer de más de noventa años y una joven punk de veinticinco. No las imaginaba juntas.

—Me dijo que alguien vendría a verme, que preguntaría por el mural y que le diera esto. —La muchacha sacó un paquete envuelto en papel madera y se lo entregó a Ciro con una mirada que hizo que a Julia se le crisparan los nervios.

Aguilar notó el descaro de la joven y no pudo evitar sonreír para sus adentros. No perdía el toque. De cualquier manera, con la elegancia que lo caracterizaba, hizo caso omiso del gesto y disfrutó más el encono que Julia intentaba disimular. Sin embargo, sin detenerse demasiado en el asunto, tomó el paquete y lo abrió. El contenido los dejó en silencio a todos. Ciro observó el cubo de madera y luego clavó los ojos en los de Julia. Los enigmas de Tania Frydberg eran infinitos.

* * *

Lao observaba desde una distancia prudencial. Era invisible, imperceptible al ojo no entrenado. Pero él sí estaba adiestrado, preparado para atacar con sigilo y astucia incluso a la presa más difícil. El rostro sin vida de Mérida lo atormentaba. El cuerpo frío de la mujer sobre la mesa de metal de aquella improvisada morgue de provincia lo perseguiría hasta el fin de sus días. Estaba seguro de que no habría paz en esos días si no lograba vengarla. Había perdido varias veces a esa mujer, pero sabía que, en definitiva, siempre había sido por protegerla, que en algún lugar, en algún momento, se reencontrarían. Ahora, en cambio, la muerte era taxativa. No había vuelta atrás. Las cartas estaban echadas: Mérida, el amor de su vida, la niña que había conocido cuando apenas tenía quince años y que había crecido junto a él hasta darle una hija, había dejado de existir. Ya no estaba, ya no era, y no existía lugar ni momento donde hubiera un posible reencuentro. Sintió una puntada en el medio del pecho, un agujero profundo, inconmensurable, distinto a todo lo que podía

conocer, ajeno a un mundo lleno de muerte y asesinatos por encargo –ajeno a su mundo–, una sensación tan demoledora y arrasadora que sintió que le faltaba el aire. Intentó serenarse, ordenar las ideas, priorizar objetivos.

Miró el reloj. La noche se imponía en el firmamento. La casa que estudiaba en detalle parecía más quieta de lo normal. A lo lejos, escuchó el ronroneo de un motor. Un vehículo se acercaba con celeridad. No se detuvo en la curva, sino que las ruedas rozaron el pavimento y dejaron una marca negra en el suelo antes de frenar frente al portal. Lao vio entonces cómo la mano de una mujer asomaba por la ventanilla y cómo la extraña apoyaba la palma en un lector biométrico empotrado en la pared, y el portón principal se abría. El automóvil avanzó. Lencke se ajustó los binoculares de visión nocturna y divisó el momento exacto en que la figura femenina descendía del coche. El viento parecía haber cobrado mayor intensidad, y el frío de la nieve compacta se podía sentir en el ambiente. “¿Quién sos?”, se preguntó el agente mientras se ajustaba los lentes para distinguir a la mujer. Entonces vio a Lauthen emerger de la casa, hacer un gesto a la visitante e invitarla a entrar. Ella parecía gesticular demasiado mientras le hablaba, pero Lencke no podía escuchar. Él negaba con la cabeza. Las siluetas ingresaron a la vivienda, y los perdió de vista. Haberse lanzado en aquella misión sin haber planificado el procedimiento antes no lo estaba ayudando. Él no trabajaba de manera improvisada, sino que tenía un método, una manera ordenada de avanzar sobre una víctima, conocerla a tal punto que lograba mimetizarse con ella, anticiparse a sus acciones. Pero aquel no se trataba de un trabajo, de una misión formal. Aquello en lo que se estaba hundiendo no tenía plan ni método; era un impulso irracional empujado por el odio y la necesidad de represalia.

* * *

—Es como si a Sara Müller se la hubiera tragado la tierra —comentó Rafael mientras observaba la pantalla de la tableta con la que habían estado trabajando durante las pasadas horas.

Ruth suspiró y se echó hacia atrás en la silla junto a la de Schatz.

—Deberíamos frenar, ya estamos demasiado cansados... No estamos viendo bien.

—Fijate... —interrumpió el antropólogo—. Es como si esta mujer hubiera desaparecido en 1948. Después de ese año, no hay registro de ella, ni viva ni muerta.

—Rafa, estoy cansada —se quejó Ruth mientras se incorporaba con lentitud. Miró la hora. Era muy tarde, la noche se había instalado hacía rato, y ella había tenido un día largo. Caminó hasta el sofá del despacho y, mientras Schatz musitaba algo que no llegó a escuchar, se acostó sobre la suave superficie y se durmió. “Un par de horas, pensó, solo un par”.

* * *

Calavera insistió con el teléfono de Carolina. No respondía. Necesitaba ubicarla, saber si había una mínima gota de dignidad en ella que la llevara a confirmarle lo que él sospechaba: que Lauthen no estaba detrás de aquel ataque que estaba sufriendo Cronos. Había alguien más, alguien mucho más poderoso. Ciro estaba demasiado enojado como para poder distinguir que aquella maniobra no estaba relacionada con Lauthen y el pasado. El alemán era un criminal, pero eso no lo volvía tonto, y no pondría en juego su propia empresa. Estaba claro que, para él, el laboratorio era sagrado. Comenzó a repasar en la mente a los enemigos de Ciro. Había varios, aunque ninguno llegaría tan lejos. ¿O sí?

Ella no respondía. Le mandó un mensaje de WhatsApp. “Esto no está relacionado con lo que hablamos hace un rato. Necesito saber si tenés algo que ver con el último tuit de Gotham City Research. Es importante, por favor.” Ernesto vio entonces que las dos tildes del mensaje mutaban a azul. Lo había leído. Enseguida vio el “escribiendo” en la pantalla. Ella respondía. ¿Por qué tardaba tanto? Se inquietó. Era probable que hubiera buscado el tuit para saber de qué le hablaba. Él habría hecho eso. Recibió la respuesta: “No”. Escueto, lapidario, rotundo. “¿Por qué debería confiar en vos?”, insistió Calavera, que, en su fuero más íntimo, estaba seguro de que ella no estaba relacionada con aquel ataque. “Porque, pese a todo, soy la persona que te va a entregar al coronel Von Strauss”, respondió. Y, sin dudarlo, Ordóñez hizo una captura de pantalla y se la envió sin demora a Ciro.

El teléfono volvió a vibrar. Gotham City había vuelto a tuitear: “El mayor cliente de Cronos es Rache Inc., una empresa del mismo grupo”. Las alertas de la aplicación de Bloomberg, que tenía instalada en el iPhone, comenzaron a sonar. Los papeles de Cronos se desplomaban sin tregua, y el abogado sintió que el corazón se le iba a escapar del cuerpo. La pantalla del móvil se iluminó. Manoj, el presidente de la empresa Tradeworx, estaba del otro lado.

—Sí —dijo Calavera mientras la cabeza le corría a mil por hora.

—El NYSE está frenando la rueda. —Ernesto sintió que el alma le regresaba al cuerpo—. Están bajo ataque.

—¿Quién está detrás de esto, Manoj?

—¿Hablaste con Raúl? —interrogó el empresario hindú.

—Sí, pero está tan desconcertado como yo.

—Va a haber una investigación muy exhaustiva de la FINRA, van a tener que estar preparados.

—No me preocupa, Manoj. Pueden dar vuelta al grupo, estamos limpios. Que revisen lo que quieran, pero que encuentren al que nos está queriendo hundir.

—Ciro tiene muchos enemigos.

—Tantos como vos, y eso no te ha detenido.

—¿Ciro tiene idea...?

—No —respondió categórico Calavera—, pero vamos a averiguarlo, y esto no va a quedar así.

* * *

Bariloche, diciembre de 1999.

Aurora miró el reloj. Eran las seis en punto. La persona que estaba esperando debía de estar por llegar. Revolvió el café, dio un sorbo, y el sonido del tintineo de un juego de llaves la distrajo. Giró la cabeza y lo vio. Era alto, tan alto que llamaba la atención apenas cruzaba el portal, con el pelo rubio, inmaculado, y los ojos más celestes que jamás había visto, pero que no la miraron. Si lo hubieran hecho, la habrían atravesado como lanzas. Ella tenía esos ojos, los mismos. Tragó saliva, agachó la mirada y se concentró en el café. No quería que Lauthen la notara, no aún. La vida como la había conocido durante los pasados años se había desvanecido en segundos, ya no quedaba nada de esa Aurora Moreno que amaba su profesión y se apasionaba por el trabajo de campo. Desde el nacimiento de Ciro, las cosas habían cambiado, el orden de las prioridades se había alterado de manera garrafal, y había postergado la investigación y los deseos por conocer los detalles de su propia vida. Pero, ya que sus hijos estaban fuera del país, ocupados en sus propios destinos, y las cuentas pendientes habían empezado a tocar la puerta, había decidido dejar de tener miedo y responder. Había llegado la hora de conocer el pasado para poder comprender el presente y controlar, de alguna manera, el futuro.

Notó que Lauthen salía de la cafetería y se perdía en alguna de las calles linderas. El corazón le latía tan fuerte como la primera vez que lo había visto. Durante un momento, se permitió cerrar los ojos y recordar un tiempo anterior, el preciso instante en que su vida era normal y tranquila: cómo en un segundo había dejado de ser tal para convertirse en un enjambre de intrigas, engaños y muerte que había emergido de la oscuridad. Abrió los ojos. Volvió a mirar el reloj. Pasaban quince minutos de las seis. La doctora estaba demorada. Entonces recibió un mensaje de texto. Leyó rápido, dejó unos billetes

sobre la mesa y salió del bar. Siguió las instrucciones que había recibido de manera precisa para, minutos después, estar tocando el timbre en el lugar indicado.

—No podía verla en público —se justificó la mujer que le abrió la puerta.

—Entonces, ¿por qué me citaste ahí?

—No estaba segura de si valía la pena vernos.

—Tenés dudas —afirmó Aurora, quien trató de disimular la impresión que el rostro ojeroso y pálido de Laura Antonov le produjo. Aquella figura minúscula frente a la puerta la había tomado por sorpresa, pero eligió no detenerse en aquel detalle; en cambio, ingresó a la vivienda y se acomodó en el sofá que le indicó la anfitriona. Ella se ubicó justo al lado. Allí, inmersa entre almohadones que parecían gigantes en comparación a ese pequeño cuerpo, Laura parecía perderse, como si el sillón se la tragara hasta devorarla por completo. O quizás fuera tan solo esa sensación de fragilidad que emanaba.

—Mi madre se ha pasado la vida ocultando su pasado —dijo la dueña de casa—, y lo que usted quiere...

—Sé que Tania tiene sus razones...

—Mi madre ha aprendido a sobrevivir, primero al campo de concentración, luego a la muerte de mi padre... Si ella decidió no verla, por algo es.

—Laura —pronunció Aurora mientras tomaba el brazo esquelético de la bioquímica. Había súplica en aquella voz—, no soy quién para cuestionar las decisiones de tu madre, no me atrevería después de solo imaginar lo que ha ocurrido. —Aurora hizo una pausa en tanto las palabras exactas—. Pero yo necesito saber...

—Mi madre jamás va a confirmar que Lauthen es el Químico de Birkenau. —Escuchar esas palabras hizo que Aurora desviara la mirada—. No mientras yo viva —aclaró luego la esquelética mujer, que también desvió la vista—. Pero no me queda mucho tiempo...

Aurora levantó la mirada del suelo. Era evidente que Laura no estaba bien.

—A mí me queda poco tiempo, pero mi madre me sobrevivirá, y yo debo asegurarme de que ella no vaya a tener problemas luego de...

—Tu madre estará protegida —le prometió Aurora.

La bioquímica sonrió, y la mueca triste que vio Aurora le generó un sinsabor tan amargo que le hizo desviar la mirada de nuevo. Luego, el silencio entre las dos se instaló como un manto impenetrable que las cobijó de modo inesperado durante un largo rato. Ambas mujeres, sin hablar, sabían que estaban a punto de torcer el destino para lograr condenar al último criminal de guerra nazi prófugo y hacerle pagar los pecados que había cometido.

* * *

Aurora abandonó la casa de Laura Antonov con tantas incertidumbres como con las que había entrado, pero acompañada por la esperanza de que la bioquímica fuera a colaborar en aquella quimera. Avanzó unos pasos en tanto se detenía en el cantar de los pájaros de aquella mañana estival, en la brisa todavía fresca y luego respiró con

profundidad antes de mirar el reloj. Enseguida, divisó a Diego Figueroa, un reconocido jurista que, además, había estado casado con Eva, la hija de Franz Lauthen, y a quien, desde hacía poco más de un año, tenía como amante. Lo observó avanzar con cierta cadencia por la calle principal y lo contempló un momento mientras él se acercaba sin haberse percatado de que ella lo había visto. No pudo evitar sonreír. Aquel asunto había nacido como una estrategia, pero lo que ella no había planeado era lo que Figueroa iba a despertarle. No se reconocía. Aquella Aurora Moreno que engañaba a su marido con un perfecto desconocido le resultaba del todo ajena y, a la vez, tan ella en esencia que la asustaba. Había un animal dormido en su interior, una presa, atrapada entre libros, investigaciones y una familia perfecta, que empezaba a despertar. En brazos de aquel amante que se había permitido tener pasados los cuarenta, había descubierto un mundo de sensualidad y sexo desenfrenado que no había imaginado jamás. En total anonimato, habían mantenido esa relación a lo largo de los pasados meses.

Aurora avanzó en sentido contrario a él y, como dos transeúntes extraños, pasaron uno junto al otro sin decir nada, pero quien hubiera estado atento a las miradas que cruzaron habría notado el fuego de mil hogueras concentrado en aquellas pupilas encendidas. Con apenas un roce, los amantes sintieron una electricidad recorrerles el cuerpo. Pero continuaron el camino, uno para cada lado. A la luz del día, aquellos dos no se conocían. En la intimidad del cuarto de hotel que compartían, eran dos almas viejas que se reencontraban para desahogar las pasiones más oscuras. Por momentos, Aurora sentía que la culpa le carcomía el espíritu y, cada vez que dejaba el alojamiento en el más velado anonimato, pensaba en Matías, en sus hijos y en la cantidad de mentiras que había comenzado a decir a partir del romance con Figueroa. Entonces repetía ese mantra absurdo que había usado para animarse a aquella aventura: que el fin justifica los medios y que aquello era para meterse dentro de la familia Lauthen. Pero, a esa altura, cuando la piel le quemaba si no

veía al abogado, entendía que aquel plan había sido el peor de todos. Lo mismo pensaba cuando, los fines de semana, ella partía al campo con Matías; y, por su parte, Diego, se iba a esa casita de cuento, con alguna fulana y, a veces, con su hija Carolina; entonces, ella añoraba la llegada del lunes para poder encontrarse con su amante. Había llegado a comprender el gran error que había cometido la mañana en que había recibido el llamado de Franz Lauthen, que, al tanto de la situación, le había planteado la mayor disyuntiva de su vida. Aurora, a fin de no poner punto final a aquella relación clandestina que le estaba devorando las entrañas y tras olvidar el objeto final de aquel plan frustrado, había sucumbido a los deseos de Lauthen. En ese instante, Aurora Moreno había perdido todo, pero, por el momento, solo ella lo sabía.

Lo que sí le quedaba claro era que no podía terminar la relación con Diego, que lo quería y lo necesitaba más allá de todo y de quién fuera él: el marido de la hija de Lauthen. Lo cierto era que la triste vida marital de la investigadora había colaborado para que se terminara de enamorar de Figueroa. Los constantes viajes de Matías, sumados a las largas estadías en la oficina, no habían ayudado a que ella se abstuviera de embarcarse en aquel descabellado proyecto. En cambio, aquella soledad había vuelto el plan aún más atractivo.

Si cerraba los ojos, podía sentir ese aroma único, complejo y distintivo que inundaba cualquier habitación de hotel cada vez que estaba con Diego. Era un olor que la perseguía durante horas luego de los encuentros furtivos y que podía percibir en su piel en ese preciso instante en que se alejaba de la casa de Laura y de un amante furtivo al que encontraría en un cuarto privado dentro de una horas.

* * *

Ciro se acomodó detrás del volante y dejó la caja sobre su regazo. Julia, en silencio, tomó la fotografía del mural, que había impreso en el hotel, y la estiró.

—“Ese otro soy”... —murmuró. Repetía la frase que podía leerse, minúscula, bajo la cruz, en el centro del mural.

—¿Y esto? —preguntó Ciro, derrotado, en referencia al cubo de madera que tenía sobre la pierna—. No sé cómo seguir, Julia... —Aguilar estaba perdido por completo. Resopló y descansó la cabeza sobre el respaldo de la butaca—. Cuando arranqué con este tema —dijo con los ojos cerrados—, dejé de lado todo, todo —repitió para hacer especial hincapié en aquella palabra. Abrió los ojos y la miró—. Armé este plan para cumplir la voluntad de mi abuela: que el coronel Von Strauss no quedara impune por los crímenes que cometió. Sabía que no iba a ser fácil, pero nunca imaginé que esa idea iba a poner en riesgo a Cronos. —Hizo una pausa—. La empresa es mi vida, Julia —continuó—. La creé desde cero, y estuvo ahí cuando todo se desmoronó, cuando mi vida era un circo mediático porque mi ex había cometido el engaño del siglo.

La agente se dio vuelta y estiró la mano hasta acomodarla sobre la quijada del hombre que tenía al lado. Los ojos más celestes que había visto la devoraron con ternura. Sonrió. Había hecho todo mal en la vida, pero algo en particular había hecho lo bastante bien para haberse cruzado con Ciro Aguilar.

—No sé cómo, ni de qué manera —contestó ella con la voz más profunda de lo habitual—, pero vamos a probar que Lauthen es Von Strauss. Si no...

—¿Si no? —quiso saber Aguilar en tanto tomaba la mano de Julia y le besaba la palma con cariño.

—Si no, le voy a meter un tiro entre ceja y ceja.

* * *

Carolina se sentó frente a su abuelo. En sus ojos, podía adivinarse una profunda decepción.

—Sos el Químico de Birkenau —dijo desolada.

Lauthen negó con la cabeza.

—No sé quién te colocó esa idea en la cabeza, pero...

—Nadie me puso la idea; vos me lo dijiste hace años en el laboratorio, cuando me contaste sobre la enfermedad de tu madre, albinismo oculocutáneo.

—No entiendo cómo eso puede significar que yo sea...

Ella se puso de pie al tiempo que tomaba un documento que había traído en una carpeta. Leyó en voz alta: “Yo quedé en manos del coronel Von Strauss. Ese día me inyectaron un químico en los ojos. Von Strauss quería probar si lograba cambiar la pigmentación de mi iris. Después de una semana de inoculaciones, perdí la vista. Con el tiempo, llegué a recuperar el setenta por ciento del campo visual de mi ojo izquierdo”.

—Hay cientos de científicos que han investigado el albinismo oculocutáneo, Carolina. Lo que planteas es un disparate.

Carola sintió que estaba tensa como la cuerda de una guitarra. Quería creerle, quería encontrar una explicación lógica y racional a aquellas coincidencias, quería convencerse de que no existía posibilidad —siquiera remota— de que aquel abuelo amoroso y devoto que la había criado fuera, en realidad, un criminal de guerra prófugo. Pero, en su interior, sabía que no era el caso. Los recuerdos de su infancia la asaltaban sin permiso, sobre todo los de las reuniones a puerta cerrada que su abuelo mantenía con un singular grupo de alemanes en el estudio. Aquellas remembranzas empezaban a agolparse en la cabeza de la abogada. Era como si un velo de olvido se hubiera descorrido y las imágenes de apariencia inconexa que albergaba en algún compartimento oscuro del cerebro empezaran a articularse y cobrar sentido.

—La noche que vino Tania Frydberg... —expuso Carolina sin poder detener las imágenes del pasado que le desfilaban por la cabeza—. Yo no tenía más de quince o dieciséis años... —Lauthen sintió que los puños se le cerraban—. Ella sabía... Ella hizo un pacto, y vos... Vos... — Se desplomó sobre el sillón, abatida—. Vos le pagaste para que ella no hablara.

—Tania Frydberg vino a verme por la enfermedad de su hija — respondió enojado Lauthen. Aquel asunto no podía ir más lejos.

—Me advertiste que no creyera lo que dijeran sobre tu pasado — continuó ella como si estuviera en trance—. Vos sabías que estaban tras tus pasos y que, tarde o temprano, iban a encontrarte. —La mujer levantó la vista y la clavó en los ojos de su abuelo—. ¿Cómo pudiste?

—Carolina...

—Los estudios de laboratorio registrados bajo los sujetos Alpha y Omega... —continuó, y Lauthen se alteró al escuchar aquellas palabras de boca de su nieta—. No tienen fecha... y están registrados en nuestra biblioteca virtual como “experimentación confidencial”. Están escritos en alemán. Ningún otro protocolo de investigación está en alemán, pero este, sí. ¿Por qué?

—No recuerdo ese documento —mintió Lauthen.

—Está en alemán porque es anterior a tu llegada a Bariloche, muy anterior. —Carolina tomó otro archivo de la carpeta—. Sin embargo, lo creaste en el año 1994, como si fuera de aquella época, pero olvidaste un detalle: cuando empezamos con la biblioteca virtual, escaneamos todos los documentos. El mismo texto que cargaste en 1994 está digitalizado con fecha de 1943. Y la terminología del documento es... —la abogada estaba buscando una palabra específica— tan singular... Alpha y Omega no eran ratas de laboratorio. —Figueroa levantó los ojos de los papeles y los clavó en las pupilas de su abuelo—. Alpha y Omega eran prisioneros de Auschwitz.

CAPÍTULO 22

Alexander recibió el mensaje en el preciso instante en que terminaba de encender el fuego del hogar. Durante un segundo, no supo qué hacer. Luego reaccionó. El líder estaba a punto de ser expuesto, así que debía actuar y resolver aquel asunto. Caminó con cierta cadencia hacia las escaleras y, antes de cerrar la puerta, se detuvo, se dio vuelta y observó la sala. El fuego refulgía. Había cierta magia en el juego de luces que se reflejaban sobre el mármol con el sol negro grabado en el suelo. Si uno miraba con atención, podía ver cómo las incrustaciones de piedra verdosa sobre el centro del redondel brillaban al compás de una melodía imperceptible. La sala estaba lista para recibir a sus hermanos aquella noche. Las cortinas habían sido cerradas, el agua había sido purificada y la lanza estaba lista para retornar al sitio de donde nunca debería haberse ido: el círculo de los caballeros de la Sacer Ordo, los legítimos custodios de la reliquia. Sin poder evitar mirar el recinto por última vez, Alexander cerró la puerta con llave y ascendió con premura. Avanzó hasta el comedor principal y allí se encontró con el resto de sus hermanos. Sin detenerse a saludar, le mostró el mensaje que había recibido al gran maestro, que, luego de leerlo, le hizo un gesto para que lo acompañara.

Caminó con prisa detrás del hombre que manejaba los hilos en la hermandad y observó como otros dos compañeros los seguían. Tras ingresar en la oficina desde la cual se administraba aquella organización invisible, Alexander se ubicó en la misma silla donde,

días atrás, había estado sentado mientras esperaba para ver al líder. Aquella vez, frente a él había reposado la lanza alemana, y la vida le iba a dar un vuelco radical, puesto que iba a convertirse en miembro de los Caballeros de la Orden Sagrada. Entonces, como miembro de la organización, iba a tomar parte de un momento histórico. No podía esperar.

* * *

Ciro sintió que el celular le vibraba. El mensaje de Calavera lo descolocó un momento. Luego, reaccionó.

—Mierda —dejó escapar, desconcertado ante la captura de pantalla que había recibido.

—¿Qué? —inquirió Julia de inmediato.

—Mirá —respondió el empresario al acercarle el teléfono para que ella leyera.

La mujer tomó el dispositivo y, luego de un rápido vistazo, levantó los ojos y los clavó en Ciro.

—¿Cómo puede ser? Así... de repente... —Julia sentía que el corazón iba a salirse del cuerpo.

—Vamos —respondió él, y arrancó la camioneta con la garganta hecha un nudo, las manos transpiradas y el ritmo cardíaco desbocado.

* * *

Calavera ingresó a la oficina de Ciro y arrojó la campera sobre el sillón al tiempo que se ubicaba frente a la pantalla de Bloomberg y la encendía. Las cotizaciones se desplegaron al instante, y como si viera una película de terror, se detuvo, espantado, en los valores que habían tocado las acciones de Cronos y Rache. Luego observó la cantidad que habían comprado y tuvo que volver a mirar para corroborar lo que creía haber visto. ¿Era posible? Casi el treinta por ciento de las acciones de Cronos habían sido compradas para, segundos después, ser vendidas de inmediato. ¿Qué estaba ocurriendo? Nadie atacaba una compañía para comprarla barata y venderla aún más. El corazón le dio un vuelco. Las acciones de Rache habían sufrido el mismo ataque, una compraventa inmediata que había logrado desestabilizarlos sobremanera. Pero... ¿para qué? Con un palpito que, anticipó, iba a ser la clave para desasnar aquel camino de intrigas, buscó la cotización de Skull, la naviera que había heredado de sus padres. Sintió que le faltaba el aire y que la boca se le secaba. Revisó las operaciones registradas del día. Las acciones de Skull habían perdido casi el quince por ciento de su valor, y alguien había comprado cerca del veinte por ciento del paquete accionario. Sin embargo, a diferencia de Cronos y Rache, no habían vendido de inmediato aquel botín. Entonces comprendió que el ataque no era para Ciro y que, si lo que estaba por corroborar era como pensaba, tampoco era contra él. Tipeó el nombre de otra empresa, y lo que vio

lo dejó sin habla. Aquel asunto no era contra Ciro. Lauthen no tenía nada que ver, Carolina ya se lo había dicho. El problema era mucho más grande de lo que habían imaginado.

* * *

Buenos Aires, 1998.

Aurora atravesó el umbral de aquel inusual edificio que se erigía único y majestuoso en lo que prometía ser el nuevo barrio de moda de Buenos Aires, Puerto Madero, y se anunció en la recepción. Detrás del mostrador, colgaba una marquesina que detallaba las empresas que ocupaban el lugar: una constructora, una sociedad de bolsa y Python, el estudio de abogados donde tendría lugar la reunión. El resto de los pisos estaban vacíos, supuso, al ver en blanco los anaqueles de aquel cartel. Sin prestar demasiada atención al asunto, dio la espalda al vestíbulo y caminó hacia un enorme ventanal. Allí sobrevoló con la mirada el horizonte colmado de río a lo lejos y varios galpones derruidos que prometían ser la perla del Plata.

—Señora Aguilar —la llamó una voz a sus espaldas. Aurora se dio vuelta para encontrarse con una joven de unos veinticinco años que la esperaba frente al ascensor—, el doctor la espera.

Aurora asintió y apuró el paso. Luego de unos breves minutos, se encontró sentada en una sala magnífica cuya vista se perdía en el río infinito y desde donde se podía adivinar una lejana costa uruguaya.

—Señora Aguilar.

La mujer, que se encontraba absorta en aquel paisaje sin fin, hizo rotar la silla sobre la que estaba sentada para enfrentarse a la figura de un hombre que no esperaba. El corazón le dio un salto, y un calor imperceptible le recorrió el cuerpo y le arrebató las mejillas.

—Doctor Figueroa —dijo ella, que carraspeó al tiempo en que se incorporaba y estrechaba la mano que le ofrecían.

—Diego —respondió él sonriente—, llamame Diego, por favor.

Aurora asintió y sonrió con la sensación de que podía llegar a perderse en esos ojos color negro que la miraban con audacia y un toque de impertinencia. No había esperado encontrarse con un hombre así y, durante un segundo, olvidó el objeto de aquella reunión. Diego Figueroa era alto, muy alto, llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, usaba gomina, como los hombres de antes, y portaba una mirada profunda, como si esos ojos lo hubieran visto todo. Antiguas y portadoras de un mágico silencio, en esas pupilas podía adivinarse la efímera reminiscencia de otros templos. Muchos templos. Había un magnetismo irresistible en ese hombre, tanto que Aurora tuvo que obligarse a enfocar la atención en sentarse en la silla de la que se había levantado y en retomar la calma. El corazón se le había disparado apenas le había tocado la mano. Nunca le había sucedido algo así. Volvió a sentarse y recompuso ese acto en el que ella era una mujer seria que podía llevar una reunión de negocios sin titubear.

—Me sorprendió su visita, señora Aguilar —dijo el abogado.

—Aurora —respondió ella, que había retornado a su centro y sabía a la perfección cómo continuar aquella reunión de negocios—. Decime Aurora por favor, la señora Aguilar es mi suegra —solicitó sonriente.

—Bueno, Aurora —respondió Diego con una mueca risueña que a ella le provocó una descarga de electricidad que volvió a sobresaltarla pero que, esa vez, no dejó que la aturdiera—, ¿a qué debo tu visita? ¿Sabés que este estudio se especializa en derecho bancario y mercado de capitales, cierto?

Aurora compuso una sonrisa forzada. Había un dejo de desdén y mucha condescendencia en ese comentario, como si, por ser mujer, no pudiera estar consultando a un abogado de multinacionales y grandes corporaciones.

—Supongo que esperabas a Matías —respondió ella sin dejar entrever la molestia que sentía—. Sé qué pedí esta reunión a su nombre. —Hizo una pausa—. Mentí. —Figueroa arqueó una ceja—. Sabía que la única manera de obtener una audiencia con alguien tan ocupado era usar el nombre de mi marido.

Diego notó el sarcasmo en la respuesta de la mujer que tenía frente a él y que se cruzaba de piernas con la elegancia de un felino educado aunque no domesticado. Sintió una punzada en la entepierna y se acomodó.

—Te habría recibido de todos modos —afirmó él, seguro de sí mismo.

—¿Sí? —preguntó ella desconfiada, y sonrió con desparpajo mientras volvía a cruzar las piernas. Notó que él se detenía en el movimiento y que, cuando ella le clavó la mirada, la desvió—. En fin —dijo para retomar la conversación—, estoy acá por una cuestión muy específica.

—¿Específica?

Aurora asintió. Diego Figueroa podía ser un adonis griego, una pitón resguardada en el monte Parnaso, pero ella era una encantadora de serpientes y sabía que, dentro de unos minutos, lo tendría en la palma de la mano.

—Quiero que Cronos cotice en bolsa.

—Eso debería decidirlo el dueño de Cronos, ¿no? —comentó el abogado desconcertado.

Aurora volvió a sonreír mientras sacaba de la cartera una carpeta.

—Yo soy la dueña de Cronos —respondió en tanto le alcanzaba los documentos que la acreditaban como tal— y quiero que mi empresa empiece los trámites para que la Comisión Nacional de Valores legalice la oferta pública y la bolsa nos autorice a cotizar allí.

Figueroa tomó los documentos y los miró en detalle. Aurora Moreno de Aguilar era, en efecto, la dueña de Cronos.

—¿Qué piensa su hijo de esto?

—Ciro y Matías están de acuerdo, pero en este momento no se encuentran en el país. Ellos fueron quienes me pidieron que iniciara los trámites.

—Bueno... Entonces, no hay nada más que hablar —decidió sonriente el abogado—. Empezaremos con los trámites cuanto antes. Voy a necesitar los estatutos de la sociedad, balances...

—Dentro de esa carpeta, está la tarjeta de Ernesto Ordóñez. Su estudio de abogados maneja la documentación del Grupo Cronos y, por supuesto, ante cualquier problema, me podés llamar —respondió ella al tiempo que se incorporaba con elegancia y avanzaba hacia la puerta.

—Ahora hablo con Ordóñez. Lo más seguro es que en la semana te contacte para firmar los documentos.

Aurora sonrió.

—Cuando quieras. —El gesto que le dedicó a Figueroa fue con absoluta y dedicada intención—. Mis datos están en la carpeta —agregó y, sin más, abandonó el estudio de abogados del hombre que estaba casado con su media hermana, Eva Lauthen. Acababa de dar el primer paso para adentrarse en aquella familia y, por fin, enfrentar a su padre biológico. No recordaba haber experimentado jamás la adrenalina que sintió en ese momento.

* * *

Ruth descendió del vehículo que conducía Rafael y levantó la vista al cielo. El edificio del Grupo Cronos dominaba el firmamento con la misma seguridad con la que el dueño de esa empresa se movía por el mundo. El cielo azul rabioso de una Buenos Aires invernal invitaba a otras aventuras, no a aquellos menesteres. Y aunque el pulso se le aceleraba de solo pensar lo que habían descubierto, el revuelo que le generaba no era tanto como el que se producía en ella cada vez que miraba a Rafael Schatz. Pero Schatz parecía no verla. No la había notado en la facultad ni en el posgrado que habían cursado juntos, y aquel amor platónico que había tenido se había evaporado con el tiempo. Después, la vida los había llevado por otros rumbos y otros cielos: a las historias de ambos, se habían sumado matrimonios frustrados, corazones rotos y miserias variopintas. Entonces, el

destino los volvía a reunir desde un lugar diferente, pero la mirada de Schatz seguía siendo la misma: la atravesaba como si ella no existiera. Y eso le destrozaba el corazón. Pero no lo demostraba, sino que seguía adelante con las cotidianidades, las obligaciones y las pocas horas de sueño, producto del trabajo, sin quejarse.

—Ruth. —La voz de Rafael hizo que dejara de mirar hacia arriba y notara que él ya había avanzado hacia la entrada de la corporación de Ciro Aguilar—. ¿Venís?

Ella tardó un segundo en reaccionar, pero de inmediato asintió y subió las escalinatas que antecedian a aquel edificio.

—No nos van a recibir así nomás —razonó ella cuando estaba atravesando la puerta giratoria de la oficina—, ni siquiera aunque yo sea el contacto del Centro Wiesenthal que Interpol le facilitó a Aguilar.

—No venimos a ver a Aguilar —respondió Rafael luego de anunciarse en la recepción—. Está de viaje. Pero, cuando le comenté a su asistente el tema por el que el que me urgía verlo, me contactó con Ernesto Ordóñez. Venimos a verlo a él.

Ruth asintió y entregó una identificación a la persona de seguridad que estaba de guardia, luego subieron hasta el último piso, donde se ubicaban las oficinas centrales de Cronos en Buenos Aires. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, un hombre que arañaba los cincuenta los esperaba con ansiedad.

—Soy Ernesto —dijo—, el hermano de Ciro. Hablamos por teléfono —aclaró mientras estrechaba las manos de los antropólogos que lo habían contactado por una documentación de *Omi Sara*—. Pasemos a mi oficina. Necesito que me expliquen bien lo que me comentaron esta mañana.

Los estudiosos siguieron a Calavera y se ubicaron en el sillón que él les indicó. Sin demasiados preámbulos, Schatz tomó una carpeta que llevaba bajo el brazo y se la entregó. Ernesto separó los documentos y comenzó a mirarlos en detalle. Por momentos, levantaba la vista y contemplaba a Rafael y a Ruth con desconcierto antes de retornar a las fotografías y las cartas que tenía entre las manos, pero enseguida volvía a levantar la mirada sorprendido, extrañado y aturdido.

—Esto... ¿es real? ¿No son imágenes trucadas?

—Las hicimos analizar en nuestros laboratorios —expuso Ruth segura de lo que decía—. No hay manipulación, son originales.

Ordóñez se puso de pie aún con una fotografía en la mano y avanzó hacia el gran ventanal detrás del escritorio de Ciro. Lo que tenía entre los dedos era la prueba que Aguilar había buscado durante una década, al igual que lo que estaba sobre la mesa: la carta de *Omi* que explicaba por qué había huido y la razón por la que necesitaba un seguro de vida, el relato exacto de lo que le había contado a Ciro en su lecho de muerte... Todo estaba allí, frente a él, con las instrucciones precisas para encontrar las pruebas que buscaban. La única dificultad era que quien debía responder por las preguntas y la ubicación de las evidencias que faltaban estaba muerta.

—Tengo que hablar con Ciro.

—No nos oponemos a eso —intervino Schatz—. De hecho, necesitamos hablar con su hermano. El asunto es que este es un tema muy delicado, hay que manejarlo con mucha prudencia. Los nombres que se mencionan en esa lista y las fotografías...

Calavera se dio vuelta y, cuando sus ojos encontraron los de Schatz, lo liquidó con la mirada.

—¿Vos leíste lo mismo que yo? —preguntó furioso—. Porque, si tenés una pizca de empatía por lo que vivió mi abuela, y ni hablar de los experimentos que Lauthen realizó —acusó con fuego en los ojos—, los nombres de la lista son lo que menos importa.

—Sabemos que es así —interrumpió Ruth con tono conciliador—. La discreción que pedimos no es para proteger a las personas a las que acusa, sino para poder resguardar este material. Si esto se filtra más allá de nosotros tres y, en breve, tu hermano —dijo mientras señalaba los papeles sobre la mesa—, correríamos el riesgo de que nos quiten esta investigación.

—¿Por qué iban a quitarle una investigación a un grupo de antropólogos? —inquirió Ordóñez, apenas más relajado.

—Por los apellidos que se mencionan en esos documentos y por las imágenes que prueban...

—Tienen miedo —interrumpió Calavera—. Cronos puede brindarles la protección que...

—No necesitamos protección, Ernesto —refutó Ruth serena. Rafael se dio vuelta para verla. A veces olvidaba cuán diplomática podía ser y cómo lograba calmar hasta a la fiera más salvaje—; necesitamos prudencia. Estamos en el umbral de un gran descubrimiento. Vinimos hasta acá porque, cuando descubrimos que Sara Müller había cambiado su apellido a Neumann y que Ciro Aguilar era su descendiente directo, resolvimos que no podíamos dejar de mostrarle esto, pero necesitamos hablar con él. Él debe saber más. Quizás no recuerda...

Calavera se llevó una mano a la cabeza. Él también tenía que ver a Ciro después de lo que acababa de descubrir, pero, antes, tenía que hacer algo.

—¿Pueden viajar a Bariloche conmigo esta noche?

Ruth y Rafael se miraron un instante y, de inmediato, asintieron.

—Bien. A las siete los pasará a buscar un coche por sus casas. Déjenle sus datos a Sandra —indicó Ordóñez, que señaló a la asistente personal de Ciro—, ella se encargará de todo.

* * *

Buenos Aires, 1998.

Aurora no esperaba que Diego Figueroa la llamara tan pronto; sin embargo, el contacto fue tan solo dos días después de haberse reunido. En ese instante, mientras lo esperaba en su oficina privada, sintió que se estaba inmiscuyendo en la intimidad del abogado. Caminó hasta una biblioteca colmada de libros donde un marco de plata destacaba una fotografía familiar. Eva Lauthen iba del brazo de su esposo, Diego, y entre los dos, había una niña de cabello rubio que sonreía feliz.

—Esa es una imagen antigua ya.

La voz a su espalda la hizo darse vuelta. El rostro de Figueroa ocultaba una profunda tristeza, y ella sabía a qué se debía. Años atrás, había contactado a Eva, la había ido a ver y le había revelado su historia y los secretos de su padre. Ella la había rechazado no sin

dejar de tildarla de loca, pero, tiempo después, había vuelto a contactarla. En aquel entonces, ya había notado el manto de tristeza en el rostro de Eva. Algo había cambiado en ella.

Aurora dejó que Diego hablara al adivinar que aquel hombre duro y exitoso que se ocultaba tras un traje de sastre hecho a medida pocas veces tenía oportunidad o intención de contar las miserias que escondía.

—Carolina ya tiene quince años. En ese retrato, apenas tenía dos o tres. —Sonrió con cierta nostalgia contenida en los ojos.

—Su mujer es muy bonita —dijo Aurora sin exagerar.

—Sí. Eva era la luz de mis ojos. —Aurora sintió una punzada de celos al escuchar ese comentario y no se reconoció—. Ella murió...

—Lo siento mucho —expresó ella, que simuló no estar al tanto de que Eva Lauthen se había suicidado hacía unos años—. No puedo imaginar...

—¿Vos te imaginás la vida sin Matías? —preguntó él sin anestesia. Ella abrió los ojos sorprendida. De repente, se encontró acorralada entre el cuerpo del abogado y la biblioteca. No obstante, de aquella situación, eso era lo que menos la incomodaba. La respuesta a la interrogación que él le había planteado, en cambio, la enfrentaba a ciertas verdades que no sabía si podía manejar.

—Me parece que... —dudó ella.

—Ese mismo desconcierto sentí yo —respondió él antes de alejarse de ella, lo que la descolocó por completo.

Aurora, que durante un momento había sentido que se había vuelto minúscula y vulnerable, acomodó el torso y recuperó la compostura sin dejar entrever lo expuesta y aturdida que se había

sentido. Para su sorpresa, lo que hacía unos segundos le había parecido un avance indiscreto de parte del abogado, en ese momento había virado a lo que en realidad se suponía que era: una reunión entre un letrado y su cliente.

—Te hice venir porque hay que firmar unos documentos. Esta misma tarde iniciaremos el trámite para que Cronos cotice en bolsa.

Aurora asintió y se dispuso a certificar lo que le pedían. Cuando se acercó al escritorio de Figueroa, notó que él apenas se movía para darle paso. El pulso se le aceleró, aunque simuló estar tranquila y tomó la lapicera de metal que reposaba sobre la madera. Mientras estampaba iniciales en cada una de las páginas de aquel documento, tuvo que concentrarse para no pensar en el aroma que emanaba el jurisconsulto y en la proximidad de ese cuerpo. Cuando terminó de firmar y dejó la lapicera, se dio vuelta para encontrarse atrapada de nuevo, esa vez entre el escritorio y Figueroa. Él no se movió, no tenía intención de hacerlo, y ella no bajó la mirada. Conocía a la perfección lo que quería, y no había cuestiones morales que la atosigaran en aquel instante. Luego se arreglaría con su propia conciencia. Los ojos negros de Diego esperaban una señal, un detalle minúsculo que le diera permiso para avanzar. Ella no se movía.

—Aurora —murmuró él mientras se acercaba a ella—, esta no es una situación fácil...

—Lo sé —respondió ella segura.

—¿Estás segura? —quiso saber él al aproximarse aún más. Sus bocas habían quedado a centímetros, y sus cuerpos, uno sobre el otro, con el escritorio de apoyo—. Cuando des este paso, no habrá vuelta atrás. Sé de qué te hablo.

—Diego —pronunció ella en tanto levantaba una mano para acariciarle la tensa quijada—, si necesitas certezas, no puedo dártelas, pero no nos dejes con la duda, por favor.

La súplica en el tono de voz de Aurora fue el pequeño empujón que Figueroa necesitaba para avanzar. Sin titubear, le tomó el cuello desde atrás y le capturó la boca en un beso con vértigo y avidez. Después de ese contacto, nada volvería a ser igual.

* * *

Calavera atravesó el umbral de la que había sido su casa desde los seis años hasta la mayoría de edad, cuando había decidido viajar al exterior a estudiar. Había mucho de su historia en ese lugar, el hogar que los Aguilar habían hecho que sintiera como propio desde el mismo instante que había entrado en él. Por eso le resultaba algo incómodo sentarse frente al hombre que se había convertido en su padre y plantearle lo que sospechaba.

—¡Ernesto! —saludó un jovial Matías Aguilar, que, sentado en uno de los sillones del estudio, vio entrar al que consideraba su hijo y no pudo evitar que una sonrisa de felicidad se le dibujara en el rostro.

—Hola, papá.

—No te esperaba.

—Tenemos que hablar —anunció Calavera con seriedad al tiempo que se sentaba frente a él—. Esto no es fácil, papá, pero necesito que seas totalmente franco.

Aguilar se incorporó, preocupado.

—¿Qué sucedió, Ernesto?

—Vos decime qué ocurrió —respondió el más joven en tanto le mostraba en el teléfono la pantalla de Bloomberg con la cotización de Olleum, la petrolera que pertenecía a Matías.

Aguilar desvió la mirada.

—Una caída en el precio de nuestras acciones no es nada, Cala —lo tranquilizó—; hemos atravesado situaciones peores.

—Las acciones de Skull bajaron un quince por ciento también.

—Todo el mercado está para abajo, no te preocupes. Estamos todos a la espera de que se apruebe la nueva ley de Mercado de Capitales.

—Papá, esto no tiene nada que ver con que se postergara la sesión por la ley en el Congreso. Rache, Cronos, Skull y Olleum: las cuatro se vinieron en picada. Al principio, cuando Rache y Cronos se desplomaron, creí que era algo contra Ciro, pero después vi que nos compraron y vendieron en segundos. Los papeles de Skull y Olleum, en cambio, bajaron menos, y quien haya comprado se quedó con las acciones. Y vos sabés qué tienen en común estas cuatro empresas.

El hombre mayor asintió.

—Ciro, vos y yo estamos en el directorio, pero quien sea que haya comprado tantas acciones de Olleum y Skull no está tras Ciro, porque las empresas de Ciro las maneja él. Skull y Olleum, por otro lado, las

manejás vos. Quien quiera que esté detrás de este ataque quiere perjudicarte.

Aguilar se puso de pie. Con las manos en los bolsillos y la mirada perdida tras la ventana, supo que el pasado lo había alcanzado y que había llegado el momento de pagar por los errores cometidos.

—Necesito que me digas la verdad.

Matías se dio vuelta y observó en detalle a su hijo. Le debía eso y mucho más. A fin de cuentas, él mismo había sido el culpable de la muerte de Aurora y debía hacerse cargo de sus propios actos.

* * *

Ciro ubicó la dirección exacta donde vivía Carolina Lauthen y estacionó frente a la gran mansión. Enseguida tocó el timbre. Le llamó la atención que nadie respondiera. En una casa de tal porte, era poco probable que no hubiera un ama de llaves, gente de mantenimiento o un cuidador siquiera. El empresario insistió, pero la morada parecía estar vacía. Un sinsabor amargo se le alojó en la base de la boca. Se dio vuelta y se encontró con Julia, que hablaba por teléfono.

—Vamos, la agencia ha localizado las coordenadas del vehículo de Carolina. Esta acá —señaló Durée al mostrarle a Ciro un mapa.

—La casa de Lauthen, claro. Sé cómo llegar, no es lejos —respondió Aguilar, que, de inmediato, se subió a la camioneta y arrancó con la seguridad de que se acercaba el final de aquella búsqueda. Si lo que le había mostrado Calavera en aquella captura de pantalla que le había mandado era real, Carolina podía probar que Franz Lauthen era el Químico de Birkenau.

En silencio, Ciro y Julia dejaron que el camino se acortara frente a sus ojos con la certeza de que aquella misión estaba pronta a concluir. Julia sentía una presión muy fuerte en el pecho, sin poder dejar de pensar en Simón y en Pedro, en Emilio y en cuánto había añorado ese momento. Entonces que sabía que, sucediera lo que sucediera, iba a meterle un balazo a Lauthen, se sentía más sola que nunca.

Ciro, por su parte, conducía ensimismado en sus propios pensamientos, absorto en el camino, pero con la cabeza en los relatos de su abuela, en aquello que había sufrido a manos de Lauthen y en la promesa que le había hecho acerca de no permitir que el Químico de Birkenau continuara impune por sus actos.

Una camioneta lo adelantó, así que se movió hacia uno de los lados para darle paso, pero, apenas lo hizo, el desconocido lo encerró.

—¿Qué...? —profirió Ciro desconcertado mientras daba un volantazo para evitar la colisión. Logró volver a colocar el coche en el carril y aceleró para alcanzar a la camioneta que se adelantaba, pero no pasaron más que unos segundos hasta que notó que otro automóvil lo seguía de cerca, demasiado. Al mismo tiempo, la camioneta desaceleraba, y lo iban embotellando.

Julia, rápida de reacción, desenfundó el arma reglamentaria y estaba por disparar cuando una Hummer apareció por el costado y los embistió. Después, todo se volvió negro, lúgubre y frío... como el futuro inmediato que los esperaba.

* * *

Bariloche, diciembre de 1999.

Aurora ingresó al cuarto de hotel y se encontró con Diego bajo la ducha. Sonrió. Se desvistió con gracia y se adentró en silencio a los dominios del agua caliente. De inmediato el hombre la abrazó y la atrajo hacia sí.

—Necesito que lo dejes —le susurró al oído—. Quiero que tengamos una vida juntos, Aurora. No podemos seguir así.

Ella bajó la mirada y se acurrucó en la curva que se formaba en el cuerpo de él entre el cuello y el principio del hombro. No dijo nada, tan solo cerró los ojos y dejó que los brazos de Figueroa la contuvieran y que el agua le rodara por el pelo y las mejillas.

—Lo voy a dejar —decidió al fin, como quien ha meditado el asunto sin cesar durante un largo tiempo—, pero tenés que permitir que lo maneje a mi manera.

Él asintió. Nunca había sentido algo tan fuerte por alguien, ni siquiera por Eva.

—Cuando arregles tu situación con Matías, quiero que conozcas a Carolina y, después, a su abuelo materno. Él ha sido de gran ayuda. Cuando Eva murió yo no pude hacerme cargo, él prácticamente la crió.

Aurora intentó disimular la repulsión que la sola mención de Franz Lauthen le generaba, pero, más que nada, quiso evitar ese sentimiento de culpa que la venía atosigando durante los pasados meses. Se había embarcado en el proyecto de intimar con Figueroa con un plan concreto: acceder a Franz Lauthen desde dentro del núcleo familiar con un embiste inesperado que lo descolocaría por completo. Sin embargo, Lauthen había sido mucho más rápido y astuto de lo que ella había imaginado y le había ganado de mano. No quería recordar, pero lo cierto era que el alemán había descubierto el talón de Aquiles de Aurora mucho antes de que ella siquiera aceptara la situación como posible, ya que nunca había contado con la posibilidad de enamorarse del viudo de su hermana. Eso la hacía dudar respecto a seguir con el plan, pero sabía que estaba en un punto sin retorno. No había posibilidad de que dejara de ver a Diego, ya no concebía la vida sin él, y eso, como nunca le había ocurrido, la descolocaba por completo. Para tenerlo, había vendido el alma al diablo y mucho más.

—Tengo frío —dijo a modo de excusa para abandonar la ducha, envolverse en una toalla y salir.

Lo que vio cuando entró a la habitación la dejó sin habla. En ese preciso instante, Aurora Moreno no lo sabía, pero acababa de torcer su destino.

* * *

Alexander se anunció en la mansión Lauthen y aguardó a ser recibido. Tan solo unos minutos después, el mismo Franz en persona lo hizo pasar a un despacho, le dio instrucciones y luego regresó a la sala donde su nieta lo esperaba sentada en el sofá con la cara desfigurada de tanto llorar y la conciencia dividida.

—No sé cómo probar que no soy quien pensás —arguyó Lauthen, decidido a toda costa a convencerla sobre la falsedad de esa presunción—. Tu padre...

—¿Papá? —gritó Carola, y se incorporó de inmediato—. Papá desapareció cuando mamá se mató. Vive en otro planeta desde ese momento. No solo no puedo contar con él, sino que además te daría la razón en cualquier cosa.

—Tu padre es un buen hombre.

—Es probable. No lo conozco lo suficiente para afirmarlo.

—Pero a mí sí me conocés bien, Carolita. Yo te crie. Vivimos en esta casa desde que tenías diez años, vos sabés quién soy. ¿De verdad pensás que soy un asesino?

—Lo que yo piense no tiene mucha importancia ya —arguyó ella—; lo que debo hacer es lo que importa. Y te tengo que entregar, abuelo. La empresa no puede quedar pegada a un nazi, yo no puedo quedar...

Un manto de tristeza cubrió los ojos de Lauthen. Jamás había imaginado que tendría que tomar esa decisión. Entonces, como quien sabe que ha llegado la hora señalada, bajó la cabeza a modo de seña y vio cómo Alexander tomaba a Carolina por detrás para luego colocarle un paño con formol en la boca, y ella se desplomaba inconsciente ante sus ojos.

—Llévala al círculo. Ya decidiré más tarde qué hacemos.

El súbdito asintió y no pudo evitar sentir un dejo de preocupación al ver al gran líder desolado por la traición de su propia sangre. Pero el dolor de Lauthen no era debido a que su nieta pudiera traicionarlo, sino porque ella había pensado solo en la reputación, en la empresa, y no en cuánto lo quería a él.

* * *

El Gulfstream aterrizó en Bariloche cuando la noche ya se había instalado y la nieve en el horizonte se fundía con la bruma de la helada. En silencio, Rafael Schatz, Ruth Benzar, Matías Aguilar y Ernesto Ordóñez descendieron la escalinata con rumbo a la camioneta que los esperaba sobre la pista. Sin demorarse demasiado, ingresaron al vehículo y, cuando Calavera terminó de ajustarse el cinturón de seguridad, emprendieron viaje. Necesitaban ubicar a Ciro, cuyo teléfono estaba fuera del área de cobertura o apagado.

Ernesto tamborileó, nervioso, con los dedos sobre el volante. Lo que Matías le había confesado horas atrás le había revuelto el estómago. ¿Podía ser posible que una historia de hacía tantos años fuera el motivo de aquellos ataques a la familia? ¿Quién había sido su madre adoptiva? Porque el relato de Aguilar parecía describir una mujer que le resultaba por completo desconocida. En la cabeza del abogado, no dejaban de dar vueltas ideas de cómo evitar que Ciro se enterara de aquel pasado de su madre. Sin embargo, no podía ocultarle tal secreto, tampoco que sabía quién estaba detrás de todo aquel asunto. Por otro lado, estaba Carolina. ¿Ella estaba enterada?

¿Estaba involucrada? Porque, ya fuera que Lauthen hubiera trazado el plan o que hubiera sido Diego Figueroa, ella salía ganando. ¿Hasta qué punto podía no saber la Nena Lauthen la verdad sobre su padre?

—No logro encontrar a Ciro —dijo Matías sentado en el sillón de copiloto de la camioneta—. ¿Tenés idea de dónde...?

Ordóñez negó con la cabeza.

—Vamos al hotel y veamos qué podemos averiguar.

* * *

Bariloche, diciembre de 1999.

Aurora sintió que le temblaban las piernas, y no era porque Matías estaba sentado en la cama que había compartido con Diego durante los pasados días, ni porque la había descubierto; fue la tristeza de su marido, visceral y profunda, lo que la hizo tambalear. La desolación de esos ojos que la habían adorado en algún momento era tal que sintió que la culpa por la manera en que había actuado se desplomaba sobre ella con la furia de un huracán desatado. La mirada de Aguilar fue letal, certera, y la atravesó con la fuerza de un arma mortal que aniquilaba a su víctima sin siquiera pestañear. Ella no pudo pronunciar palabra. En cambio, la escena que prosiguió pareció desenvolverse en cámara lenta, como si hubiera entrado a un

ambiente líquido y viscoso que no le permitiera moverse o pensar. Diego salió del baño con una toalla alrededor de la cintura mientras se secaba la cara con otra. No había visto a Matías aún.

—Si nos apuramos, llegaremos a...

Figueroa interrumpió su frase en el preciso instante en que dejó de secarse el cabello y notó que no estaban solos en la habitación. Durante un breve instante, no supo qué hacer. Luego vio la desolación en esos dos rostros y comprendió que no iba a ser tan fácil que Aurora abandonara a Aguilar.

—Matías... —susurró en un hilo de voz la mujer.

—No me digas nada —respondió él con el corazón en la mano y la garganta hecha un nudo—. Hace tiempo que sospechaba que andabas en algo... Pensé que tenía que ver con tu padre. —Aurora bajó la mirada—. No me equivoqué en eso, pero esto... —dijo en referencia a los amantes bajo aquel techo—. Esto no lo esperaba...

—Matías —interrumpió Figueroa—, entiendo que esto es muy desprolijo, pero si me dejás explicar...

—¿Explicar? ¿Qué me vas a explicar vos, hijo de puta? ¿Que, además de acostarte con mi mujer, estás manteniendo una relación con tu cuñada?

El desconcierto en el rostro de Figueroa le indicó a Aguilar que el otro no estaba al tanto de quién era en realidad Aurora Moreno.

—Ah... ¿no te lo dijo? —Aguilar dejó escapar una carcajada sarcástica—. ¿Tiene confianza para meterse en tu cama, pero no para decirte que Eva Lauthen era su media hermana? —Matías volvió apenas la cabeza y se dirigió a la mujer—. ¿No le comentaste que Franz es tu padre biológico? ¿Acaso no tuviste el valor para confesarle que estás con él porque querés llegar a Lauthen? —Aguilar gritaba.

—Matías, basta —respondió ella en un vano intento por calmar los ánimos.

—¿Sos hermana de Eva? —quiso saber Figueroa, desconcertado.

—Te puedo explicar, Diego.

—No entiendo... —pronunció el amante, que durante un momento sintió que el orden natural de las cosas había sido alterado de manera radical.

—La madre de Aurora era Sara Müller, la primera mujer de Franz Lauthen. Ella lo abandonó cuando estaba embarazada de poco más de tres meses. Aurora siempre ha querido contactar a su padre, pero él no ha querido recibirla. Supongo que vos fuiste el salvoconducto perfecto.

—Basta —ordenó la mujer, que sentía que perdía el control de la situación—. Basta los dos. Sí, es cierto, Diego —le confesó a los ojos al abogado—. Contraté a tu estudio con la excusa de cotizar en el mercado porque quería acceder a vos y, de ahí, a Lauthen, pero...

—¿Pero...? —la alentó Matías con odio en la mirada.

—Pero las cosas se salieron de control.

—O sea que los dos somos unos simples peones en el tablero de la reina —dedujo Aguilar mordaz.

—Matías, vos y yo hace rato que no funcionamos. No es esta la manera de hablarlo, y te pido perdón, pero...

—Pero yo pensé en solucionarlo, Aurora, no en meterme en la cama de otra.

—¿No? ¿En serio? —estalló la mujer incrédula—. Sé que pensás que soy idiota, Matías, aunque solo lo simulo. Un desliz te lo permito, de hecho has tenido mil. Pero los dos sabemos que tenés una amante fija, la de los martes, ¿no? Cuando se supone que tenés la reunión de comisión en el Jockey. —Aguilar sintió que le quitaban una máscara y que aquella mujer que tenía frente a él era una desconocida—. Hace años que lo sé. Y sé a la perfección quién es, qué hace y el arreglo de discreción que tienen. ¡Hasta lo celebro! Porque, a diferencia de la primera amante que tuviste a los cuarenta, esta no me volvió loca ni me persiguió. Incluso conozco qué lugares frecuentaba y que dejó de hacerlo cuando yo empecé a ir. Así que, por favor, no me vengas con el discursito de que no te metés en la cama de otra cuando te acostaste con Dios y María Santísima. No te privaste de ninguna en los años que llevamos casados. No hay nadie en este mundo que te conozca como yo, Matías. No dejes que esta cara de ingenua te engañe, te aseguro que me ha dado grandes satisfacciones.

—Aurora, esperá —dijo él desconcertado.

—Mirá, yo sé que estás enojado y que esta no es la situación ideal, pero no tengo ganas de hablar ahora. Necesito...

—Yo no puedo quedarme un segundo más acá —interrumpió Figueroa, dispuesto a cambiarse y salir de aquel hotel. Le urgía pensar.

—La que se va soy yo —aseveró Aurora con firmeza—. Tengo que ir a ver a Franz Lauthen. A fin de cuentas, eso es lo que debería haber hecho desde un principio.

—Aurora, si cruzás esa puerta sin antes hablar conmigo...

—¿Qué, Matías? ¿Qué? —gritó ella desahogada—. ¿Me vas a dejar? No hace falta —agregó al tiempo que se quitaba la alianza de matrimonio y la arrojaba al aire—; porque la que te deja soy yo.

La arqueóloga Aurora Moreno atravesó la puerta de aquel cuarto de hotel y no miró atrás, ni siquiera cerró la puerta, sino que la dejó abierta como la herida que llevaba en la piel desde que Matías Aguilar había comenzado a engañarla y ella había aceptado esa realidad como un estilo de vida. Desde que había iniciado aquel romance con Diego, ya nada había sido igual. A partir de ese momento, estaba dispuesta a enfrentar a su padre, porque lo había entregado todo por amor y no tenía nada más que perder.

CAPÍTULO 23

Lo observó cómo el viejo Lauthen se subía a un automóvil con chofer y, detrás, una camioneta llevaba a una mujer desvanecida. No había logrado distinguir quién era. En ese momento, necesitaba ver a dónde iba. Sin necesidad de seguirlo de cerca, activó el GPS que había instalado en el coche temprano aquella mañana y siguió el rumbo del genocida sin moverse. Cuando el vehículo estuvo a una distancia prudencial, se subió a la moto que había alquilado mediante una falsa identidad y comenzó a seguir la caravana a distancia.

No había recorrido más que un par de kilómetros cuando vio que los dos vehículos se detenían frente a lo que parecía ser un accidente vial. Pero no lo era. La camioneta de Ciro Aguilar estaba volcada a la vera del camino y, luego de que sacaron a las dos víctimas – inconscientes – y las subieron a otro coche, Lencke vio cómo una Hummer empujaba el automóvil de Aguilar hasta hacerlo caer por un barranco y desaparecer. Aquello no se trataba de un incidente, sino un secuestro, y a Lencke no le tembló el pulso a la hora de cambiar el plan que había trazado para disponerse primero a rescatar a su compañera de Interpol, al empresario y a la desconocida de la camioneta. Luego arreglaría cuentas con Lauthen. Aquel viejo tenía los minutos contados.

Sigiloso, se ocultó entre la frondosa arboleda hasta que los vehículos volvieron a arrancar. Miró el radar con las coordenadas que llevaba en el teléfono y esperó el tiempo suficiente antes de retomar

el camino. Minutos después, descubrió a dónde iba Lauthen. El sendero empezaba a cerrarse, y la muerte de Mérida estaba por ser vengada.

* * *

Alexander acostó a Carolina sobre la cama de aquel pequeño cuarto y comprobó que aún estaba inconsciente. Miró el reloj y calculó que todavía estaría así durante un cuarto de hora más. Sin detenerse, salió de la habitación y cerró con llave. No había manera de escapar. Avanzó por el corredor oscuro del búnker subterráneo y se dispuso a preparar todo para el ritual de esa noche, en el cual la lanza retornaría bajo la custodia oficial de sus cuidadores, los caballeros de la Orden Sagrada. Pero, antes de ultimar los detalles del encuentro, disponía de unos minutos para pasar por su dormitorio, bañarse y luego bajar al círculo a terminar los preparativos.

Ingresó al modesto cubículo que era su habitación desde que se había unido a la orden y abrió la ducha. El cuarto era pequeño, austero, casi monacal, pero tenía un baño privado, y eso, cuando se vivía en comunidad, era un lujo por sobre todas las cosas. Se despojó de la ropa y, mientras tarareaba en la cabeza una canción que no sabía dónde había escuchado, se metió bajo el chorro de agua caliente. Tomó el jabón, y el aroma inconfundible de su madre inundó el lugar. Los pinchazos de aquella lluvia cálida sobre el reciente tatuaje que tenía en el antebrazo le produjeron cierto dolor y lo distrajeron de la canción y del recuerdo de su madre. Se miró la piel blanca con el

dibujo. Era la tinta más oscura que había visto jamás. El sol negro era la marca de pertenencia a la orden. Como su padre y su abuelo, él, Alexander, era un miembro oficial de los caballeros de la Sacer Ordo y no podía estar más orgulloso de serlo.

* * *

Franz cerró la puerta de su despacho personal en el búnker y caminó despacio hasta su sillón favorito. Se acomodó en él y fijó la mirada en la mesa baja con algunas fotografías familiares que tenía enfrente. Un marco de plata acunaba el retrato de Carolina recién nacida, junto a otro de Eva, a los pocos meses de vida, en brazos de la madre. Había también una gran fotografía familiar con la familia Lauthen en el apogeo de su esplendor: Carolina, con nueve años, de la mano de su mamá –una Eva que había comenzado el camino de la tristeza y el aislamiento–, cobijada por su padre, el abogado Diego Figueroa, un mujeriego empedernido que había enamorado a Eva. Lauthen lo había culpado por el suicidio de su hija, aunque sabía que Figueroa no había sido el causante. Durante un segundo cerró los ojos. Quería olvidar, pero no podía, era imposible. Escapar del pasado se hacía cada vez más difícil con los años. Durante las noches, las imágenes de lo que había vivido le asaltaban la conciencia y le corroían las entrañas. ¿Cómo había llegado hasta allí? Entonces los recuerdos de Joseph Mengele y de las conversaciones entre alcohol y cigarrillos que habían compartido en Auschwitz retornaban a la cabeza de El Alemán como ríos de agua helada.

—Debes olvidarte de eso, Franz —le había dicho Joseph mientras encendía un cuarto o quinto cigarrillo—. No los veas como seres humanos, no lo son.

Franz recordó que esas palabras lo habían molestado, pero que no había objetado nada.

—Piensa que son un hígado, un páncreas o unos ojos que servirán para curar a la raza aria. Estos especímenes no son más que ratas de laboratorio, no lo olvides.

Von Strauss había empujado la cerveza con hastío y se había levantado para regresar a la barraca de oficiales a dormir. La siguiente mañana, retomaría la investigación con el sujeto Alpha. Omega había muerto ese mediodía.

* * *

Román Benegas recibió el llamado de Lao en el momento en que terminaba de ordenar que buscaran a Cora para llevarla a otro sitio seguro.

—Lencke —dijo sin más—, estaba esperando tu llamado.

—Escuchame, Román —respondió Lencke para ir directo al grano —, tenemos una situación.

—¡Claro que tenemos una situación! Me dejaste a tu hija en la puerta de la agencia. ¿Estás loco?

—Sabía que Cora iba a estar bien. Necesito que me escuches — insistió el agente del MI6.

—Te escucho —resopló Benegas.

—Julia y Ciro Aguilar han sido secuestrados por Lauthen y su gente. Sé dónde los tienen, pero necesito apoyo y un equipo de asalto táctico cuanto antes.

—Enseguida —respondió Benegas—. ¿Dónde estás?

—En la isla Huemul.

* * *

Isla Huemul, Bariloche, 8 de abril de 1950.

Ronald Richter levantó la mirada y observó cómo un pájaro atravesaba el cielo diáfano y celeste y cómo el blanco de las plumas del ave contrastaba contra el concreto de la usina de doce metros que había mandado construir para el proyecto que tenía a cargo: el proyecto Huemul.

A su lado, el presidente Perón caminaba a ritmo cansino. La noche anterior, habían bebido hasta tarde, y los estragos del alcohol de la velada se notaban en todos los presentes.

—Ha hecho un gran trabajo, profesor Richter —lo felicitó Rudi Freude, que llevaba del brazo a Eva Perón unos pasos más atrás y se acomodaba unas anteojos de sol porque el reflejo le hacía doler la cabeza.

—No creerán lo que es el búnker que ha construido debajo —intervino Adolf Schütelmayer, quien era acompañado por su hija Úrsula, de doce años, que observaba las fachadas de los laboratorios asombrada—. ¡Ni en Berlín en su época de gloria vi una arquitectura semejante!

Ronald sonrió. El presidente Perón junto a la figura escondida detrás de los anteojos circulares y la cabeza calva del señor Schütelmayer habían sido de las personas que más lo habían ayudado en aquel propósito. Les debía la vida.

—Se lo mostraré, pero primero déjenme presentarles lo que de verdad importa, el corazón de este proyecto —dijo seguro de sí mismo mientras accedían a la usina por un pasillo lateral.

Así, luego de que Richter abrió con llave un par de puertas y tras descender varios metros bajo el nivel del mar, el austríaco les mostró el núcleo de aquel edificio.

—Este es el reactor de fusión controlada. Una vez puesto en marcha, generaremos energía ilimitada, y Argentina será potencia mundial.

Perón sonrió. Desde que contaba con la lanza de Longinos, la vida no podía ir mejor. Observó a su alrededor y vio al singular grupo de personas que lo acompañaban. Rudi, su mano derecha y asistente privado; su mujer Eva, que era un bastión de fortaleza, aunque no estuviera atravesando el mejor momento de salud; Franz Lauthen, un químico brillante que, de la mano del médico alemán Mengele, había estado trabajando en un medicamento para ayudar a Evita —no había

dinero que pudiera pagar aquel esfuerzo, estaría en deuda con esos científicos de por vida—; por supuesto, también estaba allí Richter, que prometía entregarle el paraíso en mano mediante aquellos laboratorios de avanzada que le daban a la Argentina una posición inmejorable en el futuro inmediato. La voz del último lo trajo de vuelta a la realidad.

—Por aquí —explicó el austríaco— entramos al área privada.

Los presentes se quedaron maravillados. Detrás de una inmensa pared de concreto, se accedía a un largo corredor subterráneo que parecía adentrarse en los confines de la tierra. Unos carritos de golf conducidos por soldados de la fuerza militar del Gobierno y de absoluta confianza de Richter los invitaron a subirse para trasladarlos. Así, Perón, Eva y el profesor encabezaron la caravana; detrás, los siguieron Lauthen, Rudi Freude, Adolf y Uschi.

—Me dan miedo los túneles —susurró Úrsula a Franz, que iba a su lado.

Lauthen sonrió. La niña había empezado a crecer. Dentro de unos años, sería toda una mujer, pero todavía conservaba esa frescura e inocencia que lo habían cautivado el día que la había conocido.

—No te preocupes, Uschi —le aseguró él con cariño—, no hay nada que temer, los túneles tienen su magia. Y, si no, tu padre, Rudi y yo te protegeremos de cualquier peligro.

Úrsula sonrió. No le gustaban los pasadizos subterráneos, pero sí le agradaba Franz Lauthen; tenerlo junto a ella le daba calma. También la tranquilizaba concentrarse en el camino, ver las paredes de cal pasar ante sus ojos, las luces intermitentes parpadear de vez en cuando y, por fin, llegar hasta un portal custodiado por dos soldados armados.

Los carros se detuvieron. Habían circulado cerca de unos quince minutos en línea recta, por lo que estaban bastante lejos de la usina ya. Los uniformados abrieron las compuertas e hicieron una venia al general Perón, que la devolvió alegre. Enseguida, avanzaron y atravesaron aquel portal. Cruzar los portones custodiados por una inmensa águila de hierro fue como cambiar de realidad. De repente, las paredes calizas y rústicas se transformaron en paneles de *boiserie* y lámparas de lujo que iluminaban con calidez un pasillo que antecedió al búnker en sí. Los militares detuvieron los vehículos, y Richter los invitó a bajar. Aquel recinto no era uno cualquiera; era una réplica del castillo de Wewelsburg, una construcción de estilo renacentista en Renania del Norte, Alemania. Era una copia del sitio de culto en el que la SS de Heinrich Himmler realizaban rituales y reuniones paganas, de la fortaleza en la que Adolf Hitler había estado reiteradas veces. Cada vez que entraba a ese búnker, sentía como si estuviera de vuelta en el castillo real, en su casa. Así lo percibía. Allí, doscientos metros bajo tierra, en una planta triangular, Ronald Richter había logrado lo imposible al copiar una construcción renacentista en el corazón de la isla Huemul, que además de belleza, custodiaba el secreto mejor guardado de un estado: la posibilidad concreta de crear energía nuclear.

CAPÍTULO 24

El equipo de asalto táctico descendió de dos camionetas blindadas y, sin más, se aprestaron a subir a dos lanchas neumáticas que los esperaban en la parte menos visible del lago Nahuel Huapi. Lencke hizo un par de señas para dividir el equipo en dos. La línea de avanzada iría en la primera lancha, con él, mientras el segundo grupo, encabezado por Kfir, cuidaría la retaguardia.

—No conocemos la extensión del búnker donde se encuentra Lauthen ni la cantidad de gente que está con él. Por lo que suponemos, tiene armas y recursos. Adentro están la agente Durée y dos civiles. Vamos a sacarlos de ahí sanos y salvos.

Los agentes asintieron y comenzaron a embarcar. Lencke probó el intercomunicador para corroborar que cada uno de los hombres escuchara las órdenes.

—Cobra Uno —dijo en tanto hacía señas. El equipo de la segunda lancha asintió para demostrar que lo escuchaban fuerte y claro—. Cobra Dos —se dirigió al equipo en su lancha. Los hombres hicieron un movimiento con la cabeza. Estaban listos para tomar el búnker.

* * *

Carolina sentía que el cerebro le explotaba y que la visión, borrosa en un primer momento, se adecuaba a la penumbra y empezaba a distinguir los contornos de un pequeño cubículo. ¿Dónde estaba? El último recuerdo que tenía era el rostro triste de su abuelo y, después, todo se había vuelto negro. Ella le había dicho que debía entregarlo, que no podía ser cómplice de un criminal, y él se había defendido al argüir que había hecho lo que había tenido que hacer, que había sobrevivido; pero para ella esa no podía ser una excusa. Su abuelo, el hombre que la había criado y cuidado como nadie, era a su vez un criminal de guerra, un desquiciado que había experimentado con humanos, incluso con niños, con la certeza de que saldría impune de aquellos crímenes. Pero no contaba con la conciencia de su propia nieta, que, sobre todas las cosas, lo amaba, aunque no pudiera pasar por alto semejante atrocidad.

—Abuelo —lo llamó a sabiendas de que en aquel cuarto había cámaras y de que él la observaba y controlaba todo—; sé que me estás escuchando. ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? —Carolina tragó saliva—. Te conozco, sé que no podrías hacerlo. Dejame ir. Donde quiera que esté, dejame ir, y vamos juntos a la fiscalía. Puedo llegar a un arreglo.

No obtuvo respuesta.

—Has vivido libre durante casi noventa y siete años, abuelo — insistió la abogada con el corazón hecho un nudo mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. No podés pretender salir incólume de esto... ¿Cómo viviste con esto en la conciencia?

Seguía sin tener respuesta, pero conocía a su ancestro y sabía que la estaba escuchando.

—Ha llegado el momento de entregarte, de aceptar las consecuencias de tus actos.

—Tu madre decía que uno puede hacer lo que quiere; lo que no puede es evitar las consecuencias.

La voz grave del alemán irrumpió en el cuarto. Carolina sonrió. Eva siempre repetía esa frase.

—Hace años que los recuerdos me atormentan, Carolita —continuó la voz—, pero he tratado de compensar mis errores.

—¿“Errores”? —preguntó la mujer sorprendida—. Error es escribir mal un código postal o apretar el botón equivocado en el ascensor. Un genocidio no es un error, abuelo —discutió con firmeza—. Es un asesinato en masa, y lo que vos hiciste en Birkenau... —Carola no encontraba las palabras ni la fuerza para continuar. Su abuelo era un monstruo con el que había convivido durante décadas, y cuánto lo amaba.

—La vida me castigó lo suficiente ya —respondió él.

—No creo que las seis millones de víctimas del Holocausto piensen lo mismo, Franz. —El tono de voz de la mujer se había vuelto áspero—. No creo que Tania Frydberg estuviese de acuerdo tampoco; ni Laura, su hija. Ella estaba enferma...

—Yo hice mucho por Tania y su hija. Pagué sus estudios, le di trabajo...

—Nada de eso es suficiente, abuelo. Es la hora de aceptar...

—Una sola vez estuve dispuesto a entregarme —la interrumpió él. Carolina guardó silencio. Había algo en el tono de su abuelo que le generó una profunda tristeza—. Cuando tu madre descubrió quiénes éramos sus padres.

* * *

El círculo estaba completo. Los hermanos de la orden, ubicados alrededor, esperaban en silencio la llegada del gran maestro. El fuego del hogar crispaba festivo, quizás en anticipación al festejo que precedería a la ceremonia que se llevaría a cabo dentro de un momento. Durante años, la lanza sagrada había estado a resguardo en una caja de seguridad, pero entonces, en el ocaso de la vida, el líder de los caballeros de la orden había decidido que la lanza regresara a ese lugar para elegir un sucesor. Expectantes, los doce miembros de la orden aguardaban el inicio del ritual que, décadas atrás, había realizado por primera vez *Herr* Himmler en el castillo Wewelsburg. Así, de pie sobre el sol negro de doce rayos que representaba un astro que emanaba sabiduría y proporcionaba una fuerza superior a la raza aria, esperaban sin más la llegada del líder para saber quién de ellos sería el siguiente gran maestro. Así, siguieron alrededor de ese círculo que dejaba entrever entre sus rayos la esvástica y que simulaba una nueva “mesa redonda” en la cual doce caballeros conformaban la Sacer Ordo, un consejo de elegidos para la custodia de la tradición germana y la protección de la lanza sagrada.

* * *

El equipo de asalto estaba listo para ingresar al refugio. La tecnología de punta con la que contaban les permitía saber dónde estaba el acceso y qué cantidad de personas había dentro. No eran muchas, pensó Lencke, pero, sin el apoyo de aquel cuerpo de élite, no habría podido hacer nada.

—Entramos a mi orden —indicó por el intercomunicador—. Tengan en cuenta una sola cosa además de sacar viva a Durée y los dos civiles —agregó—: a Franz Lauthen me lo dejan a mí.

Los hombres asintieron. Estaban acostumbrados a ese tipo de órdenes, asuntos que no cuestionaban ni juzgaban. Habían visto demasiada gente infame en aquel trabajo como para debatir si aquello era ético desde una perspectiva moral o no. No les importaba. Ellos cumplían las disposiciones, se comportaban como una pieza minúscula de un gran engranaje que, para ser efectivo, necesitaba obedecer. Y obedecían.

—¿Cobra Uno, listo? —El grupo que pertenecía a ese equipo asintió—. Entramos en tres, dos, uno...

La señal de Lencke coincidió con el primer estallido, que, además de volar el ingreso al búnker, generó una humareda que desconcertó por completo a quienes estaban dentro. De manera coordinada, la pequeña tropa de élite avanzó sobre la construcción subterránea con máscaras antigás y lentes de visión infrarroja. Junto con la voladura del acceso, habían cortado el suministro eléctrico del área, incluidos los grupos electrógenos, que habían sido desactivados de manera remota. Entonces solo faltaba rescatar a Durée y a los civiles. Luego matar a Lauthen. Porque Franz Lauthen iba a morir esa noche, y Lao sabía que sería él quien pondría punto final a la vida de ese asesino.

* * *

Julia despertó sobre un camastro en la más absoluta oscuridad. Lo último que recordaba era que la camioneta había volado por el aire en círculos y, luego, oscuridad total. Nada. En ese momento también la negrura lo consumía todo, pero a su alrededor había gritos y órdenes. Un equipo táctico estaba en las inmediaciones, conocía la jerga, esa manera de hablar. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba Ciro? ¿Qué estaba sucediendo?

—Ponete esto —escuchó. Ciro estaba a su lado, había despertado antes que ella, y los ojos ya se le habían aclimatado a la falta de luz. Con lentitud, Julia iba definiendo los contornos de la realidad que la rodeaba. Notó que Aguilar le daba un trozo de tela que había arrancado de la camisa que llevaba—. Cubrite la boca, tiraron gas.

Sin dudarle, Durée se colocó el trapo sobre la cara y lo ató en su nuca. El empresario hizo lo mismo, y estaba dispuesto a patear la puerta de aquel cuarto cuando ella lo detuvo.

—Esperá —indicó mientras se quitaba un aro de diamante. Ciro la miró desconcertado, pero luego observó cómo ella tomaba el pendiente, lo hacía girar y, como si de magia se tratara, el pasador se convertía en una ganzúa que le permitió destrabar la cerradura en un santiamén. Luego volvió a colocarse el aro y le ordenó que la siguiese.

—Eso que escuchas —explicó Julia en referencia a las coordenadas que el equipo de asalto táctico gritaba— son órdenes, indicaciones para mí. Interpol sigue un protocolo muy puntual en casos de

secuestro. Las coordenadas me dicen quiénes vienen a buscarme y cuál es el punto de encuentro.

Ciro asintió, asombrado por lo rudimentario y, a la vez, efectivo de aquel sistema.

—Es Lao —dijo ella sonriente—, y debemos ir hacia el norte.

Julia y Ciro trataron de ubicarse en aquella oscuridad y, aún con los ojos llorosos por los gases, avanzaron sigilosos por aquel laberinto de pasillos, puertas y pasadizos.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Aguilar. La agente no supo qué responder, pues estaba tan desorientada como él.

—Lo importante ahora es salir, Ciro.

El empresario asintió; sin más, tomó de la mano a la mujer y la colocó detrás de él. Poco le importaba que ella estuviera entrenada para esas situaciones, nada iba a sucederle mientras él estuviera a su lado. Así, iniciaron el trayecto final de aquel recorrido en la más absoluta oscuridad.

* * *

Los alaridos de una mujer los obligaron a detenerse.

—¿Dónde estás? —preguntó Julia en voz alta para que quien gritaba la escuchara.

—En un cuarto, encerrada —respondió la voz.

—Seguí hablando —pidió Ciro, que reconoció aquella voz de inmediato, y comenzó a palpar las paredes hasta encontrar una puerta que abrir.

—¿Aguilar? —preguntó la mujer desde el encierro.

—Sí, Nena —respondió él sin poder disimular una sonrisa. La vida aún le daba sorpresas—; soy yo. Seguí hablando, te vamos a encontrar.

—Si pensás que voy a devolverte Cronos por esto, estás loco —espetó ella nerviosa. Aquella situación la descolocaba.

—No esperaba menos de la Nena Lauthen —respondió él, que había encontrado una puerta e intentaba abrirla sin éxito.

—¿Carolina Lauthen? —preguntó Julia sorprendida.

—La misma —respondió ella desde el otro lado de la puerta—. Mi querido abuelo me secuestró.

—Nada me sorprende de ese hombre —murmuró Durée para sus adentros al tiempo que volvía a realizar el truco del aro devenido en ganzúa.

Cuando la portezuela se abrió y Carolina Figueroa Lauthen salió, Ciro le entregó otro trozo de género y le indicó que se lo colocara sobre la boca y la nariz.

—Vamos —apremió ella, que, tras algunas horas de encierro, había reconocido el lugar donde estaba. Recordaba haber estado allí cuando era pequeña. Su abuelo le había contado la más fascinante de las historias: un científico austríaco había construido allí una usina con un reactor nuclear y una réplica de un castillo renacentista. La

singularidad de aquella instalación subterránea, le había dicho su abuelo, era que estaba emplazada sobre una planta triangular y que todos los pasillos desembocaban en el centro, en una sala que llamaban “el Círculo”. Recordaba aquel recinto. Era magnífico, coronado por un grabado en el suelo de mármol de un sol negro con un núcleo de oro puro. Pero, además, desde ese cuarto se podía salir al exterior.

CAPÍTULO 25

Diego Figueroa se ubicó frente a la pantalla de Bloomberg y sonrió. Luego, accedió a su cuenta en el Credit Suisse y observó en detalle su cartera de inversiones. Una extraña sensación de victoria adelantada y adrenalina le recorría las venas. Había llegado el momento de la venganza.

Levantó el teléfono y marcó un interno. Aguardó.

—Está todo listo —dijo la voz de un hombre del otro lado de la línea.

Diego sonrió. Anticipaba el sabor de la victoria.

—Perfecto. Pido que se convoque a una junta extraordinaria de accionistas —respondió sin despedirse al tiempo que daba por terminada la conversación. En la palma de la mano, apretaba una cadena de plata con las iniciales “A. M.”. Aurora Moreno.

* * *

Lao avanzó entre el humo y la oscuridad con la agilidad que años de entrenamiento le habían brindado. Los lentes tácticos que llevaba incluían, además de visión nocturna e infrarroja, un programa que le permitía tener una perspectiva detallada del terreno sobre el que se movía. Así, mediante un escaneo general del sitio, Lencke podía ver los planos del lugar y las salidas hacia el exterior para luego guiar al equipo.

—Kfir —lo llamó al ver a un grupo de uniformados de Lauthen avanzar hacia él—, cuatro hombres armados van hacia tu zona. Llevan fusiles de alto impacto. Cobra Uno, desplácese a su derecha y contraataque.

Terminada la orden, una ráfaga de metrallas atravesó la oscuridad e iluminó, de manera parpadeante, las sombras que luchaban entre sí. Una pequeña guerra se había desatado en las entrañas de la isla Huemul, y los gritos de la gente se mezclaban con el repiqueteo de las balas contra el concreto.

—Kfir —volvió a decir Lao—, dos hombres armados a tu izquierda.

El agente del Mossad se orientó en aquel sentido en el preciso instante en que escuchó la orden de Lencke. Sin dudar, abrió fuego y vio cómo los dos soldados de Lauthen se desplomaban en el piso.

—Zona despejada —informó el israelí al líder de Cobra Dos—. Estoy entrando al salón principal.

—Hay once personas dentro —advirtió Lencke, que observaba el visor térmico en la pantalla de los lentes inteligentes—. Cuidado, Julia y los civiles pueden ser uno de ellos. Estén listos para atacar, pero no tiren a matar a no ser que sea en extremo necesario.

El agente del Mossad ordenó a sus hombres que encendieran las linternas que llevaban en los cascos tácticos. No podían ingresar a ciegas a un sitio en el que podía haber rehenes. Luego, indicó que avanzaran. La maniobra que tuvo lugar a continuación se realizó de manera coordinada, casi como si se tratara de un baile ensayado con precisión milimétrica. Si un observador ajeno hubiera visto aquel operativo, habría quedado maravillado por la sutileza de cada movimiento, por la exactitud de cada paso. Así, tras ingresar a la sala donde el resplandor del fuego iluminaba los rostros de los presentes, el jefe de la tropa pidió que se restituyera el servicio eléctrico. Cuando la energía retornó, los agentes de la unidad de élite notaron que los once sujetos presentes en aquel salón, cuyo piso estaba coronado por un sol negro y un centro de oro, iban vestidos con unas largas túnicas negras, descalzos y rapados por completo.

—Durée y Aguilar no están acá —reveló Kfir por el intercomunicador del casco.

—¿Y Lauthen? —quiso saber Lao, que ingresaba segundos después al círculo.

—Tampoco —respondió mientras negaba con la cabeza al verlo entrar.

Lencke se llevó las manos a la cintura y bajó la cabeza un momento mientras trataba de ordenar las ideas. En paralelo, el equipo capturaba a los cofrades y los ubicaba para su traslado y posterior interrogatorio.

—Lao. —La voz de Julia lo obligó a salir del ostracismo y volver la cabeza. La agente de Interpol atravesó el acceso al salón principal. Tras ella estaban Ciro Aguilar junto a Carolina Lauthen, la nieta del viejo farmacéutico. Ella era la mujer que no había logrado distinguir a la distancia mientras vigilaba la mansión del genocida.

—¿Dónde está tu abuelo? —inquirió Lencke sin preocuparse por nada más.

Carolina pareció desorientarse durante un segundo, pero luego reaccionó.

—Tiene un despacho privado en el búnker. Es por acá.

Lencke, Durée y Aguilar no tardaron ni un segundo en seguir el paso de la Nena Lauthen, que se movía por aquellos laberintos como pez en el agua. Ella, sorprendida por la memoria del cuerpo, que la trasladaba casi de manera instintiva por aquel entramado que daba vida a la construcción, notó que algunos lugares le resultaban más familiares que otros y que, a medida que avanzaba, tenía la certeza de haber estado allí no solo con Franz, sino también con su abuela. No pudo evitar sonreír al recordarla, pero esa breve evocación de felicidad se empañó de inmediato cuando tomó consciencia de que la detención de su abuelo era inminente.

Se detuvo en seco. Los demás también frenaron.

—Voy a entrar yo sola —dijo a modo de afirmación más que de consulta—. Ese hombre que está ahí dentro —informó en tanto señalaba la puerta que separaba a los agentes del criminal de guerra— puede ser muchas cosas, pero ha sido quien me ha criado, y van a respetar eso. —Carolina sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. Por eso, yo voy a entrar a hablar con él y, cuando salgamos, yo lo voy a llevar a la fiscalía. No me voy a separar de él ni un instante. Va a hacerse cargo de sus crímenes, pero no lo voy a dejar solo un momento. ¿Está claro?

Lencke asintió, y Julia, que no estaba de acuerdo porque el único objetivo en la vida que perseguía era matarlo, trató de contener el impulso siniestro que sentía en el interior y que empezaba a avanzar

sin piedad. Aguilar no emitió sonido. Respetaba el valor de la abogada al entregar a quien más quería en el mundo.

Entonces Carolina les dio la espalda. Observó el teclado digital empotrado en la pared. Sin dudar, marcó la clave que intuía. No se equivocó. Se trataba de la fecha de nacimiento de su madre, Eva Lauthen. Cuando la luz verde de la cerradura parpadeó, Carola supo que podía entrar. Lo hizo despacio. Avanzó un paso y enseguida divisó a un viejo Franz Lauthen sentado frente a la mesa baja donde reposaban retratos familiares y la figura de porcelana de un antiguo soldado. Aquel adorno venía acompañado por otro igual que ella tenía en el recibidor y que habían pertenecido a su bisabuelo materno, según le había dicho una vez su abuela antes de regalarle uno a Franz y otro a ella. Sin apresurarse, cerró la puerta y avanzó hacia el hombre.

—Abuelo —dijo ella tranquila al tiempo que se sentaba junto a él.

—No puedo entregarme, Carolita —se negó él con la mirada perdida en las imágenes—. La cárcel va a matarme.

—Abuelo, no vas a ir a la cárcel, tenés más de noventa años. Ningún juez va a mandarte a prisión. Voy a pedir arresto domiciliario, te vas a quedar conmigo...

—Nadie puede perdonar lo que he hecho.

Carolina cerró los ojos. Coincidió.

—Tendrás que arreglarlo con la justicia y con Dios, abuelo, pero no podés seguir escapando. Además —agregó—, ¿qué pruebas hay?

Lauthen levantó la vista. Conocía esa mirada.

—Los estudios de la biblioteca virtual de nuestro laboratorio ya no existen, y los originales tampoco. Me ocupé de destruirlos. No justifico en nada lo que hiciste, pero no voy a dejar pruebas. Nadie va a vincular nuestro nombre con los nazis jamás. Y si lo hacen, tendrán que probarlo, pero yo no voy a colaborar en eso.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque sabés cuánto te quiero. Vamos a manejar esto a mi manera —respondió ella—. Pero ahora necesito que seas sincero y me digas si hay alguna evidencia que corrobore en efecto tu presencia en Auschwitz.

Lauthen respiró hondo. Él sabía que sí.

—Quemé hace años el contenido de mi caja fuerte, era demasiado riesgoso. No hay nada en mi poder, ni documentos, ni papeles, ni retratos, pero...

—¿Pero? —lo alentó Carola.

—Sara Müller se llevó algunas cosas para garantizar su propio seguro de vida —añadió él en tanto recordaba el día en que Tania Frydberg le había confirmado esas sospechas—. Sé que algunas las perdí porque las mandé robar, pero otras nos las recuperé jamás, no sé qué fue de ellas. Y después estaba Tania Frydberg. Ella decía haber guardado una parte de lo que había robado Sara...

—Pero con Tania tenías un acuerdo.

Lauthen asintió.

—Tania quedó viuda apenas llegó a Bariloche, estaba embarazada. Hicimos un pacto. Ella guardaría silencio y yo les proveería la mejor vida que pudieran tener ella y Laura, su hija. Cuando Laura enfermó, su madre entró en crisis, por lo que tuvimos que renegociar los

términos. Me ocupé de todo: medicamentos, material para investigar, financié protocolos de experimentación absurdos... Laura sobrevivió bastante más de lo esperado. Nunca comprendí cómo ese cuerpo consumido albergaba tal cerebro. Pero, hace un par de meses, cuando Laura se dio por vencida, supe que Tania ya no tenía nada que perder. No hubo manera de hacerla entrar en razón.

Carolina desvió la mirada un segundo.

—No me digas más, no quiero saber —manifestó—. Vamos a manejar esto como te digo yo. Lo importante: ¿puede ser que en verdad Tania tuviera pruebas en tu contra?

—Nunca las encontré —respondió el alemán—. Hice dar vuelta su casa, la de Laura, sus cajas de seguridad en el Banco del Sur. Nunca hallé nada.

La Nena asintió mientras incorporaba esa información. Lauthen, por su parte, se quedó callado un momento. Se miró las manos, arrugadas por los años, y las estiró. Tomó el figurín del soldado de porcelana que reposaba frente a él en la mesa ratona, entre marcos de fotografías y recuerdos de antaño. Se lo entregó a su nieta.

—Tu abuela me lo regaló, eran de su padre. Guardalo con el que te dio a vos. A ella le encantaban.

Carolina sonrió triste. Enseguida notó que su abuelo había envejecido una eternidad desde el día anterior hasta ese momento. Parecía como si, al fin, el peso de la conciencia, la culpa y los años se hubiera desplomado sobre aquel cuerpo con la fuerza de un alud descontrolado. Quiso ponerse de pie, pero no pudo. Carolina lo ayudó a incorporarse y, antes de salir, preguntó:

—Cuando estábamos hablando por el intercomunicador, me dijiste que una sola vez habías considerado entregarte.

Lauthen asintió. Tenía lágrimas en los ojos y no se parecía en nada al hombre implacable y fuerte que ella había conocido toda la vida. Aquella se veía como una figura ajena a él, un viejo encogido y consumido por sus propios demonios.

—¿Por qué? ¿Qué quisiste decir cuando afirmaste que lo ibas a hacer cuando mamá descubrió quiénes eran sus padres?

Franz Lauthen se detuvo un momento, miró los ojos de su nieta y sintió que era como ver a su pequeña Eva. Cómo la extrañaba...

—Prometo que, cuando volvamos a casa, te explico todo. Pero no me hagas hablar ahora, Carolita, estoy muy cansado.

Ella asintió y, con el anciano del brazo, lágrimas en los ojos, un soldado de porcelana en la mano y a paso lento, salió del despacho subterráneo. Del otro lado, los agentes del Mossad, Interpol y MI6 lo esperaban, listos para trasladarlo a la fiscalía. Los ojos de Lauthen se cruzaron con los de Ciro, su otro nieto, el hijo de Aurora. Los dos hombres se observaron en silencio. Julia, por su parte, al ver al asesino de sus hijos tan cerca, sintió que se paralizaba sin dejar de repetirse que, por más decrepito y vulnerable que pareciera en ese instante, aquel era un asesino cruel. Sin pensar, tomó el arma y la levantó. En segundos tenía el cañón de aquella Bersa nueve milímetros apoyado sobre la sien de Lauthen. Un balazo entre ceja y ceja. Pero no podía moverse, no podía pensar. Las voces alrededor de la agente se habían convertido en murmullos cacofónicos. No escuchaba, solo sentía el latido de su propio pulso concentrado en la mano derecha, que sujetaba el arma. Un simple apretón y aquel hombre no existiría más, un simple...

—Julia —la voz de Ciro la hizo darse vuelta—. Dame la pistola, Julia —ordenó. Ella no respondió, solo estaba considerando si apretar o no el gatillo—. Matarlo no va a devolvete a Simón y Pedro, Julia —le aseguró él mientras se le acercaba por detrás con la dulzura que sabía

que ella necesitaba más que nunca. Durée seguía sin moverse. Aguilar pasó las manos por los brazos de ella con parsimonia hasta acunarle las manos con las propias y tomar el arma.

Carolina, que se había interpuesto entre el cuerpo de su abuelo y el de Julia, temía moverse y que la mujer disparara. Pero Lao la tomó con tranquilidad de la cintura y la obligó a apartarse en el preciso instante en que Ciro agarraba la Bersa de la agente. El empresario atrajo a Julia hacia sí para abrazarla con fuerza mientras Kfir y su equipo escoltaban al Químico de Birkenau fuera de aquella fortaleza. Carolina, mientras sostenía la mano de su abuelo, no pudo evitar pensar que él no se había inmutado frente al arma, siquiera había pestañado al verla a Julia apuntarle en la frente. Ella, en cambio, temblaba.

* * *

Costa patagónica, 2000.

“Precisión”; esa fue la palabra que le vino a la mente cuando vio el cuerpo sobre la playa. Precisión y exactitud. No había una gota de azar en ese escenario: la cabeza ladeada hacia la derecha, el pelo desparramado sobre el rostro, las manos estiradas y las piernas abiertas de par en par. Era una puesta en escena diseñada a orillas del mar. Tan perfecta resultaba la imagen que el agente no tomó en cuenta la caída del sol ni la bajamar, solo observó con mirada atenta el despliegue casi escenográfico de la mujer sin vida cubierta de arena mojada.

El flujo de la marea pareció alborotarse, como si fuera consciente de lo que había sucedido sobre sus dominios. “Otra muerte en esa familia”, pensó mientras se arrodillaba frente al cadáver de la mujer que conocía y pasaba los dedos cubiertos por el látex de un guante sobre esa piel gélida. Suspiró. El cuerpo alguna vez lozano se presentaba rígido y frío. Los ojos, vacíos, se perdían en la lejanía. ¿Qué habrían visto? ¿Qué secreto oscuro se llevaban las pupilas secas entonces salpicadas por el agua de mar? Pero ninguno de aquellos interrogantes iba a poder tener respuesta porque, minutos después de que un vecino hubiera avisado a la Policía local sobre aquel despojo en la playa de arenisca, un equipo de seguridad de la empresa Lauthen se había presentado en el lugar, había cruzado unas palabras con el comisario y, acto seguido, los oficiales se habían retirado, y el asunto había pasado a ser manejado de manera privada.

De unas de las camionetas blindadas del grupo farmacéutico, bajaron dos personas. Uno era Franz Lauthen; el otro, el abogado Diego Figueroa. Los dos habían pasado por ese mismo escenario años atrás. Eva, la hija de Franz y esposa de Diego, se había arrojado al vacío desde el mismo risco que coronaba aquella pequeña ribera, y así la habían encontrado, sin vida sobre la arena mojada. En ese momento, sobre ese mismo lecho marino, no estaba Eva, sino su madre, la mujer de Franz Lauthen.

Lauthen apretó con fuerza la mano de su yerno y dijo algo en alemán que el abogado no entendió. Tampoco importaba en ese momento. Luego se quedaron en silencio unos minutos y, cuando el empresario impartió la orden, el cuerpo de la mujer fue recogido y enviado a la casa de sepelios para ser preparado para el velorio. Cuando la gente preguntara qué había ocurrido con la señora Lauthen, todos dirían lo que Franz había indicado: que había muerto de tristeza producto del previo fallecimiento de su hija años atrás.

A solas, sobre la playa y con la mirada colocada en el horizonte, Franz Lauthen dijo:

—No he sido justo contigo. —Diego no intercedió—. Sé que Aurora Moreno era importante en tu vida... También sé que estás al tanto de que era hija de mi primer matrimonio con Sara Müller.

Figueroa asintió.

—Puedo asegurarte que no tuve nada que ver con su accidente. — Otro silencio invadió el lugar, donde solo se oían las olas que se estrellaban contra las piedras y el viento en las cercanías—. Ella vino a verme, es cierto, lo sabés, pero su choque fue nada más que un accidente. Yo ya había perdido a una hija, nunca habría hecho algo que fuera a dañar a la única que me quedaba, aunque no quisiera ni verme.

El hombre avanzó unos pasos. El suelo mojado se resquebrajó bajo el peso de aquel cuerpo, y la espuma tímida de lo que quedaba de una ola le acarició el cuero de las botas.

—No te pido que lo entiendas, ni tampoco quiero que me hagas preguntas ahora, pero un día voy a necesitar tu colaboración; y vos, la mía. —Lauthen hizo una pausa para respirar con profundidad—. La culpa de la muerte de Aurora es de su esposo, Matías Aguilar. Si él no hubiera aparecido en el hotel ese día...

Diego seguía sin hablar. Había cosas que prefería no recordar.

—Por eso, Diego —agregó Lauthen, que se dio vuelta y lo enfrentó —, el día que te pida ayuda y te diga que debés hacer algo por mí, no lo hagas por mí. Hacerlo por Aurora y por Carolina. —Lauthen notó que la sombra de la duda atravesaba el rostro de Figueroa. El abogado quería saber más. No iba a actuar a ciegas, su propia esencia se lo impedía—. No me preguntes, Diego —insistió Lauthen—. Cuando llegue ese día y yo pida tu ayuda, solo recordá que Matías Aguilar

prefirió muerta a su mujer antes de que lo dejara por vos. Si no hubiera ido a buscarla a Bariloche y ella no hubiera salido a las corridas de aquel hotel, no se habría muerto.

* * *

Las imágenes de la muerte de su esposa desfilaron en la cabeza de Franz mientras recordaba aquella conversación que había tenido con su yerno. Habían pasado dieciocho años de aquel evento, y aún podía sentir el olor a sal que flotaba en el aire el día en que su segunda mujer, para imitar los pasos de su hija menor, se había arrojado al vacío. Las palabras susurradas al viento esa mañana estaban grabadas a fuego en el cerebro del anciano. En ese instante, mientras caminaba despacio de la mano de Carolina y escoltado por un agente del Mossad, uno del MI6 y una de Interpol, no pudo evitar recordarlas. En tanto un nieto con el que apenas había tratado y que desconocía –a quien, además, había seguido y espiado durante años– lo acompañaba a uno de los tantos autos oficiales que lo esperaban para llevarlo al muelle de la isla y, de allí, de vuelta al continente. Solo le restaba confiar en que las cosas de alguna manera saldrían bien.

* * *

—¿No hay noticias de Ciro? —preguntó Calavera a su padre.

Matías Aguilar negó con la cabeza. El celular seguía fuera del área de cobertura o estaba apagado.

—Me estoy empezando a preocupar —dijo Aguilar.

—Lo vamos a encontrar —respondió Ernesto, que trataba de convencerse de eso mientras hablaba con Raúl, de la mesa de Nueva York.

—Dice Manoj que va a tratar de corroborar el dato que me pasaste, pero es muy difícil que conozcamos quién compone la junta de una sociedad anónima que trianguló el dinero de la compra en diecisiete movimientos antes de realizarla.

—Estoy seguro de lo que te digo, Raúl. Esto no es contra Cronos, solo nos estaban distraendo; esto es contra Olleum. Apenas tengas novedades, llamame, no importa la hora.

El abogado terminó la conversación y se comunicó con Sandra, la asistente de Ciro. La mujer no tardó más que unos segundos en responder.

—Cala —dijo expeditiva.

—Necesito que actives el Protocolo Uno de Ciro.

La empleada guardó silencio. Pareció dudar.

—Sandrita, necesitamos encontrarlo —insistió Calavera, que sabía cuán celosa de la privacidad del jefe era Sandra.

La secretaria de Aguilar se levantó del escritorio, ingresó a la oficina del dueño de la empresa. Apoyó la palma de la mano sobre un aparente panel de madera oscura. Una luz que apareció y desapareció con la rapidez de un parpadeo le escaneó la mano. El aparato hizo un pequeño chirrido metálico antes de comenzar a abrirse. Así, la tabla marrón empezó a deslizarse hacia la derecha y, ante los ojos de la mujer, se desplegó la verdadera oficina de Ciro Aguilar, un búnker tecnológico a prueba de *hackers* e intrusos donde se desarrollaba tecnología de punta. Avanzó unos pasos, se ubicó frente al escritorio de Ciro y tipeó algo en un teclado digital sobre la mesa.

—Listo —confirmó, todavía con Ordóñez del otro lado de la línea—, el código es “2709”.

Calavera cargó la cifra en el teléfono, y de inmediato el artefacto le arrojó uno diferente.

—El mío es “15092209”.

Sandra marcó esos números en el teclado táctil. Segundos después, Calavera recibía las coordenadas exactas de dónde estaba Ciro.

—Ya sé dónde está, Sandra. Apenas tenga novedades, te aviso.

* * *

El automóvil oficial en el que trasladaban al Químico de Birkenau iba camuflado entre otros cuatro que lo escoltaban. Nadie sabía con exactitud en cuál de aquellos vehículos viajaba el hombre que se había ocultado tras el alias de Franz Lauthen durante más de setenta años. Por lo menos eso pensaba Kfir, que iba sentado en el asiento delantero de la camioneta en la que, además de él y el chofer, viajaban Lauthen y la nieta. Iban en silencio. El anciano tenía la mirada perdida tras la ventana mientras que la mujer, una rubia despampanante, le sostenía la mano arrugada sin dejar de acariciarla.

La frenada fue brusca, tanto que sus cuerpos se balancearon de manera involuntaria hacia adelante. Franz y Carola chocaron con los asientos delanteros, Kfir y el chofer lo hicieron contra el parabrisas. El estruendo que prosiguió a aquel intempestivo accidente delató la presencia de un helicóptero. Sin más, Lauthen pareció rejuvenecer veinte años, se dio vuelta y dijo, con la vista en su nieta:

—No me puedo entregar. Algún día entenderás. —Luego se le acercó al oído para susurrarle unas palabras.

Enseguida, dos hombres encapuchados lo sacaron del coche, lo amarraron a un arnés, y el helicóptero se elevó al tiempo que acercaba a Franz, mediante un circuito de poleas, a la nave en vuelo.

Kfir, que tardó en reaccionar debido al golpe contra el parabrisas, bajó del automóvil como pudo y observó la escena como en cámara lenta. De manera súbita notó que algunos de sus hombres desenfundaban armas y se preparaban para disparar, pero, a la voz de alto del superior, se detuvieron. No iban a lograr nada a aquella distancia y, muerto, Lauthen no servía para nada. Había otra manera de atraparlo.

—Todos a la base ahora —ordenó mientras se comunicaba con Román Benegas para ponerlo al tanto de la situación.

Carolina, aturdida, descendió de la camioneta y notó que un pequeño hilo de sangre le caía de la frente. Se llevó dos dedos a la cabeza y observó cómo se teñían de rojo. No era nada, solo un golpe contra el apoyacabezas delantero. Sin dilación, levantó la vista y vio cómo el helicóptero se perdía en el infinito al tiempo que el corazón le daba un vuelco. Su abuelo había sabido desde el primer momento que no iba a entregarse, por eso le había resultado tan fácil sacarlo de aquella fortaleza. No había una gota de verdad en ese hombre, y aquel era un golpe con el que debería aprender a convivir.

—Lo sabías —la increpó Julia furiosa—. Debí haberle metido un tiro entre ceja y ceja cuando pude.

Ciro tomó a la agente por la cintura y la atrajo hacia sí. Carolina estaba inmóvil.

—No tenía idea —musitó la abogada, que, a la distancia, distinguió un coche que se detenía y del que bajaba Calavera. El corazón se le aceleró.

—Me imagino que tampoco sabías que era un criminal de guerra prófugo —reclamó Julia con cólera frente a aquella mujer que parecía ida.

—Aguilar —dijo Carola, que fue recuperando la compostura a medida que veía que Ernesto avanzaba hacia ella—, yo no tenía idea, hasta ayer, de que mi abuelo era el Químico de Birkenau. Pero, tal como le dije a Ernesto, cuentan con mi colaboración, y voy a ayudarlos en todo lo que pueda.

Al escuchar esas palabras, la otra mujer se tranquilizó y aflojó los puños. En ese instante Ciro compendió que podía soltarla, que no iba a cometer una locura. Cuando lo hizo, notó que Calavera se acercaba decidido hacia Carolina y le hacía a él un gesto con la cabeza al corroborar que estaba bien. Estimaba que lo había estado buscando.

—Vamos —dijo el abogado en tanto tomaba del brazo a Carolina—, necesitas que te vea un médico. —Ella no se resistió, quería salir de ahí—. Ciro —dijo luego, al aproximarse a su hermano—, tenemos que hablar. Es urgente.

—¿Qué sucedió?

—Ya sé quién estuvo detrás de los ataques a Cronos.

* * *

Carolina se subió al coche de Ernesto y no pronunció palabra. Ella sostenía entre las manos una gasa que el abogado había sacado del botiquín del automóvil y la presionaba con fuerza sobre la herida. Habían avanzado unos kilómetros cuando Ordóñez notó que ella lloraba. Se detuvo al costado de la carretera, en un claro del bosque, y la atrajo hacia sí para abrazarla. No hizo falta decir nada, tan solo dejó que ella se descargara. Luego hablarían. Lo cierto era que Carolina Lauthen había vivido engañada, y aquel engranaje de sucesos que habían desfilado frente a ella había sido un golpe duro para una mujer que estaba acostumbrada a ganar siempre.

—Soy una idiota —murmuró sobre el hombro de él.

—No sabías...

—Quisiste decírmelo mil veces.

—Ibas a verlo cuando estuvieras preparada.

—Pero ¿quién me crio, Ernesto? —Se alejó apenas para verlo a los ojos—. No hay manera de que la persona que me educó, que se ocupó de mí después de que mamá se mató y de que papá se escapó porque no pudo manejarlo, sea esa bestia, ese animal... que describen los testigos del campo de concentración.

Calavera notó una profunda tristeza en aquellos ojos turquesa. Volvió a atraerla hacia sí, la besó con suavidad en la mejilla y la abrazó. No había mucho que pudiera decir. Aquel sería un largo proceso de aceptación.

* * *

Una vez que el equipo de traslado designado para llevar a Franz Lauthen a declarar a un área segura partió, prosiguió el ingreso al búnker, que se hizo en dos etapas. La primera, de reconocimiento, buscaba desactivar cualquier trampa, bomba o dispositivo que se accionara una vez que el recinto fuera violado. Luego de recorrerlo, Kfir dio luz verde para que el segundo equipo ingresara al lugar acompañado por un improvisado grupo de análisis antropológico forense a cargo de Rafael Schatz, director del Instituto de Antropología y Arqueología de la República Argentina, que estaba en Bariloche.

El estudioso, que había dejado en el hotel a Ruth, encargada de hablar con Aguilar, levantó la mirada y observó las puertas de metal macizo que protegían el fuerte. Sobre aquel portón, un águila de hierro gobernaba inquebrantable la falsa seguridad del escondite. Schatz, que había visto mucho a lo largo de esa carrera, que había recorrido túneles secretos de Buenos Aires y había participado de las más variadas investigaciones arqueológicas y antropológicas, sintió que las piernas se le aflojaban al entrar a ese sitio. Era una réplica del castillo de Wewelsburg en Alemania. Schatz había recorrido el original, había estado en el lugar exacto donde Himmler realizaba sus rituales, y por eso cuando, doscientos metros bajo tierra, llegó al salón que llamaban el Círculo y vio el sol negro grabado en el suelo, con el centro de oro y los doce rayos oscuros, sintió que se trasladaba a la vieja Renania del Norte. Pero no se detuvo en ese sentimiento demasiado tiempo porque lo que vio expuesto tras una vitrina, detrás del redondel negro y frente al fuego, lo dejó sin habla. Si aquello que creía era real, estaba frente a uno de los descubrimientos más grandes de la historia. Se acercó al vidrio, abrió la caja con cierta parsimonia y, sin más, tomó el objeto. En las manos del profesional, aquella punta de lanza parecía pequeña. Cuando la levantó, el corazón le dio un vuelco. Entre sus dedos descansaba la lanza que había atravesado a Jesús en el costado durante la crucifixión. Aquel metal algo burdo y rasposo que refulgía según el reflejo del fuego del hogar encendido, aquel que muchos creían una leyenda y que tantos habían matado por conseguir, estaba entonces en las manos del argentino y no era otra cosa que la lanza sagrada.

CAPÍTULO 26

Cuando Ciro vio a su padre sentado en la antesala de la *suite* del hotel, intuyó que había algo que estaba mal. Cruzó miradas con Calavera, que lo alentó con un gesto a que avanzara y escuchara al patriarca.

—Hay algo que tenés que ver —le informó Matías en tanto le entregaba una carpeta.

Ciro tomó el documento, lo abrió y no tardó demasiado en darse cuenta de que el asunto era más complejo que lo que había imaginado.

—¿Olleum? —preguntó. Los otros dos asintieron—. Pero ¿por qué?

—Venganza —respondió Matías taciturno.

—Tenés tantos enemigos como yo, papá. ¿Por qué simular ataques contra Cronos si lo que querían era destruir Olleum? ¿Para qué tomarse semejante trabajo? No es fácil lograr que se pasen dos mil *spoof orders* al mercado para hacer caer una acción, y mucho menos que el presidente de los Estados Unidos tuitee sobre una empresa puntual. Es demasiado rebuscado. ¿Por qué no atacarte de manera directa?

—Porque, si el ataque hubiera ido derecho a Olleum, habría sabido quién estaba detrás de inmediato.

—¿Quién? —quiso saber Ciro.

—Diego Figueroa.

—¿El abogado del estudio Python? ¿El que nos hizo todo el trámite para cotizar en bolsa?

Matías asintió.

—¿El padre de Carolina Aguilar? —Ciro comenzaba a atar cabos, pero no los correctos.

—El amante de tu madre —remató Aguilar padre, lo que dejó a Ciro en silencio, pasmado y sin saber cómo procesar esa información.

* * *

Verónica terminó de cambiar a Cora en el preciso instante en que tocaron el timbre. La asistente de Román le había comunicado que un equipo de la agencia pasaría por la niña. Ella no pensaba dejarla ir sola en manos de desconocidos hasta el reencuentro con Lencke, había sido muy clara con Roberta respecto a ello. “A la chiquita la llevo yo. No podemos pasarla de brazo en brazo hasta que se reúna con Lencke. Bastante ha tenido ya”, había concluido. Roberta no había contestado nada. Verónica intuía que la secretaria coincidía con ella.

Ahora que tres hombres esperaban detrás de la puerta y ella estaba lista para salir, algo la alertó. Román no habría enviado a desconocidos a buscar a Cora, sino que habría mandado a dos hombres de confianza, caras que Ávalos conocía bien. Pero aquellos tres eran absolutos desconocidos. Para ganar tiempo, les informó a los sujetos que debía cambiar el pañal de la niña. Eso le daba unos minutos para llamar a Benegas. Pero Román no contestaba, no quería hablar con ella. Cortó, marcó el número directo de Roberta y dijo:

—Decile a Román que es urgente, que tengo a tres tipos en la puerta buscando a Cora y...

—Verónica —interrumpió Roberta—, a Cora van a ir a buscarla Manuel y Francisco, pero a la tarde. Habíamos quedado en eso.

—Bueno, decile a Román que venga. Hay tres hombres acá que dicen que vienen de parte de él. No los conozco y por eso llamé: algo me hizo ruido.

—Va para allá —respondió la empleada. Era evidente que estaba con Benegas al lado—. Y un equipo de apoyo ya está en camino.

La agente dio por terminada la conversación e ingresó con la niña en brazos al vestidor junto al dormitorio. Pero aquel no era un guardarropas cualquiera; era un cuarto seguro, una habitación ciega, ignífuga y a prueba de sonido que le brindaría resguardo hasta que llegara Benegas. Cerró la puerta blindada y activó las cámaras que le permitían ver el interior de toda la casa, el exterior y las calles a la redonda al mismo tiempo que improvisaba una cunita con almohadones. Colocó a la niña en el centro y le dio una caja con pañuelos y otra con retratos para que se entretuviera. La besó en la frente con la esperanza de que no sucediera nada, que estuviera tranquila y no llorara, y después se alistó frente a las cámaras en tanto contemplaba a los hombres en la puerta.

—¿Le falta mucho, señora? —preguntaron impacientes. Ella no respondió. En cambio, observó cómo uno de los sujetos, más nervioso que el resto, se arremangaba la camisa y dejaba ver un tatuaje muy singular. Verónica hizo una captura de la pantalla, magnificó el dibujo sobre la piel y se la envió a Benegas. “Pedí que analicen este símbolo”, escribió. “Un sol negro, respondió Benegas enseguida. Es la gente de Lauthen. Ya estoy llegando, Vero; dentro de tres minutos estoy.”

Los eventos que se sucedieron después de aquel mensaje quedarían en la memoria de Verónica durante años. El fogonazo que antecedió al ingreso de los hombres al supuesto cuarto seguro y la imagen de Cora en brazos de los secuestradores mientras ella gritaba desesperada antes de recibir los balazos que la arrojaron con violencia contra el suelo sería lo último que recordaría .

* * *

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó Ciro pasmado.

—Que no creo que tu madre haya cedido el veinte por ciento de Cronos por la lanza. Creo que tenía que ver con su romance con Figueroa.

Ciro se incorporó, se rascó la cabeza y dejó que la mirada vagara en el horizonte. El lago Moreno refulgía bajo unos tímidos rayos de sol.

—¿Mamá y Figueroa?

Su padre asintió. No quería entrar en detalles.

—¿Cómo...?

—Los matrimonios no son perfectos, Ciro, lo sabés. —El más joven pudo ver un dejo de humillación en aquel comentario. Matías estaba dolido.

—Sé a la perfección que los matrimonios no son perfectos. No me refiero a eso, papá. Quiero saber cómo estás tan seguro de que mamá le dio su parte de la empresa a Lauthen por el romance con Figueroa y no por la lanza.

—Tu mamá no era idiota, Ciro. Nunca habría entregado Cronos por una leyenda.

—¿Pero, por un tipo, sí? —Ciro estaba furioso.

—No hables así de tu madre, no tenés idea...

—¿De qué? ¿De que la dejaste sola la mitad de su vida mientras te ibas por ahí con cuanta mujer se te cruzaba, y ni hablar de la chica que viste durante más de una década?

Matías se quedó en silencio. No esperaba que sus hijos estuvieran al tanto de esas indiscreciones. Sintió una mezcla de furia y vergüenza que se tradujo tan solo en la fuerza con la que apretó las manos.

—¿Pensaste que no sabíamos? —Ciro podía ser muy hiriente cuando quería. Sabía que iba a arrepentirse de lo que estaba por decir, pero no le importó. En ese momento, solo quería descargar la rabia que tenía contenida—. Sabíamos, papá. Sabíamos que tenés una vida pública, una vida privada y, además, una vida secreta: esa por la que tanto te preocupaste que no saliera nunca a la luz. Mamá también sabía, pero te quería por sobre todo y te protegió siempre. Si se

enganchó con otro tipo, ¿qué querés que te diga?: merecido lo tenías. No es la manera de manejarse, no lo comparto, pero no puedo decir que haya sido injusta.

Un silencio tenso inundó el cuarto de hotel en donde padre e hijos discutían.

—Estamos perdiendo el foco —interrumpió Calavera con el objetivo de calmar los ánimos—. Lo que haya sucedido entre ustedes —dijo en referencia a Aurora y Matías— es un problema marital. El asunto ahora es que atacaron a Cronos para llegar, de manera colateral, a Olleum, y estamos en la cuerda floja.

Ernesto les entregó a su hermano y a su padre una carpeta.

—Esa es la composición de nuestra sociedad hasta hace una semana —indicó al abrir el documento, y luego dio vuelta la página y agregó—: Esta es la composición al día de hoy. El treinta por ciento de nuestro paquete accionario está en poder de una sociedad anónima con el nombre de Sol Negro.

—Hijo de puta —expresó Ciro mientras hacía un bollo con los papeles que le había dado Calavera—. ¿La Nena está en tu cuarto? —preguntó, dispuesto a ir a verla.

—Sí —respondió Ernesto—, pero te aseguro que en esto no tiene nada que ver.

—Cala, por Dios —retrucó Ciro ofuscado—. No lo ves, ¿cierto? Tan enganchado te tiene que no ves lo que se cae de maduro. El padre, Figueroa, el abuelo, Lauthen, y ella controlan Cronos hasta que no saquemos a flote a la farmacéutica. También tienen el dominio de Olleum por esta maniobra. De más está decir que Skull ya está dentro de su órbita desde que se metió en tu cama.

—Ciro —insistió Calavera, que ya le había dado cientos de vueltas al asunto—, Lauthen nos engañó a todos, incluida Carolina. Con respecto a lo de Figueroa, no podría asegurarlo, pero dudo de que esté involucrada.

El empresario resopló algo por lo bajo frente a la necesidad de su hermano y salió de la habitación rumbo a la de Calavera. Golpeó y, de inmediato, la joven Carolina Lauthen abrió la puerta. Se la notaba cómoda en el dormitorio de Ernesto, a quien tenía en la palma de la mano.

—Olleum —pronunció Ciro sin saludar—. Explicame por qué tu padre compró parte del paquete accionario.

Ella observó la escena desconcertada y tardó unos segundos en comprender de qué le hablaban. Entonces, sin dilación, tomó los papeles que Ciro llevaba entre las manos y los leyó.

—No sé qué es Sol Negro; no conozco esa sociedad —dijo.

Aguilar tomó el teléfono y buscó una imagen. Le acercó el dispositivo.

—El logo que ves en los documentos que tenés entre las manos es un sol negro, el mismo dibujo que los matones de tu abuelo tienen tatuado en los brazos.

Carola había visto ese símbolo varias veces, pero no reveló nada.

—Eso no prueba que mi abuelo esté vinculado...

—Tu abuelo... —Ciro hizo una pausa y se rio—. Mi abuelo, también. ¿Estás al tanto de que mi madre, Aurora Moreno, es hija biológica de tu querido Franz y su primera mujer, Sara Müller?

Carolina no respondió.

—Y, lo que es más interesante aún —prosiguió Ciro desbocado. Había ira en las palabras y sarcasmo en los comentarios que pronunciaba—, tu papá, el abogado de los mil reconocimientos e inigualable prestigio, iera el amante de mi madre! Así que no sé si solo somos primos o en algún momento casi hermanastros... ¿Qué puedo decirte, Nena? Quedó todo en familia. ¡Como las empresas que me estás comprando a lo loco!

—Ciro..., sé que vos y yo no hemos tenido la mejor de las relaciones, pero siempre he sido educada, y vos también. No te pases. —Carolina no quería perder la compostura en tanto trataba de procesar todo lo que Aguilar le estaba revelando—. No tengo idea de lo que decís. Sí, te jugué sucio con Rache, jugué con las mismas armas que vos, fui por atrás y compré lo suficiente para tenerte entre la espada y la pared para que no destruyeras la empresa que amo. Eso lo admito, pero no tengo nada que ver con Sol Negro. Menos que menos, con Olleum.

Aguilar sopesó las palabras de la mujer frente a él y respiró profundo para ver si lograba tranquilizarse. Las empresas de la familia se le estaban escapando de entre las manos y necesitaba reaccionar rápido pero con la cabeza fría.

—¿Cómo lograste que pasaran las *spoof orders* para comprar Rache?

—Un *hacker* en la *deep web* .

—No es tan fácil.

—Con plata es muy fácil, Ciro. Lo sabés.

—¿Fue él también quien se metió en la cuenta de la *Associated Press* en Twitter?

Carola asintió.

—¿Cómo lograste que Trump dijera que la tecnología de Cronos es obsoleta?

—No tuve nada que ver con eso.

El empresario la miró a los ojos y, por alguna razón que no lograba descifrar, le creyó.

—¿Dónde ubico a Diego?

—¿A mi padre? —Carolina tomó el teléfono y presionó la pantalla. Segundos después, la voz del abogado respondía del otro lado de la línea—. Papá —dijo en tono serio—, estoy reunida con Ciro Aguilar. Tenemos que hablar.

* * *

Román Benegas atravesó el umbral de la casa de Verónica sin reparar en la puerta rota, ni en el humo que provenía del interior, ni en los gritos de los bomberos que intentaron prohibirle el paso. En cambio, avanzó entre escombros y obstáculos —aquel hogar parecía haber sido literalmente bombardeado— y con el corazón que le latía a mil por hora al tiempo que rezaba, como jamás lo había hecho, por encontrar a la mujer que amaba y a Cora Lencke con vida. A Verónica la vio de inmediato, desparramada sobre un charco de sangre y pálida como nunca. De Cora no había rastro.

—¡Oficial herido! —gritó, sin dudar en levantar a la mujer del suelo y llevarla hacia la ambulancia que había visto llegar detrás de él—, ¡oficial herido! —volvió a exclamar. Las pulsaciones se le habían disparado, y no sabía bien cómo proceder. Lo único que buscaba era llegar afuera y llevarla al primer hospital que encontrara. Verónica casi no tenía pulso y se desangraba de a poco—. Busquen a la menor —ordenó luego—. Hay una menor de un año, búsqüenla, emitan la alerta Amber, que nadie salga por las fronteras, cierren los aeropuertos, quiero ojos en todos lados.

Enseguida, subió a la mujer moribunda a la ambulancia y, mientras los paramédicos le daban los primeros auxilios, se colocó en contacto con la agencia y emitió la alerta para la búsqueda de Cora Lencke. Luego consiguió un teléfono, marcó y aguardó a que respondieran.

—Justo —dijo sin preámbulos—, soy Román. Ella te necesita en el Fernández. Verónica está grave.

Luego de pronunciar aquellas palabras, dio por terminada la conversación y miró el interior de aquel vehículo. Dos hombres realizaban maniobras de resucitación en el cuerpo cubierto de rojo bermellón de la oficial Ávalos. Él, al lado, sin siquiera poder tocarla, sintió que las lágrimas se le caían y que el amor de su vida se le escapaba a manos de la muerte.

* * *

Ruth decidió que había esperado lo suficiente. No había volado desde Buenos Aires luego de haber abandonado todas sus obligaciones para perder el tiempo. Necesitaba hablar con Ciro Aguilar y hacerle las preguntas que no habían dejado de formular con Rafael a lo largo del viaje. Schatz había partido junto a Ernesto en busca del empresario y, al enterarse de que estaba en la isla Huemul, había decidido acompañar al abogado. “Una corazonada”, había alegado el hombre que confiaba en sus propios instintos más que en la Torá antes de subirse a la camioneta de Ordóñez y dejar a Ruth a cargo de la conversación con el nieto de Sara Müller. Mientras esperaba para hablar con Aguilar, la mente de la antropóloga regresó a unas horas antes, cuando se había dado cuenta, mientras hablaba por teléfono, de que Rafael la observaba. Había supuesto que de repente había notado que ella no estaba junto a él, ya que ella se había alejado unos cuantos metros y, después de un momento, se había cruzado con esa mirada. Sus ojos se habían topado un segundo hasta que ella había vuelto a darle la espalda. Schatz la intimidaba.

Rafael la había contemplado un momento. Llevaba botas de invierno, unos jeans que le quedaban apenas holgados y un suéter negro. Mientras hablaba, gesticulaba y movía las manos con desenfado. No había podido evitar sonreír. Aquel era un gesto muy característico de la antropóloga y, sin embargo, recién lo notaba. Ruth era ocurrente, graciosa y simpática, aunque su primer marido hubiera sido una persona chata y aburrida. Él nunca había entendido cómo habían llegado a casarse. El divorcio se preveía desde el momento cero. Ella era reservada, no hablaba demasiado de su vida personal, lo que le había hecho preguntarse en qué andaría, pero esos pensamientos se habían visto interrumpidos cuando Ernesto Ordóñez le había indicado que estaban listos para partir hacia la isla.

Cuando Ruth se había dado vuelta de nuevo, el antropólogo ya no estaba. Aquella imagen, ese segundo en que sus miradas se habían cruzado en el silencio de ese pasillo de hotel, la inquietó. ¿Estaba

ocurriendo algo entre ellos dos o era una mera suposición? ¿Serían las ganas que ella tenía más que otra cosa? Esas reflexiones fueron puestas en pausa cuando Matías Aguilar le pidió que entrara. Ciro la esperaba. Notó que Ernesto Ordóñez estaba de vuelta; Rafael, en cambio, se había quedado en la isla, donde creían haber encontrado piezas de un gran valor histórico, según les había comentado al pasar Calavera.

* * *

Julia no había podido dormir. Sobre la cama reposaban las pistas que Tania Frydberg había dejado como un enigma para que pudieran encontrar los documentos que probaban que Franz Lauthen era el Químico de Birkenau. Contempló el papel con la inscripción “Sacer Ordo” y la fotografía del general Perón, el profesor Richter y Franz Lauthen frente a la usina nuclear en la isla Huemul. Luego estaba la estampa bíblica del soldado Longinos que atravesaba a Jesús en el costado y las imágenes del mural en la isla, donde se veía el trabajo de Clio, la nieta de Greta Werner, con la inscripción “Ese otro soy”. Y, por último, un cubo de madera que Tania le había pedido a Clio que entregara a quien fuera a preguntar por aquella pintura.

—Un rompecabezas... —murmuró desalentada mientras se dejaba caer sobre el lecho y, entre las manos, sostenía el cubo. Estaba cansada, enojada. Había tenido a Lauthen a su merced y se había dejado convencer para no matarlo. Debería haberle encajado una bala entre ceja y ceja, tal como tenía planeado desde hacía tanto tiempo.

Se detuvo en el último objeto que habían recolectado y lo observó. Era liso por completo, no presentaba alteraciones, rendijas ni inscripciones. ¿Qué era eso? ¿Qué significaba? ¿Para qué servía? Tocaron a la puerta. Miró el reloj. El sol todavía no había salido, y las agujas arañaban las seis de la mañana.

—Ciro —se anunció, del otro lado de la puerta, el hombre que le había hipotecado el alma—. Ella le abrió y se sorprendió al descubrir no venía solo. Tras él ingresaron Carolina Lauthen y Ruth Benzar, la representante del Wiesenthal en Argentina—. Necesito tu ayuda —agregó el empresario sin detenerse más que para darle un discreto beso en la mejilla.

Ella hizo un gesto para invitarlos a entrar.

—Fuiste *hacker* —dijo él.

—Nunca se deja de ser *hacker* , Ciro —respondió ella atenta—. ¿Qué necesitás?

—Contraté a un especialista en la *deep web* —intervino Carolina— para que saboteara el precio de las acciones de Cronos e interviniera la cuenta de Twitter de la *Associated Press* .

Julia asintió en tanto los escuchaba con atención.

—Creemos que ese mismo *hacker* fue contratado por Diego Figueroa...

—Mi padre —volvió a interrumpir Carolina.

—... para atacar Olleum, la empresa de mi familia —concluyó Ciro—. Necesito ubicar a este sujeto. ¿Pensás que podrás hacerlo?

Antes de que Aguilar terminara la frase, la agente de Interpol ya había buscado una computadora y se había conectado desde un acceso seguro.

—Los piratas informáticos solemos ser muy discretos —dijo—, pero pecamos de ególatras. Muchas veces, cuando cometemos delitos de los que nos vanagloriamos por su magnitud, dejamos nuestra huella, nuestra impronta. ¿Tenés el contacto? —le preguntó a Carolina. La mujer le entregó un papel que Julia miró antes de guardar silencio un momento—. ¿Cómo conseguiste este dato? —quiso saber.

—Alguien en el laboratorio...

—¿Quién?

—Laura Antonov.

—La hija de Tania Frydberg —dijo Ciro.

—¿Y ella te dijo quién se lo dio?

Carolina negó con la cabeza.

—Necesito que pienses, que recuerdes cómo llegó ella a darte esto. ¿Por qué? ¿Tenías trato con ella?

—Sí. Laura estaba enferma, se pasó sus últimos años encerrada en el laboratorio, en busca de una cura para su mal. La veía todos los días, y a veces conversábamos.

Julia se llevó una mano a la cara, respiró profundo y observó a Ciro. No sabía qué pensar.

—Esta soy yo —explicó Julia al mostrarle el papel que le había entregado Carolina—, este es mi alias en la *deep web*, pero no fui yo quien hizo esto. La persona que está detrás de este ataque tiene

mucho más poder del que pensábamos. Yo desaparecí de esos círculos hace años, me volví invisible, no hay manera de que alguien haya conseguido estas coordenadas para ubicarme...

* * *

Justo ingresó al Hospital Fernández con el corazón en la garganta. El llamado de Román había sido breve pero claro: Verónica estaba grave. En ese instante, en la recepción de aquella clínica, mientras esperaba a que le indicaran dónde estaba la oficial, divisó a Ana Beltrán, que entraba acompañada por Agustín Riglos.

—Está en el tercer piso —informó ella sin detenerse, y los tres corrieron hasta las escaleras. El ascensor se veía atestado de gente, y no tenían tiempo que perder. Cuando llegaron, casi sin aire, al tercer piso, la imagen les resultó desoladora. Román Benegas iba con la camisa del traje abierta y manchada de sangre y con la mirada perdida. Cuando vio a Agustín, se abrazó fuerte a su amigo en busca de consuelo y luego, tras apartarse apenas, extendió la mano hacia Zapiola y dijo:

—Una bala le atravesó el pulmón, otra el estómago. No saben si...

Justo sintió que el mundo se derrumbaba, que afuera nada tenía sentido sin Verónica. Dejó que el peso de su cuerpo cayese sobre una de las sillas de aquella lúgubre sala de espera y vio cómo Benegas

hacía lo mismo al lado. Allí se quedaron los dos en silencio, dispuestos a aguardar, sin disputas ni reclamos, sin pasado ni futuro, porque ya nada importaba más que Verónica sobreviviera.

* * *

—¿Qué me querés decir, Julia? —intervino Carolina nerviosa—. ¿Que no fue casual que Laura me pasara tu contacto?

—En absoluto. Alguien quería que, llegado el momento, yo me enterase de que hay alguien que usa mi alias, mis coordenadas...

—Laura Antonov no me habría hecho algo así.

—¿Por qué? ¿Porque se estaba muriendo? —replicó Julia alterada—. Lamento decirte que creo que Laura te tendió una trampa, No sé por qué, no sé para qué, pero te engatusó.

—No tiene sentido —murmuró Lauthen.

—A esta altura, nada tiene sentido. Tampoco que digas que no sabés dónde está tu abuelo.

—¡Es que no lo sé! —gritó ella ofendida—. No tenía idea de que pensaba escaparse, no sabía que...

Carolina se detuvo al ver algo sobre la cama de Julia y se distrajo un segundo.

—¿Por qué tenés el *codicubus* de mi abuelo?

Julia levantó la mirada de la pantalla en la que se había sumergido minutos antes.

—¿El qué de tu abuelo? —preguntó sorprendida.

—El *codicubus* —repitió Carolina, que se acercó al colchón y tomó el cubo perfecto de madera—. Es una variación del *criptex*, un contenedor de secretos.

Ciro se aproximó a Carolina.

—¿Vos sabés qué es esto? —preguntó asombrado.

La abogada tomó el objeto y, luego de hacer rotar la base tres veces, se escuchó un pequeño crujido. De inmediato, el artefacto se abrió. En el interior había una llave y un pequeño rollo de papel.

Aguilar tomó la llave y la revisó. No había nada particular ni distintivo en ella. Luego desplegó el papel doblado y leyó en voz alta:

—“No conozco lo que el destino nos reserva, lo que reina impenetrable en las estrellas. Tal vez caiga como víctima de tu bala, acaso te extienda la mía en la arena. Porque confuso es el ‘acaso’ en la batalla, como quiera que sea y como quiera también venir, vivimos las sagradas horas que solo en su humanidad encuentra el hombre... Y ahora ¡adiós, y que Dios te conserve!”

Los presentes guardaron silencio. La abogada repasó el texto en la mente; ya lo había escuchado antes.

—¿Por qué tenés esto? Este *codicubus* ha estado en mi familia durante años. ¿Cómo llegó a tus manos?

—Carolina... —dijo Julia, que estaba tan desconcertada como al principio—. La madre de Laura, Tania Frydberg, iba a testificar contra tu abuelo. Ella estuvo en Auschwitz y tenía pruebas que demostraban que Franz Lauthen es nada más y nada menos que el coronel Von Strauss, también conocido como el Químico de Birkenau. Tania también temía por su vida y tenía un pacto con Lauthen: ella guardaba silencio, él la protegía. Aquel *status quo* se mantuvo hasta que murió Laura.

—Laura me dio el contacto del *hacker* semanas antes de morir —informó Carolina, como si estuviera reflexionando en voz alta.

—¿Y este cubo, estás segura de que era de tu abuelo?

Ella asintió.

—Pasé la infancia rodeada de estas cosas. Mi abuelo amaba las antigüedades, las leyendas, e incluso me llegó a contar que había engañado a Perón al entregarle una réplica de un objeto sagrado que el General deseaba a toda costa. Como con los piratas informáticos, los crímenes de guante blanco que son tan perfectos también cuentan con ególatras que quieren dar a conocer sus proezas. Mi abuelo había logrado replicar algo inigualable.

—La lanza sagrada —murmuró Ciro. Carolina arqueó una ceja. Le sorprendió que el empresario conociera aquella mítica historia de la reliquia.

—Este cubo —retomó el asunto— estuvo sobre su escritorio durante años. Pensé que se había quemado en el incendio, no le di mucha importancia, pero estoy segura de que es el mismo. Miren —agregó y, tras tomar el dispositivo otra vez, volvió a rotarlo y les mostró un segundo compartimento secreto, en el que podía leerse: “Ese otro soy”.

—La misma frase del mural —resopló Julia desorientada.

—No es una frase —retrucó Carolina, segura de lo que decía—, es un acróstico. ¿Qué se forma si juntás la primera letra de cada palabra?

—Eos... —murmuró Julia.

—Aurora —concluyó Ciro.

—En la mitología griega, Eos era la diosa de la aurora, que salía de su hogar al borde del océano que rodeaba el mundo para anunciar a su hermano Helios, el Sol —expuso Carolina, que no lograba entender qué estaba sucediendo.

* * *

Costa Patagónica, 2000.

Laura esperó la llegada de Eva en silencio. Los documentos que le había hecho llegar y la carta manuscrita podían ser una prueba contundente del pasado que ocultaba Franz Lauthen, pero era lógico que la hija del genocida quisiera verla en persona. Aquel encuentro no había sido fácil; acceder a Eva, menos.

Eva Lauthen había sido, a lo largo de su vida, una niña mimada, una adolescente caprichosa y pueril que había obtenido todo lo que había querido. Cuando se había propuesto casarse con el donjuán

Diego Figueroa, los padres de la joven habían puesto el grito en el cielo, pero luego habían cedido a aquellos caprichos. Eva conseguía todo. Siempre. En ese momento, iba vestida de entrecasa, con el pelo atado y la mirada sombría, lo que contrastaba con la lozana juventud y la cabellera rubia espléndida de las que había gozado. Hacía meses que un secreto oscuro le carcomía el alma. La noche que Aurora Moreno se había presentado frente a la puerta de la casa de la familia Figueroa y le había contado quién era y cuál era la historia que compartían, la vida como la conocía había dejado de ser tal. Enterarse de la verdad que ocultaban sus padres había provocado que la frívola existencia de Eva diera un vuelco.

Tocó el timbre y esperó en silencio. Con los dedos de la mano derecha, jugueteó con la alianza matrimonial y el cintillo de diamantes. ¿Qué había sucedido? ¿En qué momento había perdido el rumbo? ¿Cuándo todo había dejado de importar? Lo cierto era que no recordaba más que aquel encuentro con Aurora. La mujer había sido directa, concisa y, como un asesino a sueldo que apunta con precisión, había dado la estocada final como un golpe de gracia:

—Mi madre —dijo Aurora— sabe que en el *codicibus* que Lauthen tiene sobre su escritorio hay una llave que abre la caja de seguridad que está oculta en el búnker. Ahí están las pruebas que necesitas ver.

—Si tu madre sabe tanto, ¿por qué no se llevó la llave cuando vivía con mi abuelo? —recordó haber preguntado Eva.

—Se llevó varias cosas, pero no pudo apoderarse de la llave. Necesitamos tu ayuda.

—Es de mi padre de quien estás hablando. No voy a robarle, nunca estaré en su contra.

—Deberías ver lo que está dentro de la caja y, si no es suficiente, deberías ir a ver a Laura Antonov. Sé que no has querido contestarle... Laura es la hija de Tania Frydberg, quien vio a tu padre en Auschwitz. —Eva recordó haber desviado la mirada al escuchar aquella frase—. Tania pasó por su laboratorio, fue uno de sus “experimentos”. Ella puede corroborar que tu padre era la mano derecha de Joseph Mengele.

Aquellas palabras habían anidado en el cerebro de la mujer para quedarse. Luego de aquella conversación, había buscado el cubo de madera que su padre siempre dejaba sobre el escritorio y que él le había mostrado cómo abrir. “Este objeto lo heredé de mi padre, quien, a su vez, lo heredó del suyo... Es una antigüedad, Eva, le había dicho. Se usaba para esconder secretos, mensajes... A simple vista, es un cubo de madera, pero, cuando uno hace este movimiento...” Lauthen había girado la base de madera y, como por arte de magia, la reliquia se había abierto por la mitad. En el interior no había nada, no que ella recordara. Era una adolescente cuando Franz le había mostrado ese dispositivo de antaño y lamentó no haber prestado más atención.

En otra oportunidad, había visto cuando su padre le contaba a Carolina lo mismo que le había explicado a ella cuando era una niña para luego mostrarle ese guarda-tesoros. En esa ocasión, recordó, él le había dicho que había hecho grabar un acróstico, “Eos”, la aurora, el nacimiento de todo, el principio de la luz. Entonces sabía que aquello no era más que otro secreto guardado en el cubo, ya que Franz Lauthen había grabado el nombre de su primera hija en código. Ese adorno de madera era la caja fuerte del alma del alemán, de su mente. Aquella aurora estaba cerca siempre, guardada en aquel cuadrado tibio al tacto.

Así, luego de la conversación con Aurora Moreno, Eva había decidido que no podía vivir con la duda. Por lo tanto, una tarde en que sus padres estaban de viaje, había entrado a su casa de soltera, había buscado la antigüedad, la había destrabado y había encontrado la llave

y el grabado. Luego había ido hasta el búnker que conocía bien y había abierto la caja fuerte. No hubo después para Eva tras ver aquellas fotografías, esos documentos y objetos. Pero no podía entregar a su propio padre. No iba a hacerlo. Tampoco viviría para volver a mirarlo a los ojos. Esa tarde, cuando el crepúsculo moría de manera inexorable, tocó el timbre en la casa de Laura Antonov, que la esperaba. No habló con ella, sin embargo, apenas dejó un paquete con el *codicibus* en la puerta. Oculta, sin ser vista, controló como Laura tomaba el paquete un tanto extrañada. A la mañana siguiente, cuando el sol apenas arañaba el firmamento y la diosa titánica Eos anunciaba la salida de Helios, caminó hacia el risco más alto de aquella costa patagónica que amaba, observó el infinito durante un momento, respiró profundo y, sin más, saltó al vacío. A lo lejos, el humo de un incendio en la mansión Lauthen capturó la atención de todos. Nadie encontró a Eva hasta la bajamar.

CAPÍTULO 27

—**E**so no es todo —dijo Ciro al mirar primero a Julia, luego a Carolina y, por último, a Rafael y a Ruth, los antropólogos que le habían mostrado una documentación que todavía no terminaba de procesar—. Mirá esto —agregó mientras les entregaba unas fotografías y una carta manuscrita—. La escribió mi abuela, relata todo lo que vivió.

—¿De dónde...? —empezó a preguntar Julia antes de quedarse muda ante las imágenes de Hitler, Perón, el coronel Von Strauss, Martin Bormann, Joseph Mengele, Rudi Freude, Eva Perón y dos sujetos que no reconocía. Giró la fotografía para leer el epígrafe. Uno era Guillermo Antonio Lasserre Mármol; el otro, Arturo Brinkman, todos frente a la usina de la isla Huemul. Los retratos le dieron escalofríos. Otra fotografía de la misma comitiva en lo que, adivinaba, era la mansión Inalco le puso la piel de gallina. Sara Müller estaba entre Hitler, Eva Braun y Von Strauss—. ¿De dónde sacaron esto? —insistió Julia.

—Lo encontramos en un allanamiento. Hace tiempo que venimos investigando la posibilidad...

—¿De que Hitler no haya muerto en el búnker?

—Entre otras cosas. También las rutas de ratas, el recorrido del dinero nazi, su ingreso a nuestro país, el vínculo con el Vaticano... — Ruth hizo una pausa, tomó una de las imágenes y señaló a uno de los

hombres en ella—. Este es un periodista del *Deutsche Zeitung La Plata*, un periódico propagandista pro-nazi. Se llamaba Guillermo Mármol y era muy amigo de Arturo Brinkman. —La antropóloga señaló a la otra persona—. Brinkman era el jefe del comando de la primera región de la provincia de Buenos Aires. Su rol fue clave durante el gobierno de Perón, ya que contrarrestaba el espionaje de los Aliados y buscaba suprimir la resistencia ciudadana al régimen *de facto*. Este oficial —repitió Ruth— fue el engranaje clave en el camino de los nazis a Perón. Todo pasaba por él y por Rudi, el secretario del General.

Julia no lograba salir del asombro. Ciro, por su parte, observaba en silencio en tanto la cabeza recorría aquella historia con rapidez. De súbito se encontraba en una encrucijada: seguir tras la caza de Lauthen y honrar a su abuela o desistir y salvar Olleum, Cronos y Skull. No había duda de que iba a hacer lo imposible por recuperar las empresas de la familia, pero no podía dedicarse a las dos cosas a la vez. Iba a tener que elegir.

Entonces vio a Julia. El dolor por la muerte de sus hijos estaba pegado en los ojos de ella, la seguía como una sombra implacable que no la dejaría en paz hasta no ver a Lauthen muerto o tras las rejas. En ese instante supo que aquel camino que había empezado a recorrer años atrás había llegado a la recta final y que no podía abandonarlo en ese momento. Tomó la mano de Julia y la apretó en silencio. Ella levantó los ojos de la fotografía y le devolvió la mirada sin decir nada. Entendía todo. Iban a atrapar a Lauthen, costara lo que costara.

—Mirá esto —interrumpió Ruth al hablarles a todos los presentes mientras señalaba otro retrato del montón.

Julia observó al coronel Von Strauss de la mano de su segunda esposa y su hija Eva, de unos diez años, y, más atrás, una mujer que, dedujo, era una niñera. Ciro se acercó a la imagen y se la quitó de las manos para concentrarse en el rostro de la empleada.

—Es Greta Werner —murmuró Ciro—, la amiga de Tania Frydberg y de mi abuela que vino a verme al hotel. Ella me trajo el sobre con la estampita, la imagen de Perón y...

—La abuela de Clio Werner—reflexionó Julia en voz alta—. ¿Por qué no te dijo desde un principio que había estado con los Lauthen, que sabía...?

Ciro alegó desconcierto al mover la cabeza. No encontraba explicación.

—Hay un detalle no menor en este retrato que están pasando por alto —informó Ruth al regresar a la fotografía—. La segunda mujer de Lauthen...

—¿Quién es? —quiso saber Julia.

—Úrsula Schütelmayer.

* * *

—¿Alguna novedad? —preguntó Agustín cuando vio que Justo y Román salían de hablar con el médico a cargo de terapia intensiva.

—Sigue en coma —respondió Justo.

—Ana se quedó hablando con el cirujano, pero por el momento solo resta esperar —agregó Román, que odiaba los hospitales. Aquel ambiente desabrido y frío que funcionaba como sala de espera le daba

mala espina. Quería sacar a Verónica de ahí.

—Tenemos que sacar a Verónica de acá —dijo Justo como si le hubiera leído el pensamiento.

—No es el momento para trasladarla —interrumpió Ana, que llevaba el ambo de trabajo. La noticia del tiroteo la había encontrado en Mesa de Piedra, su laboratorio, mientras realizaba una autopsia—. Algañaraz —agregó. Se refería al jefe de médicos— es una eminencia. No movería a Vero por nada del mundo. Son grandes —dijo seria—, creo que pueden lidiar con la depresión que les genera un hospital público.

Los hombres no comentaron nada. En cambio, guardaron silencio. Por dentro, los cuatro allí presentes, creyentes o no, rezaban por que Ávalos sobreviviera aquel brutal ataque.

—¿De la chiquita se sabe algo? —preguntó Riglos interesado.

Román y Justo negaron con la cabeza.

—Activamos la alerta Amber, las fronteras están cerradas, las cámaras de vigilancia están siendo relevadas..., pero nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Verónica se dio cuenta de que no era mi gente quien estaba en la puerta de su casa. Si tan solo hubiera llegado a tiempo...

El móvil de Benegas vibró.

—Sí, Roberta —dijo con la esperanza de que hubieran buenas noticias de Cora—. Acá en el Fernández —respondió—. Sí, en el tercer piso... ¿Estás acá? ¿Por?

El sonido de los tacos de Roberta sobre el linóleo gastado de aquel pasillo lúgubre del hospital hizo que Román la viera enseguida. No iba sola. Una mujer de unos treinta y cinco años la precedía. “Tenemos un problema muy grande, había dicho la secretaria en la línea. ¿Dónde te encuentro? Es urgente”. Roberta había dejado de tratarlo de usted, y él sabía que aquella mujer, correcta hasta la médula, solo lo tuteaba cuando una crisis era inminente. En el rostro de la asistente había una mezcla de desesperación y pánico. La vio aproximarse junto a la desconocida que la seguía detrás. Así, sin preámbulos, dijo:

—Esta es Mérida Flores, la madre de Cora Lencke.

Román sintió que las cosas no podían ir peor. No esperaba recibir otra estocada tan pronto. Trató de mantener la compostura. Él sabía lo que estaba sucediendo, aunque Roberta no estuviera enterada.

—No entiendo.

Él había visto a Mérida Flores muerta, y no era esa mujer. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Tiene que ubicar a Lencke —intervino la supuesta Mérida—; él puede encontrar a Cora... Es el único...

Román trató de calmarse. Miró fijo a la secretaria y corroboró en la mirada de ella que le creía a la desconocida. Benegas sintió que estaba atado de pies y manos, así que siguió el juego. Tomó el móvil y llamó a Kfir.

—Estoy en medio del operativo, Benegas —informó el agente del Mossad mientras veía cómo Rafael Schatz extraía unas cajas de la fortaleza subterránea y las hacía subir a un camión del Gobierno.

—Si estuvieras muy ocupado, no contestarías —respondió Román, que conocía el protocolo—. Necesito hablar con Lencke —solicitó.

Kfir murmuró algo por lo bajo y comenzó a llamar al agente. Al no encontrarlo, le pidió a uno de los hombres que lo buscara y aguardó.

—Su hija ha desaparecido —explicó Román al agente israelí.

—¡Mierda! —masculló Kfir, que seguía sin ver a Lencke. Un agente del equipo se le acercó y le susurró algo al oído, y él tardó un segundo en reaccionar. Luego regresó al teléfono con Benegas—. Ha desaparecido, Román —dijo—. Entró con nosotros al búnker, lo vi, estaba junto a él, pero no está por ningún sitio.

Benegas guardó silencio un momento. ¿Qué estaba sucediendo? Sin perder demasiado tiempo, preguntó:

—Mérida, ¿qué sabe usted de la misión de Lao?

—Hace seis meses, Lao pasó a la clandestinidad —expuso—. Su jefe, Jake Callahan, le pidió que se sumara a una investigación clasificada.

Román sintió que la cara se le deformaba y que no iba a poder sostener aquella pantomima.

—¿Cómo acostumbra a contactarse con él?

—Callahan era nuestro intermediario. Cuando necesité algo, recurrí a él. Pero, cuando me sacaron a Cora, intenté contactarlo y, como no pude, decidí ir directo a la agencia.

Benegas se llevó la mano a la cara. Si lo que estaba ocurriendo era posible, se jugaba el puesto como director mundial.

—Jake Callahan fue destituido hace poco más de un mes... Era un doble agente. Yo soy el nuevo director general de Interpol.

La expresión en el rostro de Mérida lo dijo todo.

—¿Dónde está Lao? ¿Quién tiene a Cora? —La mujer estaba a punto de quebrarse. Ana la tomó del codo y la sentó en una de las sillas de la sala de espera con la intención de calmarla.

Mientras tanto, Román accedió a la base de Interpol desde el teléfono, se identificó y buscó un dossier. El expediente de Lencke se descargó de inmediato. Buscó la fotografía de archivo y se acercó a Mérida.

—¿Este es su esposo, señora?

Mérida observó la imagen que le mostraba el director de Interpol. Negó con la cabeza.

—Ese hombre no es Estanislao Lencke —aseveró, y luego tomó su propio teléfono y buscó una fotografía—. Este es Lao Lencke.

Román entendió entonces que Lencke sabía que debía desaparecer, que la profundidad del entramado en el que se encontraba inmerso trascendía fronteras y códigos. La carta que le había dejado junto con la niña había sido clara. Ahora dependía del jefe de Interpol que él pudiera recuperar su propia vida. No dijo nada. Se acercó a Roberta y a la mujer que la acompañaba y siguió el juego. Iba a rescatar a Cora, iba a salvar a Lencke y, sobre todo, iba a descubrir quién era el espía que aún quedaba entre sus filas.

* * *

—Tenemos que regresar a la isla —dijo Ciro—, pero antes tenemos que ir a ver a Greta Werner. Tiene mucho que explicarnos.

Julia asintió y le indicó a Ruth que fuera en la camioneta con Ciro y con ella. Calavera, al ver que Carolina no tenía intención de quedarse en el hotel, sino que quería participar de la búsqueda, se dispuso a tomar las llaves del coche.

—Conozco el búnker —alegó—. Volvamos, puedo guiarlos, sé dónde está la caja fuerte.

Ernesto miró a Ciro, y él asintió. Así, el grupo dejó el alojamiento y partió rumbo a la casa de Werner para hablar con Greta. Cuando llegaron, el ama de llaves les indicó que aguardaran. Minutos después, una mujer de más de noventa años, vestida de manera impecable y con porte señorial apareció en el cuarto de estar y los invitó a sentarse.

—Señor Aguilar —lo saludó feliz de recibir en la casa a un empresario de tal importancia—. Carolina, querida —agregó al posar la vista sobre la Nena Lauthen—, han pasado años desde la última vez que te vi.

La mujer sonrió y besó en la mejilla a la anciana que conocía desde pequeña.

—Buscamos a Greta Werner —manifestó Ciro desconcertado.

Carolina y la mujer lo miraron sorprendidas.

—Yo soy Greta Werner —afirmó ella atónita.

Ciro sintió que se mareaba. Tomó la fotografía que llevaba en el bolsillo y se la acercó a la mujer que decía ser la dueña de aquella casa.

—Esta mujer me vino a ver hace unos días, dijo que se llamaba Greta Werner y que era amiga de mi abuela, Sara Müller, y de Tania Frydberg.

—Lamento decepcionarlo, señor Aguilar —respondió Greta Werner, sorprendida por la situación—, pero yo no fui a verlo, esta es la primera vez que me encuentro con usted. Y esa mujer no se llama Greta, esa mujer —dijo al tomar la imagen y mirarla con desdén— era una gitana, Ivette. Lauthen la había traído de Dios sabe dónde, y Uschi la aguantó porque las mujeres antes éramos más inteligentes. Se suponía que era una de las niñeras de Eva... —Greta rio con sorna—. Esa no era ninguna niñera. No fue más que la amante del viejo hasta que él se cansó.

Aguilar intentó incorporar esa información.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

Werner negó con la cabeza.

—Hace años que desapareció. No he pensado en ella hasta que usted me ha mostrado esta vieja fotografía. Creo que han pasado más de diez años desde la última vez que la vi.

Ciro sintió que, una vez más, el destino le jugaba una broma macabra. ¿Quién era esa mujer que había simulado ser otra persona? ¿Y por qué había desaparecido así? Julia, que mantenía la cabeza más fría, salió de la mansión Werner y se subió a la camioneta dispuesta a retornar a la isla Huemul.

—Vamos —ordenó furiosa por lo frustrante de aquella investigación que parecía no avanzar y, en cambio, moverse en círculos de modo permanente—, no perdamos tiempo.

Así, Ciro regresó al vehículo, Julia se ubicó al lado y Ruth detrás. En el coche que los seguía, iban Carolina y Calavera.

—Nunca me explicaste por qué te dicen Calavera —comentó ella, que trataba de pensar en algo que no fuera su abuelo, el pasado y las mentiras de las que había vivido rodeada. Ella solo quería una cosa: ser dueña de Lauthen; y todo lo que había hecho había sido para salvar la compañía, pero jamás había imaginado que lo que había empezado como un plan de salvataje terminaría transformándose en la caza de un nazi prófugo.

Ernesto sonrió. Había paz en el rostro de esa mujer, una armonía inexplicable dadas las circunstancias que estaban atravesando. Una sensación de extraña tranquilidad lo inundaba cuando ella estaba cerca. Le gustaba el olor de la abogada, los sonidos que hacía cuando dormía, sus silencios y la manera en que pensaba.

—Por Skull —respondió. Se refería a la naviera que había heredado de su padre.

—¿Skull? —preguntó Carolina desconcertada.

—Mis padres murieron cuando yo tenía cinco años —relató—. Heredé la empresa familiar y, cuando Ciro vio que se llamaba Skull, ‘calavera’ en inglés, empezó a llamarme así. Teníamos seis años. Matías Aguilar se hizo cargo de la compañía y al día de hoy sigue manejándola, aunque Ciro y yo estamos en el directorio.

—¿La naviera Skull? —preguntó asombrada.

Calavera asintió divertido. Estimó que aquella mujer que era dueña de una cuantiosísima fortuna y heredera de un enorme laboratorio farmacéutico todavía podía sentirse intimidada frente al dueño de un imperio naviero internacional.

—Pero te dedicaste a otra cosa —murmuró ella estupefacta.

Ordóñez se encogió de hombros.

—La empresa está bien administrada, y yo preferí el Derecho.

—No dejás de sorprenderme.

—¿Qué sucede, Nena Lauthen? —bromeó divertido—. ¿No esperabas encontrarte con un magnate?

Carolina dejó escapar una carcajada.

—Odio que me digan Nena Lauthen. Voy a tener una larga discusión con Ciro por eso, sé que fue él quien me dio el mote.

—No le caías nada simpática, te adelanto.

—Menos ahora que controlo Rache... y que voy a hacerlo trabajar hasta el cansancio para que salve Lauthen si quiere que le devuelva Cronos.

—Ciro es un gran hombre, Carolina... Y no solo va a salvar Lauthen porque es parte del acuerdo y porque, sin dudas, quiere recuperar Cronos, pero, por sobre todo, porque ustedes dos son familia.

Las palabras de Calavera quedaron resonando en la cabeza de la abogada. No lo había pensado nunca así, pero Ciro era hijo de Aurora Moreno, hija biológica de Franz Lauthen, y ella era hija de Eva, la segunda hija de Franz. Ciro Aguilar era su primo hermano.

* * *

Julia volvió a desplegar las pistas que había dejado Tania y las colocó en orden. No iba a detenerse hasta que lograra encontrar lo que debía ver, no se iba a dar por vencida. Así, dispuso sobre el tablero de la camioneta que conducía Aguilar el papel donde estaba escrito “Sacer Ordo”, la fotografía de Perón, Richter y Lauthen en la isla Huemul, la estampita bíblica, la imagen del mural, el anagrama “Eos”, el *codicubus* con la llave y, por último, el poema. Guardó silencio. El vehículo avanzaba.

—Es un mapa —aseveró como si hubiera tenido una epifanía. Ciro desvió la mirada de la autopista y la escuchó atento—. La primera, la nota que encontramos en la caja de seguridad del banco, solo decía “Sacer Odre”

—Orden Sagrada —tradujo Ruth, que se inclinó hacia adelante para seguir la conversación.

—Exacto. La segunda pista, el sobre que la mujer desconocida llevó al hotel, tenía la fotografía en la isla y la estampita. —Julia calló un momento—. ¿No lo ven? —No obtuvo respuesta—. Es claro: la Sacer Ordo está en la isla Huemul, y bajo el mural que encontramos en la usina, está el búnker de la orden... Y en el búnker...

—La caja de seguridad con las pruebas de que Lauthen es Von Strauss.

—Y en el *codicubus* , la llave para abrirla. Lo único que me desconcierta es este poema.

Ruth estiró la mano y tomó el papel con el texto escrito, lo escaneó y dejó que el teléfono buscara en internet al autor. Segundos después, sorprendida, expuso:

—Es un la traducción en prosa de un poema de Adolf Hitler del año 1916. Se titula “En la espesura del bosque de Artois”. —Ruth comenzó a leerlo.

En la profundidad del bosque, sobre un suelo borracho de sangre, yacía tumbado un combatiente alemán herido, y sus voces resonaban en la noche en vano. Ningún eco respondía a su llamada de auxilio. Debía desangrarse con libertad, igual que una pieza herida de muerte que revienta en soledad. Entonces... de repente fuertes pasos se aproximan desde la derecha. Se escucha cómo apisonan el suelo del bosque, y nueva esperanza le germina desde el alma. Y ahora desde la izquierda... y ahora por ambas partes... Dos hombres se aproximan a su lugar de sufrimiento. Son un alemán y un francés, y ambos se contemplan con vistazo de recelo riguroso mientras sostienen el amenazante fusil dispuesto. El alemán pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—He acudido a la más pobre de las llamadas de auxilio.

—¡Es tu enemigo!

—¡Es un hombre que sufre!

Y sin decir nada, ambos bajan el arma. Luego se trenzan unas con otras las manos y elevan con cuidado, con los músculos tensionados, al combatiente herido, como con una angarilla. Y de mutuo acuerdo lo transportan a través del bosque hasta que llegan a la línea de centinelas alemana.

—¡Ahora lo conseguimos! Aquí estarás bajo fiel atención.

El francés se da vuelta para encaminarse hacia el bosque, pero el alemán le retiene la mano, lo mira conmovido con ojos preocupados y melancólicos y le dice con la seriedad del grave presagio:

—No conozco lo que el destino nos reserva, lo que reina impenetrable en las estrellas. Tal vez caiga mañana como víctima de tu bala, acaso te extienda la mía en la arena. Porque confuso es el “acaso” en la batalla, como quiera que sea y quiera también venir. Vivimos las sagradas horas que solo en su humanidad encuentra el hombre... Y ahora ¡adiós, y que Dios te conserve!

Ruth concluyó la lectura del texto, levantó la cabeza del teléfono y agregó:

—Se presume que fue escrito durante la participación de Adolf Hitler en la Primera Guerra Mundial. Se piensa que está inspirado en un hecho verídico. Es posible que Hitler haya sido el alemán que despidió conmovido al soldado francés después de que aquel lo ayudó a auxiliar a su compañero caído. Sin duda, un hondo y penetrante pensamiento de los tiempos de guerra.

—Sigo sin entender —respondió Julia cuando terminó de escuchar —, pero está claro que las pistas de Tania conducen a un solo lugar: el búnker en la isla.

Cuando la agente de Interpol terminó de pronunciar aquellas palabras, Ciro estacionó la camioneta frente al puerto desde donde partirían hacia la usina. Allí ya los esperaban una lancha neumática y Kfir, que se acercó apurado a Durée y le susurró algo al oído. La mujer lo miró fijo durante un segundo en tanto procesaba aquella información.

—Es imposible —dijo.

—Lo tengo a Benegas en línea, quiere hablar con vos.

Ella tomó el móvil y habló.

—No es posible lo que me dice Kfir, Román.

—El agente del MI6 Lao Lencke no es la persona que estuvo con nosotros en Roma, ni tampoco el que estaba allí hasta hace unas horas. No sabemos quién es —mintió Román. Luego de la carta de Lencke y de los recientes sucesos, no confiaba en nadie.

Julia se llevó la mano a la cabeza.

—Alguien estuvo utilizando mi alias en la *deep web* para contactar a la nieta de Lauthen. Lao, o quien quiera que sea en realidad, ha tenido acceso a todos nuestros datos, a nuestra información, ha estado dentro de la organización. Es un pirata informático, Román, y no uno tradicional, está claro. Para haberme rastreado a mí, que soy invisible, debe de ser muy bueno.

—Y tenemos otro problema —agregó Benegas mientras observaba que el médico a cargo de Verónica hablaba con Ana Beltrán—. La nena, Cora... desapareció. Su madre está en la agencia.

—Su madre murió en la isla —sostuvo Julia consternada.

—Esa no era su madre —aseguró el jefe de Interpol mientras contemplaba en detalle a la impostora que él sabía que no era en realidad la verdadera Mérida.

CAPÍTULO 28

Franz observó su propio reflejo en el espejo. Estaba vie-jo, tan viejo que no se reconocía. Sin embargo, se sentía joven; tan jovial como a los veinte, tan lúcido como a los treinta... Pero tenía casi noventa y siete años, y el espejo le mostraba a un anciano arrugado, consumido e irreconocible.

—Gracias por cumplir tu palabra —dijo cuando escuchó los pasos en la puerta.

—Criaste a mi hija, te lo debía —respondió Figueroa en tanto le acercaba un vaso de agua.

—¿Cuándo es la reunión de accionistas?

—La convocamos para pasado mañana. Ya hablé con Aguilar, sabe que está entre la espada y la pared.

—¿Y Carolina?

—Conoce lo justo y necesario.

Lauthen asintió.

—Mis cosas están en orden, Diego —aseveró Franz al tomar el recipiente con agua, y luego se acomodó la camisa blanca que se acababa de colocar—. El laboratorio es de Carola, las cuentas están a

su nombre, así como las casas. No he dejado cabos sueltos. Solo falta cumplir tu parte.

—Ya tengo el cuerpo.

—Perfecto —respondió el alemán—. Vas a necesitar esto. —Franz Lauthen le entregó a su yerno un pequeño bolso con objetos personales—. Hay una réplica de mi dentadura. Debés asegurarte de que le encuentren.

Figueroa asintió.

—¿Qué pensás hacer?

—Voy a desaparecer. Ya lo hice muchos años atrás.

—No tenés la misma edad, Franz. Carolina tiene razón, podrías pasar tus últimos años en su casa, no te van a mandar a la cárcel.

—No voy a morir encerrado, Diego. No tengo los años, pero sí los recursos. Está todo organizado.

El abogado asintió y se acercó al hombre que había aprendido a estimar. Lo abrazó con fuerza y se sorprendió por la entereza de aquel nonagenario.

—Cuidá mucho a Carolina —le encargó Lauthen antes de ordenar que llevaran el equipaje al automóvil que lo esperaba. Luego, caminó decidido hacia la puerta y, sin mirar atrás, se subió al vehículo y se alejó. En el coche, abrió su nuevo pasaporte y no pudo evitar sonreír. Además de recursos, no se podía negar que tenía ingenio.

* * *

El antropólogo Schatz observó que Ruth y la gente de Aguilar se aproximaban por uno de los pasillos.

—La oficina de mi abuelo en el búnker está justo debajo del mural —explicó Carolina—. La caja fuerte, detrás de su escritorio —agregó mientras el resto de la comitiva la seguía. Se notaba que conocía el sitio.

Rafael se acercó a Ruth y le dijo algo al oído que hizo que ella lo mirara asombrada y lo siguiera un momento. Cuando entró al círculo y vio la lanza, la antropóloga sintió que le temblaban las piernas. Estiró las manos y la tomó de la vitrina.

—Es más pesada de lo que imaginé —expresó, y notó que Schatz estaba demasiado cerca, pero no se movió. Él se colocó apenas detrás de ella y tomó la reliquia también. Una de las manos del hombre se posó sobre la de ella, y Ruth la retiró más por reflejo que por haber querido hacerlo. Pero enseguida se alejó y dijo—: Vamos, nos esperan en la oficina de Lauthen.

No sabía bien qué pretendía Rafael después de tantos años, pero estaba claro que había una intención detrás de aquella proximidad. Avanzó hasta el despacho central de aquella fortaleza y lo dejó atrás, con los ojos clavados en la espalda de ella y un sinfín de preguntas sin respuesta.

* * *

—Es acá —señaló Carolina al tomar la llave que abría aquella vieja caja de seguridad.

Avanzó, levantó un falso panel, y un antiguo cofre de color plata apareció ante ellos. La mujer introdujo la llave y la giró. Cuando el receptáculo se abrió, vieron una pila de carpetas. Con el corazón en la boca por lo que pudieran encontrar, Carolina tomó los documentos y se los fue entregando a Julia, Ciro y Ernesto. Ella comenzó a revisarlos también.

—Son las escrituras de las propiedades, los poderes de la empresa...

—El testamento de tu abuelo —señaló Ernesto.

—Acá no hay nada —resopló Julia, por completo desmoralizada—. Nos está faltando algo, y está relacionado con el poema de Hitler.

Ruth tomó el papel con el escrito y volvió a leerlo en voz alta.

—Vamos a revisar todo: cajones, libros... Algo tiene que haber, una clave, una pista que nos aclare dónde están las pruebas que tenía Tania.

—Ciro —interrumpió Rafael—, con las imágenes que te mostró Ruth, la carta de tu abuela y tu testimonio...

—No es suficiente —interrumpió Julia ofuscada. Quería a Lauthen tras las rejas aunque tuviera casi cien años y estuviera desaparecido.

Ciro notó la frustración de la agente. Se les había escapado de las manos, se había burlado de ellos una vez más. Julia estaba al borde de entrar en crisis. Había perseguido a Lauthen durante años y no iba a darse por vencida así como así. Se acercó a ella despacio y la tomó de la mano. Durée no dijo nada, tan solo lo siguió. Ciro Aguilar le transmitía paz, y en ese instante, era lo que necesitaba. Estaba cansada, agotada, ya no podía pensar. Sentía que había atravesado una carrera por el infierno que le había dejado surcos en el alma y no creía poder aguantar más.

Ciro no habló durante el trayecto hasta salir del búnker, y ella tampoco. Sabía, anticipaba que aquella era una batalla perdida y que Aguilar buscaba la manera de contenerla. En ese momento, pensó, los brazos del empresario bastarían. Se detuvo y lo abrazó sin decir nada. Solo dejó que la contuviera.

—Esto es el pasado, Julia —aseguró Ciro, que trataba de convencerse a sí mismo también—. Necesitamos dejar atrás esta historia. Nadie va a devolverte a tus hijos, nadie va a poder cambiar lo que sufrió mi abuela, Tania, o cualquiera de las víctimas de Lauthen. —Respiró hondo—. Hemos permitido que Lauthen nos arruinara la vida una vez; no dejemos que lo haga de nuevo.

Julia guardó silencio, aspiró el aroma del cuello del empresario y cerró los ojos. Si tan solo pudiese quedarse allí, chiquita, segura...

—Llévame a tu lugar en el mundo —suplicó agotada. Y él asintió en silencio, le plantó un beso en la cabeza y la abrazó más fuerte que nunca.

* * *

Calavera estacionó el coche frente a la casa de Carolina, bajó, abrió la puerta del acompañante y la escoltó hasta la entrada.

—¿Estás segura de que no querés que te ayude? —insistió él. Ella llevaba las carpetas que habían encontrado en la caja fuerte y negó con la cabeza.

—Me voy a bañar. Mañana a primera hora salgo para Buenos Aires, tengo que hablar con el abogado del laboratorio, resolver cuestiones...

—¿Vas a estar bien? —preguntó Ernesto mientras le acunaba el rostro. Ella cerró los ojos un momento.

—Mi abuelo es grande, Cala —susurró—. Me preocupa.

—Caro...

—Ya sé, ya sé, es un criminal de guerra, ya sé. Pero a mí me crio. No me pidas más de lo que hice.

Calavera se acercó, la besó despacio en los labios y se dio vuelta. Antes de irse, agregó:

—Mañana tengo una reunión con tu padre.

—No le creas nada —le advirtió seria—; es un mentiroso serial.

CAPÍTULO 29

Ciro se observó en el espejo. El reflejo que le devolvía ese vidrio opaco no era el que acostumbraba. El gesto del empresario estaba demasiado serio, dado que estaba por entrar a una reunión que habría deseado evitar a toda costa. Pero no había manera de hacerlo. En cambio se ajustó la corbata, verificó que no tuviera mensajes nuevos el teléfono un momento y enseguida se encontró en el vestíbulo de Olleum junto a su padre y a Calavera.

—Todavía no llegó —dijo Ernesto, que traía una expresión similar a la de su hermano y su padre. Encontrarse con el hombre que había sido el amante de su madre y que, además, había comprado su participación en dos de las empresas de la familia les generaba un sinsabor que no estaban dispuestos a tolerar. Durante la noche anterior, mientras volaban de Bariloche a Buenos Aires, habían diseñado todas las estrategias posibles para recuperar el control de Skull y de Olleum. Habían optado por un arreglo nada tradicional. Solo había que lograr que Figueroa aceptase.

—Ya están en la sala de reuniones —informó la secretaria de Matías para anunciar la llegada de Diego Figueroa y su equipo.

Ciro, Matías y Calavera se observaron un momento. Luego, decidieron no demorar más aquel asunto y avanzaron hacia aquel recinto. La suerte estaba echada, pero no habían llegado hasta allí para perder la batalla más importante.

* * *

Carolina ingresó a su casa y, tras asegurarse de que estaba sola y de que las puertas estaban bien cerradas, corrió a la antesala del estudio. Allí, impoluto y majestuoso, lo vio. Pequeño, casi sin color por el paso del tiempo, pero firme, se encontraba el figurín del soldado de porcelana que le había regalado su abuela.

—En el figurín de porcelana están las pruebas, los dos microfilms están escondidos, uno en cada soldado —le había susurrado Franz al oído antes de escapar del automóvil del agente del Mossad.

Así, sin saberlo, ella había sido siempre la clave para descubrir ese secreto. O, mejor dicho, protegerlo, porque, a fin de cuentas, ella iba a cuidar de su reputación sobre cualquier otra cosa. No iba a permitir que un pasado horroroso se asociara con la farmacéutica por la que había dejado la vida. Así, custodiado por el Pollock magnífico que coronaba la antesala y rodeado de marcos de fotografías, aquel adorno no era más que un recuerdo de su abuela. En ese momento, cuando sacó de la cartera el segundo ejemplar, el que le había dado su abuelo en la fortaleza, y los vio, comprendió el poema de Hitler.

No conozco lo que el destino nos reserva,
lo que reina impenetrable en las estrellas.
Tal vez caiga mañana como víctima de tu
bala, acaso te extienda la mía en la arena.

Porque confuso es el “acaso” en la batalla, como quiera que sea y como quiera también venir. Vivimos las sagradas horas que solo en su humanidad encuentra el hombre... Y ahora ¡adiós, y que Dios te conserve!

Aquella alegoría del soldado en un poema de Hitler no era más que la cruz que marcaba el lugar. Lo había descubierto en el preciso instante en que habían leído esos versos en el Llo Llo. Había escuchado ese poema antes, cientos de veces de hecho. Lo recitaba su abuela, Uschi, quien afirmaba que lo había escrito su padre –el misterioso bisabuelo de Carolina– y que esos dos soldados de porcelana que había heredado de él eran sus preferidos porque representaban con exactitud a los enemigos del bosque de Artois.

La abogada tomó las figuras y, sin dudar, las aplastó contra la mesa. En su interior había dos pequeños rollos de microfilm. Los sostuvo entre las manos y dudó. ¿Debía verlos? ¿Iba a poder vivir con aquello en la conciencia?

* * *

Diego no se había dado cuenta de cuánto odiaba a Matías Aguilar hasta que lo contempló sentado en la mesa de reuniones. La última vez que lo había visto, estaban en un hotel, con Aurora viva y un gran

futuro por delante. En ese momento, casi veinte años más viejos, volvían a encontrarse. Ninguno de los dos dijo nada, sino que Figueroa se limitó a sentarse frente a los Aguilar y esperó que el grupo de abogados del estudio se acomodara. Después, tan solo sonrió.

—Tenemos el último diario de mi madre —expuso Ciro sin preámbulos. Abrió una página y leyó en voz alta—. “La vida con Diego es... ”. —Se detuvo—. Puede ser tuyo, Figueroa, solo debés firmar estos papeles.

El abogado sonrió.

—No me interesan las palabras cursis de una mujer que hace veinte años que está muerta —afirmó con desdén. Ciro, debajo de la mesa, tomó la mano de su padre al notar que la cerraba con furia. Estaba por cometer una locura, lo conocía. Debía frenarlo a tiempo—. Solo vine a decirles que estas son mis condiciones para Skull y Olleum, las dos empresas que, a partir de ahora, manejaremos en conjunto.

—No vas a manejar nada vos, sinvergüenza.

—Matías —interrumpió Figueroa, que se puso de pie al tiempo que los empleados del estudio de abogados entregaban una carpeta a cada directivo—, esta fue una visita de cortesía. No hay nada que hablar. Compré en buena ley el treinta por ciento del paquete accionario de Olleum y el veinticinco de Skull. Podemos llevarnos bien o podemos llevarnos mal.

—¿Por qué hacés esto, Figueroa? —quiso saber Matías, que dejaba entrever el odio que sentía por ese sujeto en cada palabra.

—Porque quiero que sufras lo que yo sufrí cuando me quitaste lo que más quería en el mundo. Por eso ahora yo te saco lo que vos más querés sobre la faz de la tierra, tu maldita empresa.

—Si tanto amabas a mamá —objetó Ciro—, deberías hacerte a un lado. Ella no habría aprobado...

—Tu madre estaba harta de ustedes —gritó Figueroa—. La ignoraron toda la vida. Sentía que era una figurita bonita que sacaban a pasear de vez en cuando. ¿Saben por qué le entregó el veinte por ciento de Cronos a Lauthen? —Un silencio incómodo invadió la sala—. Porque él amenazó con contarle lo nuestro a Matías, y Aurora no aguantaba la posibilidad de hacer sufrir a una persona, pero menos soportaba la idea de dejar de vernos. Entonces le entregó a mi suegro lo que él quería, y ahora, según entiendo, mi hija controla Cronos, ¿cierto? —Había burla en el tono de voz de Diego—. Así que, de alguna manera, los Lauthen y los Aguilar somos una suerte de familia ensamblada. —Figueroa volvió a sonreír—. Los dejo, señores. Va a ser un placer trabajar con ustedes.

—Podemos ofrecerte el doble de lo que valen las acciones que compraste —propuso Calavera antes de que Figueroa atravesara la puerta y se fuera.

El abogado volvió a darse vuelta. Seguía sonriendo.

—¿En serio, Ernesto? Primero una oferta cursi, ¿unos diarios íntimos? Los creía más inteligentes. Yo no necesito leer lo que escribió Aurora, sé lo que sentía, lo que pensaba. El diario métanselo en el culo, y el dinero... —Diego dejó escapar una carcajada sonora—. ¿Dinero? Por favor... No hay modo de que recuperen Olleum y Skull, señores —insistió Figueroa—. Van a tener que acostumbrarse a la idea de que trabajaremos juntos. A veces, la vida no nos da lo que queremos, y hay que aprender a lidiar con eso.

Figuerola volvió a sonreír, hizo un gesto a modo de saludo, atravesó la puerta y los dejó solos, con las carpetas con las nuevas condiciones de juego y la furia a flor de piel.

CAPÍTULO 30

El Gulfstream carreteó sobre la pista de Barajas y no fue hasta que se detuvo por completo que Ciro sintió que estaba de vuelta en casa. La mañana, fría pero despejada, auguraba una jornada espléndida en Madrid.

—Así que este es tu lugar en el mundo... —le susurró Julia al oído. Los últimos días con Ciro habían sido un bálsamo para el corazón roto de la agente.

—Madrid es mi ciudad en el mundo —aclaró Aguilar—. Mi lugar en el mundo, lo vas a conocer dentro de un rato nada más.

Julia sonrió, tomó la mano que le ofrecían y descendió del aeroplano. Sobre la pista, los esperaba una camioneta Q7 plateada lista para partir a destino. Durée, que se tomaba vacaciones después de muchos años y que se había permitido colocar en pausa durante un momento su vida, sintió que volvía a respirar. Se detuvo ante el frío de la mañana e inspiró con profundidad. El aire helado le recorrió hasta el último centímetro cúbico de la cavidad respiratoria y, de súbito, ese viento congelado fue como un soplo de vida.

—Gracias —le dijo a Ciro, que, en ese preciso instante, le abrió la puerta del auto. Él sonrió—. Has logrado lo imposible conmigo, hiciste que me detuviera, que saliera de esta locura que ha sido mi vida desde que murieron mis hijos.

El empresario la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

—No va a ser fácil, Ciro —continuó ella—. Yo no soy fácil... Te lo dije cuando nos conocimos, estoy rota.

—Julia —dijo él mientras le sostenía la cara y la miraba fijo a los ojos—, ninguno de los dos es fácil. Tranquila. Vamos a estar bien.

La agente de Interpol sonrió. Estaba muerta de miedo porque no era buena en las relaciones. Solía ser infiel, melodramática, mentirosa... Siempre lastimaba a los que más la querían. ¿Qué le garantizaba que en aquella oportunidad no iría a comportarse de igual modo?

—Julia —agregó Aguilar, que la leía como un libro abierto—, no te tortures. Permitite vivir.

Durée asintió, se ajustó el cinturón y dejó que Ciro la llevara a su lugar en el mundo.

* * *

Las oficinas de Sol Negro en Nueva York ocupaban el piso veintiuno de un magnífico rascacielos. Carolina se anunció y aguardó a que la llamaran. Cuando ingresó a la sala de reuniones, no pudo evitar sonreír. Frente a ella, estaban Manoj, el presidente de la empresa bursátil Tradeworx, su padre, Diego Figueroa, y James Winborrow.

—Señores —dijo con una sonrisa que no podía disimular—, hemos creado un imperio. Sol Negro es ahora dueño de parte del grupo Aguilar y del Grupo Cronos por un tercio de su valor real.

—Y de Skull —agregó Figueroa divertido.

—Y de Skull —repitió ella risueña—. Ahora, vayamos a lo importante. ¿Qué sabemos de mi abuelo?

—Nada —mintió Diego. Había cosas que su hija, por más estratega que fuera, no debía conocer.

—Me preocupa.

—Va a estar bien.

Carolina guardó silencio. Conocía a su padre y se daba cuenta de que le ocultaba algo.

—Manoj —dijo luego para cambiar la dirección de la conversación—, Ernesto seguirá sondeando el terreno; es muy astuto. Creyó que no tuve nada que ver con lo de Trump, pero un paso en falso...

El presidente de Tradeworx sonrió.

—Ciro Aguilar me ha hecho perder fortunas —respondió Manoj—. Yo no doy pasos en falso cuando recupero lo mío.

Carolina asintió.

—James, Aguilar firmó el acuerdo mediante el cual se compromete a salvar a Lauthen para recuperar Cronos. Quiero este documento a resguardo.

Winborrow asintió. Nunca olvidaría la humillación pública que había sufrido a manos de Aguilar cuando lo había encontrado con Kim. La carrera del abogado se había venido a pique; por eso, cuando Carola lo había contactado para comentarle el plan, había resuelto que había llegado la hora de la venganza. Tomó el archivo y lo guardó.

—Debo regresar a Buenos Aires mañana a primera hora —anunció la mujer mientras firmaba unos documentos. Luego entregó un par de papeles a su padre y se dispuso a salir del edificio—, pero no pasará demasiado tiempo antes de que volvamos a reunirnos. Un imperio no se maneja solo.

Carola Figueroa Lauthen abandonó Sol Negro con la certeza de que nadie más podría quitarle el control de los laboratorios. De hecho, en ese momento, el control sobre quienes habían querido comprarla, lo tenía ella.

* * *

La novedad del accidente automovilístico en el que murió Franz Lauthen llegó a oídos de los medios antes que a los de Carolina, que volaba desde Estados Unidos a Buenos Aires y se encontró con la noticia desplegada en el titular de un noticiero en el vestíbulo de Ezeiza justo después de atravesar migraciones. La placa roja rezaba “Muere calcinado en accidente de tráfico Franz Lauthen”. La periodista, luego, decía: “Si bien no se han encontrado pruebas concretas, el supuesto último criminal de guerra nazi prófugo habría estado huyendo de la justicia cuando volcó el automóvil y falleció”.

Carolina tuvo que desviar la mirada. Las imágenes que mostraban del vehículo de su abuelo al costado de la ruta no era algo que quisiera ver. Buscó el teléfono, llamó a su padre y confirmó el informe. No le creyó.

* * *

El piso de Ciro en Madrid daba a los jardines de Sabatini. A lo lejos, la bruma de la mañana volvía difuso el horizonte. Un balcón que recorría el largo de la vivienda coronaba aquella morada con la elegancia que caracterizaba a toda la zona.

Con un café entre las manos y con la vista en el infinito, Julia evaluaba el futuro. Con sigilo, Ciro se acercó a ella y la abrazó por detrás. Ella sonrió, tomó un trago de café y luego apoyó la cabeza sobre el pecho de él sin dejar de contemplar el paisaje.

—Este es tu lugar en el mundo —reflexionó. Comprendía a la perfección por qué lo había elegido: era un paraíso en una de las ciudades más hermosas del planeta.

Aguilar asintió y le besó el cuello con cariño.

—No solo es mi lugar en el mundo —arguyó—, es el sitio al que vengo a pensar, a descansar y a escaparme del caos de la vida diaria.

—Un lugar donde refugiarte —afirmó ella al darse vuelta, tras lo cual apoyó la taza sobre una mesa junto a ella y pasó los brazos alrededor del cuello de Aguilar.

—Las peores crisis, los mejores resurgimientos, los he pasado aquí, Julia. Este sitio es una cura para mi alma, un paraíso de calma en estos tiempos de locura y vorágine.

Durée sonrió. No sabía cómo resultaría aquella aventura con Aguilar, pero, por primera vez en años, estaba dispuesta a intentarlo.

—Me cansé de correr contra el viento, Ciro —expresó mientras miraba el turquesa de esos ojos con un sentimiento que no tenía hacía mucho tiempo: ilusión—. Enseñame a salirme de este caos que es mi vida.

Aguilar sonrió, la atrajo hacia sí y, al oído, le susurró:

—No corras más contra el viento, Julia, quedate conmigo.

Ella sonrió.

EPÍLOGO

Era martes, un martes de junio que no iba a olvidar. No lo olvidaría, primero, porque fue el día que recibió un sobre a su nombre. El destinatario, un tal Jackson Alchi. Dentro, una postal cuyo motivo no era otro que el cuadro *Alquimia* de Pollock. No tenía nada escrito, no hacía falta. Carolina sonrió. Su abuelo estaba vivo, pero no llegó a disfrutar ese momento de gloria porque el segundo motivo por el que jamás olvidaría esa fecha fueron las alarmas de Bloomberg, que comenzaron a sonar cuando las acciones de Sol Negro empezaron a desmoronarse.

Ese día, la caída de los mercados estadounidenses sacudió al mundo como un viento huracanado a una hoja de papel. Wall Street se desplomó, y las acciones de los grandes grupos colapsaron. La empresa Sol Negro, un conglomerado gigante que había nacido de manera sorpresiva un año atrás y que se había adueñado de varias compañías importantes, fue una de las más afectadas. Las acciones de la enigmática empresa pasaron de valer setenta dólares a nueve en treinta minutos.

—Acaban de pasar dos mil órdenes, Carolina —comunicó Diego Figueroa a su hija, que observaba la pantalla de la aplicación financiera como atontada.

—Llamalo a Manoj —ordenó sin dejar de mirar la caída libre de los precios de las acciones—. Son *spoof orders* —dijo—, nos van a comprar. Nos están atacando.

Lo que sucedió después fue una película que Carolina ya había visto. Miles de órdenes falsas enviadas por un algoritmo bursátil hicieron colapsar el mercado y lograron que el valor de las acciones de Sol Negro llegara debajo de los cinco dólares. En ese instante, en ese preciso instante, la naviera Skull compró el sesenta por ciento del paquete accionario de la compañía. Carolina se dejó caer sobre la silla y sintió que se le escapaba el aire. Su teléfono vibro. Era Calavera. La había descubierto.

—¿Cómo lo supiste? —atinó a decir.

—El día antes de reunirme con tu padre, me dijiste que no le creyera nada, que era un mentiroso serial. —Calavera hizo una pausa. Había angustia en la voz del abogado, un sentimiento que había escondido con estoicismo a lo largo de todo un año para lograr concretar ese plan—. Desde ese momento, no pude dejar de pensar que, en Londres, me dijiste que eras igual a tu padre.

Carolina sintió que el mundo se le venía encima. El tiempo que había compartido con Ernesto había sido el mejor de su vida, pero resultaba que había sido una mentira. Porque ella lo había usado para salvar Lauthen S.A. y adueñarse de las empresas del grupo de Aguilar. Él, astuto, había descifrado el plan y, tras urdir los mismos engaños y trucos que ella había usado en su momento, había comprado más de la mitad de la compañía de Carolina. En ese momento, la controlaba por completo y había recuperado también el dominio de Cronos, Skull, Olleum, Laboratorios Lauthen y Rache Inc. La timadora había sido engañada en su propio juego, en su propia ley.

—El lunes hay reunión de directorio de Sol Negro, te aviso para que estés al tanto. A partir de ahora, querida, soy tu jefe —declaró Ernesto Ordóñez, y dio por terminada la conversación.

Carolina Figueroa dejó caer el teléfono al piso y supo que lo peor de aquel asunto no era haber perdido la compañía, sino a Calavera. Desde aquel punto, ya no habría retorno, y estaba segura de que lo lamentaría toda la vida.

* * *

El hombre es un animal de costumbre y, por más que intente modificar sus rutinas, siempre habrá hábitos que reiterará de manera inconsciente. Desde que se había instalado en Madrid, Julia había dedicado sus días a rastrear a Franz Lauthen, y sus noches, a compartirlas con Ciro.

Cuando, años atrás, la agencia le había pedido que siguiera a Lauthen en el mundo virtual, que entrara a las cuentas del genocida para registrar los pasos que efectuaba y demás, había aprendido mucho de los usos y costumbres de aquel hombre. Franz Lauthen era ya un señor grande, un sujeto con recursos infinitos y una red invisible de apoyo que lo había salvado luego de la caída del *Führer* y que lo asistía entonces, en ese nuevo escape, pero que, sin dudas, cometería algún error que dejaría rastro, y los rastros eran la especialidad de la agente. Nadie era invisible. Así, durante meses, Julia había dedicado horas a diseñar un algoritmo que detectara los gustos de Lauthen, los cruzara y fuera reduciendo probabilidades. Aquel desarrollo le había demandado un tiempo inconmensurable, pero tenía incorporadas las costumbres, los gustos, los lugares que

frecuentaba, las cuentas bancarias, los registros médicos, todo dato por más insignificante que resultara que sabía del él, y había dado sus frutos.

Como animal de costumbre, Lauthen había comprado el mismo periódico de siempre, había encargado el mismo medicamento, había hecho compras de vinos específicos y agua mineral francesa y había consumido libros de autores muy particulares. Así, las posibilidades se habían ido reduciendo hasta que la habían llevado a donde estaba, frente a un edificio en el barrio Mitte en Berlín, una de las zonas más caras y exclusivas para residir en Europa. Lauthen había comprado un piso allí con vistas a la Puerta de Brandemburgo y rodeado de cafés, teatros y restaurantes que hacían de esa zona el lugar preferido de políticos, artistas y empresarios. Había que reconocer que el hombre debía de tener plena seguridad de su propia impunidad para haber elegido vivir en un sitio de tal exposición. Aunque no solía salir demasiado, había escogido un lugar singular, quizás para recordar la vieja Europa, esa sensación de pertenencia que tanto había añorado desde que había huido en aquel submarino.

Así, Julia, apostada en un piso de alquiler frente al de Lauthen, observó a través de la mirilla telescópica a la víctima. Luego observó el reloj. Iban a ser las diez. A esa hora, el genocida, que entonces se hacía llamar Jackson Alchi, atravesaba el piso desde el comedor diario hacia el estudio, donde leía los periódicos del día. A las diez y cinco, como todo animal domesticado, se sentaba en el sillón del despacho, frente a la ventana, y desplegaba el primer ejemplar de la prensa alemana. Luego seguían el periódico *La Nación* de Argentina y el *Wall Street Journal*. Ese día, no llegó a leer ninguno. Cuando se ubicó en el sofá y se acomodó para comenzar la lectura, una bala de gran alcance y precisión milimétrica le atravesó la frente, justo en el punto exacto entre una ceja y la otra.

* * *

Verónica abrió los ojos en el preciso instante en que una mujer ingresaba a su habitación. Quiso decir algo, y la enfermera intentó tranquilizarla, ubicarla en tiempo y espacio. Había estado muchos meses en coma. Pulsó el llamador, y enseguida se apersonaron médicos a asistirle. Ávalos estaba perdida, tenía la cara muy flaca y la boca seca.

—Cora... —llamó en un hilo de voz que no reconoció como propio.

Verónica no lo sabía aún, pero había pasado casi un año de la desaparición de la niña.

—Tranquila —dijo la voz de un hombre que conocía.

Sonrió. Le resultó extraño verlo ahí.

—Cora está bien, está conmigo —le informó.

—Lao... —murmuró entre sueños Ávalos, que volvió a quedarse dormida.

Lo que no supo fue que el hombre que ella conocía como Lao Lencke estaba sacándola del Hospital Fernández con rumbo desconocido. Cuando Justo Zapiola y Román Benegas fueron alertados de que la mujer había despertado y llegaron a la clínica, era tarde. Verónica había desaparecido.

BIBLIOGRAFÍA

Basti, Abel, *El exilio de Hitler: las pruebas de la fuga del Führer a la Argentina* , Buenos Aires, Planeta, 2016.

Basti, Abel, *Los secretos de Hitler: los acuerdos de los nazis con los Estados Unidos y los sionistas, y los rastros en la Argentina del jefe del Tercer Reich* , Buenos Aires, Planeta, 2017.

Basti, Abel, *Tras los pasos de Hitler: la investigación definitiva* , Buenos Aires, Planeta, 2014.

Dunstan, Simón y Williams, Gerrard, *Lobo gris: la fuga de Hitler a la Argentina* , Buenos Aires, Distal, 2011.

García, Marcelo, *La agente nazi Eva Perón y el tesoro de Hitler: los archivos desclasificados del FBI de Hoover: la trama de acuerdos y traiciones entre la Alemania nazi y la Argentina de Juan Domingo Perón* , Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

Goñi, Uki, *La auténtica Odessa: la fuga nazi a la Argentina de Perón* , Buenos Aires, Paidós, 2004.

Goñi, Uki, *Perón y los alemanes: el espionaje nazi en Argentina* , Buenos Aires, Ariel, 2017.

Moros, Manuel, *Los médicos de Hitler* , Madrid, Nowtilus, 2014.

Nápoli, Carlos de, *Nazis en el sur* , Buenos Aires, Vergara, 2016.

Ravenscroft, Trevor, *La conspiración de las tinieblas* , Madrid, Editorial América Ibérica, 1994.

Revilla, Federico, *Diccionario de iconografía y simbología* , Madrid, Cátedra, 1995.

NOTA DE AUTOR

Esta es una historia de ficción. No existió Franz Lauthen –ni su alias, el coronel Von Strauss, el Químico de Birkenau–, tampoco Tania ni Cyla Frydberg. Sin embargo, la vida en los campos de concentración y los experimentos atroces que sufrieron niños como las gemelas Frydberg, sí. En este caso quiero aclarar que, cuando empecé a investigar para esta historia, tuve que tomar una decisión: contar la vida en los campos y los experimentos a manos de personajes como Mengele o no contarlas. Decidí no hacerlo. Esta es una historia de amor, venganza e imposibles y, como cada una de mis historias, tiene un objetivo: trasladarnos a otros mundos. El de los campos era un mundo que elegí no incluir. La decisión fue absolutamente personal y arbitraria.

Aclarado este punto, no quiero dejar de agradecer a mi padre, Carlos Correa Luna, quien dedicó los dos años que me llevó escribir esta novela a conseguirme cuanto material hubiera disponible para investigar. Al punto que tuve que pedirle, por favor, que no me diera más nada, porque de otra manera no iba a terminar nunca. Por esto, pero por sobre todo porque es el mejor padre que se puede tener y porque lo quiero con el alma, gracias. Infinitas. Siempre.

También quiero agradecer a Mónica Kotz y a Florencia Bonelli quienes, desinteresadamente, me recomendaron autores y documentos para esta investigación. Gracias por su ayuda y por ser siempre tan amorosas conmigo.

Gracias a mis editores, por la paciencia frente al tiempo que me llevó escribir esta novela y corregirla. Y por la alegría cuando la envié –¡finalmente!–. Pero, sobre todo, gracias por la confianza.

A los lectores, porque, sin ellos, nada de esto sería posible. A grupos increíbles que he conocido a través de esas historias: Amigos literarios sin fronteras, El almacén de libros, El pantano de Fiona, Espacio para autores y lectores, Las locas de los libros, Lectoras de Córdoba, Lectoras marplatenses, Lo leo o no, Mundos de papel, Rincón literario, Spa literario, Spoileame esta, Tefi Lectora Lecouna y tantos más. Gracias, gracias, gracias.

A mis compañeras de Giras Literarias Argentina: María Border, Mariana Guarinoni, Camucha Escobar, Graciela Ramos, Gabriela Exilart, Fernanda Pérez y Silvana Serrano. Gracias por haber soportado mis infinitos “no termino más el libro” y dejarme escribir en el hotel durante la gira, en esas horas benditas de silencio y tranquilidad. Gracias infinitas, chicas. Por muchas más aventuras.

A mi familia, siempre.

A mi madre, que muchas veces cuidó a Isabel mientras yo escribía, y a quien le debo todo lo que soy. Gracias, mamá, mi amor infinito.

A mis hermanos, que no me leen, pero que son mis aliados incondicionales.

A mi querida Leila Meyrelles, la mejor suegra que se puede tener.

A Juan Meyrelles Torres, por los quince años que compartimos juntos, y por nuestros dos hijos. Nosotros también quisimos correr contra el viento, fue una gran aventura. Gracias.

A Rufino y a Isabel, que resignaron horas juntos para que yo terminara esta novela. Mi amor infinito.

A mi ahijada, mi Aurorita, siempre serás mi debilidad.

A mis amigas, a mis amigos, y, sobre todo, a los que corren contra el viento, quizás alguien, alguna vez, le gane.